

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO**

**SOCIEDAD Y LITERATURA. UN ESTUDIO SOBRE LAS NOVELAS *LOS CRISTEROS* Y *LOS BRAGADOS*, DE JOSÉ GUADALUPE DE ANDA.**

**T E S I S**

**PARA OBTAR POR EL GRADO DE:**

**DOCTORA EN LETRAS**

**(LITERATURA MEXICANA)**

**P R E S E N T A**

**ANA MARÍA SÁNCHEZ AMBRIZ**

**DIRECTOR: DR. MIGUEL G. RODRÍGUEZ LOZANO**

**CIUDAD DE MÉXICO**

**DICIEMBRE DE 2008**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para Rafael, mi esposo.

Mi más profundo agradecimiento a mi tutor Dr. Miguel Rodríguez Lozano,  
y a mis asesores y lectores de la tesis Dra. Regina A. Crespo Franzoni,  
Dra. Marcela L. Palma Basualdo, Dra. Esther Martínez Luna,  
Dr. Sergio López Mena y Dr. Enrique Flores Esquivel.

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	4
<b>PERFIL DEL AUTOR</b>	22
<b>PRIMERA PARTE</b>	
<b>El cielo y la tierra se unieron en los Altos de Jalisco.</b>	
El trueno estalla en el campo	34
En el recinto familiar	57
Por Dios, la ofensiva es sagrada	82
<b>SEGUNDA PARTE</b>	
<b>Yo soy alteño</b>	
Por mi patria y por mi religión	109
Voces revolucionarias en Los Altos	132
Un recorrido por la cultura popular	149
<b>TERCERA PARTE</b>	
<b>Las tribulaciones de la rebelión</b>	
Las hijas de Dios	178
El vaso del sacrificio	201
<b>CONCLUSIONES</b>	219
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	225

## INTRODUCCIÓN

En México, José Guadalupe de Anda (San Juan de los Lagos, Jalisco, 1880-Ciudad de México, 1950) es uno de los escritores más estimados dentro del ciclo de la novela sobre la rebelión cristera. Salvo excepciones, paradójicamente carece de estudios especializados que busquen resaltar su importancia para ubicarlo en el sitio que merece. La mayoría de los comentarios se limitan a apreciaciones generales de sus novelas, dentro de estudios más amplios que dan razón de la literatura mexicana, o entre las manifestaciones artísticas que generó la rebelión cristera en el país, como veremos más adelante.<sup>1</sup>

La escasa atención de la academia me motiva a plantear un estudio de mayor envergadura sobre este escritor que se destacó por su postura crítica frente a la contienda cristera. Considero que el trabajo resulta pertinente y oportuno en una época en que la crítica ha volteado su mirada al género narrativo por considerarlo importante, y donde cada vez resuenan con mayor intensidad los ecos de los cristeros levantados en armas en la voz de la institución católica, la cual goza en la actualidad del respaldo del poder del

---

<sup>1</sup> Por citar algunos: Manuel Pedro González, *Trayectoria de la novela en México*, México, Ediciones Botas, 1951; J.S. Brushwood, *México en su novela*, México, FCE, 1973; Max Aub, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1985; Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1972; Antonio Magaña Esquivel, *La novela de la Revolución*. México, t. I y II, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1965; *La narrativa de la Revolución Mexicana*, La revolución en las artes y en la prensa (Ciclo narrativo de la Revolución Mexicana), Sevilla, 1996; Lourdes Celina Vázquez Parada, *Testimonios sobre la revolución cristera. Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2001; Ángel Arias Urrutia, *Cruzados de novela: Las novelas de la guerra cristera*, España, EUNSA, 2002, y Álvaro Ruiz Abreu, *La cristera, una literatura negada*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2003.

Estado por la llegada a la presidencia de las fuerzas conservadoras.<sup>2</sup> Con la reivindicación de los cristeros, las obras literarias adquieren renovada vigencia, desempolvando los resentimientos y los odios de algunos sectores de la sociedad mexicana que no se han permitido olvidar lo sucedido, porque la misma confrontación entre la Iglesia y el Estado se mantiene latente a lo largo de la historia, pero en circunstancias distintas, y con propósitos diferentes.

Durante la revuelta cristera y una vez concluida ésta, son pocos los autores que se distinguen por su calidad literaria, en razón de que la mayoría de los prosistas escribieron de forma improvisada, sin más objetivo que dar su versión de los eventos que les había tocado presenciar.<sup>3</sup> Dicha versión estuvo condicionada por intereses personales, simpatías, o por su mismo rechazo al conflicto armado. Sin embargo, semejante circunstancia, por sí sola, adquiere enorme significación, debido a su carácter testimonial e interpretativo de los acontecimientos. No es de extrañar que cuando comenzaron a aparecer tímidamente las primeras críticas y cuestionamientos por parte de la academia a partir de la década de los cincuenta, existiera una evidente decepción ante la poca calidad literaria de las novelas. Con todo, esto no representó un obstáculo

---

<sup>2</sup>En 1992, veinticinco mexicanos fueron reconocidos como mártires y héroes ejemplares para México y para el mundo, por su amor a Cristo Eucarístico, a la Iglesia y a la Santísima Virgen. 25 *Mártires mexicanos*, México, Librería Parroquial de Clavería, 1992. “Los mártires beatificados pertenecen al grupo de sacerdotes que se cuidaron mucho de no participar en la Cristiada, ni como militares, ni como dirigentes. Los civiles tampoco murieron en combate. Todos murieron durante las torturas, colgados o fusilados; murieron explícitamente por su fe y ante testigos, lo que importa mucho a la burocracia beatificadora” Jean Meyer, *La Cristiada, La grandeza mexicana*, México, Clío, 1997, p.29.

<sup>3</sup> Son pocas las novelas que han merecido reconocimiento literario por parte de la crítica: *Los cristeros* de José Guadalupe de Anda, *Pensativa*, de José Goytortúa, *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro, *Rescoldo: los últimos cristeros*, de Antonio Estrada y *De Los Altos* de Guillermo Chao. También sobresalen las narraciones de carácter testimonial e ideológico sobre la época, como las novelas de Jorge Gram, representante genuino del movimiento cristero a favor del clero, Fernando Robles y Vereo Guzmán. Para Octavio Paz *El luto humano* de José Revueltas es de las novelas más importantes dentro de su género. Octavio Paz *Hombres en su siglo y otros ensayos*, México, Seix Barral, 1984. p.41.

para reconocerles su valor testimonial por la postura asumida frente a los hechos.<sup>4</sup> Si bien los primeros críticos consideraban que las narraciones tenían fines propagandísticos,<sup>5</sup> los más recientes investigadores lo niegan, argumentando que el propósito real de cada autor no consistió en persuadir a unos lectores neutrales o en convencer a un sector antagónico a los relatos, sino en ratificar su propia posición, como lo haría posteriormente cada lector simpatizante de las novelas.<sup>6</sup> Por eso es posible decir, parafraseando a Robert Darnton, que los escritores del movimiento hicieron la revolución a través de la literatura.<sup>7</sup>

A la luz de nuevos datos, la literatura sobre la rebelión cristera se ha ido abriendo camino en los medios académicos, favorecida por el creciente interés de conferirle un lugar adecuado en la literatura mexicana. Sobre esta visión de conjunto, los estudios nos ofrecen una valoración juiciosa del género narrativo, permitiendo avanzar sobre un terreno más sólido en la comprensión y descripción de las obras, tanto en el empleo de su lenguaje, como en la presentación de las sociedades tradicionales recreadas, vinculadas

---

<sup>4</sup> Manuel Pedro González tuvo como mérito analizar por primera vez las novelas sobre la rebelión cristera en su libro *Trayectoria de la novela en México*. En su estudio rescata las novelas que considera de mayor calidad, calificando al resto de prescindibles. Entre los autores que redime se encuentran Fernando Robles con sus obras *La virgen de los cristeros* y *El santo que asesinó*. Interesante la primera más que la segunda, en la medida que en ella se proyecta el alma de la contrarrevolución y su visión opositora; la novela *Los cristeros*, de José Guadalupe de Anda, considerada de las más notables por la ecuanimidad de los juicios en relación con la acción de la Iglesia y del gobierno; el relato de *¡Ay, Jalisco no te rajes!*, de Aurelio Robles Castillo, que tiene como la más destacada aportación la descripción de la sociedad de Guadalajara en el momento del conflicto, y, por último, la novela *Pensativa*, de José Goytortúa Santos, quien pone de relieve el conato artístico del autor, más que la crítica contra los cristeros. González sostiene que las observaciones hechas a cada una de las narraciones se derivan del contexto histórico y sociocultural que las originó, ya que fuera de él la mayoría carecen de valor. La obra de Manuel Pedro González fue editada en México por la firma Botas, en 1951.

<sup>5</sup> Manuel Pedro González. *Op. cit.*; también, Max Aub. *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, México, FCE/Cultura SEP, 1996.

<sup>6</sup> Ángel Arias Urrutia, *Cruzados de novela. Las novelas de la guerra cristera*, 2002, p. y Álvaro Ruiz Abreu. *La cristera, una literatura negada*, 2003, p. 10.

<sup>7</sup> Robert Darnton. *El coloquio de los lectores*, México, FCE, 2003. p. 191.

estrechamente con la cultura dominante y cobijadas en un marco más amplio: el proceso histórico que las originó. Finalmente, las novelas del ciclo cristero plantean algo esencial para la comprensión de la revuelta, sin importar que las posturas y los intereses de cada uno de los escritores choquen al narrar lo sucedido: la preocupación por el rumbo que debía tomar el país.

La mayoría de las novelas sobre la rebelión cristera siguen el modelo tradicional de composición. La historia es contada por un narrador que domina cualquier información, tanto espacial como temporal. Se trata de un narrador omnisciente que conoce a fondo la historia narrada. A través de él se revelan las motivaciones profundas de los personajes y las razones que los impulsan a tomar partido por cualquiera de los dos bandos en pugna. Por lo general, se trata de narraciones que recurren a la historia de México a fin de enmarcar los eventos descritos.

En muchas de las novelas sobre el tema aparecen documentos de variada índole que funcionan como intertextos: cartas, noticias de periódicos, discursos, citas textuales de personajes reales, etc., con el fin de autenticar lo narrado. El tiempo de las novelas es prioritariamente lineal, aunque en algunas de ellas aparezcan anacronismos de carácter histórico, cuya función parece orientada a esclarecer el caos dominante. Una característica, por lo que se refiere al estilo, de las novelas del ciclo cristero, y marca por igual a la novelística de la Revolución: la sucesión de los acontecimientos en forma de episodios.

Los espacios recreados en los relatos<sup>8</sup> corresponden a los escenarios bélicos, rurales por definición. En cuanto a las ciudades, principalmente

---

<sup>8</sup> El relato como tal abarca un amplio espectro: novelas, cuentos, crónicas, entre otras.

aparecen como lugares de abastecimiento económico para la compra de armas y el sustento de los cristeros. También se presentan en las novelas del ciclo, ámbitos más reducidos: plazas pueblerinas, iglesias, haciendas, cuarteles, etc., en los que tuvieron lugar hechos y sucesos del conflicto.<sup>9</sup>

En las narraciones se hace referencia a personajes históricos y literarios. De los segundos, el escritor intenta que sean personajes representativos de la sociedad, dependiendo de la postura ideológica asumida en los textos. Sobresalen los personajes femeninos, cuya presencia resulta básica para el movimiento cristero al convertirse en una de las piezas clave de la rebelión.<sup>10</sup>

Aparte de estos elementos que generan el contexto histórico, entra otro componente menor, de tinte popular, que recoge oralmente las impresiones de la memoria colectiva: la literatura popular, compuesta por canciones, corridos, himnos cristeros, relatos, oraciones y refranes.<sup>11</sup> Básicamente, la abundante producción sobre la rebelión cristera se distingue por su tendencia contrarrevolucionaria, en parte comprensible, pues como dijera Peter Burke, “con frecuencia se dice que la historia la escribieron los vencedores. También podría decirse que la olvidan los vencedores. Ellos pueden permitirse olvidar, mientras que los derrotados no pueden olvidar lo que ocurrió y están condenados a cavilar sobre ello, a revivirlo y a pensar en lo diferente que habría podido ser.”<sup>12</sup>

---

<sup>9</sup> Ángel Arias Urrutia. *Op. cit.*, pp. 65-73.

<sup>10</sup> Sobre el tema, consultar el libro de Agustín Vaca, *Los silencios de la historia: las cristeras*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1998.

<sup>11</sup> Parte de esta información se puede buscar en el libro de Alicia O. Bonfil titulado *La literatura cristera*, México, INAH, 1970.

<sup>12</sup> Peter Burke. *Formas de historia cultural*, España, Alianza Editorial, 2000, p. 85.

Las novelas escritas con intención de objetividad corresponden al periodo de la revuelta; son las obras más conocidas acerca de la guerra<sup>13</sup>. Más tarde aparecen relatos que eligen el conflicto cristero como tema de reflexión pero se apartan del testimonio y de la crónica tan solicitados en las primeras novelas; aquí se encuentran las narraciones de escritores consolidados que vieron en la rebelión un episodio interesante para plasmarlo en sus textos, mediante su particular visión de lo acontecido en México durante ese período.<sup>14</sup> Posteriormente, surgen narraciones que recurren al conflicto cristero como campo de significación, a fin de mostrar la problemática de fondo: la persecución religiosa en México.<sup>15</sup> En la medida que se interpone una relativa distancia entre los sucesos y el autor, aparece el escritor que centra su interés en la historia ficticia más que en la historia real de la guerra, empleada únicamente como telón de fondo en la narración. Sin embargo, ha sido la

---

<sup>13</sup> Las novelas de la guerra cristera se pueden clasificar en tres apartados: las anti-cristeras: *¡Viva Cristo Rey!*, o *Jesús vuelve a la vida*, de Vereo Guzmán, (1928); *Los cristeros. La guerra santa en Los Altos de Jalisco*, (1937) y *Los bragados* (1942) de José Guadalupe de Anda; *¡Ay, Jalisco, no te rajes!* de Aurelio Robles Castillo, (1938); *El maestro rural* de Ciro Gallardo, (1943); *Cachola era de a caballo*, de José Valdovinos Garza, (1954), y *Las Brígidas de Montegrande*, de Jesús Figueroa, (1960). Las novelas de corte neutral: *La Virgen de los cristeros*, de Fernando Robles (1934); *Pensativa*, de Jesús Goytortúa Santos, (1945); *La ciudad y el viento*, de Dolores Castro, (1962); *Los recuerdos del Porvenir*, de Elena Garro, (1963); *La Iglesia en llamas, o el último cristero*, de Ernesto Kubli, (1989) y *De Los Altos, de Guillermo Chao*, (1991). Las novelas a favor de los cristeros: *Héctor* (1930), *La guerra sintética* (1935) y *Jahel* (1955), de Jorge Gram; *El santo que asesinó*, de Fernando Robles, (1936); *Tirano y víctimas*, de Claudio Álvarez, (1938); *El rancho de San Antoñito*, de Ricardo Heredia, (1947); *Alma mejicana*, de Jaime Randd, (1947); *Cristo Rey o la Persecución*, de Alberto Quiroz, (1952); *Entre las patas de los caballos*, de Luis Rivero de Val, (1953); *Rescoldo: los últimos cristeros*, de Antonio Estrada, (1961) y *El voto de Chema Rodríguez*, de Heriberto Navarrete, (1964). Existe un número considerable de obras ambientadas en la guerra cristera, bien sea en su totalidad o sólo en algunos momentos de sus episodios: *El camarada Pantoja*, (1937) y *San Gabriel de Valdivias* (1938) de Mariano Azuela; *Nayar* de Miguel Ángel Menéndez, (1941); *El luto humano* de Revueltas, (1943); *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, (1955); *Balún-Canán* de Rosario Castellanos, (1957), *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes (1962); *Bramadero* de Tomas Mojarro, (1963) y *José Trigo* de Fernando del Paso, (1966). Dicha clasificación ha sido inspirada por el libro de Ángel Arias Urrutia, *op. cit.* pp. 92-93.

<sup>14</sup> Juan Rulfo, José Emilio Pacheco, Vicente Leñero, José Revueltas y Fernando del Paso, entre otros.

<sup>15</sup> *El poder y la gloria*, de Graham Greene, y *La serpiente emplumada*, de D.H. Lawrence.

distancia temporal de la guerra lo que les ha permitido a los nuevos escritores matizar la evaluación e interpretación del conflicto religioso.<sup>16</sup>

Considero que lo que diferencia a los autores, principalmente los de la primera etapa, no sólo es el enfoque, sino también la intensidad y la agudeza en la forma de narrar las funciones de armas. Su visión de la época, caracterizada por el fuerte enfrentamiento ideológico que arrastró a la sociedad a una lucha fratricida inútil, es lo más valioso y significativo que han aportado a la historia de la literatura mexicana.

Esta revisión crítica permite apreciar los signos distintivos de las novelas, a fin de diseñar el marco literario en el que se ubicará el tema de investigación. Naturalmente, dicha caracterización preliminar y sintética es sólo un primer acercamiento a un tema tan amplio y variado como la revuelta cristera.

La obra de José Guadalupe de Anda, *Los cristeros* (1937)<sup>17</sup> y *Los bragados* (1942)<sup>18</sup>, corresponde al primer período narrativo y es una de las más importantes dentro de su género. Esta literatura es importante porque aglutina parte de la visión de una época por medio de la reelaboración de la realidad extratextual. José Guadalupe de Anda es un escritor que analiza los acontecimientos en el momento que los ánimos de la sociedad aún se encuentran encendidos y no se dispone de los elementos suficientes para realizar un juicio desapasionado de lo sucedido. Sin embargo, el mayor atractivo de las novelas consiste en la recreación de los hechos. Es ahí donde

---

<sup>16</sup> Este salto en el matiz de los hechos lo podemos encontrar, por ejemplo, en la novela de Guillermo Chao Ebergényi, *De Los Altos* (1991).

<sup>17</sup> José Guadalupe de Anda, *Los Cristeros. La guerra santa en Los Altos de Jalisco*, Guadalajara, edit. Gráfica Nueva, 1999.

<sup>18</sup> José Guadalupe de Anda, *Los bragados*, Guadalajara, Ediciones del Departamento de Bellas Artes, 1975.

José Guadalupe de Anda le ofrece al lector la ambientación y el estilo de vida de una región del país que mantiene inalterables las preferencias y la dinámica interna, solamente interrumpida por los sucesos bélicos que marcan temporalmente la ruptura del ritmo acostumbrado.<sup>19</sup>

Hasta el momento, los estudios sobre las novelas de José Guadalupe de Anda se enfocan en el análisis de algunos de los aspectos de la narración, sin que se examinen las estructuras profundas de las narraciones, ya que plantear un estudio de tal magnitud requiere de una investigación rigurosa de la sociedad representada. La originalidad de estas novelas radica en que el autor sitúa a sus personajes en su hábitat natural, llevando a la sociedad alteña en su conjunto a ser la gran protagonista de la historia.<sup>20</sup> Precisamente, el enfoque social planteado por el autor, motivo de elogios por parte de la crítica, no ha sido estudiado a profundidad. El presente trabajo tiene como finalidad estudiar las novelas de José Guadalupe de Anda desde el análisis de la sociedad alteña

---

<sup>19</sup> Para Álvaro Ruiz Abreu, toda aproximación a la literatura cristera debe tomar en consideración dos rasgos: el panorama cultural que la fomentó, dentro de la búsqueda de la identidad nacional, y los modelos literarios de los cuales se sirvió: la influencia del modernismo, de la novela histórica tradicional, del criollismo, del naturalismo y del cuadro de costumbres. Ruiz Abreu coincide en cierta manera con la opinión de Carlos Fuentes en el sentido de que este tipo de literatura –la criollista, la cristera- significaba un atraso, el símbolo del subdesarrollo cultural, que pudo eclipsarse a partir de 1940, desde el momento que la novela avistó un mundo distinto, complejo. *Op. cit.*, pp. 76-79.

<sup>20</sup> En Los Altos de Jalisco poco se ve cuestionada la unidad regional en virtud de que los criterios que se siguen para delimitarla se basan normalmente en la división política-administrativa, misma que se piensa utilizar en la investigación, por no constituir el objetivo en falsar aquella regionalización ni buscar otras maneras de delimitar un territorio cuyo perímetro, creo, ha sido trazado ya con suficiencia para el periodo y para los propósitos de la presente investigación. Siguiendo este criterio, la región está conformada por dos subregiones, encabezadas cada una de ellas por dos de las ciudades de mayor dinamismo local: Una es Tepatlán, agrupada junto con las poblaciones de Acatic, Jesús María, San Julián, San Miguel el Alto, Arandas, Jalostotlán, Mexicán, San Diego de Alejandría, Valle de Guadalupe, Villa Obregón y Yahualica. La segunda subregión aparece encabezada por Lagos de Moreno y la integran las siguientes localidades: Encarnación de Díaz, Ojuelos de Jalisco, San Juan de los Lagos, Teocaltiche, Villa Hidalgo y Unión de San Antonio. Rafael Alarcón, *et al* “Desarrollo regional y migración en Los Altos de Jalisco” en *Encuentro*, El Colegio de Jalisco, vol. 4, núm. 4, p. 6. En 1935, la localidad de Villa Obregón no se consideraba parte de la región alteña. Moisés González Navarro, *Cristeros y agraristas en Jalisco*, t. III, México, El Colegio de Jalisco, 2000, p. 195.

representada, en la medida que en ella confluyen los rasgos de su idiosincrasia y se origina la bizarra resistencia para ajustarse a los nuevos decretos de la nación. A lo largo del trabajo, pretendo demostrar que en las estructuras profundas de la sociedad representada, se encuentran las razones de peso que incitan a la sociedad a la rebelión y no en su aspecto puramente religioso. Interpretar las novelas únicamente desde la perspectiva de los problemas entre la Iglesia y el Estado sería inadecuado, o mejor dicho, poco fértil para los objetivos de la investigación. De Anda intentó demostrar que más allá de los problemas entre ambas instituciones, hubo factores sociales, económicos y culturales que generaron el estallido de la revuelta en la zona. Para comprobarlo, resalta las particularidades de la región, dando cuenta de los momentos, los ritmos y las problemáticas de la localidad, contraponiéndolas y vinculándolas con el resto del país.

Desde la perspectiva del narrador, se manifiesta la visión ideológica de la sociedad con base en un sistema de normas y valores de las relaciones establecidas en Los Altos de Jalisco desde épocas remotas. El autor se acerca a la sociedad a través de sus tipos, de sus costumbres y de sus tradiciones en los puntos neurálgicos. Justamente, es ahí, parafraseando a Albert Béguin, donde se encuentran los valores sintomáticos de las obras para comprender lo que significan.<sup>21</sup>

Mucho antes que la academia, la literatura ya se había acercado a observar esta zona del país, en obras de autores como Mariano Azuela,

---

<sup>21</sup> Albert Béguin. *Creación y destino. Ensayo de crítica literaria*, t. I, México, FCE, 1997. pp.213-218. Roland Barthes en su libro *El grano de voz*, plantea cómo los hombres dan un sentido a su manera de escribir, creando con palabras y con la escritura un sentido que las palabras no tienen. México Siglo XXI, 1983, p. 16. Al respecto, también es recomendable la lectura del libro de Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1995.

Agustín Yáñez y el mismo José Guadalupe de Anda.<sup>22</sup> Fue a partir de la década de los setenta, cuando un grupo de estudiosos bajo la asesoría de Andrés Fábregas<sup>23</sup> se planteó analizar, desde el enfoque metodológico de la antropología política, la región de Los Altos de Jalisco, territorio que hasta entonces había permanecido ignorado por los investigadores de las ciencias sociales en México, a pesar de que la región había sido foco de atención a escala nacional por su notable participación en el movimiento cristero.<sup>24</sup> Los académicos atribuyeron esa falta de interés a la apatía de los antropólogos mexicanos, quienes, presos de la burocracia, rehuyeron al estudio de los problemas nacionales, sobre todo aquellos de índole polémica, que demandaban una actitud especialmente crítica.

Actualmente la región cuenta con un gran número de monografías y de estudios especializados que permiten conocer dicho espacio como parte sustancial de un territorio vasto y complejo, expresado en lo que habitualmente se reconoce como la gran diversidad cultural del país.<sup>25</sup> En su conjunto,

---

<sup>22</sup> De Mariano Azuela, *Mala Yerba y Los caciques*, y de Agustín Yáñez, *Al filo del agua y Las tierras flacas*.

<sup>23</sup> Como fruto de estas investigaciones, Andrés Fábregas publica *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*, México, Colección Miguel Othón de Mendizabal, SEP, 1986.

<sup>24</sup> Existían estudios de extranjeros como los de Paul S. Tylor, quien en 1933 escribió un libro sobre la migración de Arandas hacia los Estados Unidos, el trabajo de Nöelle Demyk, sobre la organización del espacio en Los Altos de Jalisco publicado en Francia 1973, mismo año en que apareció el extenso estudio de Jean Meyer sobre la cristiada, en el que por razones lógicas se habla de los Altos de Jalisco, aunque no se discute a fondo las características de la sociedad alteña. Algunos otros comentarios se encontraban asimismo en Helene Rivière D' Arc en *Guadalajara y su región*. Andrés Fábregas, estudio introductorio del libro *Economía y sociedad en Los Altos de Jalisco*, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, editorial Nueva Imagen, 1978, pp. 7 y 8.

<sup>25</sup> Ramón Sánchez, *Ensayo estadístico de la municipalidad de Arandas y Escudo Heráldico de Arandas*. Ramón Sánchez e Indalecio Ramírez, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, última edición, 1999; Dávila Garibi y José Ignacio Paulino, *Bosquejo histórico de Teocaltiche*, México, San Ignacio de Loyola, 1945; Manuel Jesús Aguirre Romo, *Ensayo histórico de Teocaltiche*, México, Editor B. Costa -Amic, 1971; Tomás Martínez Saldaña, *Política y sociedad en México: El caso de Los Altos de Jalisco*, INAH, 1976; *Formación y transformación de una oligarquía: el caso de Arandas Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1997; Leticia Gándara Mendoza, *La evolución de una oligarquía: El caso de San*

muestran la historia regional y los procesos internos a los que se han sometido desde la Colonia.<sup>26</sup> Dichos estudios me servirán de apoyo en la investigación, tomando en consideración que todo fenómeno cultural debe estudiarse dentro de su desarrollo histórico.

Es importante subrayar que las novelas de José Guadalupe de Anda se inscriben en el nacionalismo mexicano, producto de grandes crisis internas de la nación. Dicho nacionalismo abrigó símbolos y valores dirigidos a proyectar una ideología común. En los relatos se trata de reflexiones sobre la identidad de una minoría que se resiste a la modernización del país.

Entre 1920 y 1930, en México el Estado buscaba redefinir la imagen de la nación desde el interior, tomando como base no sólo al pueblo que participó en la Revolución mexicana, sino también involucrando e integrando a todo el pueblo mexicano con el propósito de promover el proyecto nacional.<sup>27</sup> Esta reivindicación del pueblo justificó, desde la perspectiva del Estado, las medidas tomadas por la facción triunfadora de la Revolución. El reto que enfrentó el Estado en su búsqueda por definir los rasgos de la identidad nacional se produjo con la pluralidad nacional en ese gran espectro en el que se

---

*Miguel el Alto*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1997; *Música Campesina de Los Altos de Jalisco*, México, INAH, 1975; Jorge Alonso y Juan García Quevedo (coordinadores), *Política y región: Los Altos de Jalisco*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, 1990; por mencionar algunos de los que se han escrito sobre Los Altos de Jalisco.

<sup>26</sup> Las primeras pesquisas de la zona alteña surgieron en el siglo XIX y principios del XX, dadas a conocer en 1988, bajo la compilación de Jaime Olveda y María Gracia Castillo, con el nombre de *Estadísticas de Los Altos de Jalisco (1838-1909)*, Guadalajara, UNED, 1988.

<sup>27</sup> Ya desde el siglo XIX, en México había surgido la necesidad de construir una nación estable, con una fisonomía distintiva que le permitiera configurar una identidad sólida. No obstante, durante la etapa del porfiriato esta urgencia fue perdiendo vigencia. A propósito, Carlos Monsiváis señala lo siguiente: “Lo importante es producir símbolos y mitos, imaginar un pasado heroico y hacerlo habitar, wagnerianamente, por dioses crepusculares como Cuauhtémoc. Los narradores pretenden incorporarse al nacionalismo por medio de la mexicanidad de sus temas; los pintores llegan incluso a encontrar formas y colores que les resultan ‘intrínsecamente mexicanos’”. Para Vasconcelos, finalmente, el nacionalismo es el Espíritu apoderándose y transfigurando una colectividad’, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, *Historia general de México*, t. IV, México, El Colegio de México, 1976, p. 349.

aglutinaban todas las regiones del país, con sus costumbres, tradiciones particulares y variadas etnias. Si en un principio se aceptó la diversidad cultural del país, posteriormente el criterio dominante de identificación nacional fue la homogeneidad, así consistiera ésta en el jarabe tapatío y el atuendo de charro jalisciense.<sup>28</sup>

Paralelamente, cuando el nacionalismo intentó mostrar una imagen distintiva de la nación hacia el exterior para diferenciarla del resto del mundo y acentuar su independencia y su individualismo en lo que concierne a las relaciones internacionales, en su interior provocó que los grupos que la conformaban fueran en su búsqueda, deseosos de mostrar sus diferencias y su autonomía, siguiendo el llamado de su propio proceso histórico.<sup>29</sup> En las novelas de José Guadalupe de Anda distinguimos a una sociedad que en su afán de ratificar lo propio, no duda en recurrir a las armas. La población clama por su derecho de independencia, de ejercer el control de sus creencias y de su gobierno en razón de sus características y de los rasgos que definen su identidad. Al hacerlo, manifiesta su propia concepción del entorno, exhibiendo su personalidad a través de los símbolos más representativos de su región, porque ha tomado conciencia de su individualidad histórica, real o imaginaria, ante la amenaza del Estado que tiende a uniformar al país. Aunque las novelas de José Guadalupe de Anda exhiban un marcado carácter anticlerical, no defienden los proyectos estatales de integración nacional a toda costa.

Parte del afán por descubrir la esencia del país la encontramos en la novela de la Revolución mexicana, en la que se esbozan temas en relación con

---

<sup>28</sup> Ricardo Pérez Monfort. *Estampas del nacionalismo popular mexicano. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*, México, CIESAS, Colección Miguel Otón Mendizábal, 1994.

<sup>29</sup> El nacionalismo y los rasgos propios de la identidad nacional son factores modernos y determinantes en una sociedad. Ver la obra de Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1989.

el proceso social y político de México. En ella, también se muestran diversos temas que tienen que ver con los cambios, la economía y la consolidación de instituciones, producto del naciente régimen. Como consecuencia, el nacionalismo plasmado en las novelas de José Guadalupe de Anda se mueve en dos direcciones opuestas.<sup>30</sup> Por una parte, el proyecto estatal para impulsar el progreso del país; por otra, el de la región representada. Ahora bien: a pesar de que ambos nacionalismos coinciden en la identificación de los fundamentos nacionales, disienten en lo que se refiere a las especificidades regionales.

De lo dicho con anterioridad, se desprende que el espacio, junto con los acontecimientos históricos referidos por De Anda, constituyen uno de los rasgos de verosimilitud ofrecidos al lector, aunque aparezcan condicionados por una ideología.<sup>31</sup> El autor emplea nombres propios de los pueblos de la región de Los Altos de Jalisco, sustantivos que sirven de referencia extratextual en los relatos con un objetivo preciso: representar un territorio significativo donde se despliega la vida cotidiana de los personajes y los motivos de fondo que los impulsan a luchar a favor del clero. Esto se convierte en uno de los elementos de las novelas del autor. Entre los aspectos centrales de la novela debe contarse la representación del espacio, por tratarse del escenario para el desarrollo del relato y la acción de los personajes. En la medida en que el escenario tiene un papel de primer orden en la creación y transmisión del imaginario colectivo de una época, en él se genera la identidad de la sociedad

---

<sup>30</sup> Tres años antes de que De Anda imprimiera su primera novela, Samuel Ramos publicó en 1934, *El perfil del hombre y la cultura en México*, con el cual se promovía una nueva vertiente del nacionalismo cultural es su búsqueda de la definición del ser mexicano. México, Espasa-Calpe, Colección Austral, 1976. Años después, en 1950, Octavio Paz, con su libro *El laberinto de la soledad*, aborda el tema de reflexión desde un enfoque cultural. México, FCE, 1969.

<sup>31</sup> La verosimilitud es obligada en los textos que tienen como objetivo producir un relato realista. En este caso, el autor, como lo hicieron en su momento los de su género, se apoya en nombres de personas, lugares, sucesos y momentos significativos de la región.

representada; constituye, podríamos decir, la pieza clave para el desarrollo de los hechos.<sup>32</sup>

El punto de vista significativo de José Guadalupe de Anda sobre el tejido de situaciones y relaciones se logra a través de pensamientos, formas de expresarse, el enfoque y el acento impreso en las novelas y la caracterización que hace de los personajes. Es posible detectar al propio escritor reflexionando desde su punto de vista ideológico sobre los acontecimientos, a través de la representación del universo narrado, en la selección de información y en la perspectiva de los hechos. En ambas novelas el narrador, a fin de interpretar a la población, hace referencia histórica de los pueblos coloniales, de ascendencia española, que viven bajo el signo de sus costumbres señoriales, con una carga grave de prejuicios heredados por los conquistadores.<sup>33</sup>

Considero que la mayor garantía en la creación de los personajes y del universo representado, radica en el hecho de que José Guadalupe de Anda empleó información de sus propias vivencias, recuerdos familiares quizás desde su infancia, en el seno familiar, y sobre todo, de su contacto directo con la sociedad durante el período que desempeñó cargos públicos, como él mismo lo afirma.<sup>34</sup> Esta inmersión en su pasado le facilita al novelista penetrar en el entorno para dar la consistencia a los personajes, quienes reinterpretan actitudes, sentimientos y creencias característicos de la época y del espacio

---

<sup>32</sup> Para Franco Moretti, la geografía es un aspecto decisivo en el desarrollo y la invención literaria. El concepto de la geografía misma puede significar dos cosas, el estudio del espacio en la literatura (en gran parte imaginado) o bien la literatura en el espacio (un espacio histórico real). En muchas ocasiones los dos espacios se vinculan. *Atlas de la novela europea, 1800-1900*, México, Siglo XXI, 1999. p. 5.

<sup>33</sup> Sin embargo, para Ángel Arias Urrutia, el narrador empleado en ambas novelas no hace referencia alguna al pasado histórico de México con el fin de evaluar los hechos; su función de juez se da en la representación de los personajes y en la apreciación regularmente sutil de sus acciones. *Op. cit.* p. 194.

<sup>34</sup> Octavio G. Barrera en la presentación del libro *Los Cristeros, La guerra santa en Los Altos de Jalisco*, Guadalajara, Gráfica Nueva. 1999, p. 9.

registrado. Cada personaje mantiene una actitud diferente, según los espacios en los que interviene, ya que los lugares se transforman según los vientos bélicos que soplen. En este sentido, la técnica empleada por José Guadalupe de Anda es un poco escueta debido a su prosa parca en descripciones, ausente de tono lírico que le impide alcanzar mayores alturas literarias. Le corresponde al narrador introducir el dinamismo en los relatos a través de las acciones de los personajes.

En el transcurso de este estudio describo a grandes rasgos el proceso histórico de la lucha. Explicó el origen de la revuelta cristera, la posición asumida por los dos poderes que intervienen en ella, las teorías políticas y religiosas que cada uno defiende para justificar su posición, y el desenlace de la guerra.

Los capítulos van precedidos por un personaje, dependiendo del tema de reflexión, ya que cada uno representa una imagen, en su carácter de miembro representativo de la localidad, y todas sus acciones se encaminan a plasmarla. Además, en cada capítulo, también recurro a otros personajes que me sirven de apoyo. Aclaro que en la mayoría de los personajes existen semejanzas que los unen como miembros de la sociedad; sin embargo, para lograr el objetivo del estudio, me baso por principio en las diferencias de los personajes más que en sus similitudes.

Para facilitar la estructura del trabajo, lo divido en tres partes. Dentro de ellas se incorporan varios capítulos que iré desarrollando a fin de que cada uno mantenga una unidad temática. En la primera parte incluyo los capítulos uno, dos y tres. En la segunda, los capítulos cuatro, cinco y seis, y en la tercera, los capítulos siete y ocho.

En el capítulo primero, analizo a la sociedad ranchera de Los Altos de Jalisco, cuyo mayor exponente en la novela *Los cristeros* es don Ramón, ranchero que manifiesta un fuerte arraigo a la tierra que lo vio nacer.

En el capítulo segundo, abordo el catolicismo lugareño por medio de doña María Engracia, quien representa la exacerbación del sentimiento religioso desde el seno familiar.

En el capítulo tercero, paso revista a la ideología católica a través de los padres Vega, Pedroza y Angulo.

En el capítulo cuarto, exploro con mayor detenimiento la identidad alteña, a través de Policarpo, líder genuino de la revuelta cristera en Los Altos de Jalisco.

En el quinto capítulo, como contrapunto de la ideología lugareña, presento la ideología revolucionaria a través de dos personajes, Felipe, en *Los cristeros*, y el maestro Pablo, en *Los bragados*. Por medio de ellos y a través del mismo narrador, José Guadalupe de Anda manifiesta su postura ideológica y su modo de ver a la población envuelta en la guerra.

En el capítulo sexto estudio la cultura popular a través de Tío Alejo. Por medio de él nos introducimos en las costumbres, en las tradiciones regionales y en el lenguaje de la región alteña.

En el capítulo séptimo presento un panorama general del desempeño de la mujer durante la revuelta cristera, mediante la actuación de Marta Torres, la heroína de *Los cristeros*.

Por último, en el capítulo octavo analizo la lucha armada en la zona en voz de sus representantes y de la sociedad.

Utilizo las siguientes siglas para referirme a cada una de las novelas analizadas: LC, para la novela *Los cristeros* y LB, para *Los bragados*.

## PERFIL DEL AUTOR

José Guadalupe de Anda nació en San Juan de los Lagos, Jalisco, el 12 de diciembre en 1880 y murió en la Ciudad de México en 1950. Hijo del maestro y literato José Silverio de Anda, a quien se le ha atribuido que más tarde De Anda cultivara las letras motivado por la revuelta cristera. Algunos de sus empleos fueron la jefatura de estación en Ferrocarriles Mexicanos, experiencia que posteriormente aprovechó para escribir sobre la vida de los ferrocarrileros en México.<sup>1</sup> En 1914 se unió a la revolución mexicana, vivencia que, por cierto, marcaría para siempre su posición ideológica. En 1918 fue elegido Diputado del Congreso de la Unión por la región de Los Altos, para después, en 1930, desempeñar el puesto de Senador por el estado de Jalisco. Como él mismo asegura, su afición por la literatura provino de esa época a raíz de la rebelión cristera, en la que le tocó ser testigo de muchos de los hechos que acontecieron en el lugar.<sup>2</sup>

Las novelas de José Guadalupe de Anda están estrechamente ligadas con su vida, con la revolución y con la guerra cristera. Su producción literaria la comenzó cuando contaba con más de cincuenta años de edad y continuó hasta su muerte, que aconteció a los setenta años de edad. Como se puede apreciar, su obra fue elaborada durante una de las épocas más turbulentas y conflictivas

---

<sup>1</sup> En el estudio introductorio del libro, Rafael Torres Sánchez señala que es una novela de excepción en el conjunto de la narrativa que aborda el tema de la Revolución Mexicana ya que, “la mitología del tren en el imaginario de la Revolución, el tren aparece en los novelistas de la revolución como un personaje en sí mismo, en la tercera y última novela de José Guadalupe de Anda ocurre algo diferente: no es el propio tren el que cobra caracteres centrales en el relato sino los trabajadores del riel, los ‘juanes’, aquellos que lo viven y lo padecen (...)”. Guadalajara, Hexágono, 1990, 2ª ed., pp. 9-10.

<sup>2</sup> Octavio G. *Op. cit.*, p. 9.

en la historia de México. Gran parte de la fuerza de la historia narrada en sus novelas, consiste en presenciar, como lo expliqué en la introducción, cómo sufre la sociedad el trauma de los acontecimientos por el choque de mentalidades determinado por el catolicismo conservador y la facción revolucionaria que sellan categóricamente el carácter peculiar de la vida sociocultural de México durante aquella época. Los años decisivos para el autor son los de la revolución, años que ofrecen las experiencias con las que construyó *Juan del riel*, que para J. S. Brushwood es su mejor novela, y que sirven de telón de fondo comparativo con las novelas de tema cristero.<sup>3</sup> Este hecho va a definir la visión que el autor mantendrá posteriormente respecto a la revuelta cristera, llevándolo a explicar con parcialidad los hechos, y a emplear para sus obras el esquema básico de la novela revolucionaria, pues en el seno de la revolución, así como en la cristiada, existía un punto de contacto, la liberación de las fuerzas encontradas, representativas de la barbarie de algunos sectores de la sociedad mexicana. De Anda publicó únicamente tres novelas, *Los cristeros* (1937), *Los bragados* (1942) y *Juan del Riel* (1943).

La obra de José Guadalupe de Anda mantiene siempre vivo su interés y ha sido leída por el público de diferentes generaciones. Según Antonio Avitia Hernández, es uno de los escritores sobre la rebelión cristera que mayores tirajes ha tenido de su relato *Los cristeros*, desde el momento de su aparición en 1937 hasta la actualidad.<sup>4</sup> Cuando en 1941<sup>5</sup> Octavio G. Barreda escribió el

---

<sup>3</sup> J. S. Brushwood. *Op. cit.*, p.389.

<sup>4</sup> Imprenta Mundial, Compañía General Editora, Departamento de Bellas Artes, Premiá Editora en Coordinación de Publicaciones y Bibliotecas Cultura SEP, PROMEXA, EDITORIAL Hexágono, Consejo Nacional de Fomento Educativo, CONAFE y la Secretaría de Educación Pública, SEP, son las editoriales que se han encargado de su difusión. La suma de ejemplares publicados asciende a 94, 000. Antonio Avitia Hernández, *La Narrativa de las Cristiadas, Novela, Cuento, Teatro, Cine y Corrido de las rebeliones Cristeras*. Tesis para

prólogo de la segunda edición de *Los cristeros*, detecta en el relato muchas de las características de la novela de la revolución mexicana: la preocupación social, el método descriptivo, el enfoque en la presentación de escenas y personajes, el realismo adusto y expresionista empleado por el autor. Atraído por la obra sale en defensa del autor para argumentar que no se debe buscar en el libro el enfoque psicológico en el tratamiento de los personajes, porque sencillamente al escritor lo mueven otros propósitos. Sin entrar en detalles de la novela, con su estudio, Octavio G. Barreda da pie a posteriores comentarios. En 1951, Manuel Pedro González considera que *Los cristeros* es una narración interesante y meritoria pues a través de ella se puede conocer la psicología social de aquel periodo lleno de odios, de intolerancia y de crueldad. A los personajes los ve como esbozos psicológicos sin pretensiones trascendentales, sin que por ello pierdan sus rasgos particulares.<sup>6</sup> En 1966, el crítico norteamericano J.S. Brushwood considera que De Anda escribió la mejor novela sobre la rebelión cristera: *Los cristeros*. Para él, su mayor mérito fue presentar la tragedia social que se vivió durante la revuelta cristera. Por su técnica literaria, detecta específicamente la influencia de *Los de abajo* del escritor laguense Mariano Azuela; asimismo afirma que, “a diferencia de muchos novelistas que han hablado de los males de la sociedad, (...) adopta una postura constructiva positiva”.<sup>7</sup> El mismo estilo incisivo lo encuentra en la segunda novela, *Los bragados*. No era de extrañar que un año después, en 1967, Adalbert Dessau coincidiera con él, al destacar que a De Anda lo que más le interesaba era demostrar que el pueblo había sido la verdadera víctima

---

obtener el grado de Doctor en Humanidades con Especialidad en Historia, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa UAM-I, 2005. p.300.

<sup>5</sup> Octavio G. Barreda. *Op. cit.* pp. 9-12.

<sup>6</sup> Manuel Pedro González. *Op. cit.* pp. 302-306.

<sup>7</sup> J. S. Brushwood. *Op. cit.*, p. 389.

de la guerra. Por el planteamiento de la narración, reconoce las limitantes de un extranjero para distinguir cuándo se trata de invenciones literarias y cuándo de hechos reales. No sólo confirma la influencia de Azuela sino además la técnica de otras tantas variantes de la narrativa mexicana.<sup>8</sup> En 1969, Max Aub lo calificó como uno de los escritores que ha permanecido olvidado de manera por demás injusta, ya que asegura que en su momento fue elogiado por algunos escritores de reconocido prestigio, como el mismo Mariano Azuela, con quien siempre lo relacionaron literariamente. Max Aub se vale de las observaciones hechas por Azuela, para plantear que José Guadalupe de Anda representa fielmente a la región alteña a través de sus tipos, de sus costumbres y de su lenguaje:

(..) hablo con conocimiento de este libro [*Los Cristeros*] porque cuanto en él se describe: tipos, paisajes, ambientes y cosas, no sólo me son conocidos sino familiares desde mi niñez. (...) *Los bragados* está compuesta con valentones de Altos de Jalisco, actuando en la llamada revolución de los cristeros, durante el régimen de Calles. El panorama de la región sus tipos y sus costumbres son de una fidelidad sorprendente, sobre todo por su lenguaje tomado con exactitud maravillosa. Sus palabras, sus expresiones, sus gestos (...) Quienquiera que la conozca se quedará asombrado –esa es la palabra justa- del realismo con que está exhibido este gran fresco.<sup>9</sup>

A partir de ese momento, los comentarios externados sobre su obra se encauzarán en ese sentido. Por ejemplo, el español Arias Urrutia hace

---

<sup>8</sup> Esta aseveración de Dessau, nos hace pensar que estimuló a Wolfgang Voght para que forzara la comparación entre los protagonistas de ambas novelas, afirmando que existen evidentes similitudes entre ellos: “De Anda describe al mismo campesino tosco y callado que el autor de *Los de abajo*. Demetrio Macías (*Los de abajo*) y Policarpo Bermúdez (*Los cristeros*) ambos caudillos que tienen caracteres parecidos.” Wolfgang Voght y Celia del Palacio. *Literatura y prensa 1910-1940*, en *Jalisco desde la revolución*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, 1987. p. 124. Sin embargo, más que el parecido de caracteres, los puntos de contacto se pueden apreciar, como lo indica Álvaro Ruiz Abreu, en que los dos personajes son los líderes del pueblo, hombres que apoyan durante la lucha armada en la organización y el entrenamiento militar de la cuadrilla que tienen a su cargo. *Op.cit.* p.187.

<sup>9</sup> *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, México, Lecturas núm. 97, FCE, 1996. pp.52-53.

observaciones análogas, estima que José Guadalupe de Anda plasmó una obra de calidad literaria muy superior a otros textos, ya que en ella se emite un juicio histórico de lo que sucedió, aparte de transmitir las costumbres, el modo de vida de sus pobladores, cómo se organizaban social y familiarmente, el habla de los rancheros y las fiestas.<sup>10</sup> Para él, su gran logro fue presentar como actor principal a la sociedad alteña.<sup>11</sup> Recientemente, Álvaro Ruiz Abreu lo cataloga erróneamente como el escritor canónico del conflicto cristero, ya que dicho título, le corresponde, sin duda alguna, a Jorge Gram. Subraya acertadamente que *Los cristeros* es un archivo importante del habla popular de la región: registro de insultos, refranes, dichos populares, etc., que son básicos en la estructura de la novela. En términos generales, el crítico comparte la tesis de otros investigadores cuando sostiene la influencia de *Los de abajo* en dicha obra, sobre todo en la caracterización que José Guadalupe de Anda realiza de los personajes secundarios al mando del héroe de la narración, y en algunos episodios de la novela. Asimismo, Ruiz Abreu valora el lenguaje empleado por

---

<sup>10</sup> Es interesante apreciar que la estructura general de la obra De Anda se encuentra ordenada de acuerdo a ciertos criterios propios de la labor de un historiador en el momento de construir su narración: ¿qué pasó después? ¿Cómo sucedió eso? ¿Por qué las cosas sucedieron así y no de otro modo? ¿Cómo terminó todo? ¿Qué significa todo esto? En este roce de fronteras entre la ficción y la historia, es interesante la apreciación que realiza Hayden White en su libro *Metahistoria* cuando señala que “a veces se dice que la finalidad del historiador es explicar el pasado “hallando” “identificando” o revelando” los “relatos que yacen ocultos en las crónicas; y que la diferencia entre la “crónica” y la “ficción” reside en el hecho de que el historiador “halla” sus relatos, mientras que el escritor de ficción “inventa los suyos”. Por ello, White asegura que el historiador no debe perder de vista que también la invención desempeña un papel importante a la hora de reconstruir los hechos. México, FCE, 1992. p. 18-19. Para Arias Urrutia, las novelas sobre la rebelión cristera “manifiestan en su configuración una cercanía con los rasgos característicos de los géneros historiográficos, en distintos aspectos. Pero además su rango ficcional les permite desligarse de la ‘sumisión del documento’ y dar entrada a otros componentes que se escapan de la rigurosa búsqueda de ‘pruebas’, que caracteriza el método histórico. Esto se puede percibir de manera muy clara en la construcción de algunos protagonistas de las novelas, que funcionan como paradigmas representativos de una postura, más que como reflejo de un determinado personaje histórico”. *Op. cit.*, p.99. Sobre el tema además se puede consultar el libro de Paul Ricoeur. *Tiempo y Narración*. México, Siglo XXI, t. 1, 2 y 3, 2001.

<sup>11</sup> Ángel Arias Urrutia, pp. 164-170.

José Guadalupe de Anda, pues a través de él, el autor nos presenta el inconsciente colectivo donde se explora *su referente histórico y costumbrista*.<sup>12</sup>

Tal vez, la notable acogida de *Los cristeros* motivó a su pariente Raúl de Anda a llevarla al cine en 1947 bajo su propia dirección y producción. La adaptación como guión cinematográfico corrió por su cuenta, con la ayuda de Carlos Gaytán. La película se presentó con el título de *Sucedió en Jalisco* o *Los cristeros*. Si bien mantiene cierta semejanza con el argumento original, sufre notables modificaciones que le dan un sentido distinto al tema original.

El tratamiento directo o indirecto sobre el tema de la rebelión cristera se mantuvo prohibido en el cine mexicano por más de cuarenta años, a excepción de esta película. Al respecto opina el director: “En esas épocas, la censura era más exigente que ahora, pero afortunadamente como el tema de la guerra cristera ya había pasado de moda y además se basaba en una novela ya publicada, pues no hubo grandes problemas y la película fue aceptada.”<sup>13</sup> Sin embargo, dado el carácter de la cinta, en la que vemos a un gobierno que no comete errores ni atropellos contra la sociedad, sino más bien son algunos cristeros los que incurren en delitos, era de esperarse que la exposición no representara ningún problema.

Hasta el momento, los estudios que emprenden un análisis más especializado sobre José Guadalupe de Anda, son los de Álvaro Ruiz Abreu, Ángel Arias Urrutia y Miguel G. Rodríguez. Ruiz Abreu lo analiza en dos momentos, con un estudio introductorio de la novela *Los cristeros* y como parte de su más reciente libro sobre la literatura cristera, en el que amplía sus

---

<sup>12</sup> Álvaro Ruiz Abreu. p. 189.

<sup>13</sup> Jean Meyer, Ulises Iñiguez Mendoza, *La cristiada en imágenes del cine mudo*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2006, p. 165. Sobre el tema se puede consultar asimismo el libro de Eduardo de la Vega Alfaro. *Raúl de Anda*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara. Centro de Investigación y Enseñanza Cinematográficas, 1989, pp. 192-193.

observaciones sobre las obras de este autor. En ellos examina las novelas a partir del contexto histórico y de los personajes; tomando en consideración la relación que mantienen con otras novelas sobre la rebelión cristera. Arias Urrutia lo estudia desde las relaciones entre la historia y la ficción, siendo el principal objetivo el análisis de la instancia enunciativa, su narrador, sin dejar de lado los valores ideológicos y las visiones históricas que se vierten en las novelas. Por último, Rodríguez Lozano investiga *Los cristeros* en tres perspectivas: el papel que desempeñaron las mujeres en el movimiento armado, el empleo del lenguaje como parte de la tradición cultural y popular del estado de Jalisco, aspectos que marcan las diferencias de género y de los roles sociales en la localidad, y el papel de los actores sociales que participaron en la revuelta.<sup>14</sup>

Inspiradas dos de sus tres novelas en la rebelión cristera, De Anda intenta lograr una visión objetiva del conflicto religioso de 1926-1929, así como de los trastornos que ocasionó la educación socialista en la década de los treinta. Su primera novela, *Los cristeros*, ofrece un tratamiento completo de la rebelión cristera en sus inicios y en sus momentos más dramáticos. En ella, De Anda describe los estragos causados por la revuelta en la región alteña, presentando a una población que manifiesta un profundo temor por el advenimiento de otro sistema de vida que considera contrario a sus prácticas religiosas y destructor de sus tradiciones y su economía fuertemente sustentada en la tierra. Desde la perspectiva de la novela, la región muestra un

---

<sup>14</sup> Álvaro Ruiz Abreu, “Vienen los cristeros”, estudio introductorio de la novela *Los Cristeros. La guerra santa en Los Altos, y La Cristera, una literatura negada*, 1999; Ángel Arias Urrutia. *Los cruzados de novela: Las novelas de la Guerra Cristera*, 2002, y Miguel G. Rodríguez Lozano. “Entre la historia y la literatura: *Los Cristeros* de José Guadalupe de Anda” en *Literatura Mexicana, Revista del Centro de Estudios Literarios y del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Autónoma de México*, vol. XII, núm. 1, 2001.

estancamiento en su dinámica interna en comparación con el desarrollo de otras zonas del país. Este hecho adquiere relevancia porque históricamente la región, caracterizada por el marcado individualismo de su gente, se erigió en el epicentro de la revuelta a escala nacional, en parte por su historia lugareña que favoreció que fermentaran de manera sorprendente los acontecimientos nacionales a favor de la empresa religiosa.<sup>15</sup> Como vimos en la introducción, para José Guadalupe de Anda, los hechos de guerra fuera del marco social carecen de fuerza demostrativa.

El mismo discurso social que caracteriza a la primera narración se sostiene en *Los bragados*, donde las transformaciones políticas y sociales en el ámbito nacional continúan afectando el espacio rural de los alteños, una vez que se han entablado los acuerdos de paz entre la Iglesia y Estado. Al ser una extensión de *Los cristeros*, se reanuda la disertación sobre la sociedad, pero ahora la educación es el pretexto que enmarca los levantamientos de los cristeros rebeldes que se niegan a deponer las armas, y de la sociedad conservadora que una vez más se manifiesta con base en su propia concepción de la realidad. Sin embargo, hay que enfatizar que los nuevos cristeros aparecen retratados como delincuentes, pues son hombres que atentan contra la misma comunidad, especialmente contra los maestros del gobierno. El espíritu de esos años de desasosiego, de la pretendida implementación del socialismo en la educación, es recogido por José Guadalupe de Anda en esta novela.

---

<sup>15</sup> Al respecto, Moisés González Navarro señala que “aunque Los Altos fueron el núcleo más vigoroso de la rebelión, en varias poblaciones alteñas había anticristeros, como en Lagos de Moreno y Jalostotitlán (...) Cañadas fue anticristera, pese a que participaba de las mismas características sociales que el resto de la región, (...) Las autoridades explicaron que quemaban las poblaciones para que los rebeldes no se refugiaran en ella, porque muchos rebeldes se disfrazaban de gente pacífica y todos los vecinos les proporcionaban alimentos e informes. *Op. cit.*, t. 2, pp. 336- 377.

Las dos novelas mencionadas son de carácter lineal. La acción se desarrolla en una breve sucesión temporal. En *Los cristeros*, los acontecimientos transcurren aproximadamente en un año, de 1926 a 1927, y en *Los bragados*, entre 1929 y finales de 1930. La unidad de las narraciones está dada por la convergencia de los acontecimientos ocurridos en Los Altos de Jalisco durante la guerra, y la forma en que los personajes explican lo acontecido. Conviene recordar que uno de los mayores logros de las novelas es la conciencia colectiva que guía el curso de los acontecimientos en cada obra, como tendré la oportunidad de constatar en el trascurso del estudio. El autor, valiéndose del narrador y de los personajes, resalta o critica las tradiciones locales, lo cual produce otro de los atractivos de las novelas de José Guadalupe de Anda: el registro novelado de la cultura alteña.

El extenso título con que la Editorial Gráfica Nueva publica la novela de, *Los cristeros, la guerra santa en Los Altos*, deja entrever el doble discurso que aparece referido a lo largo de la obra, tomando en cuenta el tono anticlerical del libro. Por ello, lejos de sujetarnos al sentido común que atribuye el surgimiento de las guerras santas a una confrontación por motivos religiosos, se pretende aclarar los verdaderos motivos de la guerra. El lector descubre que parte de la ofensiva del pueblo se da en un sentido moral, sin embargo, en la medida que los acontecimientos denuncian cómo los sacerdotes empujan al pueblo a levantarse en armas movidos por sus intereses económicos y políticos en juego, el título de la obra amplía su significado. Descubrimos una doble lectura: en la primera, se demuestra que la guerra fue santa para un sector de la población que creía ciegamente que luchaba en la defensa de Dios; y, en la segunda lectura, se pretende revelar el verdadero móvil de los

acontecimientos desde la óptica del narrador y de algunos personajes. De tal manera que el carácter de “santa” de la guerra, no es más que una máscara que pretende ocultar la lucha de poder entre dos fuerzas sociales, una conservadora y otra liberal. Considerando los sucesos narrados, el calificativo “santa” queda reducido a un sentido irónico. A pesar de ello, ambos discursos conviven en la narración y son válidos en el contexto de la obra, aunque los hechos terminan por imponer el discurso de la segunda lectura.

La segunda novela tiene un título conciso, en dirección directa al sentido de la obra: *Los bragados*, haciendo referencia a los nuevos cristeros. Con este adjetivo, en su acepción negativa, se destaca la presencia de hombres que dañan deliberadamente a la población, pues los cristeros representados en esta segunda novela, salvo las excepciones encabezadas por la población ignorante, aparecen retratados como delincuentes, asesinos y violadores. No obstante, el mismo calificativo conlleva otra connotación importante para definir a los hombres de aquella región alteña, al aludir a las personas con resolución enérgica y firme, es decir, a hombres valientes, entrones y aguantadores de Los Altos de Jalisco.

## PRIMERA PARTE

**EL CIELO Y LA TIERRA SE UNIERON EN LOS ALTOS DE JALISCO**

Hay desamparo en todo. Los hogares  
están faltos de pan y están oscuros.  
Dejó el soldado los nativos lares  
y han allí enmudecido los cantares  
y cuelgan las tristezas de sus muros.

Los campos, en verdad, están desiertos  
desde la cima altísima hasta el llano,  
más otra vez, por el arado abiertos,  
tornarán a rendir ciento por grano  
regados con la sangre de los muertos.

Las veredas están abandonadas,  
mudos están los bardos y sombríos;  
sus liras, a su culto consagradas,  
mucho tiempo hace ya que están colgadas  
de los corvos sauces de los ríos.

Para limpiar las aras falta el llanto.  
Crímenes estupendos e inauditos  
vieron allí los ojos; y entretanto  
están las gentes pálidas de espanto  
y las bocas están llenas de gritos.

Más todo cambiará. Vendrá la hora  
en que los campos áridos y yermos  
cruce otra vez la audaz locomotora,  
y en que a los muertos canten y a la aurora  
los bardos que el dolor mantuvo enfermos.

Y de la guerra tornará el soldado  
a sus lares tan dulces como oscuros;  
y se pondrá a arrancar, aunque cansado,  
las tristezas que el tiempo habrá colgado  
de su puerta vetusta y de sus muros.

Y las aras serán purificas;  
han de llenarse el templo de armonías;  
y encontrarán absortas las miradas,  
las bocas de los hijos ocupadas  
con el rezo creyente de otros días.

Y lavadas serán todas las manos;  
Y extintos han de ser, cuando eso fuere,  
Los odios que encendieron los hermanos.  
Tal el alma lo piensa, tal lo quiere.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> “Canción de esperanza” del poeta Alfredo R. Placencia, Jalostotitlán, Jalisco, 1875-1930, escrita en esos años de la lucha armada. Alfredo R. Placencia, *Antología poética*. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1946, pp. 195-196.

## El trueno estalla en el campo

Como señalé anteriormente, las novelas de José Guadalupe de Anda presentan las circunstancias históricas, sociales, económicas y culturales de Los Altos de Jalisco en el marco de la rebelión cristera. Estas referencias trasladadas a los textos permanecen unidas entre sí, formando una totalidad, que de ser fraccionada correría el riesgo de no vislumbrar los motivos y el alcance de la revuelta, según la visión del autor. De Anda busca reproducir el retrato de una sociedad vista desde su espacio y anclada en un tiempo específico. Precisamente, esta asociación indisoluble del espacio frente a lo temporal, le permite al lector introducirse en la imagen de la región, evocada principalmente a través de los personajes y la forma en que éstos interactúan dentro del universo representado, ya que los mismos funcionan a partir de sucesos verosímiles específicos, como tendré oportunidad de comprobarlo a lo largo del estudio.

La disertación del trabajo que estoy defendiendo, se caracteriza por la explicación de la sociedad alteña en sus perfiles más significativos, con el objeto de penetrar en las raíces más profundas de su existencia, ahí donde el escritor revela las motivaciones de la población para levantarse en armas en contra del Estado. En este capítulo, el enfoque caerá en la vinculación del hombre con la tierra, dada la importancia fundamental que tiene en las sociedades campesinas. Pretendo substraer las ideas y formas de vida de los rancheros, ya que esto, como señalé en la introducción, le inyecta pleno sentido a la rebelión cristera y permite acceder a la sociedad recreada en las

dos novelas de José Guadalupe de Anda, *Los cristeros* y *Los bragados*. El desarrollo del tema se estructura a partir de desplazamientos sutiles, que oscilan entre escenas cotidianas concretas, y situaciones de mayor envergadura, vitales, no sólo para el marco histórico de la revuelta, sino para la caracterización del personaje que en este apartado me servirá de hilo conductor.

En *Los cristeros*, don Ramón surge como representante genuino del rancho alteño, forma parte de la tradición y la conservación de una sociedad apegada a la tierra, miembro emblemático de una legendaria colectividad que con la rebelión se convierte en uno de los testigos sociales que evita ser aniquilado por los eventos. Su personalidad revela la trayectoria de un hombre que vive los acontecimientos de forma pasiva, así como el proceso de degradación que experimenta en carne propia a raíz de los sucesos bélicos.

Dado que las novelas conservan vestigios de su tiempo en su estilo y perspectiva de la realidad, en ellas se representa la lucha ideológica del momento, quedando registrado el drama de dos mundos opuestos que se colisionan con fuerza: uno revolucionario, abierto a las nuevas demandas de la nación, y otro conservador, que en razón de la escasa movilidad de la región se muestra cerrado, en correspondencia con múltiples factores que han permitido consolidar la identidad de la zona.<sup>2</sup> Así, desde el momento que José

---

<sup>2</sup> Las observaciones de José Manuel Pereira de Olivera sobre el concepto de identidad, me sirven de apoyo para el estudio. Pereira de Olivera considera el concepto de identidad regional, en virtud de que cada región mantiene una personalidad colectiva (conjunto de referencias comunes), lo que la identifican como tal y la diferencian de otras. Para él, sobre todo, es de carácter humano, por lo mismo es un legado histórico y cultural propio del grupo a definir. Tomando en cuenta que cada región demuestra capacidades desiguales en su empeño por defenderla, consolidarla y transmitirla a posteriores generaciones en su afán de seguir creándola. *Pour un concept d' identité regionale en L' identité régionale*, Paris, Ed du CNRS, 1991, p. 85,

Guadalupe de Anda sirviéndose del narrador enfoca su atención en las tribulaciones de los lugareños a fin de resaltarlas, busca definir los alcances de la revuelta en su conjunto, accediendo a la tragedia social de una población renuente a aceptar otra dinámica, sencillamente porque los intereses del Estado son incompatibles con los de ella; tomando en cuenta que para el rancho alteño el orden religioso representa la norma social, la garantía de la continuidad de la vida misma.<sup>3</sup>

Desde el inicio de los acontecimientos narrados en la novela *Los cristeros*, la descripción del rancho Los Pirules funciona como imagen analítica de la zona, proporcionando los motivos y las causas que justifican la conducta de los personajes que lo habitan, ya que en su carácter de miembros representativos de la localidad, cada uno tendrá una misión que cumplir durante la historia narrada. Para hacerlo, el autor reúne en torno al rancho a hombres con caracteres y mentalidades distintas.

El rancho es el lugar designado ancestralmente; espacio abierto donde los hombres se conducen bajo sus leyes, conscientes de su deber de reproducirlas de generación en generación. El compromiso de los rancheros con la tierra va creando su mundo a partir de las relaciones y los mecanismos de subsistencia que dan razón del apego que mantienen con ella. De tal forma, en ese espacio transcurre la vida diaria de los rancheros, lo trascendente, lo habitual, lo repetitivo de sus faenas; ahí se plasman parte de las costumbres y las formas de vivir de los alteños. Situaciones detectadas asimismo en *Los*

---

citado en el ensayo de "Identidad y cancionero popular" de Catherine Héau, del libro *El verbo popular*, México, El Colegio de Michoacán, ITESO, 1995, pp. 127-143.

<sup>3</sup> Andrés Fábregas. *Op. cit.*, p. 199.

*bragados*, una vez que ha concluido la guerra y los hombres retoman el ritmo acostumbrado en su espacio vital.

Fuera del ámbito literario, resulta interesante observar que la mayoría de los estudios sobre Los Altos de Jalisco parten del contexto geográfico, lo cual les permite no tanto acotar la localidad, pues su objetivo no ha sido analizarla y delimitarla a través de su geografía, sino enmarcarla histórica y culturalmente.<sup>4</sup> Otros por el contrario, ven en la geografía un factor determinante en la conformación de la región<sup>5</sup> y en la manera que ésta ha condicionado a los hombres a lo largo de la historia, de tal suerte que el paisaje se convierte en fuente de información, como lo señala José Guadalupe de Anda en sus novelas. Un ejemplo representativo lo advertimos en los hombres que se dedican a la agricultura y a la ganadería, quienes sostienen un lazo íntimo con su medio ambiente, circunstancia que les permite conocer las condiciones del suelo donde viven, para sacar el mejor provecho de unas tierras que por naturaleza son poco productivas, condicionadas a ritmos estacionales fluctuantes, que mantienen a los hombres en permanente preocupación, como se aprecia en el capítulo titulado “La Helada” de la novela *Los bragados*. Ahí se describen las condiciones de la ranhería del Romerillo, donde desamparados labriegos ven con temor acercarse la helada, clima que trae el hambre a la población:

---

<sup>4</sup> Es común describir el paisaje alteño a manera de introducción. Por citar un libro: Eliseo López Cortés. *El último cielo en la cruz: cambio sociocultural y estructuras de poder en Los Altos de Jalisco*, México, SEMS y El Colegio de Jalisco, 1999.

<sup>5</sup> Andrés Fábregas *op. cit.*, enfatiza la relación existente entre el hombre y su entorno. Sin embargo, ya desde finales del siglo XIX, Ramón Sánchez, *op. cit.*, se había detenido en esta observación, sobre todo porque permite comprender las estructuras sociales de la comunidad, principalmente en el aspecto económico.

Un vientecillo sutil, frío como hálito de sepultura, sacude los milpales. Presagio del mal tiempo para las sementeras.

Míranse semblantes compungidos de labriegos que auscultan con terror aquel cielo maravillosamente azul, anuncio de la helada.

Reunidos en grupos a las puertas de sus casas, los campesinos comentan la gravedad del caso. Las mujeres los escuchan en silencio, rodeadas de los chicos y los perros, que también parecen comprender la amenaza del hambre que los acecha; están quietos y mustios.

Parlotean alborotadas las golondrinas, y las auras pelonas vuelan hacia el sur, anunciando la helada con siniestros graznidos.

–Qué feo está esto, Ulogio.

–Sí, Tomás, está enfriando mucho; ya apareció la guadaña en el cerro de los Gallos, y mañana es día de San Miguel, ¡Dios nos guarde!

– ¡Madre del Perpetuo Socorro, cuídanos! –invocan a la Virgen las mujeres, levantando los ojos al cielo. (LB, p. 136)

A través del fragmento se puede apreciar el grado de dependencia del ranchero hacia la naturaleza y las condiciones del entorno; esta posición aunque incierta, le permite usufructuar el suelo de la mejor manera posible. Como ya se indicó, en las novelas de José Guadalupe de Anda se valora el entorno geográfico de la localidad y la organización de la sociedad compuesta por pequeños propietarios dedicados a la ganadería y a la agricultura de temporal.<sup>6</sup> En una escena de la misma novela, en el capítulo “Los medieros”, se describe el contacto de los rancheros con su entorno, narrándose cómo los hombres aguardan la cosecha, teniendo de antemano comprometida las ganancias de aquélla. Las opiniones se dividen partiendo de las necesidades individuales o familiares de los hombres reunidos, desde solventar deudas, comprar ropa para la familia, darle dinero a sus mujeres para que paguen sus mandas, o los que, con muchas restricciones salen al día, viviendo en constante endeudamiento por los compromisos del juego:

---

<sup>6</sup> Se puede obtener información sobre el tema en el libro de Patricia de Leonardo “El impacto del mercado en las diferentes unidades de producción. Municipio de Jalostotitlán, Jalisco”, en *Economía y sociedad en Los Altos de Jalisco*, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, Editorial Nueva Imagen, 1978.

Los medieros de Los Pirules, terminadas sus faenas campestres, están sentados en derredor de una carreta en descanso.

Conversan alegremente sobre la magnífica perspectiva de las labores.

El optimismo rebosa en sus semblantes.

Los milpales comienzan a espigar. Los potreros están pachones de pasto. Los "tanques" están rasitos.

– ¿Cómo la ves, Marcos? –le pregunta don Juanito.

– Ladeadita; pero llegará, como aluego dicen. El temporal es bueno. Yo, con el favor de Dios, espero levantar por las cien fanegas de maicito. Ya con esto tengo pa' pagar unos centavos que debo, comprar una yegüita regular pa' echársela al caballo de don Simón, a ver si me hago de una buena cría, mercales unos hilachos a mis muchachos y dar a Marcelina mi mujer pa' que pague unas mandas.

– ¿Mandas de qué?

– Pos ya ustè sabe lo que son las mujeres, don Juanito. Que ya porque se perdió el pollo, una entrada de rodillas; que una puerca tuvo dificultad en la parición, un milagro de plata; y que si un muchacho se tapó con tunas, una vela de peso. Y ansí, pa'qué se la corro larga; las mujeres nunca tienen a los probres santos en descanso.

– Vaya, hombre, pos Dios quera; y que te salga bien la cuentecita.

– Engual que yo –se lamenta Bartolo El Enmaizado-, estoy como una custodia, lleno de picos por todos lados; le debo hasta a don Zacarías el peluquero lo de las trasquiladas... Con el poco maicito que coseche apenas llegaré al mes de junio; ¡sea por Dios...!

– ¿Y tú?

– ¿Yo? –gruñe Agapito El Culebro –saldré como Juan Panadero y el toro: golpe a golpe, no me va a sobrar ni madre... suerte jija de... Primeramente, me perdí; y los pocos moloncos que levanté son pa'l Macho Pelón, que le debo doscientos pesos que me ganó el otro día en una jugada.

– ¡Oh! pero es que te gusta mucho el naipe...

– Pos sí, pues. Si me "hicieran" de Lorenza mi mujer, ya la habría jugao en un albur... Es lo único que me queda, y pa' esto ya está muy... trasteada.

(...)

Siguen las lamentaciones, los comentarios y las cuentas alegres, entre aquella gente aguerrida y tenaz, que le arranca a la tierra paupérrima sus frutos, con sudor y esfuerzos inauditos. Un buen año en Los Altos es un año santo. (LB, pp. 29-31)

En un intento por penetrar con mayor agudeza en la sociedad ranchera, el narrador formula su punto de vista acerca de los pueblos y los hombres que los habitan, apoyándose para ello en el discurso del paisaje edificado. A efecto de no perder los detalles ofrecidos al respecto, es necesario observar la arquitectura del poder eclesiástico mediante la construcción de iglesias que son subsidiadas por el pueblo. Al hacerlo, el lector comprobará que el edificio más importante es precisamente la iglesia, ubicada al centro de vetustas poblaciones, que por su tamaño y suntuosidad, contrastan con la dimensión de los pequeños poblados, integrados por viviendas parcas y grises, ausentes de color, en correspondencia con el paisaje y la forma de ser de sus moradores.

Además, la arquitectura eclesiástica se mantiene como una radiografía materializada del control social e ideológico con los cuales la institución legitima su poder ante la sociedad. En vista de su alusión constante, pondré un ejemplo de cada novela. El primero, es una escena de *Los cristeros*, correspondiente a la descripción de Rincón de Chávez:

Ya se divisa el parduzco campanario, a cuyo derredor se agrupa el caserío, ceniciento e informe, con sus corrales de ramajos y piedra, órganos y nopaleras.

El villorrio parece asfixiarse con la aglomeración de tanto peregrino que congestiona sus retorcidas callejas. (...)

La congregación poco a poco va quedando desierta. (...)

Burros esqueléticos, vacas anémicas abundantes de cuernos y escasas carnes, perros callejeros y cerdos vagabundos, discurren nuevamente por las calles y la plaza del pueblo, hurgando a su sabor y antojo en los montículos de basura acumulados en las esquinas.

El villorrio recobra su silencio y sordidez habituales. (LC, pp. 54-62)

El segundo ejemplo, recrea la imagen de uno de tantos pueblos de Los Altos de Jalisco por donde pasa la familia del maestro Pablo, en *Los bragados*:

La recua ha traspuesto la loma señalada por Marcos.

Ya se divisa el pueblo legendario, escondido en el fondo de una árida hondonada, sembrada de cenizas.

El caserío se agrupa en derredor de dos torres suntuosas, testigos de portentos y milagros.

El pueblo se agranda.

La recua se precipita repiqueteando sobre el empedrado de las primeras calles de San Isidro del Río.

Surgen, alineadas, recostadas unas sobre otras, las recias casonas coloniales, de cara adusta y fondos tenebrosos.

Como un parpadeo, revientan los botones de lumbre de los foquillos que iluminan la ciudad, reflejando su luz roja en los charcos de la calle, como dos grandes manchas de sangre. (LB, p. 65)

Nótese que en los ejemplos anteriores el narrador trata de crear una atmósfera lúgubre para desarrollar eventos sin una carga de aparente violencia. Por el

contrario, en los lugares donde se suceden actos brutales es común encontrarse con una descripción colorida del espacio. De tal manera que siempre se intenta contrastar las fisonomías de los pueblos con los acontecimientos que ahí suceden; en casi todos los episodios brutales, los actores principales son los cristeros. Por ejemplo, en la primera novela, en el capítulo “La toma de San Miguel”, el lector descubre que a pesar de ser de noche y de encontrarse bañado por una lánguida luna, el poblado no pierde su alegría, “El blanco y risueño caserío está medio iluminado por débiles rayos de luna anémica en menguante”. Lo mismo puede decirse de la población donde viven los agraristas de Palo Blanco, quienes a pesar de sus actos irreverentes dentro de la iglesia no logran arrebatarle al entorno su esplendor, como lo harán posteriormente los cristeros: “El templo, donde ahora los herejes agraristas tienen sus juntas y sus bailes, se destaca en medio del risueño caserío”. Del igual modo, cuando llega el momento climático de la obra y los soldados cristeros son recibidos con alegría por el pueblo que le rinde culto, sin sospechar lo que sucederá horas más tarde: “Entrando el día llegan a San Isidro, con un sol esplendoroso (...) en medio de jubilosos repiques, música y aclamaciones de todo el pueblo en masa”, (LC, pp. 105, 219, 243).

También aparecen en las novelas de José Guadalupe de Anda algunos símbolos asociados a la dinámica de la sociedad. El más significativo es, desde luego, la cruz. El símbolo hace referencia a la muerte como parte del sistema de vida de una sociedad que convive estrechamente con ella debido a la violencia de la población. En su momento veremos cómo funciona este símbolo en el universo representado en los dos textos.

Ahora bien, bajo el signo rural, la estructura económica de la sociedad se encuentra determinada por el rancho, pequeña propiedad integrada por núcleos familiares dedicados de manera prioritaria a la ganadería; unidad familiar que a través de mecanismos hereditarios consolidó y amplió su patrimonio por medio de matrimonios entre familiares. A lo largo del tiempo, dicho sistema se fue consolidando, de tal manera que logró fortalecer una serie de especificidades en la población.<sup>7</sup> Precisamente por ello, no existe en la historia económica de la región un núcleo productivo tan importante como el rancho. De hecho, para la historia de la localidad, el rancho, al lado de la Iglesia, se mantiene inseparable de las relaciones sociales establecidas por la comunidad.

En tal virtud, se concibe la alteña como una sociedad de rancheros que valoran en grado sumo la tierra y el ganado, y por su carácter extremadamente religioso, como el personaje analizado en el presente capítulo. Para la sociedad, los conceptos de alteño y católico forman una unidad indisoluble; partiendo de esta realidad, podemos entender los orígenes de la rebelión cristera.<sup>8</sup> Dentro del modelo a seguir en la novela, don Ramón representa a los propietarios que nunca se levantaron en armas a pesar de las exigencias del clero local. Don Ramón es el típico rancharo católico que vive su vida apacible sin buscarse problemas. Si algo se le puede imputar en el trayecto de su

---

<sup>7</sup> La historia de la localidad se ha construido en torno a la tierra. Esto se inicia desde la conquista. La encomienda que recibieron los primeros pobladores asentados en la zona, fue resguardarla de los ataques de los indios chichimecas que azotaban continuamente la región poniendo en peligro la conquista. A su vez, tuvieron la función de proveer carne y mulas en las franjas mineras de Zacatecas y Guadalajara.

<sup>8</sup> En este renglón, Andrés Fábregas, afirma que para los alteños la guerra cristera fue una guerra de reafirmación identitaria, una defensa de los fundamentos organizativos e históricos de la sociedad regional. *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*, 1986, pp. 182-193.

actuación, es su vicio por el trabajo y los negocios.<sup>9</sup> No es fortuito que para Álvaro Ruiz Abreu, la actuación de don Ramón represente el punto de vista moderado del relato, el hombre que a pesar de sus creencias, acepta su religión pero se mantiene distante a sus requerimientos ideológicos y políticos.

Él no era de armas tomar, ni le gustaban las bolas. Era un hombre de paz, que no se metía con nadie; un hombre de labor, que fatigaba desde que Dios amanecía hasta anochecer. Para él sus tierras, sus animales, sus tratadas, sus caballos, y san se acabó... ¡Qué se iba a meter en camisas de once varas, ni qué le iba a buscar tres pies al gato!... (LC, p. 62)

El rancho Los Pirules es el territorio donde don Ramón habita con su familia, y constituye el núcleo humano donde recae la atención del narrador para plantear los acontecimientos de la zona. El lector se convierte en testigo de las transformaciones que sufrirá ese espacio a raíz de los sucesos bélicos. Mientras las amenazas de la rebelión permanecen lejanas, en el ambiente lugareño se recrea la tranquilidad habitual del entorno a pesar de las dificultades cotidianas que viven sus moradores. La descripción del espacio exterior le permite al lector entrar en contacto con el mundo de los rancheros: la interacción con la naturaleza, con sus ruidos, con sus imágenes, con los sonidos de los animales, con los colores, con las canciones y las palabras del entorno escuchadas diariamente a distancia; en general, con todo aquello con

---

<sup>9</sup> La religiosidad y la entrega al trabajo son otros de los atributos de los alteños: “Los alteños se autodefinen como rancheros. Con ello se quiere decir que son gente que valora la tierra y el ganado, ante todo el caballo y las vacas. Son conscientes de su sentido empresarial profundamente individualista y orientado hacia el trabajo (...) Son religiosos, católicos profundos: “para ellos alteño y católico son categorías intercambiables...” Pedro Tomé Martín y Andrés Fábregas. *Entre mundos. Procesos interculturales entre México y España*, Guadalajara, Colegio de Jalisco/ Diputación Provincial de Ávila /Instituto Gran Duque de Alba / Universidad de Guadalajara, 1998, p. 37.

lo que sus habitantes se identifican dentro de su medio. Es un mundo de objetos que se percibe por medio de los sentidos:

Muge la vacada entrando a los corrales.  
 Berrean los becerros  
 Alegan en voz alta, en disputa de campo, las gallinas.  
 Traquetean a lo lejos las carretas, camino de las trojes, y se presentan las primeras avanzadas de la noche...  
 (...)  
 Noche de plenilunio, de dulce tranquilidad campesina.  
 Ladran los perros, espantados con las sombras, y en el monte aúllan los coyotes.  
 En los jacales ronronean los metates, lloran los críos y se escuchan lánguidas canciones lugareñas, acompañadas por un organillo de boca. (LC, pp. 36 y 39)

Por consiguiente, en el rancho se encuentran confinados los bienes, las reservas de manutención y los animales. En él se proveen alimentos para el hogar, no sólo los que se producen para nutrir físicamente a los moradores, sino también espiritualmente, como tendré oportunidad de advertir en el siguiente capítulo. Justamente, las actividades realizadas por don Ramón dentro de su propiedad forman parte de su existencia; el apego sociogénico al entorno adquiere dimensiones sagradas, al grado de convertirse en su verdadera religión, la cual se ve complementada por su misma necesidad de Dios. Esta urgencia divina se encuentra relacionada con aspectos tan sencillos como la espera regular de la lluvia en beneficio de la agricultura y la ganadería. Por eso, cuando él rehúsa ir a la peregrinación a causa de su trabajo, no es el pretexto que antepone para evadir el compromiso, sino que efectivamente a diario lo absorben las tareas propias de su labor, rutina que regula su forma de vida. A pesar de que su madre le recuerda sus obligaciones con Dios, don

Ramón atiende la orden con resquemor, ante todo, en estricto apego a los códigos morales de la comunidad y no porque esté de acuerdo en el orden de las cosas:

–Que ai iremos otro día a la peregrinación, porque mañana hay mucho quihacer.

–No, señor: Dios primero que todo.

–Pero, madrecita...tenemos que reforzar la presa, capar unos puercos, curar los bueyes y preparar la tierra pa'l trigo. No podemos ir.

–Ya le digo a usted: Dios primero que todo. Él proveerá.

Don Ramón se rasca la cabeza contrariado; pero no puede desobedecer a su madrecita.

–Mira, hijo: –le dice notando su contrariedad- al que es buen cristiano Dios lo ayuda. San Isidro Labrador,<sup>10</sup> cuando andaba en este mundo arando la tierra, dejaba el arao a medio surco y se ponía en oración; entonces, Dios Nuestro Señor, en recompensa, mandaba una pareja de ángeles que le siguieran arriando la yunta...¡Y vieras visto qué cosechas levantaba el santo (...) Así es que no te preocupes por los bueyes y por las siembras, que Dios te ayudará. (LC, pp. 40-41)

Pese a todos los argumentos en contra, vemos a un personaje que se conduce en conformidad a la función que le toca desempeñar en la vida, con la familia y con la sociedad.<sup>11</sup> Esta misión laboral lo empuja a que sus faenas se encuentren por encima de los eventos eclesiásticos, pues don Ramón conoce la forma de compensar a Dios a través del cumplimiento fiel de sus responsabilidades con la Iglesia:

---

<sup>10</sup> San Isidro Labrador supone la reiteración anual de los ritos agrarios con el fin de activar la naturaleza tras la siega. Pedro Tomé Martín y Andrés Fábregas. *Ibidem*, p. 50.

<sup>11</sup> Este es uno de los temas importantes que Francisco Medina de la Torre apunta: “son sufridos en las adversidades, muy susceptibles y delicados en su amor propio, hasta la exageración. Muy exactos en sus negocios y muy formales. Para su mujer é hijos es todo su trabajo, y hemos visto hombres que á penas visten, pero su familia aseada y modesta, según su posición. Son muy amantes de las mejoras materiales, como lo revelan el caserío de la población y los edificios públicos, y las mejoras de progreso y cultura deseáramos que se atendiera más, con lo cual alcanzarían más importancia social”. “Apuntes geográficos y estadísticos del municipio de San Miguel El Alto” en *Estadísticas de Los Altos de Jalisco (1838-1908)*, 1998, pp. 129-130.

Un buen creyente sí; año por año hacía los ejercicios cuaresmales y descargaba su conciencia; rezaba al acostarse, bajaba los domingos a misa y pagaba sus diezmos con religiosidad. (LC, p. 44)

A raíz de la rebelión, el narrador evidencia cómo se fractura la relativa tranquilidad de la sociedad a causa de los sucesos bélicos que sorprenden a unos habitantes que no están preparados para la guerra. La representación de ese mundo confinado, de su medio ambiente y de su vida cotidiana, con la abrupta combinación de los hechos inesperados, le imprime a la región nuevos ritmos nocivos a sus habitantes. Por eso cuando el clero detona los hechos sangrientos en el lugar, automáticamente cimbra toda la base social de la población. Desde luego, me interesa aquí demostrar cómo la sociedad en la voz de don Ramón vive los acontecimientos en pequeña escala. Citaré, en consecuencia, un ejemplo revelador. El fragmento corresponde al diálogo entablado por don Ramón y su hijo Felipe. A pesar de ser padre e hijo y de convivir en el mismo espacio, existe una distancia considerable que los separa. Desde el punto de vista ideológico,<sup>12</sup> es el enfrentamiento de dos culturas y de dos generaciones lo que les impide una adecuada comunicación en los albores de la rebelión. Al respecto, lo importante, como dice Van Dijk, es ver cómo las ideologías son expresadas y vividas por sus actores y cómo funcionan en situaciones sociales complejas, tomando en cuenta la permanencia, es decir, quiénes somos, de dónde venimos, qué aspecto

---

<sup>12</sup> Para Teun A. Van Dijk, las ideologías les permiten a las personas, como miembros de un grupo, organizar la multitud de creencias acerca de lo que sucede, bueno o malo, correcto o incorrecto, según ellos y actuar en consecuencia. Las ideologías además, aparte de ser aprendidas y modificadas por una serie de experiencias personales, pueden además ser elaboradas a partir de afirmaciones ideológicas en el discurso. Aquí caben las conversaciones políticas y religiosas. Por ejemplo la propaganda tiene la función de afectar directamente las actitudes e ideologías de la comunidad, como una estrategia de manipulación. *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 71-75.

tenemos, quién pertenece a nuestro grupo; las actividades, los objetivos, los valores y normas de la sociedad, en el aspecto de cuáles son nuestros valores más importantes, cómo nos evaluamos a nosotros mismos y a los otros, y qué debería y no hacerse.<sup>13</sup> El narrador señala indirectamente una problemática que afecta a los rancheros sedentarios y a las nuevas generaciones que salen de su medio. Los segundos, una vez que retornan al seno familiar, no sólo no se someten al sistema, sino que intentan revitalizar los fundamentos de la sociedad que los vio nacer:

– ¡Algame Dios...! Aquí me tienes con la cabeza hecha una baraña, sin hallar qué hacer. Tú sabes que yo no soy de armas tomar; que no me meto con naiden, ni me gustan las bolas...Pa' mi, mi rancho, mis caballos, mis animalitos y amén y santas Pascuas.

– Bueno, padre, ¿por qué se preocupa? Se queda usted en su rancho viendo sus tierras, cuidando sus animales, atendiendo sus negocios, y que ruede el mundo.

– Pos sí, hijo, pero...

– ¿Pero qué, padre? ¿Quién lo obliga a meterse en la bola?

– ¿Cómo, quién? ¿Pues qué no es uno creyente? ¿Cómo quieres que se quede uno tranquilo, mirando que le quitan a Dios?

– No, padre, nadie se mete con Dios. Estás, acá, son cosas de los hombres. Se trata nomás de que los padrecitos no quieren ajustarse a las leyes de la revolución; por eso están pasando todas estas cosas y...

– ¡Ya! ¡ya! ¡ya!... ¡Párale!, ¡párale! ...Yo de eso no entiendo; pero lo que sí te digo es que se hace muy cuesta arriba quedarse sin misa, sin confesión, sin bautizos, sin indulgencias, y lo peor de todo, sin padres que lo auxilién a uno a la hora de la muerte. Y así estamos orita: las iglesias cerradas y los probes padrecitos escondidos. ¿Pos cómo ha de ser eso? Ora dime: que nace un muchacho, ¿quién lo hace cristiano?; que tiene uno un difunto, ¿quién le echa los responsos? Que se ofrece un casamiento, ¿quién les hecha la bendición a los novios? Y que se llega la hora de entregar cuentas a Dios nuestro Señor, hazme el favor de decirme ¿quien lo ayuda a uno a salir de ese atascadero? ¡Onde que el diablo no duerme!... (LC, pp. 89-90)

Existen motivos que a Felipe por su misma ideología le impiden penetrar en la mentalidad de su padre. Para don Ramón, el papel del sacerdote en la sociedad tiene una misión reguladora en todas las situaciones humanas. Al celebrar los cultos religiosos, los clérigos no sólo piden ayuda divina para la

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, 95-96.

población en los trances más difíciles, o bendicen a la gente cuando nace y muere; existe otra razón aún más específica, implícitamente sobreentendida en la función que éstos desempeñan dentro de la comunidad rural: los sacerdotes tienen el poder de bendecir las labores del campo, la tierra, las semillas, los animales y las herramientas del trabajo. En este episodio observamos que cuando el narrador cede la voz a don Ramón para expresar sus sentimientos, queda al descubierto la compleja red de relaciones sociales y culturales impuestas en gran medida por el poder clerical. La asociación discursiva del personaje acerca de sí mismo y su realidad práctica, entrelazada con el discurso ideológico de la Iglesia, acentúa la trascendencia de su expresión, que en suma es el testimonio vivo de un sector de la población rural que se mueve bajo esos requerimientos fundamentales para subsistir. Por un lado, el diálogo revela el dogmatismo religioso que lo condiciona y al cual se debe; por otro, refuerza su propia resistencia a los hechos de guerra porque existen para él otras obligaciones inaplazables que lo motivan a mantenerse al margen de los eventos: el deber que el hombre ranchero mantiene con el trabajo y con la familia.<sup>14</sup>

Llegamos aquí a una conclusión muy importante: vemos a un hombre que en una actitud de resistencia a los acontecimientos continúa dando satisfacción a sus necesidades cotidianas en medio de la guerra, como una forma de preservar la identidad; al hacerlo, defiende su dignidad personal y manifiesta una negativa rotunda a la introducción de cambios a su forma de vida, representadas por el avasallamiento que sufre la población de parte de

---

<sup>14</sup> Andrés Fábregas explica que la relación de los campesinos con la tierra se halla determinada por las relaciones de producción del trabajo social. Precisamente serán estas mismas relaciones las que van a transformar la tierra en propiedad privada o comunal y no la relación directa que el hombre mantiene con la naturaleza. *La formación histórica de una región: Los altos de Jalisco*, 1986, p. 116.

formas culturales ajenas. Por lo mismo, la distancia que separa a don Ramón y a muchos de los lugareños levantados en armas, es sólo una cuestión de actitud en la manera de encarar los acontecimientos. Mientras que la mayoría de los hombres mantienen una posición ofensiva contra el gobierno, don Ramón en un estado de aparente pasividad sobrelleva la tragedia de la guerra dentro de su rancho; tanto unos como otros los mueve la defensa de la identidad regional, identidad conformada alrededor de la tierra y de la religión.

Durante la Colonia, en Los Altos de Jalisco los hombres acreditaron su condición económica ante la sociedad a través de la adquisición de predios. A partir de ese momento, la tierra se había convertido en sinónimo de poder. En el tránsito de la vida, los alteños adquirieron grandes extensiones de tierras sin importarles que la mayoría tuviera poco valor para trabajar en ellas. Una vez superada la guerra de independencia, los criollos alteños lograron convertirse en la clase dominante por excelencia en la localidad.<sup>15</sup>

En las novelas de José Guadalupe de Anda se distinguen claramente las relaciones de producción instituidas en la sociedad con base en dos categorías: el patrón y el trabajador en sus múltiples formas asalariadas, así como en la renta de tierras por conducto del propio dueño. Extratextualmente, los vínculos laborales que persistían en la zona a partir de la unión entre el patrón y el peón (jornalero), perduraron en la zona durante mucho tiempo. Por lo regular, el peón era un campesino de condición humilde que a veces poseía algún pequeño predio. Entre 1910 y 1930 en Los Altos se distinguieron tres modalidades de peón: el peón del campo (dedicado al cultivo), el peón de hacienda (fungía como sirviente de tiempo completo) y el peón de ciudad

---

<sup>15</sup> José Antonio Gutiérrez Gutiérrez, *Los Altos de Jalisco*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, pp. 324-326.

(quien laboraba como albañil y no tenía casa ni la opción de cultivar alguna huerta). Aproximadamente entre 1870 y 1915, el dueño ofrecía todos los medios de producción y el campesino aportaba solamente su trabajo; de esta forma el terrateniente se quedaba con las tres cuartas partes de la ganancia y una le correspondía al trabajador.<sup>16</sup>

Esta realidad se encuentra presente en las dos novelas. En *Los cristeros*, el enfoque principal se le otorga a los medieros, a los jornaleros y a los pequeños propietarios, grupos que en su mayoría tomaron el mando local de la gente levantada en armas en resguardo de sus tierras, pues para los alteños defender su tierra implicaba defender su religión, y el orden establecido entre los hombres por mandato divino. Desde esta perspectiva, sobresalen las diferencias sociales dentro de la comunidad:

A la vista de su pequeña propiedad, se reanima; levanta la cabeza y aviva el paso de su cabalgadura; respira con amplitud, satisfecho, como si el aire de aquel fuera otro, que le llevara energías y entusiasmo.

Un inusitado alboroto entre la gente del rancho, lo hace detenerse, sorprendido.

En las puertas de los jacales hay grupos de medieros y peones que comentan el paso de los sublevados.

– ¿Pos qué pasó? –pregunta don Ramón–. ¿Qué mitote train?

–Pos que ha de ser, amo, –le contestan rodeándolo–; que acaba de pasar Policarpo con un titipuchal de gente, rumbo al Cerro Colorado, a la revolución.

–Bueno, ¿y qué?

–Pos que nosotros también queremos ir, y sólo esperamos a su buena persona pa' pedirle su venia. Así quedamos con Policarpo. (LC, pp. 92-93)

En el relato, el padre Vega, conocedor de la mentalidad y del apego de los hombres a su patrimonio, logra imbuir a los rancheros de la amenaza del

---

<sup>16</sup> “En los Altos el usurero, el comerciante, el terrateniente y el señor del ganado fueron reunidos en una sola persona, miembro de la oligarquía, que no devino en un capitalista frenado sino consolidado tal como hoy llega a nuestros días.” Andrés Fábregas. *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*, 1986, pp. 115-116.

reparto agrario.<sup>17</sup> Aquí capta muy bien el escritor lo que representaba la lucha agraria en la población,<sup>18</sup> pues su argumento siempre fue que el reparto en la localidad ya se había efectuado por medio de la práctica hereditaria, como lo señalé arriba.<sup>19</sup>

–Pues sí, como les decía– se dirige nuevamente a los labriegos–, todos los buenos cristianos tienen obligación de defender la santa causa de Dios, y luego sus propios intereses. Porque deben saber que en todos los pueblos que quedan atrás, desde Lagos hasta San Miguel, las tierras vienen siendo repartidas por el gobierno, y el día de mañana que lleguen por aquí, harán otro tanto con los terrenitos todos de ustedes; vendrán a quitárselos esos agraristas ladrones, apoyados por el perro gobierno ... (LC, p. 81)

Sin que De Anda lo mencione en su segunda novela, una vez concluida la rebelión cristera acontecieron grandes migraciones a los Estados Unidos, dejando a los propietarios sin fuerza de trabajo. A pesar de implementarse algunas soluciones<sup>20</sup>, no fueron lo suficientemente atractivas para detener el tránsito de numerosos lugareños.<sup>21</sup>

---

<sup>17</sup> En la obra citada obra, *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*, de Andrés Fábregas, se expone de manera detallada la cosmovisión del campesino alteño, quien describe al agrarista como un “mantenido del Estado”, razón por la cual estuvo obligado con la política impartida por él. En cambio, para el campesino alteño, su compromiso lo tenían con el gobierno eclesiástico. pp. 2001-2002.

<sup>18</sup> Sobre el asunto, consultar la obra completa de Moisés González Navarro. *Cristeros y agraristas en Jalisco*.

<sup>19</sup> Pedro Tomé Martín, Andrés Fábregas Puig, *Entre mundos. Procesos interculturales entre México y España*, 1998, p.76. Por ejemplo, Yolanda Padilla Rangel considera que el problema de la tenencia de la tierra y la religiosidad no agota la explicación del movimiento cristero, ya que desde su punto de vista fue una protesta regional en oposición contra el Estado centralizador, que no consideró los rasgos culturales de cada región. “Algunas consideraciones en torno a la religiosidad alteña en Aguascalientes” en *Aguascalientes y Los Altos de Jalisco: una historia compartida*, México, El Colegio de Jalisco/ Gobierno del estado de Aguascalientes, 1997, p. 63.

<sup>20</sup> Por ejemplo, en vista de la crisis económica de la región, los patrones tuvieron que hacer algunas concesiones para evitar que algunos medieros se fueran, favoreciendo el trato a sus explotados, pues antes de la guerra el campesino vivía humillado.

<sup>21</sup> Este fenómeno atrajo a Paul S. Tylor. En 1933 publicó una monografía donde explica los factores que impulsaron a los alteños a emigrar a los Estados Unidos. *A spanish-mexican*

Dentro del contexto del rancho y para la vida de los rancheros, el caballo se convierte en el elemento masculino por excelencia. Por lo mismo, juega un papel de primer orden en los sucesos narrados. Será en el capítulo titulado “El saqueo”, donde el caballo se transforme en un personaje más que anuncia la tragedia que se avecina. El pasaje de la caída de don Ramón de su caballo, cuando intenta huir de los cristeros rebeldes, adquiere gran significado dentro de los acontecimientos. Su salida inesperada fuera del rancho para proteger a su caballo como uno de los tesoros más valiosos resulta inútil; pues no logra evitar el asalto con todas las implicaciones violentas de las que es sujeto. El accidente que sufre en el trayecto de su huida, tiene lugar, de alguna manera, por encontrarse vulnerable fuera de los límites protectores del hogar, pero ante todo, por el abuso de algunos cristeros que han discurrido que su lucha tiene otros fines personales. Con un pie en el futuro, el caballo es el signo que anuncia los hechos por venir. El incidente dramático presagia la caída económica y moral que sufrirá el personaje a causa de la revuelta:

Don Ramón viene apoyado en una vara de granero, arrastrando una pierna. Su cara es una bola de sangre sanguinolenta, cubierta de pelos. Sin sombrero, el pelo alborotado, corriéndole arroyos de sangre por la cara y el cuello.

La ropa hecha jirones, deja a descubierto las piernas y la espalda llenas de raspaduras y moretones.

Corre llorando doña Trinidad a abrazarlo.

– ¡No me toques! –le grita con aspereza–; ¡vengo hecho garras...!

Las mujeres de la ranchería lo rodean gimoteando.

Al entrar al jacal de María, se encuentra doña María Engracia.

–Madre –le dice con voz doliente–: mire cómo me han dejao esos hombres que dicen defender a Dios...– y le enseña el pecho desollado, las piernas y los brazos sangrantes.

(...)

– ¿Pos qué te paso, hijo? –le pregunta con voz acariciante.

–Pos ya lo ve, madrecita, me medio mataron esos hombres por quererse llevar mi caballo. Se me echaron encima como unos diez; ¡pero pos ónde me iban a alcanzar en el Carey...! Viendo que no podían agarrarme me echaron una granizada de balazos y me mataron el caballo. Yo quedé tirado entre unos garabatillos, sin sentido, y de allí me levantaron a atropellones y cintarazos, me echaron un lazo al pescuezo y me arrastraron quién sabe hasta onde, dejándome tirao como muerto...Cuando volví en sí, arrastrándome me juí a ver a

mi caballo. Allí estaba el pobrecito todo abujerado a balazos, con las patas tías, el hocico entreabierto y los ojos pelones... ¡Mi bestia tan fina, tan buena, tan noble, que no reconocía rival por todos estos rumbos! ¡Que nunca supo lo que era perder una carrera, ni que capaz se le fuera un toro...! ¿Pos qué les hacía mi probecito animal...? ¿Dígame, madrecita, si eso manda la santa ley de Dios? –termina tembloroso, limpiándose los hilillos de sangre que todavía le escurren por las barbas. (LC, pp. 196-197)

Otro pasaje, que a continuación transcribiré, es significativo para el planteamiento del mismo capítulo. Es la momentánea imagen del desenlace de los hechos, donde se enquista uno de los incidentes más intensos de la narración. El narrador describe los sentimientos de don Ramón a través de un viaje fugaz al centro de su ser. En sentido metafórico, nos introduce a la génesis de la existencia misma; espacio espiritual donde el hombre se fusiona con la naturaleza más allá de los avatares de la vida. Bajo el signo de la historia, la misma estructura del relato declara la fractura original que padece el personaje. Es la separación del hombre de su entorno, cimentada sobre los estragos mortales de los sustentos más trascendentales de su existencia. Con la imagen percibimos a un hombre que se niega a abandonar su reciento sagrado, sabiendo que de hacerlo, su mundo perderá irremediamente su sentido original. Esto implicaría la pérdida absoluta de su identidad. El escenario donde se desarrolla la escena se encuentra libre de barreras materiales, lo cual le permite a Don Ramón entrar en contacto directo con la naturaleza que en ese momento, al igual que el caballo, ha asumido la función de un personaje más dentro de los hechos. Ambos asumen el primer plano de reflexión. El vínculo entre ellos es tal, que es el mismo don Ramón quien termina por humanizar el campo que de igual forma padece los estragos de la guerra. A pesar de la aparente sobriedad de la escena, el narrador logra un efecto poderosamente emocional:

Desde aquel día don Ramón no levantó la cabeza; había perdido el buen humor, las energías, las ganas de trabajar.

Se pasaba las horas sentado en el portal del rancho, rodeado de sus perros, con la cabeza entre las manos, sin despegar los labios.

Los cristeros lo habían hecho garras. Le habían llevado grandes partidas de ganado; de las manadas sólo quedaba algunos potros relajos que andaban remontados. Ni un buey de trabajo, ni un caballo de silla, hasta con los cerdos y las gallinas habían arrastrado...

Las labores estaban abandonadas, incultas, cubiertas de hierbajos y garruñales.

Y ahora con el saqueo, consumaban su obra, dejándolos en cueros.

—Ramón, ya no te apures tanto, —se le acercaba doña Trinidad palmoteándole la espalda—. Realiza los animales que quedan, vende cuanto aiga y vámonos del pueblo.

—No, eso ni lo pienses, Trinidad. Lo que es a mí sólo me sacan de aquí dentro de un cajón, con los pies pa' delante. Si acaban con todo y me dejan los puros terrones, yo no me iré de aquí a morir de tristeza al pueblo. Aquí seguiré aunque sea tirado de barriga al sol; pero en mis territas que tanto quiero, viendo a diario el cielo, los árboles, el campo, que desde que abrí los ojos siempre he estado mirando...

— ¡Pero hijo, por tu salud, hazte el ánimo y vámonos...!

— ¡Pero cómo me voy a ir, Trinidad, si parece que oigo que todas estas cosas me gritan que no las abandone, que no sea ingrato; si veo cómo cabecean los árboles, cómo diciéndome que no, que no los deje solos; si siento que la tierra me jala los pies...! ¡No, Trinidad!, ¡nunca! ¡nunca!...

Al ranchero se le arrasan los ojos, y doña Trinidad se limpia las lágrimas con la punta del rebozo... (LC, pp. 198-199)

Tal vez De Anda sin tener un pleno sentido de la significación profunda de la fusión del personaje con su entorno, con su descripción se asoma a un estrato del hombre primitivo presente en el ranchero, proyectando la reunificación del individuo con la naturaleza, como lo propone Carl G. Jung.<sup>22</sup> En este caso, la novela denota lo auténticamente unitario de la vinculación de don Ramón con su medio ambiente donde logra encontrar pleno sentido a su existencia, aunque más tarde las consecuencias de la guerra ocasionarán que sufra una fractura emocional irremediable:

Don Ramón permanece inalterable, como si no oyera o no le preocuparan los comentarios de Tío Alejo. Enciende un cigarrillo en la colilla de otro, y mueve los labios como si hablara solo. Con frecuencia hacía lo mismo, y gesticulaba con síntomas de enajenación mental. (LC, p. 256)

---

<sup>22</sup> Carl G. Jung *El hombre y sus símbolos*, España, Biblioteca Universal, 2000. p. 92.

Dentro de la estructura de la novela, la analogía establecida entre don Ramón y el rancho Los Pirules se vuelve interesante y reveladora. La apertura de la narración establece la primera imagen tranquila del rancho; de igual forma, don Ramón vive el ritmo natural de los actos cotidianos que condicionan su vida, arraigándolo continuamente a su espacio. Al hacerlo, irrumpe el icono del hombre fundiéndose con su entorno y sus dominios. Desde el momento en que el rancho sufre atropellos y don Ramón es desalojado de su entorno, automáticamente todo se destruye. Este es el significado que le aporta mayor sentido al personaje.

El mismo apego a su tierra se manifiesta con sus hijos por ser la prolongación de su existencia. Si la tierra se hereda, se heredan a su vez los sustentos de la estructura social en subsecuentes generaciones.<sup>23</sup> Por tal motivo, la protección hacia sus hijos cumple una función precisa, más allá de los instintos paternos. Cuando Policarpo muere, sucumbe parte de don Ramón. Este rasgo es sintomático porque Policarpo, pese a sus actos rebeldes y los trastornos continuos que le acarrearán a su familia, es el hijo que representa la continuidad de la identidad lugareña:

---

<sup>23</sup> Existen en la sociedad alteña varios criterios a seguir para heredar la propiedad y los medios de producción. El derecho a la propiedad se trasmite por ambos lados de forma igualitaria, mientras que la pertenencia al grupo ocurre por el lado paterno. El balance de este aspecto se establece a través de matrimonios preferenciales entre tío y sobrina. Estas relaciones son sociales y conllevan el traspaso de la tierra y las condiciones de trabajo, formando la base sobre la que se sustenta la tradición. La identidad de una persona está ligada a estas relaciones, al acceso a los medios de producción y a los mecanismos que lo controlan junto con la transmisión de la propiedad y la obtención de la misma. La relación de parentesco se materializó en la tierra y el ganado que se hereda por generaciones. Desde los primeros momentos de la colonización del territorio alteño, la unidad de parentesco se vinculó como propietaria de la tierra, privilegio mantenido a través del mecanismo hereditario entre sus descendientes. La rapidez con que los cristeros se levantaron en armas se posibilitó gracias a la existencia de esta forma de parentesco y la forma de proteger su patrimonio. Andrés Fábregas. *Op. cit.* pp. 69-75.

Después de la muerte de Policarpo, se pasaba los días enteros sentado en el poyo de piedra del portal, sin quitarse el cigarro de la boca, mudo como una piedra.

Cuando Felipe o tío Alejo, que le hacían compañía, le dirigían la palabra para distraerlo, apenas les contestaba con cortantes monosílabos o ligeros movimientos de cabeza. Estaba muy agobiado. (LC, p.253)

Esto se extiende asimismo a *Los bragados*, proyectando la imagen del rancho que retoma su puesto en la vida, pues únicamente los hombres pueden reconstruir sus vidas mediante el trabajo una vez que el tiempo ha pasado y se restaura el orden de las cosas:

Pasaron los años.

Las conciencias se tranquilizaron.

Volvieron a la normalidad los campos alteños. Se repararon los cercados destruidos; se araron nuevamente las tierras; reverdecieron los montes y se limpiaron los "tanques" azolvados. Volvieron a verse en los potreros las manchas multicolores de los ganados y a oírse en las majadas los vigorosos relinchos de una y otra manada. (LB, p. 17)

Al interpretar la realidad, José Guadalupe de Anda recrea en sus novelas la forma de vida de los rancheros alteños y la manera en que estos construyen su vida alrededor de la tierra, situación que durante la narración, mantendrá graves implicaciones a la hora de definir los acontecimientos en la localidad. El rancho representa el núcleo humano que va a determinar prioritariamente la historia individual y familiar de las personas que lo habitan, pues éste, como espacio medular, estipula las obligaciones y derechos de los hombres, a fin de fortalecer los mecanismos de parentesco y diferenciación social. Corresponde a los siguientes capítulos demostrar cómo opera esta realidad en los textos.

## En el recinto familiar

Cuando José Guadalupe de Anda establece el entorno social para la acción de sus obras, aspira a presentar una imagen verosímil de la vida en Los Altos de Jalisco. Tanto en *Los cristeros* como en *Los bragados*, De Anda ofrece una radiografía crítica de la zona, en la que se pueden detectar los móviles de los sacerdotes, la vida de los habitantes en sus momentos más íntimos y los vínculos que ambos establecen durante los hechos de guerra. Esta perspectiva sagaz, en momentos accidentada por las limitaciones de su propia postura ideológica, le permite despejar el horizonte de su interés, para enfocar los hechos desde la sociedad viviente que se desplaza según sus propias necesidades. La labor de cirugía emprendida evidencia un cuerpo social estructurado bipolarmente, en el cual se imponen dos instituciones que acreditan la conformación de la sociedad representada: la Iglesia y la familia.<sup>1</sup> La relación que a lo largo de los sucesos se construye entre las dos, decreta la forma de conducirse de acuerdo a sus propias leyes, probando ser el único medio de adaptarse al entorno para no ser rechazado por él.

Las instituciones se encuentran diseñadas como rompecabezas de dos piezas que admiten la permanencia de valores derivados de la creación de la

---

<sup>1</sup> La “institución” como tal, es un agente mediador entre los individuos y la sociedad, o un mecanismo que los sujetos emplean para conformarla. El concepto de “institución” tuvo su origen en la sociología, y se aplica para describir las labores a través de las cuales los individuos erigen y perseveran una sociedad. Las tareas comprenden múltiples objetivos, entre ellos su aspecto ético, función que en la institución familiar y religiosa tiene una de sus mayores expresiones. Se puede afirmar que, gracias a estas asociaciones, las instituciones mantienen una cierta autoridad moral ante la población. Jan Renkema, *Introducción a los estudios sobre el discurso*, México, Gedisa, 2004, p. 65.

identidad lugareña. Esta organización permite apreciar que dentro de la familia, las leyes que actúan en el interior de la casa, en un segundo momento son llevadas al exterior, situación que conforma el orden social, como veremos más adelante. A modo de grandes engranajes, la familia y la Iglesia regulan la conducta individual de los hombres a través de un sistema de roles sociales que deben asumir los involucrados, con tareas claramente definidas dentro de la sociedad. Si se observa de cerca este fenómeno social, no es más que la antítesis espacial entre la provincia aislada, cerrada y supersticiosa, donde se vive según sus propias leyes y preceptos religiosos, distinta en el ritmo de la capital del país, que en concordancia aparente con las nuevas demandas de la nación, logra mantenerse abierta a renovados proyectos. Tanto una como la otra se hallan separadas por distancias insalvables debido a situaciones históricas y culturales desiguales.

De acuerdo a lo señalado, surge la necesidad de estudiar en las novelas las circunstancias prácticas de esta dualidad en la concepción del mundo, por ser rasgos existentes en la población desde antes de estallar la revuelta, según la historia narrada, la diégesis de los relatos. Desde esta posición, en los relatos se impone la ideología de los pueblos alteños cuya presencia se halla inmersa en un paralelismo radical entre lo religioso, asunto central de esta primera parte de la tesis, y lo mundano, como lo señalaré en la segunda parte del trabajo. En el aspecto religioso, el narrador señala los códigos morales asumidos por la sociedad en su diario acontecer; en su mayoría, merecen la condición de sagrados, porque mantienen dentro de la población el consenso suficiente para imprimirle el carácter oficial reconocido por todos. De esta manera, la religión se convierte en el patrimonio máspreciado para la

población; su doctrina, asumida como verdadera e incuestionable, domina a los individuos logrando regular los derroteros de la comunidad. Esa misma correspondencia es posible detectarla en forma individual en cada uno de los personajes, principalmente en doña María Engracia, cuando la religión avasalla la vida íntima de cada uno dentro del espacio privado que habitan.<sup>2</sup> Estas condiciones se manifiestan sobre todo en *Los cristeros*, obra en la que se aprecia la forma en que la institución católica controla la conducta individual y social de la población a través de sus preceptos religiosos, valiéndose de sus habilidades y artificios para desplegar su poder sobre la comunidad. El narrador se ayuda de los personajes prototipos para involucrar al lector en esta realidad instaurada desde periodos vetustos. Para los fines de este capítulo, me interesa sobre todo describir el papel que desempeñan los integrantes de la comunidad como miembros de la institución religiosa, pues ella determina su innegable autoridad en la institución familiar. Para constatar este fenómeno social, es necesario analizar el discurso de los personajes, puesto que es ahí donde la ideología lugareña aparece mediada por ambas instituciones.

Para acceder a la institución familiar, que es el propósito de este capítulo, el autor otorga especial relevancia a María Engracia, personaje emblemático de la rebelión en *Los cristeros*. Ella emerge como representante colectivo de la mujer ranchera que ejerce su amplia autoridad en el seno familiar. Al ser la Institución familiar la célula por excelencia del organismo social, María Engracia representa el modelo inequívoco del arraigado sistema matriarcal que permanece inalterable en el interior del hogar, fomentando y

---

<sup>2</sup> Mircea Eliade explica el paralelismo establecido entre el templo y la religión en el hombre. Los templos se encuentran ubicados estratégicamente en el centro de las plazas, al igual que la religión que llega a convertirse en el centro de la existencia misma de los hombres, como es el caso de la sociedad aludida por De Anda. *Lo sagrado y lo profano*, Madrid, Guadarrama, 1967.

desplegando una serie de valores dentro de la sociedad.<sup>3</sup> En la revuelta, su actuación, al igual que la de muchas mujeres de su entorno, logra repercutir en los hechos, pues hombres de cada familia salen a luchar impulsados por sus mujeres.<sup>4</sup> María Engracia resume las pasiones más complejas de ese cuerpo social que se enfrenta inesperadamente a las transformaciones centralistas del Estado Mexicano, resistiéndose con todos los recursos propios de su condición femenina.

Pensar esto significa que en *Los cristeros* y en *Los bragados* se pueden encontrar razones históricas, sociales y culturales que justifican a la población para que llegue a actuar tal como lo hace durante el conflicto. Por lo cual, inicio con una descripción preliminar de los orígenes de sus fundamentos sociales, tomo en cuenta asimismo la historia de la localidad, en cuyas raíces se encuentra la exégesis de las narraciones.

Durante la Colonia, la Iglesia actuó en un primer momento como reguladora de la sociedad. La estrecha colaboración que mantuvo con la autoridad, le permitió agenciarse de grandes prerrogativas que se vieron reflejadas en la remuneración de misioneros y en la fundación de templos y conventos por todo el país. En gozo de su plena autoridad, la Iglesia pudo intervenir en infinidad de asuntos, puesto que durante su proceso de consolidación la sociedad requería un catalizador que fusionara cultura, religión y costumbres.

---

<sup>3</sup> “Las mujeres alteñas constituyen, pues, el vértice de toda la región; su mano marca la ruta de la sociedad aquella y son sus ideas las que pasan a los vástagos. En suma, queremos decir que en tales tierras, tomadas falsamente como paraíso del machismo, prevalece en cierta medida el matriarcado que se sustenta precisamente en las raíces de las mujeres alteñas, quienes siempre están al pie del cañón en lo que van y vienen los varones”. José María Muriá en *Aguascalientes y Los Altos de Jalisco: una historia compartida*. 1997, pp.74-75.

<sup>4</sup> De esto, González Navarro confirma que, “el reclutamiento del ejército cristero fue voluntario, si bien detrás de los hombres estuvo la mano femenina...” *Op. cit.*, tomo 2, p. 372.

En la conformación de la sociedad alteña, la Iglesia desplegó su poder en cuestiones de orden civil. La elocuente actuación de los ministros del culto se vio reflejada en su injerencia en el amplio espectro social, mediante las instituciones piadosas, las escuelas parroquiales y conventuales y las cofradías y hermandades que agruparon a la totalidad de la población para perseverar los mecanismos de diferenciación social. De esa forma, el clero controló también, cuando pudo, al capital. La suma de dichos factores le permitió a la Iglesia, por un lado, incrementar la concentración de la propiedad, y por otro, afianzar su poder político dentro de la sociedad, generando una posición privilegiada pero desfavorable para la comunidad que en una posición de vulnerabilidad se mantenía en completa dependencia hacia la institución.

En el siglo XVI, la autoridad del sacerdote tuvo tanto impacto en los alteños, que se le consideró líder social por el peso de sus palabras, al grado de que sus opiniones lograron convertirse en norma social, religiosa y política de la comunidad. Finalmente, su principal objetivo había sido alcanzado: el control ideológico de la sociedad.<sup>5</sup>

Veremos más adelante hasta qué punto se pone de manifiesto esta realidad en los textos. Por lo pronto, cabe aclarar que en el tránsito del siglo XIX a las primeras décadas del XX, la región por su mismo aislamiento de las zonas de mayor dinamismo nacional, pudo mantenerse al margen de los cambios suscitados en el porfiriato. En Los Altos permanecía una sociedad organizada a través de sus prácticas católicas, como una unidad compacta que propició la permanencia de muchas de las estructuras que la definen, gracias a

---

<sup>5</sup> José Antonio Gutiérrez Gutiérrez. *Los Altos de Jalisco*, 1991, pp. 190-204.

que el clericalismo ha inducido una política conservadora en el país.<sup>6</sup> Esto se dio prácticamente hasta la década de los cuarenta, cuando el gobierno logra controlar el segundo brote cristero y extirpa los últimos vestigios rebeldes, sepultándolos con los primeros indicios de modernidad, con la construcción de carreteras y el tendido más amplio de las redes telefónicas y telegráficas para el beneficio de la mayoría de los habitantes.

Como he asentado arriba, en las novelas la religión funciona como organizadora y reguladora de la vida cotidiana. Sobre esta base se detectan los mecanismos que explican lo sucedido en la revuelta, en esos rasgos propios de la identidad regional que impulsan a sus habitantes a rechazar ferozmente los nuevos decretos impulsados por el Estado mexicano, como acertadamente lo presenta De Anda. Para los fines del presente capítulo, parto del hecho que es la mujer, más que el hombre, quien manifiesta mayor devoción e inclinación hacia las prácticas religiosas,<sup>7</sup> como se puede comprobar en el transcurso de *Los cristeros y Los bragados*. Agustín Yáñez en su libro *Yahualica*,

---

<sup>6</sup> Rafael Torres Sánchez, en su libro *Revolución y vida cotidiana en Guadalajara, 1914-1934*, aclara cómo el conservadurismo y el catolicismo han tejido la vida social en el estado de Jalisco: “Desde hace treinta años, o casi, debemos al conocimiento de numerosos movimientos revolucionarios la imagen de un país semejante a un taller de relojería con muchos aparatos funcionando al mismo tiempo pero a horas distintas. Jalisco es uno de estos relojes. Su hora marca un impacto revolucionario atenuado: en la estructura económica por el sostenimiento de relaciones sociales de producción precapitalistas, defendidas por clases pudientes ante los propósitos modernizadores del constitucionalismo; en amplias zonas de la vida cotidiana mediante el peso de la inercia de costumbres y tradiciones característicamente conservadoras.(...) La cotidianidad tapatía, como prueban numerosos testimonios y cantidad de documentos, ha estado desde sus orígenes íntimamente condicionada por la moral católica, reguladora de sus tradiciones, hábitos, usos y costumbres públicas y privadas. (...)El retrato quedaría incompleto sin el tercer gran determinante histórico del conservadurismo característico de la capital jalisciense: el comercio, sin género de discusión la actividad más importante de la ciudad (...)”. México, CONACULTA, 2004, p. 83-84.

<sup>7</sup> “El tiempo eclesiástico rige la existencia. Los toques del alba y las llamadas a las misas fijan el espacio de la mañana; las llamadas a las conferencias, los toques de las doce, de las tres de la tarde, las llamadas al rosario, el toque de la oración, los dobles de las ánimas a las ocho de la noche y antiguamente a las diez, y el toque de queda, marcan el curso fiel del día. La liturgia y los acontecimientos religiosos acotan el año y la historia doméstica.” Agustín Yáñez, *Yahualica*, Jalisco, El Colegio de Jalisco, 3ª ed., 1997, .55.

antecedente de su novela *Al filo del agua*, cuando analiza precisamente un poblado de aquella región, se había detenido a analizar el papel de la mujer en la sociedad. En el libro, Yáñez coincide con José Guadalupe de Anda en que gran parte de la vida de la comunidad se encuentra determinada por la religión, a través del calendario católico, la práctica de los sacramentos, los bautizos, las confirmaciones, las comuniones, los matrimonios y las extremaunciones, labores en las que la mujer ha tenido una notable participación.<sup>8</sup> Estas ceremonias se evidencian en los hábitos asiduos de la población, en la asistencia a misa y en las oraciones llevadas a cabo a lo largo del día. Sin embargo, esta dinámica social revelada tanto por José Guadalupe de Anda como por Agustín Yáñez, sólo se puede explicar por el ritmo lento que define la vida provinciana. En la medida que las poblaciones crecen, las demandas sociales se incrementan, afectando su dinámica y repercutiendo en la conducta de sus habitantes, quienes padecen diariamente considerables transformaciones.

En las novelas, el mundo idealizado de la pequeña provincia, apegada a sus tradiciones, enfrenta serios cuestionamientos por parte de José Guadalupe de Anda. En *Los cristeros*, dentro del universo descrito, se presenta como división natural un espacio más cerrado e íntimo por sus implicaciones religiosas: la casa, sitio vital donde María Engracia ejerce su amplio poder familiar en el centro interior del hogar.<sup>9</sup> Este rasgo extratextual es retomado por

---

<sup>8</sup> Estos rasgos se pueden apreciar en las novelas que Agustín Yáñez escribió sobre la región alteña, en las que revela muchos de los distintivos de sus pobladores.

<sup>9</sup> Gastón Bachelard, con un enfoque antropológico se ha detenido a analizar la importancia de la casa para el hombre. La observa como el espacio interior o privado por excelencia, siempre y cuando se le examine en su totalidad para integrar sus valores específicos en un valor fundamental. Para Bachelard, lo importante es revelar cómo habitamos nuestro espacio de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo nos enraizamos cotidianamente en ese espacio del mundo. Por lo mismo, la casa es uno de los mayores poderes de integración para

De Anda en sus narraciones, ya que la mujer alteña posee la autoridad suficiente para mantener el control de la familia, fomentando el machismo en la sociedad.<sup>10</sup> La casa es la línea divisoria entre lo exterior y lo interior, entre el mundo del rancho y el mundo del pueblo, y en una distancia mayor, entre ella y el mundo de la ciudad. La morada se presenta como un espacio prioritariamente femenino, en la que se vive conforme a las reglas y las funciones que cada cual desempeña diariamente. Las leyes que rigen ese recinto privado son determinadas en gran medida por los hábitos religiosos; ahí, los habitantes realizan diariamente los ejercicios espirituales luego de que la religión impregna gran parte de las labores domésticas, haciendo del hogar una especie de pequeña y muy particular capilla para la protección de sus moradores. Esta práctica cotidiana de los deberes religiosos efectuados metódicamente por la familia facilita que cada uno de los actos domésticos desborde el núcleo reducido de la casa, a fin de crear en el exterior las mismas condiciones en las relaciones que los miembros establecen dentro de la sociedad, tomando en cuenta su propia naturaleza y el lugar que ocupan social e históricamente dentro de la región. El narrador de *Los cristeros* así lo advierte cuando enumera los actos que cada mañana realizan sus habitantes:

Doña Trinidad enciende la lámpara de alcohol para hacer el chocolate en agua que siempre toman al levantarse aquellos rancheros, y don María Engracia, todavía recostada, masculla con voz gangosa sus primeras oraciones. (LC, p. 51)

---

los pensamientos, los recuerdos y los sueños del hombre. El pasado, el presente y el porvenir dan a la casa dinamismos diferentes. Gastón Bachelard. *La poética del espacio*, México, FCE, núm. 183, 1975.

<sup>10</sup> Moisés González Navarro. *Op. cit.*, p. 23.

En contraste con la relativa armonía del hogar, en las primeras páginas del libro se describen las actitudes que asumirán los miembros de la familia durante la guerra, propiciando que la casa se convierta en sinónimo e imagen de la región, símbolo de una sociedad que se ve amenazada en sus valores más preciados. La situación candente que se vive en la zona se transmite a partir de la visión de los rancheros que habitan ese espacio privado. Como en toda novela de este género narrativo, en *Los cristeros* se narra el ambiente de algunos pueblos de la región, las acciones de la Iglesia y los sucesos que amenazan con destruir los estratos de una sociedad que vive de espaldas a la historia moderna pero sin substraerse completamente de ella, al punto de que la acumulación de eventos impulsa a la población a reconocerse para salir de su aislamiento y pasividad, a fin de mantener una postura radical en total desacuerdo con los sucesos amenazadores. Las diferencias dominantes en el seno familiar resaltan en el capítulo “Los Pirules”; caracterizan a sectores amplios de la población que se dividen de igual forma ante la revuelta, como lo advirtió en su momento Manuel Pedro González.<sup>11</sup> Por lo cual, una vez que se encuentran divididos los integrantes, se fracciona irremediabilmente la unidad familiar, situación que repercute en los acontecimientos a una escala mayor: en la sociedad. En la escena hay una reelaboración de la realidad en lo que concierne a la promulgación de la Ley Calles y a la suspensión de cultos públicos anunciada por los sacerdotes el 31 de julio de 1926. De Anda resalta principalmente el malestar y la indignación de la población que sale a la calle para manifestarse en varias partes del país.

---

<sup>11</sup> Manuel Pedro González. *Op. cit.*, p. 303.

Cuando el narrador de *Los cristeros* describe brevemente algunos instantes próximos al estallido, tiene la intención de exhibir el conservadurismo de la población que va a levantarse en armas. Para darle mayor énfasis a la cotidianidad de los moradores y relacionarla con los eventos en ebullición, el narrador expone algunos momentos de la vida íntima de los personajes, con la intención de plantear que muchos de los conflictos que padecen los habitantes diariamente son ingrediente indispensable para que fermente la rebelión cristera en la zona. El primer párrafo del capítulo “Los Pirules” comienza con una interjección religiosa asociada directamente a la unidad conformada entre lo divino y lo terrenal, como dos caras de una misma moneda. En el macrocosmos, la presencia femenina en la imagen de María, Madre de Dios, y en el microcosmos, María Engracia, símbolo terrenal de la ideológica familiar. Su nombre de alta acepción religiosa, le imprime el sentido requerido a su actuación:

¡Ave María!

– ¡En gracia concebida!

Don Ramón baja del caballo y se sienta en el poyo de piedra que se extiende a lo largo del patio, donde descansan doña María Engracia y doña Trinidad.

Es la hora romántica de los crepúsculos, cuando las aguas dormidas de los “tanques” se tiñen de sangre y aparecen tupidos batallones de tordos bullangueros, ennegreciendo el cielo.

Pero aquella gente no sueña ni se conmueve con estas cosas. Doña Trinidad hace cuentas con los dedos sobre los días que faltan para que salgan las gallinas echadas, don Ramón se quita las espuelas, haciendo cálculos sobre el número de toros que hay listos para la capazón de la semana próxima, y doña María Engracia, con el rosario en la mano, reparte sufragios, equitativamente, entre todos sus muertos. (LC, p. 43)

En el mismo capítulo, cuando doña María Engracia le pregunta a su hermano Alejo cuál es la expectativa de la rebelión, el narrador expone, a fin de mostrar

la ignorancia de la población, la terrible confusión que padece el personaje en cuanto a los hechos presentes y lo sucedido con la revolución mexicana en relación a los ataques que sufrieron los sacerdotes en poder de los carrancistas a partir de 1914, cuando se emitieron leyes y decretos persecutorios en su contra y cometiendo una serie de sacrilegios dentro de las iglesias:

– ¡Oye, tú Alejo! ¿y qué se sabe de la bola? –le pregunta doña María Engracia, luego de que hubo terminado de rezar sus oraciones.

–Pos hombre, María Engracia: la cosa está que temor...diera. Aseguran que el padrecito Vega anda ya con más de cien hombres por el Rincón de Chávez; que el tuerto Damián traí más de veinticinco endevidos por el rumbo de San Gaspar, y que un tal general Valijas, de Tecualtiche, y un tal Juan Siete Pistolas, andan juntando gente. Ansi es que ya verás; anda muy revuelta la cosa...Y no creas, aquí también se nota mucho desasosiego entre la gente. El día menos pensado hay un levantadero... ¡qué hasta rechinen las cueras!

–Pos yo no sé lo que esperan- vuelve a agitarse la anciana -; yo, de hombre, desde cuando andaría ya en la bola... -Y voltea hacia la mesa donde están los tres hombres... ¿Pos qué es poca cosa lo que han hecho esos maldecidos judíos del gobierno con quitarnos a Dios, dejarnos sin misa, sin confesión y sin padres que lo auxilién a uno a la hora de la muerte?

(...)

–Pos sí –prosigue la abuela-; en todas partes hay buenos cristianos que ya andan defendiendo su religión; pero lo que es por estos rumbos parece que ya se acabaron los hombres. ¡Están viendo que se persigue a los probes padrecitos como si fueran unos criminales; pior que perros del mal; que se meten a las iglesias y se roban cuanto encuentran, machetean santos y hacen estropicio y medio con las cosas divinas, y es lo mismo; se quedan con tamaña carota, nomás diciendo: ¡miren qué caso...! (LC, pp. 43-45)

La misma confusión e ignorancia se muestra en uno de los bragados, Juan Pistolas, hombre serio y trabajador que se enrola con los nuevos cristeros porque quiere defender su religión de los malvados maestros del gobierno que ultrajan a las iglesias y a los santos. Así se lo hace saber al Coronel Chupitos.

–Pos ya ve, mi Coronel, andaba picando chueco. Me encampanaron en el pueblo diciéndome que la esa Educación Socialista era pior y causaba más estragos que el cólera grande. Que los maistros del gobierno eran más malos que Herodes, y que por su culpa se condenaba la gente.

Me contaron que tales maistros escupían a los santos y bailaban en los rosarios y los escapularios de los muchachos; y yo realmente, no estuve conforme con que se ofendiera a su Divina Majestá en esa forma... (LB, p. 141)

Más allá de la intención del autor, lo que conviene resaltar en estos dos ejemplos, no es tanto la realidad como tal, sino lo que piensa y cree la gente de los acontecimientos, pues es ahí donde el conflicto alcanza mayor significación. En términos históricos, esto permite acercarnos a la mentalidad de una época, específicamente la de un sector de la sociedad mexicana durante la guerra cristera. Al respecto, como afirma Peter Burke, lo importante son los supuestos implícitos, inconscientes, la percepción, las formas del pensamiento cotidiano, la razón práctica, la estructura de las creencias, las categorías, las metáforas y los símbolos.<sup>12</sup> Cómo piensa la gente y en qué piensa, como trata de hacerlo José Guadalupe de Anda cuando se acerca a la sociedad alteña.

En *Los cristeros* se descubre la forma en que los acontecimientos amenazan con alterar la legendaria red de relaciones impuesta por la religión en la sociedad. Los temores son llevados a la sencilla cocina, lugar de reunión nocturna mientras la familia cena los alimentos propios del lugar. La vida del rancho se proyecta en el estilo de la vivienda. La simplicidad del espacio y de los objetos que lo decoran representa claramente el orden económico de la familia ranchera con recursos, caracterizada por una relativa comodidad. De hecho, la distribución del mobiliario es una imagen fiel de las estructuras familiares y económicas de la época. El equilibrio del inmueble con el mobiliario, enfatiza la presencia femenina en el hogar:

---

<sup>12</sup> Peter Burke. *Op. cit.*, 2000, p. 207.

En la mitad de la cocina encalichada, iluminada con un mechero que pende de la pared, está la mesa de palo, cubierta con un limpio mantel de manta cruda. En derredor, burdos platos vidriados, grandes jarros de leche y un riquísimo queso fresco enmedio. (LC, p. 42)

El narrador coloca al lector de frente al sistema de valores jerárquicos establecidos por la sociedad ranchera en el orden familiar. De acuerdo a la función que cumplen en el hogar, los miembros se encuentran ubicados de manera piramidal a partir de un esquema sencillo pero significativo. Doña María Engracia sobresale como la cabeza familiar, ella controla y dirige la vida de su progenie con el propósito de conducirlos por el buen camino según las reglas de su credo; le corresponde vigilar la moral religiosa dentro de la casa. Por el contrario, a su nuera doña Trinidad le toca asumir el papel de la mujer sumisa, típicamente mexicana, quien desde seno del hogar asiste diariamente a su parentela. Esta dualidad establecida entre las dos mujeres, permite que la segunda se ocupe de la alimentación corporal, en vista de que la primera los alimenta espiritualmente. A don Ramón, como lo mencioné en el primer capítulo, le corresponde estar al frente de la supervisión y mantenimiento del rancho, ya que él representa la protección y la prosperidad económica de la familia. La fusión de los tres personajes ofrece una visión de la vida religiosa, social y económica en el interior del hogar.

En el plano de actitudes, la figura de doña Trinidad desaparece prácticamente tanto en ésta como en la segunda novela, aunque su presencia, como lo indica su nombre, hace referencia a la unidad divina familiar, es decir, a las tres personas que como miembros del hogar mantienen el equilibrio central, como lo asenté arriba. En *Los cristeros*, la atención recae principalmente en María Engracia y en su hijo don Ramón. A pesar de que él disiente de su madre en algunos momentos, no existen los elementos suficientes para afirmar que la postura de uno y de otro se mantengan encontradas. De entrada responden a los roles sociales que cada uno representa en la comunidad rural. Uno se deriva de otro y viceversa, en perfecta conformidad. El hecho de que doña María Engracia y don Ramón ocupen el sitio designado sin alterarlo, obedece a las leyes naturales y sociales que han sido fomentadas en la localidad. Esta situación reproducida a través de generaciones, permite la permanencia y la continuidad de las relaciones sociales establecidas en la zona.

En distintos episodios, varios indicios apuntan a la supremacía de los códigos matriarcales de la sociedad. Analizaré únicamente un pequeño episodio de la novela, el cual me permitirá corroborar la actitud religiosa de algunas mujeres cuando rompen la frontera de la pasividad para actuar desde su dominio familiar, en relación con la postura que deben asumir los hombres frente a la revuelta. En tales circunstancias, sobresale un rasgo altamente significativo: la palabra de la mujer tiene valor en la medida que los sacerdotes se lo otorgan o porque ellas son depositarias fecundas de su dogma. Fuera de este contexto, poco podrían conseguir. Ellas transmiten a sus hombres los

mandatos religiosos de los sacerdotes, quienes al no disponer de otra elección, los acatan con sumisión, pues desobedecer los preceptos de los sacerdotes es un acto de desobediencia hacia Dios, por lo tanto un pecado mortal. Siguiendo este razonamiento podemos entender por qué en la gran mayoría de las novelas sobre la rebelión cristera, la mujer alcanza un papel indispensable en la promoción de la rebelión. En el relato examinado, el diálogo entablado entre don Ramón y Cancharras durante el trayecto a la peregrinación, es un ejemplo ilustrativo sobre el caso:

– ¿Pa' onde va su mercé?

–Pa' Caballerías; a la peregrinación.

– ¡Ah! Pos yo también voy pa' allá; si gusta le haré compañía.

–Sé, arrímate. ¿Qué sabes de la refulfia; se vendrá la bola?

–Pos oiga, l'amo, yo creo que sí. La gente, y sobre todo las mujeres, están muy alebrestadas. Nicolasa, mi mujer, dende ayer no me ha dejao en paz, haciéndome cargos de conciencia si no venía a la peregrinación. Y usted sabe, don Ramón, lo que son las mujeres...Sobre todo cuando train encima a los padrecitos, no lo dejan a uno ni resollar; todo el santo día están friegue y friegue...No embargante de que dejé mis laborcitas tiradas, aquí me tiene en camino pa' la peregrinación; pero hasta ai nomás, que lo que es a la bola no me meto. (LC, p. 52)

Otro ejemplo lo tenemos en *Los bragados*. En el capítulo “La escuela”, Severiano, personaje secundario, platica con el maestro Pablo sobre sus deseos de enviar a clases a su hijo quien se muestra reacio a los estudios. Interrumpiendo abruptamente la conversación, aparece furiosa su esposa, que lo ha escuchado. La intromisión de este personaje tiene como objetivo transmitir la postura de la mujer en materia educativa:

--Déjate de pendejadas, hombre, ¡qué escuela ni qué libros...! Si el muchacho ya anda jineteando a los quince años, y ya está bueno pá que ande manejando la yunta y cuidando animales, en lugar de estar aplastao con el silabario en la mano, calentándose la cabeza.

(...)

Ora, ¿pos ónde andas, que quieres meter al muchacho a la escuela del gobierno? ¿Qué no sabes que el que manda a sus muchachos con esos maistros impíos no alcanza absolución y está excomulgao? ¿Qué no has oido hablar de la Educación Socialista, que asegún dice doña Celestina es cosa de los demonios? ¿Qué no has oído que allí no se reza ni se oye mentar a Dios? (LB, pp. 100-101)

La madre se conduce tomando en cuenta las razones que le han sido transmitidas por terceras personas a partir de una evaluación religiosa. No desliga la educación de las prácticas religiosas, ni del contexto del trabajo en el rancho, ya que fuera de estas enseñanzas la escuela no tiene un sentido práctico para la población: no se necesita leer ni escribir para que un hijo realice trabajos en el campo. Mientras que en la población no hay apertura y comprensión, en Pablo existe el sentido de respeto por la idiosincrasia de esa gente que se conduce siguiendo la fuerza de la costumbre y de sus labores diarias. El maestro descubre una escuela lejana en el cumplimiento de sus necesidades más perentorias, como es el trabajo de un hijo a futuro, en el lugar que por naturaleza le corresponde:

–Puede que tenga razón la campesina con no querer que venga su muchacho a la escuela –se dice Pablo con amargura-, porque, aparte del temor a los infiernos, es más productivo un buen caballo semental, que todas las enseñanzas y teorías que contienen los libros. Ahí nada más está don Severiano; un ranchero palurdo, que sin ningún esfuerzo, se harta de dinero, con sólo aprontarle yeguas a su famoso caballo, mientras nosotros, los maestros de la escuela, apenas mal comemos... (LB, pp. 101-102)

En la segunda de las novelas sujetas de estudio, en el capítulo que lleva por título “Las Pronunciadas”, se vuelve a insistir en el papel fundamental de las mujeres en la sociedad. Mujeres que en su conjunto se transforman en un personaje colectivo, representante de los intereses de grupo comunal. Frente a toda clase de incidentes, a la largo del planteamiento, el narrador pone énfasis en la postura combativa de las mujeres alteñas, quienes se mantienen firmes por mucho más tiempo que los hombres, debido a su percepción distinta de la realidad. Para los rancheros, después de la guerra lo perentorio es restablecer su vida cotidiana en el campo, para resolver sus necesidades vitales. Ellas, por

el contrario, presas del furor que se vive, se integran a los grupos sediciosos para luchar contra la educación socialista, vista como la nueva ignominia que padece la sociedad. Las mujeres que participan resaltan por su heterogeneidad económica, aunque los principios colectivos que las mueven llegan a convertirlas en un conglomerado homogéneo, desapareciendo por un momento la condición social que las diferencia. Son mujeres azuzadas cautelosamente por un clero que permanece tras bambalinas. El enfrentamiento descrito en el episodio analizado, también es de género, mujeres contra mujeres. Esto marca la rivalidad y el rechazo por la desigualdad de condiciones entre mujeres que se diferencian por su origen y por su cultura. Las maestras rurales, ajenas a la comunidad, conforman el grupo culto y son catalogadas por las alteñas como las “hijas de Lucifer”, las “güilas de la escuela del gobierno”, las “ratas bolcheviques” y las “cuscas”, o también como animales del campo, la “yegua preñada” y la “campamocho”. Con una actitud similar, sólo que desde otro extremo, el narrador señala con desprecio a la otra categoría compuesta por mujeres de la localidad, a las que presenta como una muchedumbre desenfundada e ignorante. En el caso de las primeras, el narrador describe los peligros que enfrentan, víctimas de las agresiones de la sociedad por encontrarse dentro de su dominio vital.<sup>13</sup> Lo que implica, una vez más, desde la perspectiva de la novela, que la religiosidad se convierte en generadora de fanatismos y de crueldad hacia las personas que se muestran distintas. De tal

---

<sup>13</sup> Dentro de las novelas sobre la rebelión cristera, la obra de *María Chuy* de Aurelio Robles Castillo, es un ejemplo de las labores que desempeñó la mujer como maestra rural, consciente de su papel en la sociedad.

suerte que la escuela se transforma en el nuevo estandarte de la identidad regional, siendo empleada para marcar la autonomía de la localidad:<sup>14</sup>

Un numeroso grupo de mujeres llena la calle, confundidas las que cubren con tápalos y calzan zapatos, con las que van descalzas y llevan los rebozos terciados en la cintura, repletos de piedras.

(...)

El grupo avanza en dirección a la escuela de niñas, y en cuanto se aproxima, se oye un grito: -¡Viva Dios! ¡Abajo la Educación Socialista! ¡Mueran las maistras impías!

- ¡Uf! Pos si es una pronuncia –dice tío Alejo, repegándose los dos a la pared.

El alboroto es general; las pronunciadas se revuelven como una gusanera frente al establecimiento, con los puños en alto. Luego inicia con una lluvia de piedras, sobre las puertas y las ventanas, en medio de gritos y maldiciones.

- ¡Mueran las hijas de Lucifer! ¡Abajo las güilas de la escuela del gobierno! ¡Abajo la Educación Socialista! ¡Viva Cristo Rey...!

La pedriza aumenta; saltan en añicos los cristales de las ventanas. Las pronunciadas, con las manos sangrantes, desempiedran la calle para obtener proyectiles.

-Es una “refolufia” de viejas, por eso de las escuelas del gobierno –habla La Pachanga.

-Sí, hombre.

Calle arriba y calle abajo, llegan más viejas corriendo con las greñas al aire, y se suman al grupo.

- ¡Un bote de gasolina para pegarle fuego a esta cueva de cuscas, y sacar a esas ratas bolcheviques pa’ arrastrarlas por las calles!

-Y yo me encargo de la tripona que parece yegua preñada –grita una pupila gangosa del callejón de las Borrascas.

-Y yo de la otra tísica, que parece campamocha –manotea una “galleta” del barrio del Laberinto.

El mujerío aúlla y las piedras rebotan estruendosamente sobre las puertas.

- ¡Ah chisquetos! Pos si se trata de otra “remasca”... ¡Andan endemoniadas las viejas! –exclama tío Alejo. –Ya se prendió otra vez la mecha; volvemos a la zozobra, Pachanga. (LB, pp. 36-37)

En *Los cristeros*, para María Engracia los maestros del gobierno por el hecho de trabajar para el Estado pertenecen al grupo de *maldecidos judíos del gobierno*, a quienes rechaza categóricamente, sin apiadarse de ninguno de ellos, aunque alguno se vea agredido por la población. Del mismo modo se expresa de los empleados del gobierno, que merecen, para su gusto, toda clase de atropellos: “¡Muy bien hecho! –dice airada la abuela-; a esos infelices

<sup>14</sup> Sobre el tema se puede consultar el artículo de Susana Quintanilla y Mary Kay Vaughan, “Escuela y sociedad, en el periodo cardenista”. *Estudios del hombre*, núm. 11, noviembre de 1994.

ni agua...Veneno era bueno que les dieran para acabar con ellos.” (LC, p. 37)

María Engracia mantiene una conciencia cerrada, como cerrado es el espacio que custodia celosamente. En el lugar estático que ocupa, la vemos defender sus ideas marginadas de la realidad histórica que vive, como lo hacen las mujeres de la misma condición. Esto nos lleva a inferir que, en las dos novelas que estoy analizando, la amenaza del Estado opera en la sociedad de forma arbitraria, provocando una respuesta hostil contra toda persona que implique sus intereses; acción que, desde la comunidad representada, indica un mecanismo defensivo. La posición, en la estructura profunda de los textos, se traduce de la siguiente manera: la población pasa, de ser la gran víctima de los acontecimientos, a victimaria ocasional, como lo comprueba el episodio citado. En el fondo, esta reacción de los habitantes confirma que la sociedad no se encuentra en posición independiente, sino que actúa en apego a sus fundamentos sociales que han sido designados por la Iglesia, rectora incuestionable de la población.

María Engracia padece de igual modo los efectos que engendra la violencia regional. Esta violencia de índole sociogenética, escuda su conducta agresiva, transmitida a sus mismos descendientes:

– ¡Vaya, bendito sea Dios...! Después de todo, él no tuvo la culpa: tres contra uno, no hizo más que defenderse. ¡Hasta cuándo, Dios mío, se acabará esta larga cadena de muertos! –exclama suplicante, levantando los ojos al cielo-. Primero, mi difunto Raimundo; después, mis dos hijos, matados por esos maldecidos Hurtados... ¡Y...toda esa malquerencia, que viene desde hace tantos años, haber sido por unas cuantas cañas! ¡Por un daño que no valía doce reales...! Pero su Divina majestad, que nos ve y nos juzga, ha hecho justicia: de los Hurtados, ya van cinco con éste...

Al resultarle favorable la cuenta de los muertos, la abuela calla satisfecha y conforme con la ventaja. (LC, p. 36)

De hecho, en este universo narrado es donde se representa el imaginario de la población con base en sus prácticas religiosas. El caudal de los rasgos subjetivos que las conforman, funciona como herramienta para explicar los eventos de la vida que no siempre resultan venturosos. En la zona alteña los actos violentos que dejan pasmados a sus moradores poseen una explicación divina: el cumplimiento de la voluntad de Dios. Esta justificación humilde otorga el consuelo necesario para aceptar los trágicos acontecimientos que padecen diariamente los pobladores. No obstante, el panorama descrito tiende a complicarse si pensamos que cualquier lector se podría preguntar sin ningún género de prejuicios, si la misma violencia en la sociedad no termina por imponer el sentimiento religioso exacerbado en la comunidad. Desde esta perspectiva, la respuesta se antoja afirmativa, pues se podría argumentar que las creencias religiosas son una manera de hacer más habitable su espacio. José Guadalupe de Anda roza muchos perfiles de la sociedad, pero no se detiene en ahondar en ellos. A grandes rasgos, el escrito traza el mapa de una sociedad que demanda ayuda de las fuerzas divinas, protección y determinación de la vida de las habitantes, siempre y cuando se mantenga el orden establecido sin ningún género de cuestionamientos. Por ello se justifica que María Engracia rece todo el día dentro de su espacio privado. El rosario que lleva consigo es parte de su cuerpo; en cualquier postura y en medio de cualquier actividad reza por vivos y muertos. Sobre todo, en períodos de crisis, como en la revuelta, implora protección y auxilio, especialmente para “los pobres padrecitos”.

María Engracia es el fiel ejemplo del sector ortodoxo de la población que manifiesta afición por las prácticas externas del culto católico sin que logre

penetrar en el significado profundo de su religión, en parte comprensible, por la manera en que ésta le ha sido transmitida por los sacerdotes, y, también, por sus fuertes limitaciones culturales. Esta realidad determinante marca su rol en la comunidad más allá de los límites de su espacio privado, pues su injerencia en la institución familiar repercute en las acciones tomadas por la sociedad tocante a los hechos de guerra. Los constantes enfrentamientos de María Engracia con su descendencia, explican que su manera de percibir la realidad es correcta; y cuando exige emplear la violencia para defender lo que considera legítimo, es el medio adecuado, pues vive absolutamente convencida de que la razón siempre está de su lado. Vemos a una mujer que en la misma fuerza que la caracteriza se encuentra el mayor de sus defectos, por la herencia de prejuicios que la formaron en la más lejana infancia. El narrador recalca su fanatismo estrecho y su falta de amor hacia el prójimo cuando se trata de personas que atentan, o al menos así lo cree, contra la sociedad y la Iglesia, que es lo mismo que si dijéramos, contra ella misma. No resulta extraño que el principal reclamo de María Engracia ante el cierre de templos, sea la expresión directa de varios de los dogmas religiosos que sustentan la doctrina católica en materia de cultos, la misa, la confesión y la extremaunción, necesarios para vivir acorde a las leyes de Dios, como buenos católicos.

Mirados los hechos a partir del sistema familiar representado, la narración indica la lucha del conservadurismo frente a los nuevos procesos alternativos de la nación de corte liberal. El conservadurismo es cerrado, religioso, rival del progreso, rasgos presentes en María Engracia en el núcleo doméstico resguardado. El progreso se presenta destructivo, según la

mentalidad representada.<sup>15</sup> Pero debido a la posición ideológica de José Guadalupe de Anda, en los relatos se plantea que los cambios vienen marcados por el natural proceso histórico, necesario e impostergable para la nación, aunque no logre advertirlo la población. Sin embargo, tomando en cuenta la cultura regional, el reclamo de María Engracia es legítimo, pues actuar de distinta manera atentaría contra sus principios. Distinguimos a una mujer que en lugar de limitarse apaciblemente al cumplimiento de los deberes en el hogar, emplea todo su bagaje cultural en aras de preservar las tradiciones, porque sabe que sólo así se conserva la disciplina en la familia y también en la sociedad, aunque ello la conduzca a eventuales desaciertos, o, como en el caso de la rebelión, a irremediables decisiones. Al respecto, podemos decir que los problemas, necesidades y reclamos de la sociedad registrados por De Anda, no son propios de la región representada, son el resultado de las grandes tensiones que estremecían a muchas sociedades del país, producto de culturas diferentes, relativamente independientes. De ahí la importancia de las novelas de José Guadalupe de Anda.

Recapitulando lo dicho hasta aquí, se puede afirmar que mujeres como María Engracia entienden su vida y su mundo bajo parámetros religiosos. Ni siquiera sospechan de una vida diferente más allá del círculo cerrado de su colectividad. Son mujeres duras, forjadas en el ambiente hostil de su territorio, pero que en él, a pesar de todas las limitantes culturales de la sociedad, son

---

<sup>15</sup> La acción Católica se estableció en San Miguel el Alto en 1919 para prevenir al pueblo contra el modernismo, así escaparía a las “exageraciones del socialismo”. Moisés González Navarro, Tomo 2, p. 219, referencia tomada de Medina de la Torre, San Miguel el Alto, p. 146. En 1919, *El Obrero* consideró que en Tepatitlán reinaba el catolicismo en toda su fuerza, especialmente entre los campesinos, siendo campo fértil para la acción social. (14 de junio de 1919). *El Cruzado* coincidió con esta tesis, los pueblos orientales de Jalisco, es decir de Los Altos, estaban llamados a ser un baluarte contra todos los errores modernos. Moisés González Navarro. *Op. cit.*, t. 2, p. 278.

capaces de encontrar una especie de libertad individual y de poder. Por eso, María Engracia necesita para perpetuar el orden social instituido, la ayuda de un hombre, su gemelo masculino, que al igual que ella defiende sus creencias y su integridad con el poderío de su sangre. En su caso, su nieto Policarpo es su complemento; en cambio su nieto Felipe, no sólo representa una forma de vida distinta, sino totalmente opuesta a sus tradiciones, realidad que en la familia representada formula una discrepancia constante y profunda entre dos visones del mundo que cohabitan en un mismo espacio:

– ¡Cállate, mal hablado, blasfemo, lengua de sapo...! \_estalla la abuela\_ ¡Meter en tus herejías a los santos del cielo...! ¡Alejo, dame aí un tizón pa' quemarle el hocico a este condenado, que ni parece ser hijo de quien es...! ¡Válgame Dios bendito, lo que nunca había pasado en mi familia, de tener entre ella a un fariseo, un masón...! ¡Santo Dios de mi vida...!" (LC, p. 46)

La casa, el espacio resguardado por María Engracia, se torna en la analogía del hombre envuelto en la guerra, donde hombres buenos se encuentran incapacitados para defenderse de la tragedia que se desliza sobre ellos. Sobre el tema, el novelista extrae de su contexto histórico la serie de saqueos que hubo en la población durante la revuelta cristera. En una terrible paradoja, en la novela son los cristeros negativos quienes dividen y saquean a su mismo pueblo, presos de las pasiones más bajas. Al transmitir al lector la reacción de la abuela, saca a la luz la personalidad de dicho personaje:

El rostro severo de la alteña bravía, que siempre sabía sobreponerse a las adversidades y comerse en silencio sus pesares, que no se ablandaba ni ante las ternezas ni las lágrimas, aquella hembra de temple de acero que amortajó a sus hijos y su esposo, matados por viejas rencillas de familia, sin soltar una lágrima, en esta vez, ante semejante injusticia, aflojó las mandíbulas que parecían tener atornilladas para mantener su habitual energía, se dulcificó un tanto su arrugada cara de acordeón, y le temblaron sus labios al ver a su hijo convertido realmente en un Jesús Nazareno... (LC, p. 197)

A pesar de todo, María Engracia permanece estoica ante los acontecimientos adversos. Si por un momento el lector considera que está a punto de reconocer sus errores, se impone el coraje del personaje para enfrentarse a las vicisitudes y las penas de la vida. La explicación de los hechos responde a su mentalidad católica, misma que le impide cuestionar la realidad:

– ¡Hijo! –rompe al fin el silencio doña Engracia -, hay que conformarse y sufrirlo todo por Dios.

– ¡Pero, madre...!

–Sí, hijo. “hay que buscar primero el Reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura”, dicen los Santos Evangelios. (LC, p. 198)

En *Los bragados*, encontramos una situación similar. Ahora, el atentado lo sufre la familia del maestro Pablo en manos de los últimos rebeldes cristeros que asaltan nuevamente el rancho Los Pirules. En la escena, ya no se protege la integridad física y moral de la familia Bermúdez como sucedió en *Los cristeros*; en esta novela se protege el honor y la virginidad de las dos mujeres que se encuentran al amparo del maestro. La casa, que en *Los cristeros* mantenía su significado femenino, en *Los bragados* se halla bajo el precepto masculino; de tal forma que cuando se traspasa la intimidad del hogar para ultrajar la reputación de la mujer que ha sido violada en su interior, no sólo se afecta el honor de la mujer sino el del hombre que custodia el hogar:

Sentado en el suelo, reclinado en el regazo de su tía, con la cabeza clavada sobre el pecho, en actitud de vencido, Pablo deja que María Luz le cure las heridas y le cubra con lienzo la cabeza y la parte de la cara para ocultar la falta de orejas.

Avisado tío Alejo de lo ocurrido, a mata caballo regresa a Los Pirules, y arrastrando las espuelas penetra en la escuela.

Pablo, al notar su presencia, levanta la cabeza.

– ¡Ya ve, tío Alejo, lo que han hecho conmigo esos malvados! Aquí me tiene ignominiosamente mutilado, convertido en un monstruo, encarnecido con la deshonra de mi segunda madre, que ha sido ultrajada... ¿Qué males he hecho para merecer este infame atentado? ¿He lastimado sus creencias, o les he arrancado del pecho los escapularios y las reliquias a los niños? ¿He encarnecido a Dios, o me he mofado de los santos, como cuentan los ofuscados y los hipócritas?

–No, señor maistro, -se produce un murmullo general.

–Y sin embargo, ya ven como los impotentes, los cobardes enemigos del gobierno y de la revolución, descargan su odio sobre nosotros, los infelices maestros de la escuela... (LB, p. 129)

En *Los cristeros*, María Engracia no puede dar vuelta atrás. Su sentido de la fe, que en un principio le brindó las certezas necesarias para actuar por lo que creía, es el que termina por arrastrarla a la gran tragedia social que se vive en la región. Con todo, existe un aspecto importante que conviene tomar en cuenta para entender a este sector social representado por María Engracia: cuando una persona asume una religión, pertenecer a ella no sólo significa asumir sus dogmas, sino además, orientar su vida de acuerdo a las exigencias de la religión<sup>16</sup>

En este sentido, existe en José Guadalupe de Anda el ánimo requerido para comprender sentimientos tan complejos como los de este personaje. A pesar de exhibir los aspectos negativos que la caracterizan, no emite un categórico enjuiciamiento hacia su conducta, pues termina por conceder que ella no es más que otra víctima de su condicionamiento social, cultural y religioso. La imagen que deja al lector es la del símbolo de un sector de la sociedad que actúa conforme a sus creencias y recursos naturales. De esta forma, la representación de la familia alteña se convierte en un organismo que

---

<sup>16</sup> Para profundizar en el tema de cómo la religión condiciona la vida de los hombres en el seno de la sociedad, consultar la obra de Agnes Heller, *La revolución de la vida cotidiana*, Barcelona, ediciones Península, Historia/Ciencia/Sociedad, 2ª ed., 1994, pp. 160-172.

potencia su significado a escala nacional. Esto no hace más que confirmar lo que Jean Meyer afirma: la religión y la cultura fueron factores determinantes en el empuje del movimiento cristero.<sup>17</sup> Por esta razón, en *Los Cristeros*, las ideas de María Engracia, mujer longeva y de firmes creencias católicas, la convierten en el personaje femenino por excelencia. Mujer que vive atrapada por la fatalidad de la costumbre y en la repetición de los hábitos cotidianos. Finalmente ella, como símbolo de la institución familiar, se muestra en *Los cristeros* por su gran representatividad dentro de la cultura alteña durante la guerra cristera.

---

<sup>17</sup> Jean Meyer. *La cristiada*, 1983, t. 1, pp. 60-62.

## Por Dios, la ofensiva es sagrada

José Guadalupe de Anda recoge una dosis representativa de la inconformidad que sentó las bases de la revuelta cristera en la localidad, presentando las acciones de una Iglesia corrupta y de un Estado imposibilitado para integrar plenamente a la nación. En las obras que examinamos, el escritor muestra el sitio excepcional que ejercen los sacerdotes en la región alteña, donde desplazan al gobierno, encauzando a su modo la historia de la zona, y justificando, en términos dogmáticos o morales, los mecanismos adecuados que deben regir a la sociedad. Hasta el momento, hemos podido comprobar que la propia sociedad le ha conferido al clero el derecho de dirigirla y encauzar su derrotero. En este renglón y para los fines del presente estudio, es necesario estudiar la estrategia discursiva de los clérigos en su ambición por disputarle el poder al Estado, pues dicha estrategia muestra que religión y experiencia no son dos categorías separadas en la sociedad, como precisamente se describe en *Los cristeros*.

Durante los hechos violentos recogidos por las novelas de José Guadalupe de Anda, la Iglesia evidenció su enorme autoridad sobre la sociedad, en parte comprensible, ya que debido a diversos factores históricos que le fueron favorables, la Iglesia se asumió como rectora de la nación, logrando afianzar su indiscutible autoridad. A partir de una gran variedad de actividades y de atribuciones, supo conservar su poder; trabajando asiduamente en varios frentes, siendo el mayor de ellos, la expedición de leyes favorables, para oponerse a las que lejos de su arbitrio, atentaban contra la

sociedad con base en su propia concepción de la vida y las normas a seguir por los hombres.

Como señalé en la introducción, las novelas sobre la rebelión cristera demandan la revisión de los precedentes de la revuelta, no sólo en la revolución mexicana, su antecedente inmediato, sino en el siglo XIX, período durante el que los eventos reconstruidos adquieren su exacta dimensión, pues es ahí donde comienza a declinar el enorme poderío de la Iglesia; detrimento que derivó en la lucha armada que hoy estudio a través de las novelas de José Guadalupe de Anda.

Ciertamente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la Institución sufrió las primeras transformaciones que le impidieron conservar gran parte de los privilegios que había gozado durante la Colonia, de manera señalada, el excesivo poder político en varios ámbitos de la sociedad. Esta mengua se gestó en el marco de la promulgación de Las leyes de Reforma,<sup>1</sup> documento que, por su destacada adversidad hacia el clero, menoscababa las relaciones privilegiadas que la Iglesia había mantenido con el Estado, y amenazaba con reducir el monopolio que había ejercido en la conducta de los feligreses. Este suceso provocó un gran número de luchas políticas e ideológicas, en las que

---

<sup>1</sup> El proceso de secularización de las leyes de Reforma inicia con la Ley de Nacionalización de los Bienes del Clero y la completa separación entre Estado y la Iglesia. Se establece el matrimonio civil como contrato. Esto deriva en la creación de jueces del Estado Civil para indagar y constatar el estado civil de los mexicanos y los extranjeros residentes en el país. Igualmente, abarca todo lo concerniente a nacimientos, adopción, arrogación, reconocimiento, matrimonio y fallecimiento. Se suspende la intervención del clero en la administración de cementerios y panteones. Se establece el decreto de la libertad de conciencia y de cultos. Se suprime el derecho de asilo y se prohíben las ceremonias religiosas fuera de los templos sin permiso de las autoridades públicas. Se sustituye el juramento por la promesa de manifestar la verdad. Desaparece el sacrilegio como agravante de los delitos. En 1861 se declara la secularización de hospitales y establecimientos de beneficencia y se reglamenta la libertad de enseñanza en las primarias, secundarias y escuelas especiales. En 1873 se incorporan las leyes de Reforma a la Constitución y se prohíbe a las instituciones religiosas adquirir bienes raíces y capitales. Jesús Reyes Heróles, *La historia y la acción. La revolución y el desarrollo político de México*, España, Semanarios y Ediciones S.A., 1972, pp. 128-133.

la Iglesia desempeñó un papel neurálgico a la vez que determinante en el curso que tomarían los acontecimientos en el futuro. Indiscutiblemente los eventos vaticinaban el fin de la práctica colonial, saldo en contra de los intereses de la Iglesia y de la descomunal influencia que había ejercido durante siglos en la vida nacional.

A pesar de que todo apuntaba hacia una fractura definitiva entre ambos organismos, durante la presidencia de Porfirio Díaz el clero logró prolongar sus relaciones con el Estado, gracias a que utilizó la cautela como estrategia a seguir. De esta forma recuperó parte de las facultades y privilegios que antaño les pertenecieron, principalmente en el medio rural donde obtenía los mayores frutos.<sup>2</sup> Este hecho es de suma importancia para comprender el desarrollo de las novelas de José Guadalupe de Anda, fundamentalmente *Los cristeros*, en la que el autor representa la injerencia absoluta de la Iglesia en la comunidad rural, territorio que domina y cree de su propiedad, al extremo de no dudar en tomar cualquier medida para conservar las prerrogativas que goza.

Hay que anotar un dato importante relacionado con el clero a nivel internacional. En mayo de 1891 fue presentada por el papa León XIII la encíclica *Rerum Novarum*.<sup>3</sup> En México, dicha doctrina le permitió a la institución conducir hábilmente todas sus actividades en pro de la comunidad. Particularmente enfocó sus esfuerzos en obras de beneficencia, de educación y de organización social, respetuosamente desempeñadas dentro de los

---

<sup>2</sup> Guillermo Raúl Zepeda Lecuona, *Constitucionalistas, la Iglesia Católica y el derecho del trabajo en Jalisco, México*, INEHRM, 1997, p. 24.

<sup>3</sup> En ella se exponía implacables ataques contra los abusos del capitalismo en relación con los trabajadores, quienes tenían el derecho de llevar una vida más decorosa no sólo económica, sino también espiritualmente. La responsabilidad de los católicos para apoyar el desarrollo de la sociedad quedaba implícita en el texto canónico. Alicia Olivera Sedano, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias*. México, INAH, 1966, pp. 12-34.

márgenes legales para evitar cualquier confrontación con el gobierno.<sup>4</sup> No obstante, en el crepúsculo de la dictadura, después del gran impulso que había conseguido la Iglesia particularmente en el estado de Jalisco, la institución católica generó un ambiente de provocación hacia las autoridades, invalidando con actos subversivos la aplicación de la ley.<sup>5</sup> Con la intención de ocultar lo que sucedía, el gobierno se negaba a reconocer las reacciones indisciplinadas de los prelados. En los informes de Gobierno los poderes locales aseguraban la nula presencia de conflictos que pudieran alterar la paz que se vivía en la entidad. Pero los constantes antagonismos entre los sacerdotes rurales y las autoridades municipales reflejaban el creciente poder de la organización eclesiástica en el estado, lugar donde la Iglesia encabezaba las demandas de las clases trabajadoras, quienes a su vez respaldaban las agrupaciones propuestas por la Iglesia durante sus congresos.<sup>6</sup>

La revolución mexicana propició que afloraran los antiguos malestares entre ambos poderes con renovada intensidad. Al entrar en un período de incertidumbre, la maquinaria clerical frenaba sus proyectos por temor a perder todo lo que había conseguido durante la dictadura porfiriana.<sup>7</sup> Con la facción

---

<sup>4</sup> Particularmente en Jalisco, la Iglesia cubrió la demanda educativa del estado.

<sup>5</sup> Desde 1904 se registraron los primeros disturbios religiosos, en Jocotepec, Atotonilco, Lagos de Moreno, entre otros. En virtud de ello, las medidas tomadas por las autoridades obligaron a los municipios a vigilar estrictamente las prácticas religiosas.

<sup>6</sup> Lo anterior sucedía ante la apatía con la que el régimen contemplaba las exigencias de la sociedad. No es extraño que hacia 1910 el potencial de la Iglesia en Jalisco se hubiera convertido en un dilatado dispositivo capaz de movilizar multitudes: “El resultado de tan ‘inocentes’ prácticas puso a la arquidiócesis de Guadalajara a la cabeza del movimiento que empezó a efectuar cambios en las relaciones sociales, económicas y políticas existentes en Jalisco, antes del movimiento – por completo ajeno a él- que acabó con el largo período presidencial de Porfirio Díaz” *Historia de Jalisco. Desde la consolidación del porfiriato hasta mediados del siglo XX*, Guadalajara, UNED, 1982, p. 80.

<sup>7</sup> Para el historiador Alan Knight, el anticlericalismo de los dirigentes revolucionarios distaba de armonizar completamente con la compleja postura de la sociedad mexicana: “a pesar de que la revolución estuvo salpicada de reacciones populares anticlericales, el jacobinismo popular no fue constante (...) menos aun quería el pueblo –cuya opinión sobre la jerarquía eclesiástica o sobre el cura de la localidad podía variar de un sitio a otro- abandonar sus antiguas creencias por

trionfadora de la Revolución y en estricto apego a la Constitución de 1917, el Estado intentó de una vez por todas abolir las relaciones con la Iglesia.<sup>8</sup> Esta ruptura total, a la vez utópica y controversial, propició en el clero todo tipo de reacciones que terminaron por moldear la postura combativa que la Iglesia asumiría con el tiempo frente al Estado.<sup>9</sup>

Luego del desplome de Venustiano Carranza provocado por el levantamiento de Álvaro Obregón con el “Plan de Agua Prieta”, seguido de su asesinato, sobrevenido en las serranías poblanas la madrugada del 21 de mayo de 1920, tanto Álvaro Obregón como Plutarco Elías Calles afrontaron la tarea de reestructurar económica, social y culturalmente a un México quebrantado por la guerra. Sin embargo, el mayor obstáculo de esta empresa

---

una abstracción nueva, ya fuera esta cristiana galicanizada, protestantismo o religión de la humanidad. Así como el nacionalismo económico, el anticlericalismo se filtró desde la cúspide, no ascendió desde abajo.” *La revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional. Contrarrevolución y reconstrucción*, México, editorial Grijalbo, vol. II, 1996, p. 1050.

<sup>8</sup> Aunque el anticlericalismo de Carranza fue un componente importante de su estrategia para alcanzar el poder, pecó de subestimar los sentimientos religiosos del pueblo. En dos ocasiones, ante el Legislativo federal, solicitó la modificación de los artículos 3 y 130, aunque el Congreso Nacional, para desánimo de los católicos, abortó la iniciativa. Por otro lado, era una realidad que el dignatario tampoco concretaba las reformas sociales y económicas decretadas por la Constitución en sus artículos 27 y 123, para beneficio de trabajadores y campesinos. De alguna manera, esto brindaba una relativa tranquilidad a la Iglesia. En realidad, Carranza pretendía alcanzar un equilibrio entre la Reforma del siglo XIX y sus propias intenciones con el objeto de contener la fuerza de las masas tradicionalmente religiosas, que podían poner en peligro a su gobierno y, también, seguramente, por una estrategia que atendiera al ámbito externo. Ese fue el motivo por el que a partir de 1917 administró con moderación las relaciones con la Iglesia en vista de problemas más perentorios que confrontar. Douglas W. Richmond. *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza 1893-1920*, México, FCE, 1986, p. 256.

<sup>9</sup> Entre las medidas constitucionales aplicadas por el Estado se hallaban: la prohibición para impartir enseñanza religiosa en las escuelas en apego a los reglamentos oficiales del gobierno en materia educativa, la reducción de sacerdotes, la negativa de establecer órdenes monásticas, o bien, poseer, gestionar o adquirir bienes raíces, pasando a formar parte del patrimonio del país los inmuebles de la Iglesia. Quedó constituido, asimismo, el matrimonio civil, invalidando la legalidad del religioso. Esta situación se exhibe claramente en la novela cristera *Jahel* de Jorge Gram, donde se plantea que los decretos constitucionales contra la Institución clerical son un atentado directo contra la sociedad. Para explicar los hechos, Gram expone, desde su enfoque, las móviles de su aplicación. Jorge Gram, *Jahel*, El Paso Texas, s.p.i., 1955.

consistió en el enfrentamiento político que el Estado emprendió contra el clero.<sup>10</sup>

En la novela *Los cristeros*, el discurso empleado por el autor se apoya en la vetusta tradición católica de Jalisco, que en contraste con las exigencias de los decretos de la Constitución de 1917, ejerció una influencia decisiva en la construcción de la realidad descrita en la obra. Dado que el alcance de las leyes promulgadas era distinto y desigual, tales estatutos produjeron diferentes reacciones en cada región, por lo que las fuerzas conservadoras y las autoridades del gobierno entraron en pugna cuando se pretendió aplicar los decretos constitucionales, como lo plantea José Guadalupe de Anda.

Aunque el escritor no lo exhibe en su novela, un papel de primera importancia en el conflicto recayó en el Arzobispo de Guadalajara Francisco Orozco y Jiménez,<sup>11</sup> personaje que permanece ausente en el relato, a pesar de que su presencia en la historia de Jalisco resulta de primordial importancia. Desde junio de 1917, el prelado había revelado en su sexta carta pastoral su total apoyo al Episcopado Mexicano en su protesta contra la Carta Magna. Dicho comunicado debilitó las frágiles relaciones entre ambas instituciones,

---

<sup>10</sup> Lorenzo Meyer, *et al. Historia de la Revolución Mexicana. Los inicios de la institucionalización*. México, El Colegio de México, t. 12, 1981. Para restarle fuerza a la Iglesia Católica en México, en 1925 Calles apoyó al sacerdote José Joaquín Pérez y a otros dos párrocos para que fomentaran la corriente cismática con el fin de crear la Iglesia Católica Apostólica Mexicana, la cual se mantendría en absoluta autonomía de Roma. La nueva institución se hizo cargo de la iglesia de La Soledad de Santa Cruz en la Ciudad de México, pero cuando su dirigente intentó celebrar los primeros servicios religiosos fue atacado por un grupo de católicos. Luego del incidente, Calles determinó que el santuario no fuera utilizado para fines religiosos y optó por convertirlo en una Biblioteca Pública.

<sup>11</sup> La llegada del nuevo arzobispo de la Arquidiócesis fue 9 de febrero de 1913, despertando una gran conmoción en la sociedad tapatía, que lo recibió con grandes honores. Dicho arzobispo provenía de la Arquidiócesis de Chiapas, lugar en que se le inculcó de excitar una insurrección indígena. Su traslado para él no significaba un correctivo, pues Jalisco era un baluarte por la eficacia social con que la Iglesia desempeñaba su labor en la región. Existe un dato interesante sobre él: al aproximarse la revuelta cristera, repartió 250, 000 catequismos e instruyó sobre la celebración de bautizos y matrimonios. Moisés González Navarro. *Op. cit.* t. 2, p. 255. Referencia tomada del AGN, ramo de Presidentes Calles, vol. 35, exp. 104-L-22.

pues el Procurador de Justicia promovió un proceso en contra, no sólo hacia el líder católico sino de todos aquellos sacerdotes que tuvieron la osadía de divulgar la polémica carta. Los alcances del incidente arrojaron ciertas consecuencias, como la detención de algunos sacerdotes y la clausura de varios templos. Con todo, las medidas no tuvieron secuelas graves, ya que los clérigos reclutados fueron puestos en libertad bajo fianza, y los templos cerrados regresaron a manos de la Iglesia:

Orozco y Jiménez redobló sus esfuerzos por reafirmar en los fieles católicos la convicción de que la Iglesia, debido a su origen divino, era una 'Sociedad perfecta en su género, independiente absolutamente de toda potestad temporal o civil, en lo que sea su régimen, organización y administración'. Además, que vistas las atribuciones que se había arrogado el poder secular por medio de la Constitución, los jaliscienses 'católicos no pueden ni deben de estar de acuerdo con ella.<sup>12</sup>

Es de destacar la omisión de personajes representativos de los altos jerarcas de la Iglesia en todas las novelas sobre la rebelión cristera; únicamente aparecen referidos en los textos para reforzar su importancia ya sea a favor o en contra del movimiento. En *De Anda*, este sector clerical integrado por curas, canónigos y obispos, y también por hombres de poder, como es el caso de los hacendados, apenas son mencionados.<sup>13</sup> Dichos personajes representan la élite privilegiada que vive rodeada de riqueza y comodidad en las grandes ciudades, esperando pasivamente a que los sectores marginados del clero y el mismo pueblo les restauren sus privilegios:

---

<sup>12</sup> Historia de Jalisco. Desde la consolidación del Porfiriato hasta mediados del siglo XX, 1982, p. 358.

<sup>13</sup> El hacendado como personaje principal lo podemos encontrar en *La Virgen de los Cristeros*, *Pensativa* y *De Los Altos*, donde su actuación recibe connotación positiva: son patrones rectos, buenos y paternalistas. Los peones les rinden fidelidad y respeto pues viven conformes y agradecidos con su situación. Por ejemplo en la novela de corte anticristero, *Jesús vuelve a la tierra*, de Vereo Guzmán, sucede todo lo contrario, los hacendados se valen de todo tipo de artimañas para abusar y explotar a la comunidad que se encuentra a su servicio.

–Si tío Alejo. Esta maldita revolución, producto de la rapacidad y la perfidia de curas, acejotemeros, hacendados y liguistas, que se han quedado muy tranquilos en sus casas, mientras esta gente bronca y generosa de los campos alteños se mata todos los días, va a acabar con todo. ...Ya usted vio con nosotros: Policarpo asesinado por orden del padre Vega, la abuela se murió de pesar, y el pobre de mi padre, loco y en la miseria. Este es el saldo trágico, sangriento, que ha venido dejando por todos Los Altos esta guerra insensata... (LC, p. 264)

Al respecto, Jean Meyer indica que si bien las esferas más altas de la Iglesia nunca se levantaron en armas, o al menos, no se les pudo comprobar nada, sí hubo quienes se mantuvieron cercanos a los cristeros. Como ejemplo tenemos a Mons. Amador Velasco, obispo de Colima, y el mismo Mons. Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara. El primero se mantuvo refugiado en la Sierra del Tigre, protegido por el pueblo y por los mismos agraristas. Una experiencia similar vivió el arzobispo Orozco y Jiménez al lado de los combatientes durante tres años. Según este historiador, el arzobispo hizo todo lo posible por evitar la revuelta, pero, reconociendo que era inevitable, pasó al anonimato para no abandonar al pueblo creyente: “Esta presencia de su prelado fue para los cristeros de estas regiones la prueba de santidad de su causa y un aliento mucho más precioso que un millón de aquellos cartuchos cuya necesidad tan cruelmente se hacía sentir.”<sup>14</sup> Además, para Meyer el papel que ejercieron los sacerdotes estuvo tan menguado que resulta absurdo hacerlos responsables del conflicto armado.

En su mayor acercamiento, José Guadalupe de Anda representa en *Los Cristeros* a los cuadros menores de la institución católica, es decir, a sacerdotes que dentro de la región de Los Altos desempeñaron un papel importante durante la revuelta. Nombra, asimismo, a la Liga Nacional

---

<sup>14</sup> Jean Meyer. *La cristiada*, t. 2, pp. 21-22.

Defensora de la Libertad Religiosa, como la Liga,<sup>15</sup> a los acejotaemeros, integrantes de la Acción Católica de la Juventud Mexicana, y a uno de los hombres fundamentales para la causa, Anacleto González Flores, de quien sólo dice su nombre.<sup>16</sup>

–Bueno, –dice Policarpo, ya se ve rodeado por un numeroso grupo de montados-. Hay que ir a San Juan, a tener unas palabras con los señores de la Liga, y a ver si ya cayó carta del señor don Anacleto para el señor cura... (LC, p. 61)

En la referida novela, todos estos activistas del clero funcionan como intermediarios entre la Iglesia y la sociedad alteña en la capital tapatía, realizando gestiones de apoyo al movimiento armado. En el relato, el narrador establece una conexión de complicidad entre la LNDLR, la ACJM, Anacleto González Flores y los sacerdotes de la localidad.

El tratamiento ofrecido a la figura del sacerdote permite distinguir las diferencias que prevalecen entre él y el resto de los personajes; de ahí que el narrador otorgue un sentido muy amplio y crítico a su figura. Para hacerlo, coloca en primer plano su postura ambivalente, su predilección a lo material a fin de gobernar a los hombres a su voluntad. En este punto, coincide con las demás novelas anticristeras, en las que los sacerdotes involucrados en la

---

<sup>15</sup> La Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR), se fundó el 9 de marzo de 1925 como organismo civil. En asociación con la Iglesia, buscaba defender los derechos religiosos de la sociedad, ello implicaba dirigir sus esfuerzos para obtener la cancelación definitiva de los artículos 3, 5, 24, 27 y 130 de la Carta Magna. Con el tiempo la Liga llegó a tener más de 300 000 miembros en 27 estados de la república. Gustavo Villanueva Bazán. “Los Fondos Cristeros del Archivo Histórico de la UNAM”. En *Los Cristeros*. Conferencias del ciclo de primavera de 1996. CONDUMEX, p.117. El desempeño de la LNDLR, adquiere relieve especialmente en las novelas cristeras por razones obvias.

<sup>16</sup> Después del destierro de Orozco y Jiménez, Anacleto González Flores, miembro de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), se convirtió en el principal líder del movimiento opositor. Con la ayuda de algunos abogados, el nuevo líder interpuso una demanda contra de la aplicación de los decretos de la Legislatura del Estado y contra el reglamento expedido por el Ejecutivo. Su presencia alcanza un papel de primera importancia en la novela *Jesús vuelve a la tierra*, de Vereo Guzmán.

guerra se exhiben como responsables absolutos de lo acontecido. Todo lo contrario sucede con las novelas a favor de la rebelión; en ellas, los sacerdotes, dejando de lado las consabidas idealizaciones y la rotunda omisión de los que participaron en la batalla, son caracterizados con mayor apego a la realidad.

En *Los cristeros*, el lector descubre a una Iglesia marginal en correspondencia con el aislamiento geográfico y sociocultural de la región con respecto al centro del país. A partir de ese momento se proyectan dos espacios antitéticos y centrales, de cuya oposición surgen los acontecimientos que darán soporte al argumento. Para reconstruir ese ámbito social, el narrador desplaza a los personajes de acuerdo a los cruces y enfrentamientos de los que son objeto, para disponerlos como individuos o como grupos sociales en sus respectivos espacios y proyectos definidos.

De hecho, siguiendo el curso que toman los sucesos, el enfoque de la narración recae en la actitud negativa de los sacerdotes y en su poder desmesurado sobre la feligresía. El narrador relaciona a la Iglesia, en su postura tiránica de poder, con el mal. Para denunciar tal anomalía, destaca la función mediática que cumplen los sacerdotes en dos planos inconexos: el espiritual y el mundano. Como mensajeros de Dios, los prelados dan testimonio de su palabra sagrada mediante el culto. En su unión con los hombres, manifiestan el sacrificio que deben cumplir los fieles a fin de proteger los intereses de la Iglesia. Desde esta perspectiva, los sacerdotes quebrantan los principios clericales hacia el pueblo que les rinde obediencia, víctima de su autoridad.

En el capítulo titulado “La peregrinación”, el lector es testigo del poder de convocatoria de la Iglesia para reunir a los hombres. Al respecto, me interesa llamar la atención sobre la interpretación que De Anda ha hecho tocante a la autoridad del clero local, en torno a los eventos reconstruidos sobre la rebelión cristera. Para ello, necesito hablar de los métodos usados para incitar a la población a la lucha. Por el lado de la institución, los sacerdotes a modo de impulso moral establecen contacto con la sociedad valiéndose de varias estrategias para persuadir a la población; por el lado de la familia, les corresponde a las mujeres generar en el interior del hogar las condiciones indispensables para que prosperen los planes de guerra, y, por último, para la aplicación de la fuerza, la Iglesia se sirve de los hombres, quienes deben tomar las armas en defensa de la religión. Mediante esta unidad incuestionable, se revela la autoridad de la Iglesia y la dependencia absoluta que los creyentes les profesan a la misma y a dichos representantes eclesiásticos.

El primer sacerdote que aparece en *Los cristeros* es el padre Filiberto. El clérigo reúne a los peregrinos alteños con el fin de convencerlos de luchar en defensa de su Iglesia mancillada. El episodio narrado mantiene una similitud con el suceso descrito por José Antonio Gutiérrez Gutiérrez, en referencia a la peregrinación formada por los católicos de Valle de Guadalupe con destino final en San Juan de los Lagos. La peregrinación la dirigía, precisamente, el Vicario de Valle Guadalupe, Leopoldo Gálvez, quien exhortaba a la población a defender la religión a costa de su propia sangre.<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> José Antonio Gutiérrez Gutiérrez. *Jalostotitlán a través de los siglos*, México, Universidad de Aguascalientes, 1985, p. 248.

El padre. D. Filiberto es la caracterización del cura manipulador que sabe aprovechar con destreza cada uno de los recursos al alcance para lograr sus objetivos. Para crearse una idea general de la personalidad del párroco, el narrador ofrece algunos rasgos físicos: de “obesa figura” y “raída sotana” dispone de “presteza para avanzar”. La concepción grotesca del cuerpo del padre Filiberto, alejado de los cánones de belleza, se convierte en analogía de su alma. Igualmente representa la imagen de la Iglesia, que como organismo insaciable devora a los feligreses con el fin de subsistir. En el discurso del sacerdote, las ideas proporcionadas por él yacen en la construcción de imágenes propias de la ideología clerical que representa. Esto hace que los conceptos utilizados queden emparentados con el origen de la institución, conservando la impronta petrificada de una realidad lejana y ajena a la situación representada, y que sólo la urgencia actualiza por medio de un lenguaje vacío, en el sentido negativo. El lector no debe perder de vista que el discurso empleado por el clérigo, es el medio para dominar y legitimar las relaciones del poder clerical instituidas en la sociedad:

--Como los cruzados en los heroicos tiempos de la Iglesia, nosotros, soldados de Cristo, debemos ir a morir por Él, -dice con voz patética el párroco.- Este gobierno impío, después de habernos arrebatado el patrimonio de la Santa Iglesia; después de haber dictado las leyes que nos amordazan y conculcan las conciencias de los niños, nos cierran los templos, nos persigue como a unos criminales, y nos quieren arrebatar a Dios, ¡entregándonos maniatados a Satanás...!Mas no hay que dejarlo; hay que ir contra él! ¡hasta aniquilarlo! ¡hasta acabar con el último judío de ellos --grita enardecido” (...)

--Hay que ir, pues, a la lucha --prosigue el señor cura-, a morir por Dios Nuestro Señor; a exterminar sin consideración a los impíos. Los que caigan, desde ahora les digo que encontraran abiertas las puertas del cielo. Los malos cristianos, los católicos tibios, los timoratos que no oigan en mis palabras la voz del Señor, los irresolutos que no atiendan el llamado que Dios Nuestro Señor les hace por mi conducto, que se queden en sus casas, que al fin Su Divina Majestad se los tomará en cuenta a la hora de su muerte, y sentirán en vida el peso de su justicia. (...)

--Id, pues, a la lucha, queridos hijos míos, a combatir a los herejes, y yo os aseguro que las balas del enemigo os respetarán, pues la sombra de Cristo, os seguirá a todas partes...Y a donde quiera que lleguéis gritad muy alto: “Dios y mi Derecho. ¡Viva Cristo Rey!... (LC, pp. 58-59)

En ese sentido, la pérdida de principios espirituales en el canónigo denota la absoluta corrupción de la que es sujeto, a partir de que degenera y distorsiona los lazos genuinos que lo unen con la población creyente. Si en la primera aparición de la novela el vestuario del padre Filiberto destaca por la austeridad delineada, en un segundo momento alcanza la distinción de “catrín”, apariencia con la que el narrador señala la recompensa obtenida gracias a los servicios prestados con eficacia en el interior del organismo clerical. De Anda lo ubica dentro del sector clerical cuya función consiste en estimular a la población para que se levante en armas sin que éste se enrola en la rebelión; por eso, una vez que la situación se vuelve peligrosa en la región a causa de la revuelta, el primero en huir del lugar es el sacerdote, a fin de proteger su vida. Para tío Alejo, la fuga del padre Filiberto responde a su ambición recompensada y no como resultado de las presiones gubernamentales:

... el padrecito don Filiberto, que jue el que movió aquí l' agua con el sermón de Caballerías y los papelitos que repartió, le dejó su rancho a don Atenógenes, el que nos dio los rótulos de ¡Viva Cristo!; se puso catrín y se jue pa' Guadalajara. ¡Dicen algunos que llevaba un tanate llenito de onzas de oro...! ¡quién sabe...! (LC, p. 252)

El problema relacionado con la huida del sacerdote aparece restringido en la novela por la postura política del escritor, ya que la retirada de los sacerdotes de las zonas de alto riesgo fue mucho más compleja de lo que se demuestra en el relato. Desde los primeros indicios de una posible insurrección, en el interior de la Iglesia alternaron posturas diversas acerca del papel que debería asumir la institución frente a los acontecimientos. Algunos clérigos optaron por mantenerse al margen para dejar que el pueblo defendiera sus derechos

mediante las armas; otros más se negaron rotundamente al levantamiento armado, amenazando con la excomunión a los feligreses que lo hicieran; de tal forma, una escasa minoría apoyó la revuelta cristera.<sup>18</sup> Fue hasta 1926 cuando todos los obispos les prohibieron abiertamente a los católicos cualquier acción violenta. Ante la intimidación del gobierno, la persecución y asesinato de un gran número de sacerdotes, muchos tuvieron que trasladarse a las grandes ciudades, principalmente, a la capital del país. Incluso, se dieron casos de clérigos que optaron por protegerse en el extranjero, ante la amenaza de las medidas que se estaba tomando en contra de ellos. El gobierno consideraba que sin la presencia de los abates, rápidamente se pondría fin a la revuelta cristera; situación que, aunque no determinante, comenzó a perturbar los ánimos de los combatientes, quienes padecían del abandono de los presbíteros en circunstancias difíciles. Específicamente en Jalisco, el clero local recibió la orden de permanecer en los lugares designados para no abandonar a la población en semejantes trances. No obstante, ante el incremento de sacerdotes asesinados, Mons. Orozco y Jiménez consintió que se marcharan los que así lo decidieran. Con todo, alrededor de 80 presbíteros siguieron el ejemplo de Orozco y Jiménez, manteniéndose firmes a fin de apoyar a los cristeros. A la par, en varias partes del país surgieron canónigos que a falta de intelectuales orgánicos, como sucedió con la revolución mexicana, asesoraron al ejército cristero, asumiendo el papel de mentores intelectuales,

---

<sup>18</sup> Meyer presenta un balance de los sacerdotes durante el conflicto: “sacerdotes activamente hostiles a los cristeros, 100; sacerdotes activamente favorables a los cristeros, 40; sacerdotes combatientes, 5; sacerdotes neutrales, (la cura de almas favorecía a los cristeros) 65; sacerdotes que abandonaron las parroquias rurales y sacerdotes de ciudades, 3, 500; sacerdotes ejecutados por el gobierno, 90; de los cuales 59 de la arquidiócesis de Guadalajara, 35 en Jalisco, 6 en Zacatecas y 18 en Guanajuato, diócesis de León, y 7 de la pequeña diócesis de Colima”. *La cristiada*, 1983, t, 2, p. 49.

administradores o guías morales de los combatientes. Los menos, como lo refiere De Anda en las novelas, tomaron las armas al lado de los cristeros.<sup>19</sup>

En *Los cristeros*, la caracterización de los sacerdotes se distingue por su falta de relieve, en razón de la postura anticlerical del novelista. El narrador descarta cualquier indicio de bondad en ellos, no obstante que su postura intenta ser neutral cuando describe los hechos. En sobrados momentos vemos a un relator radicalizar su postura frente a las acciones de la Iglesia. Al tiempo que retrata las corrupciones, de un plumazo descarta la posibilidad de que en el interior de la Institución coexistan facciones que se opongan a la guerra, o que dentro de ella surjan víctimas del gobierno como más tarde lo ha corroborado la historia. Esta omisión por sí sola le resta objetividad al relato, pero a la vez se convierte en rasgo sintomático del enfoque adoptado por el autor. Esta carencia de imparcialidad, de igual modo se proyecta en las novelas a favor de la rebelión cristera, en las que vemos a sacerdotes desempeñar funciones propias de su labor en un sentido incólume, como luchadores involuntarios, víctimas, sin excepción, de los atropellos del gobierno.

Dado que en las novelas de José Guadalupe de Anda conservan rasgos naturalistas, los horrores y crímenes de la guerra forman parte central. En *Los cristeros*, los presbíteros infringen las reglas que sustentan la doctrina católica

---

<sup>19</sup> Jean Delumeau, destacado historiador de las mentalidades, muestra que toda rebelión para sentir respaldo requiere de dirigentes que la guíen. El papel que como cabecillas han desempeñado los sacerdotes a lo largo del tiempo ha sido decisivo en razón del estrecho contacto que mantienen con el pueblo: “Porque éstos predicán, son sus verdaderos guías. En la Europa del antiguo Régimen, aquellos que por excelencia tiene a la muchedumbre en un puño, los que hacen a un tiempo estremecerse y esperar, llorar y cantar, obedecer y rebelarse: los que hablan en nombre de Dios.” Para ilustrar lo dicho, cita el siguiente episodio: “Un historiador del siglo pasado escribió, con razón a propósito de las alteraciones de Provenza en el siglo XVI: No hay ninguna sedición ...en la que no se vea a frailes, franciscanos, capuchinos, carmelitas, dominicos, lanzar las propuestas más atroces y dar los primeros golpes en las matanzas” (G. Lambert, *Histoire des guerres de Religion en provence, 1530- 1598*, pp. 287-288) Jean Delumeau, *El miedo en Occidente*, México, Taurus, 2005.

para salir del ámbito pacífico que el templo simboliza hacia espacios abiertos, lugares donde se desarrollan los enfrentamientos bélicos y, por lo tanto, ajenos al oficio clerical. La empresa se orienta exclusivamente a la guerra; para conseguirlo, tergiversan la realidad, valiéndose de la comunidad vista como instrumento para obtener los propios fines:

Los ranchos se despueblan a gran prisa, agitada la gente por la intensa propaganda de beatas y liguistas, curas y sacristanes, que no se dan reposo, ya avivando el fanatismo ancestral de aquellos hombres, ya reviviendo su fama de valientes y matones, ya emulando la fanfarronería de su limpia sangre criollo, o estimulando su ingenua credulidad con promesas ultraterrenales. (LC, p. 163)

Los curas que se apegan a este modelo son transfiguraciones de la realidad: los padres Vega, Pedroza y Ángulo representan el papel de los malos, el narrador los emplaza como responsables directos de todos los crímenes que se cometen durante el conflicto en la región.<sup>20</sup> Como delegados de la institución y líderes de la sociedad, manejan el poder que se les ha conferido para alentar y manipular a la sociedad, de modo que participe en una batalla que no es la suya. Aquí se desliza un hecho significativo que José Guadalupe de Anda puntualiza en las novelas: el concebir a los sacerdotes locales como líderes y no sólo como hombres de la Iglesia.<sup>21</sup>

Los abates se asemejan en algo: estar marginados de los mejores puestos clericales por residir en las congregaciones y las rancherías más paupérrimas; por lo mismo, la disputa emprendida responde a los deseos de mejorar laboralmente. Extratextualmente, son pocos los testimonios de la actuación del padre Pedroza, quien llegó a ser general de la brigada de Los

---

<sup>20</sup> Ángel Arias Urrutia. *Op. cit.*, p. 169.

<sup>21</sup> Andrés Fábregas, *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*, 1986, p. 200.

Altos. En la extensa investigación citada de Meyer, se afirma, con base en fuentes orales, que Pedroza se caracterizó por llevar una vida intachable, aunque una vez que tomó el comando de la tropa impuso una disciplina de hierro.<sup>22</sup> Del padre Angulo, dista mucho el retrato presentado por De Anda, pues el sacerdote jamás participó militarmente con los cristeros, antes bien, intentó persuadir a los católicos de los inconvenientes de la guerra. Todo lo contrario sucedió con los padres Aristeo Pedroza, José Reyes Vega, Pérez Aldape, Carranza y Leopoldo Gálvez, quienes sí intervinieron en la revuelta. Sin embargo, para De Anda no existe distinción alguna, la representación que hace de los sacerdotes Pedroza, Vega y Angulo es la exaltación del poder clerical llevada a sus máximas consecuencias.

No resulta extraño que, dado el perfil de los sacerdotes, por momentos las acciones bélicas emprendidas rebasen las fronteras públicas donde los hechos de guerra se suceden, para violar los espacios privados de los rancheros. El narrador no descarta la invasión a dichos lugares por parte de los federales, pero enfatiza la incursión de los cristeros en las esferas privadas de la comunidad. Vemos que la misma Iglesia desde antes ya se había otorgado el derecho de invadir pacíficamente los espacios íntimos que siempre ha considerado una extensión de su poder, un acto de dominio sobre los creyentes. Así, en un sentido, dialéctico, esa misma incursión en momentos de guerra la extiende de manera violenta. En *Los cristeros* este suceso es descrito cuando llega al rancho Los Pirules un grupo de cristeros sanguinarios enviados por el padre Pedroza en busca de Felipe y Ranilla. La intromisión del grupo violento trae consigo atropellos y saqueos a la vivienda, que los ha

---

<sup>22</sup> Lo último lo asienta en su libro de *La Cristiada. La vida cotidiana*, t. III, México, Clío, 1997, p.67.

acogido confiada en la bondad de quienes se han levantado a favor de la iglesia. Un episodio similar, en otro contexto, ya había sido descrito en la novela de la Revolución: el pueblo armado entrando a espacios antes vedados:

Saltan las cerraduras y crujen las maderas de los muebles a romperse.

A poco comienzan a salir los que ya hicieron carga.

Unos traen las pantaloneras plateadas y las cotonas bordadas de don Ramón.

Otros vienen enfundados en las levitas y trajes de Felipe, bailando grotescamente en son de mofa.

Los que no alcanzaron más, salen con brazadas de ropa de las mujeres y con dos o tres sombreros empalmados. (LC, p. 192)

Ya he mencionado, algunos aspectos sobre las circunstancias sociales que indujeron la revuelta cristera en la región. Para esclarecer los hechos, subrayaré la injerencia, no sólo del clero sino del poder oligárquico en la estructura social, en esa dualidad perfecta en la que ambos desempeñan un papel fundamental para el establecimiento y consolidación del indestructible círculo de poder.<sup>23</sup> Históricamente la Iglesia fortaleció sus lazos ideológicos con la población a través de varios mecanismos, permitiéndose obrar directamente en las conciencias de los habitantes para filtrar las creencias que la sustentan. Dichas condiciones beneficiaron los intereses de la oligarquía, la que, aprovechándose de la ideología religiosa de un Dios rector de los designios humanos, responsable de todo cuanto sucede y que no admite ningún género de cuestionamientos, supo acogerla y divulgarla para su propio fortalecimiento. Autodefiniéndose como portadora de dichos preceptos, la oligarquía se asumió agente activo de un sistema social determinado divinamente, sin posibilidad de

---

<sup>23</sup> Andrés Fábregas afirma que “La iglesia facilitó el control y regulación políticos de la población estableciendo las bases corporativas sobre las que descansa la vida ritual de los alteños (...) Las bases corporativas del control de la población se instituyeron a través de cofradías y hermandades que mantuvieron los mecanismos de diferenciación social.”. *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*, 1986, p. 182.

alteración. Por cuenta propia y coludida con el clero local, se adjudicó el papel de promotora de las tradiciones locales, concretamente las concernientes a las festividades religiosas en toda la zona. Por su parte, la Iglesia implementó mecanismos de poder que le permitieron aprovechar el apoyo brindado por la oligarquía a través del diezmo, en forma de propiedades o de capital y de impuestos especiales. Se considera que la suma de estos factores también fue una de las detonantes que originaron la guerra cristera en la localidad.<sup>24</sup>

En oposición a la oligarquía, en la novela que examinamos, aparece otro grupo a favor del proyecto revolucionario: el agrarista, sector que demanda el apoyo del gobierno para la obtención de tierras. En el relato, el narrador lo coloca como víctima del feroz grupo cristero encabezado por el padre Pedroza, quien no duda en masacrarlo despiadadamente. Los agraristas de Palo Blanco pertenecen a una congregación agraria incrustada en medio de las magníficas haciendas del Plan. Son descritos como hombres valientes pero contrarios a los intereses de los hacendados y del clero, y en tal virtud, enemigos de la comunidad católica. La matanza perpetrada por los cristeros en ese lugar sobresale por la villanía:

– ¿Con que ustedes son los que apoyados por el bandido gobierno, se han venido a robar estas tierras? –los apostrofa el clérigo–. ¿De los que han arrebatado, contra la ley de

---

<sup>24</sup> José Díaz y Román Rodríguez. *El movimiento cristero. Sociedad y conflicto en Los Altos de Jalisco*, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, editorial Nueva Imagen, México, 1979. El estudio examina el comienzo y la formación de la crisis económica que derivó en la rebelión cristera: el origen de la propiedad privada y la manera de adquirir la tierra a lo largo de los años. Al mismo tiempo, explica cómo se fue fermentando la crisis demográfica ante la falta de recursos materiales y las relaciones de producción que dieron origen a la explotación del trabajo en manos de los oligarcas de la región. Dicha estructura es la que sustenta una ideología dominante. En resumen, estos factores acentuaron la crisis en la región aunados al abandono que sufrió el bimetalismo en la economía mundial. De acuerdo a esto, la revuelta no fue simplemente la resultante de un problema ideológico sino que hubo una verdadera crisis en la infraestructura social (socioeconómica y tecnológica).

Dios, a respetables señores, hombres honestos, de conciencia ejemplar, lo que por su trabajo, honradez y laboriosidad habían adquirido?

Los campesinos permanecen callados. De sus bocas reseca, cuyas recias mandíbulas parecen estar atornilladas, no sale ni una sola palabra.

Los cristeros, que les han formado rueda, los miran con estupor, sorprendidos por su entereza. Algunos los ven con conmiseración, quizá arrepentidos por su complicidad, recordando el real y medio y ración y el mal trato de los amos, quienes habían enrolado en las filas de Cristo a miles de ellos.

El cura los observa con fijeza, y luego se alisa sus negras barbas de chivo al preguntarles en un tono sarcástico: -¿No quieren más tierrita?

Los labriegos siguen de una pieza, con los labios sellados; acosados por los tantos ojos que parecen barrenarles el cuerpo.

-Ahorita se las voy a dar -prosigue el cura con mofa.

- ¡A ver, Ciriaco, trae acá esos costales de tierra! ¡Vamos, aquí la tienen...!

Les cuelgan los sacos al cuello y los conducen al pie de un fresno que hay en la plaza, de cuyas ramas penden tres sogas.

Ahora, todos los cristeros, a excepción del cura, están consternados, presenciando en silencio los preparativos.

Los tres campesinos están lívidos, de color de la cera, y por sus caras bronceadas, cuyos fuertes rasgos parecen haber sido forjados con hacha, corre copioso sudor. Por el esfuerzo que hacen para mantener su entereza, sus mandíbulas están a punto de hacer explosión. De su boca, como en un principio, no sale una sola palabra de perdón, ni una queja, ni una súplica.

- ¡Qué infamia...! -exclama Felipe sin poderse contener, y cierra los ojos cuando tiran de las sogas, y los cuerpos de los tres agraristas se levantan del suelo, retorciéndose en medio de horribles contracciones, para quedar suspendidos en el aire, cada uno con su saco de tierra colgándole del cuello... (LC, pp. 221-222)

Un hecho importante es que no todos los agraristas estaban en contra de la Iglesia. Moisés González Navarro describe que en Ameca, Jalisco, los masones intentaron organizar una manifestación anticatólica con los agraristas. Estos se negaron, porque si bien querían defender las tierras otorgadas, no estaban dispuestos a lanzarse contra la Iglesia, pues consideraban que era tanto como traicionar a Dios y a sus propias creencias. Por lo tanto, se mostraron dispuestos a devolver las tierras y las armas que les habían proporcionado, con tal de no enfrentarse a la institución que tanto respetaban.<sup>25</sup>

Por la complejidad de la situación, las fricciones entre católicos y agraristas se sucedían continuamente, sobre todo por cuestiones económicas. Los agraristas, aunque católicos, ya no deseaban ser explotados por los

<sup>25</sup> Moisés González Navarro. *Op. cit.*, t. 2, pp. 111-115.

terratenientes; el reclamo era justo pero no escuchado por el clero que no se conmovía de la situación que padecían, antes bien los acusaban de haber vendido libertad y conciencia por un pedazo de tierra. Por otro lado, los cristeros adjudicaban a los agraristas el detrimento de la producción agrícola, la carestía y los constantes crímenes ocurridos en el país. Por esta causa, se afirmaba que los cristeros podían perdonar a los soldados, pero a los agraristas, nunca.<sup>26</sup>

Es sabido que el Vaticano nunca aprobó la revuelta cristera, ni tampoco el Episcopado Mexicano ofreció abiertamente su apoyo a la rebelión, a excepción de pequeños cuadros que respaldaron la incorporación de sacerdotes a la contienda en calidad de dirigentes y colaboradores.<sup>27</sup> En *Los Cristeros*, los sacerdotes guerrilleros son una especie de antihéroes y contrapunto de los valores auténticos. Ellos son los causantes de todos los males y formas de explotación a la sociedad. En tres de los capítulos culminantes de la obra, ellos asumen el papel protagónico de los sucesos más sangrientos acontecidos durante la rebelión: “La matanza de Palo Blanco”, “El asalto al tren Ojo Largo” y “El crimen del cura Vega”.

El capítulo “El asalto al tren Ojo Largo” es el ejemplo más impactante de las excesivas crueldades que los sacerdotes llevan a cabo durante la guerra. El episodio recrea el asalto al tren de Guadalajara ocurrido el 19 de abril de 1927, perpetuado por los cristeros dirigidos por los sacerdotes y los Jefes militares Miguel Gómez Loza y Victoriano Ramírez “El Catorce”; los dos últimos borrados de la acción en el capítulo de la novela. Durante el suceso, los

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 345-346. (datos tomadas de CESU. Fondo Miguel Palomar y Vizcarra. Sec. Organizaciones Católicas. Serie LNCLR. Caja metálica 39. Hoja 2830; León, Crónica...p. 22 y Azuela, Obras Completas., 770).

<sup>27</sup> Jean Meyer. *La cristiada*, 1983, t.2, p.25

cristeros una vez que roban dinero y armamento prenden fuego a los vagones, aunque aseguran que esto se realizó una vez que los desalojaron. La prensa condenó la crueldad del ataque contra los civiles, asegurando que el tren fue incendiado con toda la gente que iba en el interior. En la novela, el acontecimiento se ve recargado de acciones sucesivas e ininterrumpidas, con secuencias rápidas y violentas, acentuando el dramatismo del momento. El lugar donde se desarrollan los hechos se convierte en escenario sangriento donde mueren personas inocentes, tanto civiles como federales.<sup>28</sup> Lo fundamental del incidente descrito radica en la descripción de los hechos por el narrador, quien busca demostrar la descomposición del proceso de la revuelta en las figuras de los sacerdotes y sus seguidores:

Los cristeros se abalanzan como fieras hambrientas sobre el convoy y penetran a los carros con los puñales en alto, amenazantes. Angulo, por delante, también lleva el suyo en la mano.

– ¡A acabar con los malditos pelones! ¡A rematar a los que queden vivos...! –grita Dentro, mujeres que se abrazan a sus hijos moribundos, enloquecidas de angustia. Hombres que gritan enronquecidos y sacuden a sus gentes, acribilladas a tiros, ya sin vida.

Heridos que se arrastran pidiendo agua con clamorosa voz...

(..)Y los puñales se hunden una, otra, repetidas veces en los cuerpos inermes de los pobres juanes, hasta no quedar uno solo con vida...

Los curas y demás victimarios salen bañados en sangre, fatigados, jadeantes de la ruda labor de exterminio que han llevado a cabo en el nombre de Dios. (LC, pp. 235- 236)

El acto de matar con el puñal tiene su origen de largo alcance en la cosmogonía de las culturas prehispánicas, en las que los sacerdotes matan a

---

<sup>28</sup> “Las escenas desarrolladas por el violento ataque fueron terribles. Por donde quiera las plegarias de las mujeres se confundían con los ayes y los lamentos de los heridos, en tanto que afuera de los carros no cesaba un punto el estruendo de las armas, entre gritos de: “¡Viva la virgen de Guadalupe! ¡Viva Cristo Rey! (...) Después los que hacían de jefes de los asaltantes, entre los cuales se encontraban unos sacerdotes, según, éstos decían, dispusieron que los sobrevivientes pasaran al carro pullman, entre tanto que prendían fuego a los demás carros del convoy, como en efecto se hizo; según oí decir entre algunos pasajeros de segunda clase, los carros fueron incendiados sin haberse retirado de ellos a los heridos.” Eduardo Mestre Ghigliazz, cit. por Víctor Ceja Reyes, *Los cristeros, crónica de los que perdieron*, México, Grijalbo, 1981, pp. 153-154.

los hombres para complacer a las divinidades. Este ritual simbólico se iguala con la imagen sangrienta de la Iglesia que en manos de sus ungidos sacrifica a los hijos corrompidos por el Estado porque ellos obstruyen su misión más sagrada en la tierra: defender “la voluntad de Dios”.

El padre Vega, principal personaje religioso de *Los cristeros*, es presentado por el narrador como un ser demoníaco: de “pelos erizados”, “cara tenebrosa” y “ojos desviados”. De tipo indígena, en oposición al tipo criollo del lugar, Vega aparece descrito en la novela como un hombre oscuro y maligno, capaz de regirse por los instintos más bajos. Por medio de esta descripción, el autor traslada a la novela un marcado prejuicio que durante mucho tiempo se extendió en México, al considerar a la población indígena no sólo inferior a la blanca, sino también el atribuirle sentimientos negativos a su origen:

Pelos erizos comenzaban a ennegrecer su cara tenebrosa, y sus ojos desviados despedían destellos de perfidia y de maldad.

Más que padre, parecía uno de tantos “panteras” salido del mismo Rincón Chávez, o venido de Tacoitapa —otra cueva de valientes—, a algún fandango.

No iba a defender la Doctrina de Cristo; iba a hacer la lucha para llegar a Obispo, Canónigo, o cuando menos a Cura de un curato mejor; ya no quería seguir soterrado en aquel mísero villorrio. (LC, p. 126 )

Efectivamente, el padre José Reyes Vega estuvo al mando de los regimientos de Gómez Loza en Los Altos de Jalisco; durante el desempeño militar presumió ser un estratega nato, recibiendo el apodo del “Pancho Villa de sotana”.<sup>29</sup> En la novela, los actos del sacerdote, más politizados que religiosos, se encuentran dirigidos a obtener el ambicionado ascenso militar. Esta obsesión la canaliza en la revuelta a favor de la Iglesia:

---

<sup>29</sup> Jean Mayer, *La Cristiada. La vida cotidiana*, 1997, p. 67.

--Por otra parte, toda grande acción al iniciarse, requiere abnegación y sacrificios, reclama víctimas y mártires que ejemplaricen y hagan todavía más santa la causa...--filosofa el cura al ver a los reclutas: muchachos aturdidos, con caras de imbéciles; labriegos ultramontanos, alzados que bajaron de rancherías apartadas a incorporarse a las huestes cristeras, a servir de carnazas...

(...)

– ¡Y ahora, valientes – grita en medio de la columna el padrecito-; a pelear como los buenos! ¡a exterminar a los impíos...! “Dios lo quiere” ¡Viva Cristo Rey...! – y extiende el brazo echando bendiciones. (LC, p.127)

Naturalmente, debido a la actitud negativa de los sacerdotes representados, una vez conformado el ejército cristero, los abates provocan divisiones internas que terminan por debilitar a la tropa. Estas divisiones surgen principalmente entre Policarpo y el padre Vega. El carácter de ambos jefes cristeros refleja fielmente la actitud de sus respectivas formas de vida. En algún momento de la novela se reconoce que la rivalidad entre los dirigentes se detecta más allá de los intereses de la rebelión, debido a la condición social distinta que los separa, en la que se mezclan cuestiones personales. El dato es un referente extratextual, pues si bien el padre Vega ha pasado a la historia por la serie de actos despiadados y asesinatos que consumó, existen testimonios de sus múltiples amoríos, como lo deja entrever De Anda. En ese sentido, la caracterización que realiza el escritor se encuentra muy apegada a la realidad:

–Un rancharo boca de palo, atrabancado, que andaba conmigo. Un rancharo imbécil, muy ladino, con una suerte loca, que siempre le salen bien todas sus tarugadas; sensiblero que perdona a los pelones que caen en sus manos, y nunca fusila o cuelga a nadie; él sólo mata combatiendo. Si yo a veces he llegado hasta sospechar que se anda volteando...A mi me quitó de las manos a muchos juanes y gente del gobierno que iba a escabechar; dio por no obedecerme en muchos casos, y en fin otros muchos detalles de hombres que ya les contaré...

– Ah!, sí, ¿aquella muchacha de San Miguel? –lo bromea Angulo. (LC, p. 232)

Siguiendo esta fisura decisiva para el desenlace de los hechos, Ruiz Abreu señala con razón que, dado que el personaje de Policarpo Bermúdez es

honrado y honorable, puede perdonar en momentos decisivos; los curas, por el contrario, claman venganza, mostrándose intransigentes con los enemigos. Siguiendo el razonamiento, que considero incompleto, se puede decir que los sacerdotes rompen todo lazo con la doctrina que representan, ya que Dios siempre perdona. De tal forma que cuando la Iglesia sale de su entorno asumiendo una posición ilegítima para colocarse frente a los hombres en igualdad de condiciones, demuestra no estar a la altura de las responsabilidades que ha asumido, por eso la lucha se torna maligna.

De ahí que Policarpo represente al hombre capaz de hacer que se inclinen los corazones a su favor despertando no sólo entusiasmo sino también admiración y respeto, circunstancias que lo colocan como el auténtico héroe cristero, debido a la capacidad de mantenerse en contacto con el pueblo y compartir con él los triunfos obtenidos en cada batalla. Ante todo, porque Policarpo cumple con las expectativas de la comunidad acerca de cómo debe actuar un hombre en tales circunstancias. Así, cuando el pueblo lo honra, implícitamente se enaltece al regimiento que comanda y a la sociedad misma, como lo podremos apreciar en el siguiente capítulo.

Si en un primer momento De Anda describe a un clero experto, capaz de convencer a la sociedad de lo lícito de la guerra, en el desarrollo de la novela se observa que para poder formar un ejército, los integrantes requieren de más elementos, demandan organización y disciplina, cualidades de las que adolece el ejército cristero, como efectivamente sucedió en las primeras etapas del levantamiento armado. Lo que predomina de los sucesos descritos, son la hueca palabrería del discurso religioso y las acciones negativas de los sacerdotes, en razón a que los intereses de ellos permanecen ajenos a los del

pueblo que les rinde obediencia, situación que determinará durante los acontecimientos narrados el desenlace del líder cristero:

En tono sentencioso, autoritario, le dice: – Yo, con la potestad que Dios me ha dado sobre la tierra, lo conmino en su nombre a que se rinda, coronel, a que deponga esa agresiva actitud contra el representante de Cristo, que soy yo.

(...)–Sabed –agrega – que los ministros de Dios aquí en la tierra, tenemos la facultad para absolver y condenar; para abrir las puertas de los infiernos o arrojar a los infiernos...Yo puedo confundirlo y hacer que la maldición de Dios caiga sobre usted para toda su vida...En nombre de este Santo Cristo, ríndase... (LC, p. 248)

Este hecho no es gratuito ni casual; en la novela se prueba que los sacerdotes por el poder moral, económico y cultural que poseen, utilizan todos los medios y estrategias para colocarse por encima de cualquier hombre. La sentencia subliminal del escritor se puede resumir de la siguiente manera: la Iglesia no le ganó al Estado, sino a los mismos católicos al demostrarles una vez más el inmenso poder que mantienen sobre ellos, poder que no están dispuestos a compartir ni con los mismos seguidores, aunque estos los ayuden en las empresas más importantes.

## SEGUNDA PARTE

### YO SOY ALTEÑO

## Por mi patria y por mi religión

Los cristeros nunca pensaron ser el Estado, ni ser el Papa tampoco,  
pero creyeron firmemente ser México y la cristiandad.  
A su manera eran nacionalistas y patriotas  
y manifestaban su fe en México y en la cristiandad.  
Ese fue todo el misterio.  
Jean Meyer.<sup>1</sup>

En la primera parte de la tesis, examiné algunos de los lazos que cohesionan a la población ranchera en Los Altos de Jalisco: la historia, el espacio territorial, el amor por la tierra y las prácticas religiosas que sustentan a la sociedad alteña, lo cual permitió comprobar que, en la vida cotidiana de los habitantes, cada uno de estos factores da sustento al sentido individualista profesado por la población, sentido que de manera extratextual ha sido corroborado en diversos libros relacionados con la zona, capaz para movilizar a la población en aras de defender los derechos y la autonomía, reaccionando valientemente ante las amenazas provenientes del exterior. Con un acierto notable de las novelas, se plantea cómo durante la revuelta cristera dicho sentimiento se ve exacerbado con intensidad, lo que deriva en la unificación de la sociedad que se ve impulsada a luchar por los mismos intereses. Para hacerlo, proyecta un balance de los eventos y padecimientos comunes, de una población que exige con las armas seguir viviendo a su manera para reivindicar el control ideológico, político, social y cultural del espacio al que pertenece.

Como he puesto de relieve, José Guadalupe de Anda se somete a este campo de reflexión en el marco de la rebelión cristera, con el propósito de estudiar al mexicano en un sentido más abarcador, es decir, más localizado y

---

<sup>1</sup> Jean Meyer. La cristiada. La grandeza Mexicana, 1997, pp. 19-20.

específico: regionalmente. Para conseguirlo, explora a la sociedad alteña con el propósito de explicar cuáles fueron las causas más profundas que la llevaron a levantarse en armas para defender una identidad transmitida de generación en generación en calidad de la herencia valiosa para la comunidad. Básicamente ese es el tema de las dos novelas de José Guadalupe de Anda.

Para continuar penetrando en el estudio de la sociedad alteña a partir del enfoque de José Guadalupe de Anda, explicaré en el presente capítulo parte de la naturaleza compleja del alteño, tomando como guía representativo al protagonista de la novela *Los cristeros*, quien posee rasgos típicos, sociales y culturales propios de la comunidad, ya que sirven para la reflexión del desarrollo de los tipos sociales y el tema histórico nacional que se expone en las dos novelas. Policarpo se convierte de esta manera en uno de los portadores del discurso social ofrecido en la novela, haciendo extensa referencia a cuestiones relacionadas con el sector que representa.

En cada episodio, el protagonista es presentado de una forma especial por el narrador, con el objeto de resaltar los rasgos propios de la región en el marco de referencia nacional a partir del esquema estructural y temático de las novelas. Algunos elementos que conforman la imagen del personaje han sido inspirados por la realidad, tanto en el retrato que de él crea el autor como el de su entorno cotidiano. Para el estudio es necesario considerar la tipicidad caracterológica y sociológica del personaje, la suma de los actos, que en la novela pueden proyectarse como resultado de hábitos o de objetivos, tanto individuales como sociales. Asimismo, las cualidades, los defectos y la apariencia que de él ofrece el narrador son datos que se convierten en punto de reflexión para entender al alteño. Del mismo modo estudiaré lo que

representan para el protagonista estos atributos, pues a partir de este enfoque podré penetrar en el significado más amplio y profundo del texto.

Aunque en las novelas de José Guadalupe de Anda no se logra perfilar, porque de alguna manera no lo consiguió la rebelión cristera, la representación cabal del estereotipo del héroe contrarrevolucionario, como lo hiciera en su momento la revolución mexicana en las figuras de Pancho Villa y Emiliano Zapata, lo que sí consigue es captar al hombre simbólico, estereotipo de una región que se aparta de las personalidades concretas para ubicarse en su espacio delimitado, como producto de la sociedad a la que representa. En *Los cristeros*, dentro de los contrastes que todo escenario presenta, aparece la imagen singular que lo caracteriza: Policarpo es el hombre ranchero que montado a caballo y con la pistola en la mano defiende a la religión y a los fundamentos de la sociedad que lo vio nacer. Sin grandes descripciones, se dibuja al individuo confinado en su propio espacio, al cual se debe y del cual se enorgullece, ya que esto le permite distinguirse del resto de la nación, haciendo gala de una región autónoma e individualista que demanda respeto a sus derechos. A la par, siguiendo la estructura de la novela revolucionaria, el narrador señala los defectos de los valientes alteños, marcando a las masas violentas mexicanas que el Estado intenta someter. Durante el conteo visual, no pueden marginarse las costumbres y las tradiciones de la sociedad representada, como veremos en el último capítulo de esta segunda parte del estudio.

Desde el inicio de los eventos referidos en la primera de las dos novelas analizadas, se aprecia que la cultura alteña no sólo está imbuida de las prácticas religiosas impuestas por la Iglesia Católica, sino que además, se

encuentra delimitada por los factores geográficos que influyen en el pensamiento y en la concepción que los hombres tienen del mundo y la forma de materializarlo. Estos factores son las barreras que impiden la acogida de cualquier influencia externa que amenace con afectar su mundo inmerso bajo las leyes privativas que lo definen, rasgos que hemos podido analizar en la primera parte del trabajo.

En la medida que los sucesos contados van desarrollándose en una secuencia espacial, los personajes se distinguen como un sector peculiar de la nación en razón de las características propias de su identidad.<sup>2</sup> Por medio del universo creado en ambas narraciones, el narrador crítica los prejuicios, las creencias, las supersticiones, los vicios y los comportamientos de los habitantes de la localidad, en la medida que sus actos obstaculizan el progreso del país. A pesar de todo, no se descartan en las novelas los valores genuinos de la sociedad recreada, como enseguida tendré oportunidad de constatar. Para hacerlo, José Guadalupe de Anda muestra los rasgos más sobresalientes y comunes en ella. Por medio de las acciones de los personajes que interactúan dentro del mundo elaborado, se indica cómo se identifican a sí mismos y cómo se diferencian del resto de la nación en el marco de la revuelta cristera. Precisamente es ahí donde Policarpo, a modo de líder cristero, se revela como creación de la rebelión cristera, pues cada insurrección sólo puede ejecutarla aquel que goza de la confianza de su pueblo, como es el caso del personaje en cuestión.

---

<sup>2</sup> En principio, partimos del presupuesto elemental de que la identidad es el conjunto de rasgos propios de una colectividad, que la caracteriza y la distingue del resto. La configuración de la identidad tiene rasgos de subjetividad, ya que muestra el concepto que tienen de sí mismos los hombres que se encuentran insertos en una sociedad determinada: las expresiones se dan a nivel de comportamientos, la comida, las diversiones, la utilización del espacio para múltiples prácticas, entre otros.

Simplificando y esquematizando un poco los antecedentes de la rebelión, es importante señalar que Los Altos de Jalisco habían mantenido cierta independencia del gobierno, privilegio que no fue posible sostener después de consolidarse el movimiento revolucionario de 1910, por más que se afirme que éste, en cuanto levantamiento armado, no afectó a la región.<sup>3</sup> A pesar de la ausencia relativa de la lucha armada en la zona, cuyos habitantes vieron en la revolución un conflicto de “los de abajo”, los ecos de la guerra aumentaron su intensidad con los nuevos decretos de la facción ganadora, al grado de arrastrar violentamente a la población, correspondiendo a Los Altos de Jalisco la mayor cuota de daños al erigirse en el epicentro de la rebelión cristera.

En las novelas examinadas, se reproduce, precisamente la estructura social y cultural de esa zona de Jalisco, formas que en los hechos históricos en los que abrevian las obras fueron detonantes para entender la revuelta cristera. Por ejemplo, el historiador Luis González<sup>4</sup> examinó la manifestación religiosa como parte sustancial de la idiosincrasia del pueblo mexicano, que obstaculizaba las propuestas y políticas liberales en la nación. Un acierto de primer orden en las novelas de José Guadalupe de Anda es el énfasis puesto

---

<sup>3</sup> La mayoría de los estudios que se han realizado sobre la región coinciden en que la Revolución de 1910 no afectó a la zona. Primero pondré un ejemplo que confirma esta aseveración y enseguida otro donde se opina lo contrario: José Zócimo Orozco Orozco en *Arandas y sus delegaciones. Un reto de conocer el pasado, comprender el presente y visualizar el futuro* dice: “La población arandense estuvo muy en paz durante esa época...” p. 153; por el contrario, José Antonio Gutiérrez y Gutiérrez afirma lo siguiente: “para esas fechas Jalisco seguía viviendo con su acostumbrada calma, para él no había terminado la paz porfiriana. Pero en mayo de 1911 la perdió: la revolución maderista cada vez se extendía más y comenzaron a pasar destacamentos de las distintas fuerzas en pugna. Su paso frecuente lo sacaron de la calma en que vivía, y muchos de sus hijos se enrolaron en la “bola” defendiendo unos los nuevos ideales maderistas, otros, obligados por la leva en los ejércitos federales. Se sabe que muchos alteños formaron parte de la famosa División del Norte”, *Jalostotitlán a través de los siglos*, 1985, p. 238.

<sup>4</sup> Luis González, “El liberalismo triunfante”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1976, t. 3, p. 206.

en el papel que la geografía y la idiosincrasia regional desempeñaron en los acontecimientos bélicos, subrayando la profunda fisura que existe entre los ritmos, tiempos y mentalidad de aquella región, opuesta a los designios nacionales. Para llevar a cabo semejante cometido, el escritor exhibe algunos atributos de la identidad alteña: el sentimiento de pertenencia a la región; la agresividad; el marcado catolicismo y un aire de superioridad por la pureza de su origen étnico, ligado a la idea del ancestro en una extensa red ideológica. Esta conformación masculina en *Los cristeros*, convierte a Policarpo en el personaje representativo por excelencia de Los Altos de Jalisco: “Carácter aventurero, valiente, fanfarrón, buen tirador, amante de las armas, los caballos y los balazos.” (LC, p. 57)

En el siguiente párrafo advertiremos cómo caracteriza el autor la homogeneidad del origen criollo de la población, fisonomía que forma parte de los distintivos de la sociedad y sobre la cual descansa parte del orgullo regional.<sup>5</sup> En *Los cristeros* este rasgo es resaltado continuamente por el narrador, alusión que le imprime realismo a la narración:

Aquello se asemeja a un desfile bíblico; van ahí hombres de aspecto judaico, altos, recios, barbados, cabeza enmarañada y boscosos bigotes; viejos encorvados, de caras apacibles y luengas barbas blancas, que parecen profetas; muchachos montaraces, de cara rubicunda, ojos azules, muertos e inexpressivos, que parecen venidos de la Tribus de Abraham. (LC, p. 57)

---

<sup>5</sup> José Vasconcelos, en su libro *La flama. Los de arriba en la revolución. Historia y tragedia*, comienza la narración enaltecendo a Los Altos de Jalisco de la siguiente manera: “En los valles calizos, la tierra produce, desde hace más de un siglo, algo de trigo y ganado caballar del más briosos y fino que hay en el país. Los pobladores son quizás el mejor contingente racial con que cuenta nuestra patria. Es la sangre española pura. Los hombres se ven atezados y esbeltos en su traje de charrería conveniente para la faena campestre. Su fama de jinetes halla reconocimiento en todo el Bajío. (...) La población civilizada, cultivó y construyó y hoy vive en pequeñas ciudades, orgullosas de su arquitectura colonial española y sus costumbres católicas(..)” México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Colección Textos Clandestinos, 2003, p. 18.

Esta misma alusión no podía faltar en *Los Bragados*:

Las recuas se suceden sin interrupción; unas conduciendo grasas y cereales hacia arriba, otras llevando jarcias y abarrotos rumbo al plan.

Son guiadas por hombres lomilargos, vigorosos, gallardos, de facciones refinadas. Parecen santos arrancados a los templos o descendientes directos de gabachos y gachupines.

El gabán embrocado, la pechera de cuero, la calzonera de gamuza, el percutido sombrero de soyate, atravesado de la copa por una aguja de "arria" y el grueso chirrón crudío en la mano, indica que son arrieros alteños. (LB, p. 46)

La ascendencia española de la población, según indica José Antonio Gutiérrez Gutiérrez, estuvo conformada por asturianos, gallegos, vizcaínos y también por moros, judíos y aun franceses. Esto fue un factor determinante en la conformación de la sociedad regional. Por lo tanto, la suma de cualidades y ventajas relativas de la posición social logró consolidarse en gran parte debido a ese origen europeo.<sup>6</sup> La mayoría de los criollos alteños vivían añorando el prestigio e hidalguía, considerando que no tenían obligación de tributar y que podían ambicionar el derecho a ser españoles. Este sector de la población afianzó el poder con la adquisición de tierras:

El criollismo, como ideología de clase, encontró en Los Altos formulas justificadas de defensa contra el español. Tenemos el caso de los nuevos españoles a los que sentían enemigos, porque llegaban como conquistadores y consideraban a la tierra como de "conquista pasajera a donde venían a obtener riquezas en breve tiempo, sin pararse en medios. La presencia de aquel español "intruso" dieciochesco fue, en gran parte, el causante de que el criollo alteño enarbolara el estandarte opositor y se forjara una idea propia de patria, más emotiva que real. Contra la realidad de dominio creó una patria como paisaje, como elemento que le obsequiaría diversos bienes; pero principalmente satisfacciones emotivas. Tomando esto en consideración, se siente frecuentemente en el pasado, orgulloso de su tierra, de su historia, de sus tradiciones, de su territorio.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> José Antonio Gutiérrez y Gutiérrez, *Los Altos de Jalisco*, 1991, pp. 323-324.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 187.

Policarpo como arquetipo y representante de la cultura alteña queda representado por algunos rasgos masculinos de la localidad: hombre macho<sup>8</sup> que se caracteriza por el valor demostrado ante situaciones peligrosas: jugador, mujeriego y atractivo; fiel a su palabra, leal cuando se compromete; cuando no, se conduce con impulsos inadmisibles. El narrador recorre la frontera de lo simbólico y del imaginario popular para convertirlo en un personaje real, de carne y hueso, sin ningún rasgo de debilidad, por ser un hombre valiente, indomable y bravucón.

Es interesante apreciar en la novela que la forma de relacionarse tanto de Policarpo como de los demás hombres de la localidad, tiene un sentido ambivalente que oscila entre lo lúdico y lo trágico, resultado de la oposición dualista de vida y muerte. Desde el momento en que los hombres resuelven sus conflictos y sus diferencias en franca rivalidad, se aprecia la manera de imponer la voluntad ante los demás. De esta forma, el más poderoso triunfa y el perdedor se somete al poder del contrincante o simplemente muere en la lucha por imponer su virilidad:

Policarpo, parado en los estribos de la silla, haciendo de las manos una bocina, les grita:

–Los que sean hombres y se tantién con tamaños pa' seguirme, que se corten...-y señala con su mano el lado derecho.

Aquella llamada a base de hombría era tan fuerte y tan persuasiva como el sermón del cura.

¡Quién no se iba a cortar! ¡Quién iba a dejar que se pusiera en duda su hombría, ni iba a aceptar que se le señalare como falto de tamaños!...

Menos en aquellos rumbos, donde no se reputa como hombre al que no puede presumir de traer arrastrando cuando menos una calavera; más que sea la de un "cuico"...Porque para ellos matar a un guardián del orden público, no tiene ningún chiste; no da fama. Eso lo hacen hasta los novatos para iniciarse en la carrera de valientes.

¡Cómo se iban a quedar impávidos ante aquel llamado viril de Policarpo, en aquellos lugares, donde una mala mirada, un daño en las labores, un desaire al no aceptar una copa, o una cuenta que no se paga al plazo, es motivo de balazos...!

---

<sup>8</sup> Para Marcela Lagarde y de los Ríos, ser macho implica ser fuerte, violento y rencoroso, conquistador, autoritario, a la vez que irresponsable y negligente. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 2005, p. 420.

¡Donde, por último, cuando se traen muchas ganas de pelear y no se encuentra con quién, se encierran en un cuarto oscuro un grupo de bravucones, desenfundan las pistolas y disparan, a ver quién le toca la de malas...! (LC, p. 60)

En un sentido más profundo, cuando Policarpo reta verbalmente a los lugareños, se impone la prueba de romper ciertos códigos sociales con el fin de alcanzar una especie de supremacía individual que se mantendrá a lo largo de la narración. Sin embargo, el precio que tendrá que pagar por la osadía demostrada, determinará su desenlace en los hechos de guerra que protagoniza. Esto hace pensar que en la dinámica instituida entre los hombres, con relación a los enfrentamientos violentos de los que forman parte, existe el propósito profundo de romper la monotonía de la vida, a la que no se puede escapar más que por este medio agresivo, situación que será determinante a la hora de enrolarse en las armas, como se describe en la novela.<sup>9</sup>

El lector accede al tipo de relaciones que establece un sector masculino de la localidad. Por medio del narrador, los lugareños exhiben la necesidad de nuevos retos, en una especie de renovación ante sí mismos y ante los demás, a fin de manifestar superioridad, aunque para conseguirla sea la vida misma la que se juegue. De tal manera que la existencia se verá conducida hacia los placeres más extremos; y si la muerte sorprende, acontecerá en medio de intensos peligros, porque la dinámica social no les permite a los hombres manifestar ningún indicio de debilidad. Así se lo deja saber Tío Alejo a Felipe

---

<sup>9</sup> Benito Esparza, en “Cuadro general estadístico de Paso de Sotos (hoy Villa Hidalgo), 1878”, habla de este problema en la región: “Sin duda por las transiciones revolucionarias porque ha atravesado el país, cuyo aliento destructor todo lo devasta, los habitantes de Paso de Sotos, aunque poco han olvidado las loables costumbres de sus padres, porque se nota desgraciadamente más precocidad para el vicio que para la virtud; no obstante, pueden llamarse buenas las costumbres de Paso de Sotos relativamente á las de los habitantes de otros pueblos de la propia categoría. ¡¡¡La bondad de Dios haga las mejorías!!...” *Estadísticas de los Altos de Jalisco (1838-1909)*, 1998, pp. 101-102.

cuando dialogan sobre los medieros del rancho que han decidido pelear al lado de Policarpo:

...ansí es la gente de por acá. Naiden quere quedarse atrás; en todo queren sacar delantera. Si saben que fulano mató a uno, a la bravo como los hombres, y comienza a correr su fama de valiente, no queda uno que no busque la manera de matar para no quedar atrás de aquel fulano. (LC, pp. 96-97)

El discurso del Tío Alejo proporciona una serie de indicios que le permiten al lector comprender que las características corresponden a un imaginario difundido por esos años en la región. El deseo de la muerte se explica por la violencia sociogenética de la gente y por la escasa seguridad del entorno, en una especie de ciclo colectivo sin salida, como lo presenté en el segundo capítulo. Octavio Paz había advertido en su libro *El laberinto de la soledad*, que gran parte de la violencia del mexicano tiene explicación en la sociogenética de los hombres.<sup>10</sup> Tomando en cuenta todos estos elementos, se puede decir que la muerte oscurece gran parte de las actividades masculinas en la zona; sobrevinida por cualquier pretexto, por el juego, por una mujer, o simplemente, por voluntad propia.<sup>11</sup> La visión del narrador se impone para exhibir a una población a la que le hierve la sangre, y sólo la muerte, símbolo frío, puede templarla. No se puede ignorar un detalle, a simple vista sencillo,

---

<sup>10</sup> *Op, cit.*, p. 26.

<sup>11</sup> Para Roger Bartra el menosprecio a la muerte forma parte de un rito colectivo que le da significado a la vida: “En la cultura mexicana moderna, el miedo a la muerte – que se traduce en fatalismo, desprecio, búsqueda- también tiende a gestar una dimensión heroica”. Es el hombre, que pese a vivir una vida afligida, tiene la capacidad de elevarse a un nivel épico, donde las miserias y la melancolía son superadas con el desprecio a la muerte. De estas virtudes heroicas, surge el héroe mexicano, que se burla continuamente de ella. Sostiene el autor: “el héroe mexicano que no le teme a la muerte es una instauración intelectual de la mística revolucionaria de la década de los veinte, producto del impulso nacionalista que se le estaba dando al país. “ A los mexicanos sumergidos de la cultura nacional les propone el único gesto heroico posible: morir fácilmente, como sólo los miserables saben hacerlo.” *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México, Grijalbo, 3ª ed., 1987. p. 93.

pero a la vez determinante: dentro de una sociedad violenta, poco valor se le puede ofrecer a la vida cuando se convive con la muerte en todo momento. No obstante, el mismo dramatismo social, genera potencialmente virtudes y sentimientos dignos de reconocer en la comunidad.

A finales del siglo XIX Ramón Sánchez había observado que si bien los alteños se mostraban hospitalarios y filantrópicos, también se distinguían por la marcada egolatría, que los convertía en sus propias víctimas, al vivir coaccionados por eventos que lastimaban todo género de emociones. Por supuesto, imputa al carácter explosivo de los habitantes la causa de homicidios que de manera alarmante ocurrían en la población, principalmente aquellos relacionados con problemas de amores.<sup>12</sup> El referente toma fuerza y vigencia en las novelas, cuando Policarpo reta a los coetáneos a luchar a su lado; pues como lo señala Moisés González Navarro: “los alteños, tan bravos como impacientes, pedían entrarle de una vez a los trancazos”.<sup>13</sup> Aunque en la novela, una vez enrolados en la batalla, más de alguno manifieste pesar por haberlo hecho.

Desde la óptica del narrador, la fusión establecida entre la Iglesia y los hombres es interesante, ya que la violencia y la muerte envuelven la vida religiosa de los pobladores. No se podría negar que la misma institución, con todo lo polémica que se presente en los textos, posee su lado claro: poder

---

<sup>12</sup> Ramón Sánchez en “Ensayo estadístico de la municipalidad de Arandas” en *Estadística de Los Altos de Jalisco, (1838-1909)*, 1998, p. 68.

<sup>13</sup> Moisés González Navarro. *Op., cit.*, t. 2, p. 262. En la misma obra, el autor cita un dato interesante sobre el tema: “El Poder Legislativo recibió, en abril de 1925, numerosas protestas contra la legislación de cultos: campesinos y obreros de Arandas amenazaron ‘¡Desgraciada nuestra sociedad y nuestros gobiernos el día en que los sacerdotes ya no contengan nuestra desbordante indignación! En Tepatitlán señalaron a Silvano Barba González que el número de sacerdotes no debería relacionarse con el total de los habitantes, sino con el número de files de cada religión”, p. 198.

controlar a una sociedad caótica, relativamente civilizada por medio de sus dogmas:<sup>14</sup>

¡Qué beatífica actitud la de Juan Cueras, que está inmediato al cura! ¡Qué franciscana humildad la de este aguerrido soldado de Cristo...! Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y la apacible mirada de un cordero en agonía. Cuando bosteza, se santigua dibujando una cruz sobre la boca, con el dedo gordo; su cara es la de un hombre de bien. ¡Y quién lo viera allá en su rancho, cuando llega a encontrar algún infeliz gañán comiendo tunas verdes o recogiendo barañas de leña seca...! Saca su machete y los baña en sangre; los amarra, y con una soga al cuello los lleva al pueblo a entregarlos a las autoridades, acusados de robo. Y cuando no había 'cuerdas', aquellos miserables iban a reforzar las filas de la Dictadura... ¡Y quién hubiera visto a este benemérito cristero rematar a un pobre pelón, arrojándole una piedra sobre la cabeza, para despojarlo del máuser que ahora tiene entre las piernas...! (LC, p. 139)

Generalmente se presenta en los libros a una sociedad que raya los límites de la excentricidad como expresión de la singularidad que la caracteriza. La distinción la marcan los grupos de poder en la comunidad, desde la vestimenta, el vestuario de charro elegante, el caballo y la pistola, hasta los rasgos que adquieren su máxima expresión en las tradiciones, como lo analizaré en el sexto capítulo.

Además de los factores causales y genéticos que determinan la personalidad de Policarpo, existen en el personaje otros móviles que lo impulsan a levantarse en armas, más allá del condicionamiento social y religioso que padece. Aunque el narrador sin ningún género de prejuicios desenmascara las ambiciones del joven líder, por momentos permite que afloren algunas cualidades dignas de respeto, ya que éstas influyen para que Policarpo se desprenda de los intereses más inmediatos con el propósito de ofrecer la vida en protección de los suyos. Policarpo lucha por una causa que considera justa, en el sentido religioso, pero también, lucha por perpetuar la

---

<sup>14</sup> Norbert Elias, en *El proceso de civilización*, lo concibe como la pacificación de las conductas y el control de los afectos. México, FCE, 1995, pp. 57-253.

individualidad de la sociedad. La forma de conseguirlo es a través de la revuelta. Estos sentimientos en el personaje, lo llevan a cuestionar y a apartarse del grueso de la tropa cristera cuando descubre en ella la corrupción.

Lo anterior implica un brinco en el retrato novelístico: el narrador identifica su causa con la del buen católico, por consiguiente, con la del buen cristero. De esta manera, se anula la posibilidad, como presenciamos en el tercer capítulo, de que en el otro bando cristero, encabezado por los sacerdotes, se pelee por una causa justa; por eso en la novela los curas son señalados como los verdaderos traidores dentro del ejército cristero. Las cualidades positivas de Policarpo, suministradas celosamente por el narrador, terminan por elevarlo más allá de sus instintos primarios.

Varios de los rasgos atribuidos a los personajes de este universo humano, son recogidos de la realidad y, de alguna manera, están presentes en la literatura de las primeras décadas del siglo XX. En Los Altos de Jalisco ha sido necesario que todos estos rasgos fermenten para dar el sentido exacto de la identidad lugareña. Concretamente, este fenómeno tuvo lugar en las primeras décadas del siglo XX y adquirió mayor impulso durante la guerra cristera. Ahora me encuentro ya en posición de afirmar mi tesis principal con más claridad, en el sentido de que las novelas de José Guadalupe de Anda representan los rasgos de la identidad alteña implícitamente unidos al impulso de recurrir a la lucha para infringir las leyes gubernamentales que atentaban contra la idiosincrasia e invadían sin ningún miramiento el espacio, cimentado y resguardado a través de la historia regional: porque somos como somos, luchamos por nuestros derechos, por nuestras creencias, por nuestra manera de ver la vida y la forma de apropiarnos de nuestro espacio. Este podría ser, de

manera resumida, el sentido de su alegato, la síntesis lapidaria de una resolución que recorre constantemente el tiempo y el espacio de las novelas.

En general, Policarpo vive y lucha de acuerdo a la conciencia colectiva de las creencias sociales; conduciéndose, ante todo, en apego a las costumbres y a las tradiciones locales, más que a su llamado individual. Adelantándome al siguiente capítulo, diré que excepcionalmente surgen personajes que se oponen al estereotipo del rancharo habituado al entorno social. En tal sentido, mención especial merece el hermano de Policarpo, Felipe, que a pesar de ser de Los Altos marca una distancia entre él y los lugareños debido a que es un hombre con educación liberal. Por el contrario, Policarpo es la imagen representativa del hombre alteño que prolonga la tragedia violenta de la sociedad ranchera. A pesar de que en el calidad de rancharo pocas veces lo vemos desempeñar las labores propias del oficio, éstas quedan sobreentendidas en el relato, salvo en alguna breve descripción, que sirve de telón de fondo de lo que se está narrando. Más que enfocarlo desde esta perspectiva, para efectos de la narración se resaltan sus pasiones, que en suma representan a las de un sector de la comunidad.

Las cualidades caracterológicas de los alteños son el instrumento con el cual se puede construir la imagen fidedigna del temperamento que define a Policarpo. El círculo de relaciones que establece con los demás, con el entorno y con los acontecimientos en los que participa, determinan su carácter enclaustrado en el mundo social que lo vio nacer. Por el peso del condicionamiento social, estas cualidades son las que limitan el desarrollo del personaje en la novela.

En *Los cristeros*, Policarpo se observa como un hombre encarnado y estrictamente localizado en la vida, en el dominio delimitado del estamento familiar y social. Aparece retratado como el hijo rebelde y desobediente de la familia Bermúdez, quien frecuentemente se enreda con la justicia por aniquilar a los enemigos. Precisamente su comportamiento está vinculado con una de las características de la sociedad alteña. Cuando Policarpo asesina a un integrante de una familia enemiga desde generaciones anteriores, queda sobrentendido que toda cuestión relacionada con la protección familiar e individual no depende directamente del gobierno local, ya que éste como autoridad no logra imponerse ni se hace merecedor de respeto en la región. Le corresponde a la misma familia tomar venganza en el caso de que algún miembro se vea en peligro o llegue a ser asesinado. La forma de actuar en tales circunstancias dependerá directamente de las posibilidades de cada familia afectada.

En el instante en que Policarpo se convierte en dirigente de una cuadrilla de alzados para luchar en contra del gobierno, ve cumplida la mayor ambición personal: ser el líder de un grupo de hombres a los cuales pueda subordinar. Este sentimiento de posesión revitaliza su hombría y lo distingue del resto. Policarpo deja de pertenecer a una colectividad anónima para distinguirse individualmente ante la población que no vacila en rendirle reconocimiento y admiración:

Al derredor de Policarpo se ha formado un espantoso remolino de gente que lo levanta en peso, lo lleva hacia uno y otro lado, disputándose el honor de estar cerca él, de cogerle la mano, o aunque fuera, tocar la orla de sus vestiduras. (LC, pp. 244-245)

El sentido de humanidad al servicio de la Iglesia se encuentra condicionado por el lugar que ocupa en la vida. En varios momentos el narrador neutraliza los impulsos religiosos de Policarpo, ubicándose al mismo nivel de los personajes a los que únicamente los mueven intereses personales. Pero, conforme avanzan los eventos Policarpo va embebiéndose de fuerza. Con la revuelta proyecta una dualidad marcada: si bien espera satisfacer ambiciones particulares, lo estimula también luchar por lo que cree justo, en relación con la defensa de las prácticas religiosas:

--¿Qué... yo robar, agarrar gente y martirizarla pa' sacarle dinero, como lo hacen El Ruñido y la gente del padrecito Vega...? No. Eso sí no; yo de eso no sé. Yo peleo y mato pelones onde se ponen de modo, y no me tiembla la mano pa' agarrarme de hombre a hombre con cualquiera; pero robar y agarrar a la gente que no se mete con naiden y maltratarla pa' sacarle dinero, ¡nunca...! (LC, p. 168)

Todo indica que para el narrador, la revuelta cristera, de ideología contrarrevolucionaria, no podía ofrecer auténticos héroes. A pesar de que en la narración se resaltan las cualidades morales de Policarpo en la voz de muchos personajes y en las mismas confesiones del protagonista, constantemente aparece la muletilla del narrador acerca de las ambiciones políticas que lo empujan a luchar en la revuelta. Con ello, el autor pretende que el lector no olvide un rasgo tan determinante en los hechos de guerra. La suya es una advertencia sutil, si él se convierte en el héroe regional, se debe a que la población desconoce las auténticas intenciones del cristero alteño. Independientemente de la óptica del narrador, se impone un elemento que despliega mayor interés para los objetivos del relato: la óptica del pueblo, que como un espectador, se encuentra cautivado por el furor de las victorias que

protagoniza, creando a su alrededor una atmósfera de ardiente admiración y respeto que lo engrandece. En parte, esto contribuye a que el lector descubra que dentro de Policarpo existe un enorme caudal para el bien sin explorar debidamente, por culpa de las circunstancias sociales que lo han condicionado. De cualquier modo, esta dualidad compleja que desborda las expectativas del narrador, se transforma en la fusión que exalta la personalidad de Policarpo y lo convierte en el verdadero héroe de la revuelta, el líder nato que la sociedad alteña requiere, como representante genuino de sus necesidades más profundas:

Existe otro grupo que le rendía pleitesía, las mujeres y los hombres de los pueblos, que sin participar en la revuelta le demostraban admiración y respeto. Se siente Napoleón. Tanto él como sus gentes son gente improvisada, que no sabe de estrategias de cómo luchar. Sin embargo, a Policarpo el sentido y el instinto nunca le fallan, siempre acierta en la forma como debe afrontar las adversidades y el peligro. (LC, p. 123)

Cuando Policarpo rebasa la expectativa del narrador, se debe a que, en el momento en que el escritor lo elige para representar una realidad social, como creador del personaje se somete a la lógica del hombre representado en su amplio abanico de manifestaciones. Es muy seguro que De Anda se inspirara en Victoriano Ramírez “El Catorce”,<sup>15</sup> el auténtico héroe de la región alteña<sup>16</sup>. Los testimonios orales lo describen como un hombre valiente y profundamente católico:

---

<sup>15</sup> Mote que algunos atribuyen a que en cierta ocasión venció a 14 de sus perseguidores, otros a que aprendió a leer a los 14 años de edad. Moisés González Navarro. *Op. cit.*, t. 2, pp. 372.

<sup>16</sup> Existieron en la zona otros jefes destacados y respetados por la población: Dionisio Hernández y José María Hernández. Entre el clero local se distinguieron los padres José Reyes Vega y Aristeo Pedroza, como vimos más en el capítulo dedicado a la Iglesia.

V. a quien no se le quitaba ese pensamiento y que no tenía otro recurso más que levantar una revolución porque el gobierno ya lo perseguía y sin tener culpas; al fin que Dios ya le tenía destinado ese camino así es que esa aspiración no era por él sino que Dios ya se la daba para que así pudiera defender su religión...<sup>17</sup>

Victoriano Ramírez nació en 1892 en Rincón de Chávez, San Miguel el Alto, en el seno de una modesta familia de campesinos. Trabajó como manadero en un rancho de un hermano del tribuno José María Lozano. En Arandas fue jefe de la acordada, donde a los presuntos ladrones les advertía que si no dejaban de robar o si no se iban, los mataría. Se incorporó a la rebelión cristera a raíz de un pleito en una carrera de caballos con el presidente municipal de San Miguel El Alto, quien envió pistoleros a matarlo. Alto, rubio y muy enamorado, logró distinguirse como un buen jinete y un gran tirador. Según testimonios, a mediados de 1927 le ofrecieron la cantidad de diez mil pesos, pasaporte y el grado de militar con tal de que se rindiera, ofertas tentadoras que rechazó, anteponiendo los intereses de los padrecitos. Fue asesinado brutalmente en Tepatitlán. Sobre el incidente existen muchas versiones, todas atribuidas a la envidia, a la venganza y a la misma traición por parte de sus compañeros de bando.<sup>18</sup>

Tomando en cuenta este vínculo, lo que se detecta claramente en ambas novelas, es que de todos los líderes levantados en armas, Policarpo, como referente posible de Victoriano Ramírez, demuestra mayor fidelidad a la causa cristera a pesar de sus constantes deslices. Por lo mismo, vemos a un líder decepcionarse de los dirigentes de la revuelta pasado el tiempo:

---

<sup>17</sup> Jean Meyer, *El coraje cristero*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2001, p.63.

<sup>18</sup> González Navarro, *op. cit.*, t. 2, pp. 372-433.

No veía cohesión, ni seriedad, ni abnegación en los dirigentes de la revuelta. Comenzaba a entrever la perfidia; las intrigas ya las habían palpado al lado del padre Vega, con El Ruído y otros; por eso se había separado de ellos. Estaba desalentado. (LC, p. 168)

Según datos de Víctor Ceja Reyes, Victoriano muere en Tepatitlán por orden del general Gorostieta, quien siempre lo envidió por la fama y el cariño que la gente le profesaba. La orden fue acatada por el padre Pedroza, quien lo eliminó.<sup>19</sup> Por el contrario, en la novela Policarpo es asesinado por orden del padre Vega debido a envidias personales y con el fin de dejarle el camino libre al padre Pedroza, para que éste sea nombrado Jefe Supremo de la Campaña de Los Altos. En este caso, la versión corresponde a la de González Navarro, quien asegura que Victoriano fue muerto por el padre Vega, quien más tarde sería asesinado por un familiar del Catorce. Si pensamos que Policarpo corresponde a la figura del Catorce, la fecha de la muerte del personaje no responde a la realidad, ya que la novela adelanta su deceso momentos antes de las reconcentraciones.

La historia amorosa de Policarpo Bermúdez y Marta Torres se presenta como una trama secundaria pero vinculada a los sucesos descritos, en la medida que el enamoramiento no permanece libre de las implicaciones de la guerra. El amor fugaz entre los jóvenes, se convierte en otra de las analogías establecidas con la guerra: el amor de los personajes se torna imposible por las consecuencias de la rebelión, como a la vez será imposible llevar a la victoria la causa que Policarpo defiende, ambas se presentan como ideales inalcanzables.

---

<sup>19</sup> Víctor Ceja Reyes. *El catorce y la guerra cristera*, México, Editorial Universo, 1983, pp. 115-125.

Policarpo no puede desprenderse de su naturaleza ambiciosa; es un hombre que necesita aventuras y poder para fortalecerse interiormente. Si en un principio el narrador retrata a un hombre desplazándose por la vida sin objetivos precisos, más que aquellos que lo llevan a sobrevivir en los umbrales del abismo, entre pleitos y amoríos, durante la revuelta cristera descubre que luchar contra el gobierno satisface, por un lado la ambición de poder, y por el otro, la necesidad de encauzar la vida por un ideal en beneficio de la comunidad, a la que requiere para realizarse como un hombre completo. No obstante, no podemos afirmar que exista una evolución en el protagonista, sino más bien un cambio de actitud ante los hechos. Durante la travesía a la nueva etapa, la imposibilidad de realizarse emocionalmente al lado de Marta agudizará visiblemente sus defectos. Vemos entonces a un hombre herido que lucha contra sus antagonistas con mayor violencia. El martirio y la vejación que enfrenta lo convierten en un hombre sometido a los instintos, como lo estuvo al comienzo del relato, pero es sólo una prueba que tiene que superar para encauzar la lucha de la mejor manera.<sup>20</sup>

Al presentar en *Los cristeros* la muerte del héroe cristero, el autor pretende fracturar la imagen idealizada por el pueblo para convertirlo en un hombre de carne y hueso, una víctima más de la Iglesia. El lector puede detectar que la muerte del personaje es una exigencia para el planteamiento general de la novela. La muerte de Policarpo parece predestinada como otras tantas tragedias en la narración.<sup>21</sup> La respuesta de lo acontecido se halla en la

---

<sup>20</sup> Joseph Campbell, en su libro *El héroe de las mil máscaras, psicoanálisis del mito*, explica las etapas por las que atraviesa el héroe. México, FCE, 1997.

<sup>21</sup> A propósito, Carlos Martínez Assad comenta que la producción literaria ambientada en las regiones del país crea al héroe regional adecuado, entre otras muchas cosas, al paisaje, con el fin de enunciar situaciones personales imprecisas y ambivalentes que no es común encontrar en el héroe nacional. Factor que atribuye de alguna manera, a que el héroe regional es el vencido por

naturaleza y en la ambición del propio personaje, pero también, en el nulo conocimiento de la magnitud de la empresa a la que se unió, pecando de exceso de confianza hacia la autoridad y bonhomía de los sacerdotes. Al final de la novela, se impone la imagen del poder eclesiástico devorando a sus propios hijos, situación que determinará la derrota del ideal cristero y de la lucha absurdamente desatada entre la población.

A pesar de la muerte de Policarpo, él representa la inspiración de una figura histórica regional, que reúne una serie de rasgos y de funciones auténticas que hacen de él una figura contrarrevolucionaria relevante, en la que la tradición y la traición de la que es víctima crean una leyenda, como vemos en *Los bragados*. El mito del héroe cristero resalta entre la población, porque a diferencia de *Los cristeros*, donde el autor crea personajes cuyas potencialidades le imprimen un sentido novedoso, en *Los bragados* los vemos desaparecer, en razón a que los rasgos agrupados de los personajes no logran impactar la mente del lector, como sucedió en la primera novela, salvo en algunos episodios. Ahora el narrador calla para dejar que el pueblo invente y vuelva creíble a su héroe, como emblema de las hazañas que los hombres alteños saben realizar con valentía en la región. Para hacerlo, De Anda presenta un corrido escrito por el pueblo en homenaje a su memoria. Con la transcripción cierro el presente capítulo:

Triste año de veintiocho  
Lo que en Los alto pasó.  
Que a Policarpo Bermúdez  
La suerte se le cansó.

Desde el llano del Tecuán  
Hasta el Cerro de Picachos,

---

la historia y no se busca emanciparlo. *Los sentimientos de la región Del viejo centralismo a la nueva pluralidad*, México, INEHRM/ OCÉANO/, 2001, p.61.

Fue Policarpo Bermúdez  
El más macho de los machos.

De San Juan a la Barranca,  
De Nochistlán a La Unión,  
El baleado Policarpo  
Hizo la revolución.

San Julián se llama el pueblo  
Donde se honra a Cristo Rey,  
Donde las mujeres paren  
A puros hombres de Ley...

Es un rincón de Los Altos:  
Tierra brava a todas luces,  
Donde siembran calaveras  
Y nacen perititas cruces.

De este poblado los hombres,  
Como todo buen cristiano,  
Llevan el rosario al cuello  
Y la pistola en la mano.

Los caballos de esta villa  
Brincan cercas, se emborrachan,  
Rayan, se paran de manos  
Y bailan la cucaracha.

A este sitio de panteras,  
Prójimos de pelo en pecho,  
Se replegó Policarpo  
A defender su derecho.

(...)

“Soy de los meros Pirules  
Onde no se cobran celos.  
Que en el plato onde yo como  
Hasta lo lamben los perros.

“Y de una vez les diré:  
No aleguen razón ni leyes.  
Sólo Dios es caporal.  
Ustedes son puros güeyes...”

(...)

Ríe el “baleado” con desdén  
“No, señor cura, -contesta-:  
La pistola y la mujer  
A naiden se les empresta”.

(...)

Brama, Cerro de San Diego.  
Ruje, Cerro de Picachos  
Han matado a Policarpo,  
El más macho de los machos...

Panteras de San Julián  
Alcalás de San Miguel,  
Vecinos de Nochistlán,  
Lloren y recen por él...

Triste año de veintiocho  
Lo que en Los Altos pasó.  
Que a Policarpo Bermúdez  
La suerte se le cansó.  
(LB, pp. 22-28)

## Voces revolucionarias en Los Altos

Dado el carácter de las novelas estudiadas, sería desafortunado pensar que en ellas las opiniones del autor no asumieran, ocasionalmente, determinadas expresiones críticas. Como se puede apreciar con meridiana claridad en las obras, los juicios de José Guadalupe de Anda aparecen formulados principalmente a través de dos personajes, Felipe en *Los cristeros*, al que Martínez Assad ubica como el probable alter ego del autor,<sup>1</sup> al igual que Adalbert Dessau, para quien dicho personaje representa las posiciones del autor,<sup>2</sup> así como el maestro Pablo lo hace en *Los bragados*. Los discursos de ambos personajes se ven teñidos por la voz del escritor.

Las opiniones de Felipe relativas al contexto político, social y cultural de la revuelta cristera son sin duda producto de la experiencia y las observaciones particulares del autor. No hay que olvidar que José Guadalupe de Anda desempeñó labores en el gobierno del estado de Jalisco y que su postura política necesariamente tuvo que verse coaccionada por la Institución, lo que explicaría la tibieza de algunas de las observaciones planteadas por los personajes de los libros estudiados.

En *Los cristeros*, la población arma una pieza compacta que se balancea bajo el estímulo de intereses compartidos. La excepción la encontramos en Felipe, quien a través de sus actos rompe con la organización social, contrarrestando los acontecimientos vividos en torno a la revuelta cristera.

---

<sup>1</sup> Carlos Martínez Assad, "Regiones en la historia y en la literatura" en *Historia y novela histórica*, Coordinador Conrado Hernández López, México, El Colegio de Michoacán, 2004. p. 60.

<sup>2</sup> Adalbert Dessau. *Op. cit.*, pp. 349-352.

Entre él y la sociedad no existe una relación íntima, un nexo que lo una más allá de su entorno familiar y el respeto que pueda sentir por algunas de las virtudes de los lugareños. Aparte de simpatizar con las nuevas tendencias del Estado, sus actos y sus pensamientos fluctúan entre los contornos de un idealismo juvenil y un realismo derivado del estudio. En sus sueños Felipe anhela una sociedad más justa y equitativa, pero también, con plena lucidez, critica lo que observa con severidad.

Felipe es el estudiante que intenta incorporarse nuevamente a la familia al malograrse su estancia en el seminario. Su retorno se vuelve experiencia traumática porque no puede adaptarse a la ideología de la comunidad en razón de sus propias ideas, subversivas y contrarias al medio. El hecho de presentar a Felipe como un ex seminarista en la narración no resulta fortuito. Como referencia extratextual, De Anda recoge parte de la tradición familiar según la cual por lo menos uno de sus integrantes debía optar por el sacerdocio o la beatitud, por voluntad propia o por la obligación de continuar con dicha tradición. Esta situación era aceptada debido a que la Iglesia, a lo largo de la historia, cohesionó plenamente la vida de la comunidad. La importancia y el privilegio de contar en cada hogar con un integrante al servicio del clero le brinda a quien lo hace un reconocimiento excepcional ante la sociedad, al punto de transformarlo en jefe de familia, en guía a seguir.<sup>3</sup> Esta dinámica social tiene también otras explicaciones. En el segundo capítulo observamos lo determinante que ha sido para los alteños la adquisición de tierras para demarcar su poder y su nivel adquisitivo ante la sociedad. Por ello, las familias que no podían obtenerlas, impulsaban a sus hijos al sacerdocio, la abogacía e

---

<sup>3</sup> Fàbregas,. *Op. cit.*, p. 200.

incluso, la milicia, ya que éstos eran los medios más eficaces y seguros para conseguir ascenso social y, evidentemente, poder económico.<sup>4</sup>

En el caso de Felipe, al lector le resulta complicado ubicarlo en su entorno por su forma de pensar y actuar. El periodo de transición entre el seminario y su retorno al hogar opera en él drásticamente, manifestando los cambios radicales que se derivan de la adquisición de una cultura distinta a la alteña:

Felipe, estudiante destripado del Seminario, había dado un radical cambio de frente. Estaba convertido un hereje, según el decir de las mujeres. Y como ni su madre ni su abuela sabían leer, en lugar de textos sagrados y latines, leía novelas audaces, libros anticlericales y socialistas, y formaba parte del grupo avanzado del pueblo. (LC, p. 44)

Esta realidad depara en las novelas de José Guadalupe de Anda un propósito preciso y contrario a la dinámica familiar. El hecho de haber estudiado en el seminario convierte a Felipe en un personaje idóneo para criticar severamente a la institución religiosa. El narrador no ofrece detalles sobre la estancia del personaje en el seminario. El único camino viable ofrecido al lector consiste en deducir que dentro de la institución clerical, Felipe se dio cuenta de su nula vocación religiosa y de las corrupciones entretejidas en el interior de la misma. Quizás el autor desaprovechó la oportunidad de ahondar más en este aspecto que hubiera proporcionado el marco ideal para desarrollar sus tendencias liberales. Sin embargo, salta a la vista que la misión y justificación de la presencia de Felipe en la obra tienen como único objetivo equilibrar la

---

<sup>4</sup> José Antonio Gutiérrez Gutiérrez. *Op. cit.*, p. 326.

ideología de la comunidad referida, e inclinar los hechos hacia la razón, representada por Felipe.

En el primer capítulo de *Los cristeros*, mientras la familia dialoga sobre los posibles sucesos de la guerra, De Anda traza una imagen aparentemente realista de los eventos a través de un narrador imparcial, pero un lector agudo podrá detectar en la escena que en realidad las cosas se ven a través de los ojos de Felipe, como lo confirma su intervención al final del episodio, cuando Felipe expone lo que considera nuevas demandas de la nación:

–Es verdad, tío Alejo. Ahora sólo se pelea por la reivindicación proletaria –tercia Felipe, haciendo alarde de erudición–. Por matar a esos hombres de espíritu fenicio, que se llaman patrones, esa insaciable voracidad de oro, ese callo de lucro con quien tienen cubierto el corazón y la conciencia, para que el trabajador mejore sus condiciones de vida, gane mayor salario y adquiera derechos que nunca ha tenido. (LC, p. 45)

Desde el primer episodio, el narrador describe a Felipe como un hombre instruido y bondadoso, cualidades que le permiten apreciar los beneficios de la revolución mexicana. Como todo hombre de filiación revolucionaria, Felipe rompe los patrones tradicionales de la sociedad en aras de explorar nuevos proyectos que den soluciones a las necesidades inmediatas. El discurso del personaje deviene alegato continuo al intentar demostrar lo caduco del sistema comunitario, cuya persistencia produce el marcado fanatismo regional.

Con base en esto, se puede decir que en *Los cristeros* la oposición más importante y reflexiva sobre la cual se centran las acciones y la moral del relato se da entre Policarpo y Felipe. Los intereses de ambos personajes no son sinónimos, sino antónimos. Dicho antagonismo, nacido en el interior de la institución familiar, cumple una función decisiva en el momento histórico que se vive. Felipe es un hombre racional, ideas precisas rigen su conducta, por eso

no se deja arrastrar por la fuerza de las costumbres locales, ni tampoco acepta de manera acrítica las relaciones con los miembros de la sociedad. Pese a los condicionamientos comunitarios, Felipe se mantiene firme en su punto de vista, sin alterar su postura. En cambio, para Policarpo son las pasiones y los impulsos irracionales los que determinan la vida. Policarpo es, desde luego, conservador, orgulloso de sus raíces étnicas, de su religión y de la cultura regional a la que responde, ambicionando el poder como parte de la naturaleza apasionada que lo caracteriza. Felipe, en contraste, es liberal, se revela constantemente contra la sociedad conservadora que lo vio nacer, rechazando los valores que la sustentan, como si se tratara de un extraño y no de un lugareño. La capacidad de observación que tiene, le confiere la posibilidad de expresar las críticas más mordaces a su propia región. Esta capacidad es la que determina que varios sucesos sean focalizados desde una perspectiva opuesta a los valores tradicionales de la localidad. De hecho, el mayor mérito de Felipe, según el propio enfoque del narrador, consiste en la capacidad de observación objetiva que ejercita sobre la región en que ha nacido. No es fortuito que para Manuel Pedro González, Felipe sea el carácter más amable, digno y humano de toda la novela, el único que se atreve a condenar la carnicería cristera.<sup>5</sup> Ante las evidencias, es válido plantear que la intención real del escritor consiste en presentar a Felipe como el personaje equilibrado de la novela, siempre en desacuerdo con las medidas erradas de la Iglesia y del gobierno, aunque de éste último poco tiene que cuestionar:

Lo que están haciendo algunos malos elementos militares y muchas autoridades venales, es fomentar más la revuelta con sus atropellos y desmanes. Porque por cada campesino pacífico que cuelgan, muchos que permanecían tranquilos labrando sus tierras, se

---

<sup>5</sup> Manuel Pedro González. *Op. cit.*, p. 304.

levantan ante el temor de que les pueda pasar a ellos lo mismo. Con ese rigorismo absurdo y torpe y los muchos abusos que se están cometiendo con gente ajena a la revuelta, lo único que se logrará será hacer más intensa, más prolongada, más cruel esta guerra absurda. No conocen la calidad de estos rancheros broncos que son como los toros de casta, que se crecen al castigo... (LC, p. 210)

Examinando el contenido de la novela en el plano de las relaciones hogareñas, Policarpo, por ser el hermano mayor, tendría que mantener el orden, ser el ejemplo a seguir; sin embargo, el juicio y la madurez los posee su hermano menor. Esta diferencia de caracteres rompe la fidelidad fraternal entre los dos hermanos. Policarpo se subordina a sus pasiones, a su abuela y principalmente a la Iglesia, cumpliendo al pie de la letra sus obligaciones. Por el contrario, Felipe rompe, si bien no completamente, sí en gran parte, las ataduras convencionales que lo unen a la familia y a la sociedad. Más allá de esto, la figura que preocupa en el relato, moral y estructuralmente, es la de Policarpo, ya que él representa el sentir de la localidad sumida en la guerra. Con todo, como dice Álvaro Ruiz Abreu, *De Anda* hace que la razón se imponga sobre la irracionalidad de la gente de Los Altos.<sup>6</sup> Así, Policarpo termina por reivindicarse ante el lector cuando comprende y reconoce que su hermano menor tiene la razón en todo:

Quando por la noche atraviesa el campo donde había sido el combate y su caballo tropieza con los cráneos y los cuerpos de algunos muertos insepultos: – ¡Ave María!-, exclama estremeciéndose; luego se persigna.

– ¡Si vieras Pando, que siempre me da lástima y se me enchina el cuerpo cuando mi caballo se tropieza con los difuntos...porque después de todo, como dice Felipe, los probes soldados qué culpa tienen!

–Pos en efeuto; pero así es la guerra.

– ¡La guerra...! La guerra que me van a dar en la noche los dijuntos...Si toavía de vez en cuando no me deja dormir el jefecito pelón que matamos en San Juan... (LC, pp. 242-243)

---

<sup>6</sup> Álvaro Ruíz Abreu. *Op. cit.*, p. 188.

La separación filial, causada por la oposición de caracteres, desaparece con el cambio de actitud del líder cristero. En este punto, el novelista figura un retorno simbólico, una reunión fraternal entre Felipe y Policarpo, quien termina por reconocer la razón que asiste al ex seminarista. Además, también Tío Alejo reconoce la razón que asiste a su sobrino a la vista del saqueo ejecutado por los cristeros en Los Pirules. El mensaje es claro, la razón triunfa sobre la irracionalidad aunque el costo sea muy alto:

...No, María Engracia. Pero siempre le puede a uno que lleguen endevidos como estos, que dicen desfender a Dios y vienen gritando: ¡Viva Cristo Rey...! pa' robarle a uno sus cosas... ¡El trabajo que me constó juntar los centavos pa' mercar mis cueras y mi sombrero de vueltas...! No, si ora estoy reflejando que tenía razón Felipe; todos estos cristeros no son más que una pandilla de ladrones... (LC, p. 195)

A pesar de lo que susurra el narrador, Felipe no es la voz perdida de la comunidad. En ella también hay otros jóvenes avispados, a los que la abuela califica de "catrines".<sup>7</sup> La lectura de libros y la amistad establecida entre los jóvenes permiten sortear la represión familiar y combatir la desintegración social, por más que esto ocurra en un selecto grupo minoritario:

—Todo eso lo sacó Felipe de juntarse con los catrines del pueblo, y de ai viene que esté hecho un fariseo descreído; te aseguro que ya no sabe rezar ni el Padre Nuestro...Y de todo tiene la culpa este viejo pachorrudo de su padre...Yo, en su lugar, desde la hora y momento que el muchacho no quiso seguir en el seminario, lo había pegao al arao y le había puesto una cinchiza...que hasta el mismo Niño Dios hubiera hecho pucheros... (LC, p. 47)

---

<sup>7</sup> Agustín Yáñez, afirma al respecto, "no faltan los herejes en esas sociedades, como cuando el 27 de abril de 1897 un empleado de rentas bromeando hizo gala de comer carne en viernes santo, y el populacho, que no gusta de esas bromas, pidió que lo quemaran. Los gendarmes aprehendieron a ocho personas y ese empleado no volvió a Yahualica. *Op., cit.*, pp. 50-57, 83 y 112.

Si la postura asumida por Felipe es anticlerical, no por ello puede afirmarse que sea antirreligiosa. En este punto conviene retener el dato de la integración de Felipe al grupo reaccionario de la localidad, ya que me permitirá ilustrar que su actitud crítica le impide desligarse completamente de la religión al menos en los aspectos concernientes a la vida comunitaria, pues cada individuo es el resultado de su pertenencia a grupos sociales como la familia, la escuela, los amigos, las instituciones políticas o religiosas, etc. A ello se debe que la suma de las prácticas discursivas de los diferentes grupos que lo han formado afloren en el propio discurso de Felipe. Desde esta perspectiva, una parte de la conciencia de Felipe no puede abolir del todo el comportamiento religioso en el que se formó, aunque sí puede designarse el derecho de ejercer la palabra crítica, como hace constantemente. Para confirmarlo, basta mostrar algunos conceptos que revelan los signos de una valoración religiosa de la realidad:

– ¡Algame Dios, hijo! Todo esto es muy verdá. La guerra es mala; pero...acuérdate de lo que dijo el padrecito en el sermón: “Que se queden en sus casas los católicos tibios, los irresolutos, que ya Dios Nuestro Señor les tomará debida cuenta a la hora de su muerte...”

–Sí, señor padre. No más que no siempre tienen razón los padrecitos, y menos recomendando que se vaya a matar al prójimo.

– ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué no sabes que la palabra de ellos es la misma palabra de Dios?

–La palabra de Dios sería –le dice con vehemencia-, cuando predicaran el amor y la igualdad entre los hombres; no el odio, la matanza entre hermanos, los distingos, la postergación y la inicua explotación de los de abajo.... (LC, pp. 91-92)

Cuando Felipe censura mordazmente a los representantes eclesiásticos es porque ellos encarnan al poder decadente que oprime a la población. El narrador propone que Felipe, a pesar de ser crítico del catolicismo, tiene la capacidad de profundizar en el sentido auténtico de la religión. Automáticamente sugiere que no se encuentra necesariamente en contra de ella, sino que más bien rechaza la manera de manipular la doctrina por

representantes que se aprovechan de la comunidad para conseguir objetivos personales.

Desde el punto de vista de Felipe, la rebelión cristera no sólo frena el progreso de la nación sino que provoca un retroceso lamentable, cuando son otros los asuntos que deberían preocupar a la sociedad. Esta forma de plantear el problema vuelve a distinguir los dos proyectos antagónicos, insertados en dos instituciones cualitativamente distintas: el Estado y la Iglesia. Felipe forma parte del primero, aunque no de manera incondicional, y Policarpo, en representación del pueblo, se adhiere a la segunda. El mensaje del texto sobresale por su nitidez: la violencia genera más violencia cuando los límites entre ambos poderes se diluyen en un deseo egoísta de dominar y vencer al contrincante a cualquier precio. En las prognosis de Felipe se encuentra la explicación del profundo desconsuelo que vive, el saber las cosas y no poder hacer nada para evitarlas: el conocimiento conduce a la desesperanza:

... Y ese primer agarre, desgraciadamente va a ser el comienzo de una guerra encarnizada, cruel, que acabará con la tranquilidad de la región; que segará millares de vidas y huérfanos desamparados y madres abandonadas, sin otro recurso que la mendicidad. (LC, p. 91)

En *Los bragados*, el relevo lo asume el maestro Pablo, personaje central de la novela, quien mantiene la función crítica dentro del relato, en oposición al conservadurismo regional. Siendo ajeno a los alteños por haber nacido en la capital del país, a Pablo le toca padecer la violencia del bandolerismo cristero cuando es enviado a trabajar a una zona en la que convive con una sociedad profundamente católica. Felipe, en *Los cristeros*, y después Pablo en *Los bragados*, manifiestan un profundo malestar por la sociedad, aunque sean

acérrimos defensores de los lugareños en los momentos más difíciles, cuando son víctimas del abuso del poder. Y, no obstante, al reafirmar sus posiciones, rompen con el entorno. La separación se acentúa por las inclinaciones de ambos hacia los principios revolucionarios.

Pablo espera de la provincia el bienestar laboral, pero poco a poco sus ideales de justicia y de la integridad de los hombres pueblerinos se ven quebrantados al entrar en contacto con los pueblos donde trabaja como maestro rural. En dichos pueblos, Pablo descubre a una sociedad viciada por los intereses del clero así como por el fanatismo y beatería de sus pobladores. De Anda vuelve a insistir en el trasfondo oscuro de la sociedad alteña, basándose en las opiniones del mismo narrador y de algunos personajes importantes.

En *Los bragados* existe un puente entre Felipe y Pablo. Ese punto de inflexión y de unión es el maestro Celso, joven que aparece brevemente en el primer capítulo, cuando se describen los estragos de la reconcentración cristera. Aunque los dos maestros, tanto Celso como Pablo, se presentan como hombres valientes, capaces de enfrentarse al poder en defensa de la sociedad, su actuación se ve condicionada y limitada debido a la fuerza de las circunstancias. Nada se dice de la misión específica que tienen como maestros en la comunidad, consistente en despertar la conciencia del pueblo para facilitar la implementación de las reformas que el país necesita. En este aspecto, la educación debía contribuir en forma decisiva a la integración nacional:

--Ustedes, los desposeídos, que han venido al mundo con un callo en la espalda para cargar adobes, o la mano extendida para pedir limosna, porque todo está en poder de unos cuantos, de esos que ahora esconden el maíz para explotar mejor la miseria y el hambre, y si

podrían, hasta el calor del sol nos tasarían en su provecho: ¡es tiempo ya de sacudir tanta infamia...! (LB, pp. 10-11)

Considerando lo anterior, los tres personajes representan la misma persona fragmentada en tres momentos distintos. En sus discursos se detecta el propósito del autor: mantener al personaje que enjuicia desde la individualidad de los hechos. A pesar de que no se dice si Felipe murió en la reconcentración, el lector lo infiere. Su muerte se hace necesaria, porque de otra forma se invalidaría la actuación de Pablo, quien, salvo la profesión magisterial, mantiene una similitud de caracteres con su antecesor. Los tres personajes están conscientes de la realidad que viven y se manifiestan dispuestos a ayudar a los demás, asumiendo el papel de misioneros en pos de combatir las injusticias. Por ejemplo, cuando en *Los bragados* se narran los problemas que tuvo el maestro Pablo por defender a una viuda que iba a ser despojada de su herencia por el cura, en complicidad con las autoridades locales, se demuestra la uniformidad de intereses entre la oligarquía y el clero. Y eso que la oligarquía habría resentido cierta pérdida de poder e influencia social durante la Revolución mexicana, sin que la rebelión cristera restableciera el equilibrio de sus intereses en forma explícita ni, mucho menos, automática.<sup>8</sup>

Diálogo entre Pablo y su tía, doña Lola:

...¿Quién te fue a meter en la cabeza que te atravesaras en el asunto de la herencia de aquella viuda, que traían entre manos el presidente y El señor Cura? Si era voluntad del muerto dejar para responsos y misas la mitad de su rancho, ¿qué tenías tú que hacer en aquello, que ni te iba ni te venía?

—Evitar el despojo, la injusticia, que al fin se cometió con la pobre viuda, víctima de la rapacidad del cura y el Alcalde, y la imbecilidad y el egoísmo del muerto, que todavía quiso

---

<sup>8</sup> Leticia Gándara Mendoza. *La evolución de una oligarquía: el caso de San Miguel el Alto*. Guadalajara, Centro Universitario de Los Altos, Universidad de Guadalajara, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2ª ed., 1997.

aprovechar su dinero en misas y responsos, dejando a su familia en la miseria- contesta Pablo con serenidad. (LB, pp. 48-49)

En *Los cristeros*, la escuela de gobierno se ve como una institución que amenaza con fracturar las viejas configuraciones de poder en la región. Este sitio de aprendizaje se convierte asimismo en *Los bragados*, en el campo de batalla donde los sectores religiosos, las clases acomodadas y los humildes se enfrentan para transformarlo en un espacio emblemático, propio de la identidad lugareña. En la lucha, la comunidad manifiesta una serie de mecanismos que buscan dar plena satisfacción a las necesidades educativas a nivel cotidiano, frente al avance de la opresión gubernamental. *Los bragados* cumple el propósito de exponer la situación educativa en la región una vez que la revuelta alcanza dimensiones alarmantes. Aunque no se describe en el relato, muchas escuelas desaparecieron debido a las acciones bélicas, mientras que otras fueron afectadas por las reconcentraciones y otras más, por último, se mantuvieron cerradas a causa de la poca asistencia de los niños como resultado de la serie de atentados que sufrían los maestros por parte de los rebeldes, desde robos hasta asesinatos, pasando por violaciones y aun mutilaciones personales. Como lo asenté en capítulos anteriores, la narración omite un dato relevante: una vez terminada la guerra, muchas personas se desplazaron a los Estados Unidos a trabajar y otras más se alejaron de la región debido a los peligros que amenazaban constantemente a las familias, hecho que repercutió en la baja matrícula escolar.

Cuando la revolución mexicana detonó con las múltiples exigencias, el nivel educativo en la región se encontraba en situación precaria. Como sucedía en todo el país, los micro centralismos acaparaban la mayor atención

educativa. "Guadalajara mantenía un nivel educativo muy por encima del resto de la población rural del estado, donde se recibía poca atención debido al número limitado de escuelas, la escasez de los alumnos y la apatía por parte de los padres de familia de enviar a sus hijos a estudiar a escuelas del gobierno donde se impartía educación socialista."<sup>9</sup> A pesar de que el gobierno del estado llevó a cabo una enorme empresa alfabetizadora, no logró abastecer las demandas de la sociedad. Por ello, la educación en manos del sector privado tuvo gran difusión en varios sectores sociales del estado, llegando a convertirse en otro instrumento de poder en manos del clero.<sup>10</sup>

En el gobierno prevalecía la idea de que el levantamiento cristero se debía a la ignorancia de la población, idea difundida ampliamente en la novela *Los cristeros*. Por ese motivo, las autoridades fundaron en Los Altos de Jalisco una serie de escuelas, particularmente en los poblados que más se habían visto afectados por la rebelión. Paredones, Pegueros, San José de Bazarte, Mirandillas, Belén del Refugio, Caballerías, El Caliche etc. En este aspecto, en *Los bragados* tanto Pablo como el momentáneo maestro Quintanilla representan a los maestros enviados a las zonas rurales del país, jóvenes expuestos a los peligros a causa de unos pobladores recelosos que más de una vez reaccionaron de manera violenta ante su presencia. Por su parte, a los maestros no les quedaba más alternativa que sortear los ataques de los que

---

<sup>9</sup> Aparte del número reducido de instructores, otra situación agudizó el problema educativo: la falta de maestros capacitados. La mayoría ejercía la profesión sin contar con un título que la respaldara. Eso alertó al gobierno del estado quien implementó una serie de medidas con el fin de elevar el nivel escolar del magisterio.

<sup>10</sup> La ley educativa que estuvo vigente desde los primeros años del siglo XX hasta su derogación, en manos del gobierno constitucionalista, fue la promulgada por Miguel Ahumada el 15 de diciembre de 1903. En ella se establecía que la educación primaria debía ser gratuita, laica y obligatoria en su parte elemental. Resaltaba la extrema vigilancia a las que se hacían acreedoras, aquellas instituciones educativas privadas en cuanto al cumplimiento de programas y exámenes.

eran objeto. A partir de imágenes y fragmentos, las dos novelas confirman el fanatismo de la población, realidad que en los hechos históricos, una vez firmados los acuerdos de paz entre ambas instituciones, empuja al gobierno a implementar las llamadas misiones culturales en los lugares donde mayores estragos había causado la rebelión, a fin de contrarrestar las supersticiones de una gran porción del país:

–Por lo que oí, es usted maestro.

–Sí, señor.

–Entonces somos compañeros.

– ¿Usted también? Pues mucho gusto, camarada.

Le oprime efusivamente la diestra.

– ¿Para dónde va usted? –lo interroga Pablo.

–A la Congregación del Espinal. Preferí venir al campo, a ver si recupero la salud. Para esto renuncié a un importante puesto en la dirección de la Escuela Politécnica. –Sacude con petulancia la cabeza–. El ministro es muy amigo; Pedro, el director de la Preparatoria, es casi mi hermano. Pero como le digo, vengo en busca de salud. A ver si estos aires de Los Altos me curan. (LB, pp. 47-48)

Tanto en el mundo real como en el ficticio, el escenario alteño se llena de dramatismo, al circular por sus caminos las noticias de los asesinatos y las mutilaciones de que fueron objeto los indefensos maestros del gobierno. De ahí que De Anda señale a los nuevos cristeros, los bragados, como los verdaderos culpables de las agresiones que sufren la sociedad y los mentores. Fuera de la novela quedan las opiniones de la gente que señalaba al ejército federal como el mayor culpable de gran parte de los males que padecían los pobladores, pues con frecuencia los soldados les robaban las cosechas o asesinaban a los campesinos pacíficos, confundiéndolos con los rebeldes. Al no haber ningún tipo de garantías, los que podían se marchaban del lugar, y los que no, permanecían encerrados en sus hogares por los peligros que acosaban en todas partes. En este ambiente de inseguridad absoluta no sólo los maestros se encontraban en riesgo sino la misma sociedad. A pesar de ello, a los

maestros se les negaba la ayuda requerida, ya que muchas veces sufrieron del ataque o la amenaza de muerte por parte de los pobladores, deseosos de que se fueran de un sitio que, según ellos, no les correspondía.<sup>11</sup> No obstante, en *Los bragados* el maestro Pablo y el maestro Quintanilla no representan al grupo de maestros enviados al interior de la república para erradicar el fanatismo de la sociedad.<sup>12</sup> Sobre el tema no se expone nada en las obras de José Guadalupe de Anda. Inclusive Pablo, cuando en algunas escenas lo vemos desempeñar sus funciones como maestro, nunca externa opiniones al respecto. Sus observaciones las emplea para emitir un juicio crítico sobre la sociedad alteña. Bien se podría ver en él al tipo de maestro que evitó entrar en fricción con la población a la que fue enviado. Así lo afirma al Tío Alejo cuando Pablo sufre del ataque de los bragados.

En *Los cristeros* y en *Los bragados* la referencia a la educación privada como objeto de predilección en la sociedad es breve, a manera de tenues pinceladas que informan al lector por cuál institución educativa se inclina la población. Particularmente en *Los bragados* no se resaltan los intentos del Estado por marginar al clero de la educación; lo que interesa en el texto es destacar los obstáculos que enfrentó el gobierno para implementar la educación socialista en la región y los padecimientos sufridos por los maestros

---

<sup>11</sup> Informe de un Inspector sobre la situación escolar en la región. SEP. Exp. 12-10-9-61.

<sup>12</sup> “La educación socialista complementó su política existente, subrayando la reforma de la conducta campesina, con un ataque intensificado a la superstición, las prácticas religiosas y la iglesia. También la pedagogía socialista subrayaba la educación y la organización colectivas para niños y adultos. Los niños podrían aprender hábitos productivos por medio del cultivo en grupos de huertas y la formación de cooperativas. Los hombres formarían asociaciones agrarias que exigirían tierras, cooperativas de producción para cultivarlas; equipos deportivos que fomentarían una sociabilidad moderna, nacionalista y productiva. Las mujeres ingresarían en las brigadas antialcohólicas y de sanidad. Un nuevo programa rescribió la escuela de México. Presentó a obreros y campesinos como clases sociales oprimidas, verdaderos protagonistas de la historia de México, los creadores y herederos de la Revolución de 1910.” Mary Kay Vaughan. *La política cultural en la revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*. México, FCE, 2ª ed., 2001, p.128.

rurales. Por ejemplo, en Jalisco se dieron órdenes a cada una de las autoridades municipales de vigilar a todas las escuelas particulares existentes en su localidad y clausurar a las que no contaran con el permiso para funcionar. En esos años, particularmente en el estado de Jalisco se vivió un ambiente tenso, agudizado por las manifestaciones de la sociedad que se oponía a la educación socialista: “sectores importantes de la población comenzaron a organizar Ligas antirreligiosas y Comités pro Educación Socialista, al tiempo que distintos rumores de levantamientos armados comenzaron a oírse, a tal grado que la comandancia de la Zona Militar se vio obligada a declarar, para tranquilidad de los pobladores, que en Jalisco no existe peligro alguno de resurgimiento de brotes rebeldes.”<sup>13</sup> Por eso, muchos maestros, al igual que Pablo en la narración, nunca se pronunciaron en las escuelas a favor de la educación socialista.

Es evidente que al autor no le interesó profundizar más sobre el tema educativo en la zona mediante un enfoque que le hubiera dado un giro incisivo a los acontecimientos narrados: los intereses en juego de los terratenientes, a quienes se les exigía sostener escuelas para los hijos de los trabajadores. Debido a tal exigencia, su respuesta consistió en evadir la disposición del gobierno recurriendo a diversos medios, entre ellos el apoyo que muchos ofrecieron a los rebeldes levantados en armas. Lo que se subraya categóricamente en la novela es el miedo hacia la educación socialista, motivado en buena medida por la ignorancia regional, pero también por el desconocimiento de los principios que la sustentaban. Y para evitarla, nada

---

<sup>13</sup> El Informador, 16-X-1934.

mejor que la Iglesia, quien una vez más hace sentir su poder sobre la sociedad; aunque ahora, al escritor no le interesa profundizar en el asunto.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> “Inmediatamente después de la promulgación de la reforma del Artículo Tercero, Cartas Pastorales fueron leídas en los templos de la zona, prohibiendo la asistencia de los niños a las escuelas de gobierno. De esta manera, en los primeros meses de 1935 fueron comunes los reportes de los distintos presidentes municipales, quienes informaban, cómo la huelga escolar había sido plenamente acatada, quedando los planteles educativos sin asistencia”. Pablo Yankelevich, *La educación socialista en México*. Guadalajara, Departamento de Educación Pública del Estado de Jalisco, 1985. p. 59.

## Un recorrido por la cultura popular

Para comenzar, conviene tener presente que las primeras novelas sobre la rebelión cristera fueron escritas durante un periodo de nacionalismo rampante. En las novelas de José Guadalupe de Anda se percibe el fenómeno en la fusión de la geografía, la lengua y la unidad espiritual. De tal suerte, en la configuración del *regionalismo*, extensión local del amplio movimiento, se incorporan la historia particular, la legitimación del poder religioso, la educación y, aún más, las costumbres y las tradiciones de la sociedad. Durante el recorrido por tales manifestaciones hemos comprobado que el escritor toma como referente la región alteña para reproducir la guerra cristera, transmitiéndole al lector parte de la riqueza cultural de la localidad, en razón de la carga semiótica del espacio que cada texto tiende a reproducir. Es así como presenciamos un lugar con las marcas socioculturales propias, desde la perspectiva de la cultura popular, cuyo hilo conductor, en el presente caso, será estudiado. En consecuencia, la imagen del alteño aparece en la reunión de refranes, música, fiestas, espectáculos y juegos locales.

Tío Alejo, personaje secundario pero indispensable a la progresión de ambos relatos, encarna la sabiduría popular. A través de este personaje de edad avanzada, el lector conoce las pasiones de los lugareños, los defectos y las virtudes de los hombres que pueblan el espacio de la región alteña de Jalisco. Como protagonista de los procesos internos del territorio mencionado, tío Alejo sabe observar a la región desde diferentes ángulos y con cierto humorismo, logrando captar la esencia misma de la vida cotidiana del

paisanaje. La suma de sus vivencias, no siempre gratas, afianza la sabiduría que requiere para entender la historia local. Esta facultad, adquirida con los años, no tendría lugar si el personaje expresara prejuicios para analizarse a sí mismo y al entorno en que se desenvuelve.

En sus narraciones, José Guadalupe de Anda no se restringe al vocabulario y al carácter de los personajes cuyas actitudes y sentimientos describe, como lo dijera Octavio G. Barreda, vertiginosamente, en el modo más crudo y sintético.<sup>1</sup> Desde el comienzo de cada novela, De Anda relaciona el discurso con los tipos representativos de la sociedad, estableciendo el significado del contenido narrativo. Por esta razón, me detendré a analizar cómo funge el lenguaje en los textos, el modo en que los hombres se identifican con su espacio a través de las palabras, pues ellas guardan estrecha relación con el entorno y reflejan la concepción que el rancharo posee del mundo que habita. El lenguaje, lo veremos enseguida, moldea a los individuos en razón del fundamento lingüístico y etnográfico, al punto que es posible afirmar que el tipo de relaciones que se establecen entre la sociedad representada se proyecta precisamente en el lenguaje.

En las dos novelas objeto de estudio, el escritor hace actuar a la sociedad en el diálogo narrativo, volviendo inteligible su mundo por medio de la recuperación del habla popular, fenómeno que se deriva, a su vez, de los efectos del nacionalismo que buscaba renovar y legitimar vocablos y modos expresivos de todas las regiones del país. A través del discurso estilístico empleado por los personajes, De Anda se esfuerza por representar las expresiones propias de la localidad, donde la población le da un sentido

---

<sup>1</sup> Octavio G. Barreda. *Op. cit.* p. 11.

específico al lenguaje que emplea, habla coloquial que define la vida lugareña, iluminando los intersticios que la puntean. Las palabras utilizadas por los personajes se apegan simbólicamente al ciclo biológico del hombre en su unión con la tierra: vida, crecimiento y muerte, y todo lo que abriga ese proceso natural, en el que la guerra, azarosa por definición, determina el curso de los acontecimientos. En los relatos, las palabras utilizadas por los personajes se encuentran cargadas de significado y cierta objetividad, en el sentido de apegarse a la realidad inmediata apoyándose en el comportamiento de los individuos, de tal manera que ejercen una poderosa influencia en la colectividad.

El lenguaje coloquial trasladado a los relatos funge como un recipiente en el que se acopian expresiones verbales propias del tiempo que transcurre y del medio rural recreado por el autor: “anchetero”, “ascuále”, “atrojado”, “bilimbiques”, “cacayada”, “correllita”, “chicampianillo”, “íngrimo”, “pizadora”, “quiliguas”, “malajo”, “meco”, “ajilarse”, “improsulto”, etc. La significación de éstos y otros vocablos se vuelve notable en las redes culturales de la época. Aquella cultura hoy distante debido a las modificaciones naturales que el tiempo acarrea, conserva rescoldos aún visibles en Los Altos de Jalisco. Algunas de las palabras que en su momento fueron de uso común, hoy reposan en el bazar histórico nacional, en la sección de voces en desuso, en parte debido al proceso de modernización del país, que en las primeras décadas del siglo XX estuvo conformado por grandes extensiones rurales, suplidas más adelante en las pequeñas ciudades, donde fueron desplazadas por términos otrora desconocidos y, por lo tanto, inaudibles.

A pesar de lo anterior, en los textos examinados, el vocabulario regional es de fácil comprensión. Muchos de ellos indican la existencia de ciertos oficios que revelan nítidamente su procedencia: el discurso de los rancheros, trátase de hombres o mujeres, así como el discurso de los sacerdotes que fungen como mentores en la sociedad. En tal sentido, Agustín Yáñez revela que varias de las expresiones verbales utilizadas por los lugareños para guiarse cotidianamente, obedecen al ritmo de las actividades de la Iglesia y al calendario católico. Puesto que sobresale el tiempo eclesiástico en la vida de la comunidad, la campana desempeña una figura principal, en razón a la voz inconfundible que codifica varias de las señales informativas dirigidas a la población.<sup>2</sup>

En este aspecto, José Guadalupe de Anda recrea las expresiones populares de aquella zona del país a través de versos, enunciados, sentencias y refranes. Cada uno de ellos, desde el punto de vista semiótico, se encuentra vinculado con el contexto social referido en las novelas. Funcionan como una especie de código verbal e indican la manera en que los individuos interactúan con base en su propia normatividad. Presuponerlo así, apuntaría a que en los giros verbales, cualquiera que sea su forma y contenido, ya sea religioso, moral o simplemente mundano, se detectan las necesidades más perentorias de los

---

<sup>2</sup> Agustín Yáñez, afirma: “El tiempo eclesiástico rige la existencia. Los toques del alba y las llamadas a las misas fijan el espacio de la mañana; las llamadas a las conferencias, los toques de las doce, de las tres de la tarde, las llamadas al rosario, el toque de la oración, los dobles de las ánimas a las ocho de la noche y, antiguamente a la diez, y el toque de queda, marcan el curso fiel del día. La liturgia y los acontecimientos religiosos acotan el año y la historia doméstica (...) En la Plaza, en los comercios, en las calles, en las casas, en los caminos, escuchamos expresiones como éstas: - “Mi madre ya anda es sus quehaceres cuando comienzan a llamar la primera misa”. - “Daban el último repique de la misa mayor cuando pasamos por San Antonio” “Poco más o menos eran las diez, cuando llamaban a la conferencia de San Vicente”- “Dando las tres y oyéndose los primeros tiros”. - “Te presto el dinero, pero me lo devuelves antes del día de San Miguel. - “El primer automóvil vino cuando estaban las mujeres en ejercicios”. - “Para el día de San Antonio ya estaba crecida la milpa.” *Op. cit.*, pp. 55-56.

rancheros y la visión que tienen del mundo. Por lo mismo, tales giros no deben estudiarse fuera de su contexto, porque no permanecen aislados ni separados de aquél, antes bien proyectan rasgos de identidad del ámbito rural representado.

Hay críticos para quienes, por medio de los refranes, se puede visualizar el entorno masculinizado y cultural de la región. Sentencias en las que se detecta la identidad de los hombres, o bien frases en sentido puramente ornamental que bien pudieran caer en la categoría de refranes exclamativos. Uno de ellos afirma que *Los cristeros* está constituida por dos planos discursivos, el de los personajes y el del narrador, y tanto en uno como en otro se infiltra el uso del refrán: "puede afirmarse que De Anda tiene una intención doble: por un lado, abarcar los posibles espectros del movimiento cristero; por otro lado, recoger una forma particular del habla, caracterizada "por su economía, su desapego a la norma y su forma sentenciosa que la dota de gracia y agilidad."<sup>3</sup>

El lenguaje popular llevado a los relatos se caracteriza por el uso reiterado de refranes. Los refranes se introducen en todas las actividades de la sociedad representada, funcionan y son aceptados por ella en la medida en que les concede cierto grado de autoridad instructora. Es un discurso que tiene importancia y vigencia en la conciencia de los habitantes que lo emplean. Por medio de un lenguaje sencillo y directo, logra alcanzar la sabiduría popular del entorno dentro de cada una de las circunstancias presentadas en las obras. Generalmente en cada refrán se puede identificar al personaje que lo emplea como representante del grupo social al que pertenece, ya que son expresiones

---

<sup>3</sup> Miguel G. Rodríguez Lozano. "Entre la historia y la literatura: *Los cristeros* de José Guadalupe de Anda. *Literatura Mexicana*", vol. XII, núm. 1, 2001, p.65.

verbales que dan cuenta de la idiosincrasia de los habitantes. Por ejemplo, cuando los hombres del rancho Los Pirules se preparan para asistir a la peregrinación, Tío Alejo instruye a Felipe en actos tan menudos como saber elegir un buen caballo y aprender a ensillarlo:

–Oye, Felipín, ¿pos pa' qué fuites a agarrar ese caballo? ¿Qué no sabes que los caballos tordillos y los pendejos, se echan a ver dende lejos?... ¡No, saca la potranca alazana...!

Felipe se ríe y cambia de cabalgadura.

–“¡Hombre!, ¡hombre! –vuelve otra vez tío Alejo con Felipe-: acomoda bien tu freno; qué no ves que el que al enfrenar su bestia no le arregla el capote, es sacristán o padrote...Esta es ley de los rancheros. (LC, p. 51)

En una escena similar a la anterior, en *Los bragados*, tío Alejo se ve a sí mismo repitiendo las mismas lecciones, ahora destinadas a instruir al maestro Pablo.

Esta duplicidad temática le imprime circularidad a los relatos:

–A ver, señor maistro, ¿cuál caballo le cuadra? –le pregunta tío Alejo al entrar al corral donde está la manada.

Pablo sonríe mirando la caballada, arrinconada en un ángulo del corral.

–Ese rosillo zancón...-indica señalándolo.

–No, señor maistro, -mueve la cabeza tío Alejo-, caballo pecho e'paloma, ancas de recién parida y andados de prostituta, es pa'sastre o sacristán...

Pablo, riendo, señala un caballo colorado mechudo.

–No, no, no- se rasca las barbas el viejo-, ¿qué no ve que caballo de mucha crin y hombre de poco bigote quiere decir matalote? Toavía le falta mucho pa'ser campiramo... (LB, pp. 114-115)

Para los fines del estudio, no se busca comprobar si los refranes formulan verdades objetivas; lo importante, para el caso, radica en el sentido asignado por la población, tomando en cuenta sus variadas enseñanzas, directamente relacionadas con en el sentir del pueblo, como un gran mecanismo social que se rige bajo ciertos criterios. De alguna manera, a través de los refranes el

autor proyecta la conducta social de los hombres, de acuerdo a su propia dinámica interna.<sup>4</sup>

En las novelas, los refranes y versos populares aparecen estructurados en forma de intertextos, de los que se vale el autor para recrear con mayor colorido el universo diegético elaborado. En el proceso de la creación de la identidad, estos intertextos proyectan el imaginario colectivo de una época en las conciencias de los personajes elegidos para ese objetivo. Basten unos cuantos ejemplos para respaldar lo dicho. En *Los cristeros*, mientras los hombres del rancho Los Pirules se preparan para pelear al lado de Policarpo, tío Alejo se encuentra en el corral cantando una valona del tiempo de la Chinaza. De repente, es interrumpido por Felipe, quien le informa del levantamiento, impotente porque no ha podido persuadir a los trabajadores de lo absurdo de su decisión de hacer armas contra el gobierno. Mientras que para el anciano la reacción de los rancheros tiene una explicación sencilla, “Primero tumbas a topes el Cerro de San Diego, que convencer a un rancharo de Los Altos”, para Felipe, en vista de su escaso conocimiento de la región, le resulta incomprensible. De ahí la necesidad de tío Alejo de instruirlo, para lo cual, le versa una lección que aprendió de niño y nunca olvidó:

*Dar consejos a un rancharo,  
Es majar en fierro frío  
Es predicar en desierto,  
O echarle herejías a un muerto.  
Querer atar un río  
Tapar el sol con los dedos  
O apagar la lumbre a pedos.  
Así es que ya verás, andas miando juera de'la olla... (LC, p. 98)*

---

<sup>4</sup> Se puede consultar sobre el tema el ensayo de Herón Pérez Martínez titulado, “La identidad social en el refranero mexicano”, en *El verbo popular*, Andrew Roth y José Lameiras, editores, México, El Colegio de Michoacán /ITESO, 1995, pp. 145-183.

En *Los bragados*, el autor se sirve de recursos similares en dos capítulos. El primero lleva por nombre “¡Birria Gorda...!” y en él dialogan los nuevos cristeros rebeldes. Uno de ellos, Juan Pistolas, trata de convencer a sus compañeros de la inconveniencia de bajar al pueblo que está infestado de pelones. Juan Pistolas remata sus argumentos con los siguientes versos, aprendidos de su padre:

No montes mula de cura,  
tampoco caballos pintos.  
No viajes en noche oscura,  
ni te andes en laberintos. (LB, p. 38)

El otro capítulo es el de “Los Mesones”. En él, la acción se desarrolla en el mesón del Buen Viaje, donde se alojan arrieros y caminantes. El mesonero Don Nicho hospeda a Pablo y a su familia en lo que para él es la mejor habitación del lugar. En ese momento el narrador cede la voz al anfitrión para que exprese una lección que aprendió de su padre con relación a los manaderos, a propósito de un incidente que en aquel momento sucedió con uno de ellos en el mesón. Este ejemplo, como el anterior, ilustra cómo los conocimientos inmediatos se transmiten a la población de generación en generación, con una dosis de sabiduría popular fortalecida por el paso del tiempo:

–¡Algame Dios, amo, lidiar con un manadero es pior que habérselas con una manada de diablos! Bien me decía mi padrecito:  
    Cúidate de un rayo en mayo  
    De un licenciado con fama.  
    Y de un catrín a caballo.  
    Y de un manadero en brama.  
–Santas y muy buenas noches...tengan sus mercedes. (LB, p. 71)

Parte de los intertextos para ambientar y reconstruir el contexto de la época, la idiosincrasia e ideología de la sociedad, se dan en las canciones y versos populares, como el corrido a Policarpo Bermúdez con el que cerré el capítulo dedicado a este personaje representativo de la región.<sup>5</sup> Su testimonio se emplea para caracterizar con mayor colorido al personaje que sirve de portavoz, aportando, como señala Ángel Arias Urrutia, una gran riqueza polifónica en la construcción del discurso narrativo, y favoreciendo a su vez la táctica discursiva empleada en cada caso, como puede ser el presagio de algún hecho, o la reafirmación de algún juicio.<sup>6</sup> Particularmente, las canciones folclóricas descritas se encuentran vinculadas con la situación recreada. Cabe destacar también que todo este ambiente folklórico llevado a las novelas sobre la rebelión cristera, arrastra una vez más la sombra de la novela de la revolución mexicana y el nacionalismo propugnado en todas las manifestaciones artísticas del período.<sup>7</sup> La relación de estas expresiones artísticas con las diferentes formas de identidad asumidas por la sociedad es evidente. Este roce de fronteras permite representar la memoria colectiva, las aspiraciones y las vivencias de la sociedad en su conjunto. En las novelas de José Guadalupe de Anda, todo esto aparece transformado en un crisol colorido, de fuerte sabor local, rebotante en paisajes, evocaciones

---

<sup>5</sup> Sobre dicho corrido, Manuel Pedro González afirma que es la prueba inequívoca del fanatismo repugnante que priva en esa región. *Op. cit.*, p. 305.

<sup>6</sup> p. 226.

<sup>7</sup> En *Los cristeros*: “Cielito Lindo”, “Ai viene la máquina pasajera”, “En una mesa te puse”, “La malobra”, “Chinita por tu amor”, “Cuervito, cuervito”, “¿Qué haces en la peña?”, “Ya la luna va saliendo”, “Si es alta será una palma”. En *Los Bragados*: “Comadre, vámonos al agua”, “No montes mula de cura”, “Los pajarillos y yo nos levantamos a un tiempo”, “Al primer trueno de mayo”, “Yo quisiera ser arriero”, “Dicen que me han de quitar” y “No vengo a que te levantes”. Arias Urrutia, *Op. cit.*, p. 227.

sentimentales y sentimiento religioso que derrama un poderoso efecto balsámico en la comunidad.<sup>8</sup>

A continuación comentaré algunas expresiones de la cultura alteña a la vista de algunas manifestaciones populares que De Anda traslada a sus novelas, como las diversiones, en las que se perciben las relaciones individuales en la región.

La comunidad regional se rige por ciertas normas que posibilitan el orden, la subsistencia y la consolidación de los valores que la definen y la diferencian como tal. Sin embargo, este orden lleva en su seno la disolución en pequeña escala de los sucesos cotidianos de la población por medio de sus esparcimientos, ya sean de naturaleza religiosa o profana. Éstos, además de acentuar el carácter lúdico del momento, permiten la liberación de los instintos, rompiendo la monotonía habitual al tiempo que logran fortalecer los lazos de identidad del grupo cerrado que representan. La estimulación que proporcionan las actividades recreativas miméticas en los habitantes,<sup>9</sup> proporciona una especie de retribución “institucionalizada”, a las limitaciones que la sociedad genera en su interior.<sup>10</sup> A través de los esparcimientos, se compensa la vida circunscrita de los individuos, no sólo en el ámbito emocional sino muchas veces de forma económica como lo presenta De Anda. Dada la enorme influencia del clero en la sociedad, los festejos más importantes son los

---

<sup>8</sup> Aunque sólo sea un estudio breve, puede consultarse el ensayo de Catherine Héau, *op. cit.*, que examina la función del cancionero popular como operador de identidad individual y regional.

<sup>9</sup> Este mimetismo se refiere en el ámbito de las emociones, tomando en consideración el efecto que generan las diversiones en el hombre, comparable a las que se experimentan en la vida real, pero con una expresión distinta, donde el gozo y la excitación son el ingrediente indispensable para las personas involucradas en ellas.

<sup>10</sup> Sobre el tema revisar la obra de Norbert Elias y Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* de. México, FCE, 1995.

religiosos, ya que cada evento litúrgico constituye un motivo de reafirmación y de júbilo para la comunidad creyente.<sup>11</sup>

Como señalé más arriba, al igual que otros escritores que abordan temas idénticos o parecidos, José Guadalupe de Anda plasma en sus novelas cuadros representativos de las costumbres regionales con el propósito de retratar a la localidad en la primera mitad del siglo XX. Las fiestas religiosas, componente fundamental de la vida social, revelan las estrategias utilizadas por los clérigos que se benefician de ellas con el propósito de mantener su poder y su control. Estas fiestas se encuentran reguladas por el calendario católico, y sus prácticas procuran mantener el orden social establecido en la comunidad.<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> Ramón Sánchez describe el ambiente de unas de las festividades religiosas realizadas en Arandas “... la más notable es la que se celebra del día 4 al 12 de Enero en honor a la Virgen de Guadalupe, en que permanece nueve días expuesto el Divinísimo, habiendo misas solemnes, iluminaciones en la parroquia y en todas las casas particulares, de la manera más espontánea y brillante; en la calle aparecen un gran número de faroles de cristal y papel de colores, formando pabellones y potras figuras caprichosas; hay fuegos artificiales en una, en dos y hasta tres noches antes de concluir el novenario; y en todo en el se queman grandes cantidades de pólvora en cohetes y descargas ...” . *Op. cit.*, p.72.

<sup>12</sup> M.Bajtín afirma que “las festividades (cualesquiera que sea su tipo) son una *forma primordial* determinante de la civilización humana. No hace falta considerarlas ni explicarlas como un producto de las condiciones y objetivos prácticos del trabajo colectivo, o interpretación de la necesidad biológica (fisiológica) de descanso periódico. Las festividades siempre han tenido un contenido esencial, un sentido profundo, han expresado siempre una concepción del mundo. Los ‘ejercicios’ de reglamentación y perfeccionamiento del proceso del trabajo colectivo, el ‘juego del trabajo’, el descanso o la tregua en el trabajo nunca han llegado a ser verdaderas *fiestas*. Para que lo sea hace falta un elemento más, proveniente del mundo del espíritu y de las ideas. Su sanción debe emanar no del mundo de los *medios* y condiciones indispensables, sino del mundo de los *objetivos superiores* de la existencia humana, es decir el mundo de los ideales. Sin esto, no existe clima de fiesta.

Las fiestas tienen una relación profunda con el tiempo. En la base de las fiestas hay siempre una concepción determinada y concreta del tiempo natural (cósmico), biológico e histórico. Además las fiestas, en todas sus fases históricas, han estado ligadas a periodos de crisis, de trastorno, en la vida de la naturaleza, de la sociedad y del hombre. La muerte y resurrección, las sucesiones y la renovación constituyeron siempre los aspectos esenciales de la fiesta. Son estos momentos precisamente (bajo las formas concretas de las diferentes fiestas) los que crearon el clima típico de la fiesta.” *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*,. España, Alianza Editorial, 1998, p. 14.

En *Los cristeros*, la primera evidencia festiva se desarrolla en el capítulo titulado “La Peregrinación”. La romería, motivo central, posee un origen excepcional respecto a la rutina de los eventos eclesiásticos. Por su carácter trascendental para el desarrollo de hechos futuros, ofrece algunos de los elementos que permiten la cimentación de posteriores episodios sobre la base de micro unidades que funcionan en la construcción de la novela. La procesión posee un carácter ambivalente trágico-divertido. El narrador describe la peregrinación de los lugareños que acuden al llamado del padre Filiberto, quien busca convencerlos de luchar en defensa de la Iglesia. Dada la importancia de la convocatoria, nadie puede faltar, pues el deber religioso se impone por sobre todas las cosas. Por la movilización multitudinaria, tío Alejo establece una analogía entre ella y la feria de San Juan de Los Lagos, la más importante de la región, donde se lleva a cabo el culto a la virgen de San Juan desde la Colonia, por tratarse del centro más activo en toda la comarca.<sup>13</sup> La naturaleza de la peregrinación no sólo es religiosa, toda una multitud de comerciantes y prostitutas se dan cita en el lugar, como en la feria de San Juan, donde se llevan a cabo transacciones comerciales y ganaderas, además de servir de

---

<sup>13</sup> Me parece conveniente transcribir un fragmento ilustrativo donde se describe el ambiente de la feria de San Juan de los Lagos, para formarnos una idea general sobre ella: “Agustín Basave recordó la feria de San Juan: las familias rezanderas coreaban ave marías, sobre el contralto de las mujeres se oían el flautín del niño y dos octavas más bajas la voz del padre. Recordó la lastimera oración del tullido y los patéticos tonos de los lectores del vía crucis. Gangueos, toses, hipos periódicos e inquietudes. Y rezos, rezos interminables: miserias que piden alivio, necesidades que claman ayuda, penas que amortiguan cuando se confían a ala Virgen. Afuera del templo se ofrecían calabazas doradas de Guadalajara; encajes y deshilados de San Miguel; monos de San Pedro; sarapes de Zacateca; fruta pasada de Aguascalientes; conchas, caracoles y erizos de Las Peñas; borreguitos de Silao; guantes de Salamanca; ‘milagros’ de plata y de cera; naranjas y limas, plátanos costeños, cañas, cacahuates, fritangas y herbolarios. Abundan los limosneros, dos ciegos dialogan en verso sobre la pasión y muerte de Cristo, que cada vez que se pronunciaba este nombre los del coro se descubrían con respeto. Al terminar se arrodillaban y “decían unos cuantos latines bárbaros y el viejo pedía por ambos la caridad de las buenas gentes, por el amor de Dios, y luego se marchaban por las calles adornadas con festones de papel de china.” Moisés González Navarro. *Op. cit.*, pp. 555-557. (El autor retoma información de la publicación *Bandera de Provincias*, 2ª quincena de enero de 1930, p. 1).

mecanismo de integración regional. Más allá del propósito real de la peregrinación, el lector observa que en ella se brinda la oportunidad de traspasar los estrechos espacios de los lugareños, liberarse de las coerciones sociales impuestas por la Iglesia y por la institución familiar. La liberación que ofrecen las diversiones, aun siendo religiosas, es bastante apreciada por la sociedad, especialmente por los hombres, quienes así suplen necesidades individuales lejos de toda coerción social. Por ese motivo, el interés de tío Alejo por asistir a la peregrinación no obedece a sus impulsos religiosos sino a su pasión por los placeres mundanos que lo han dominado toda su vida. Eso, para él, es el mejor atractivo de la peregrinación:

–Oiga, tío Alejo, y a propósito ¿qué ha oído decir por ai de la peregrinación? –le pregunta doña Trinidad.

–Pos ná tú. Cuentan unos que pasaron esta mañana por Caballerías, que aquello está que no hay onde poner una abuja del gentío; haz de cuenta el mero día de la Virgen de la feria de San Juan. Porque a más del rezo y la peregrinación, hay danza, loterías y boliche; dicen que han llegao unas chaborras de por aí de León, ¡qué hasta la pala jumea...! ¡Tú verás, pa’ mi genio! Yo que me pasaba todo una semana de jilo en un fandango, y casi siempre lo acababa a balazos... (LC, p. 41)

En contraste con el ambiente festivo, se describe el sitio que acoge a los peregrinos. El retrato realizado por De Anda de la Congregación de Caballerías reúne en forma aguda todos los valores negativos de los alteños. Los sucesos violentos de sus habitantes, aunados a los “panteras”, y a los “abravados” que acuden al lugar, lo convierten en el sitio de mayor peligrosidad de la región. El territorio no ofrece ningún género de garantías porque ahí se rigen con total impunidad los hombres. En el contexto, la violencia es elevada a rango nomotético según las dimensiones culturales de la zona:

Caballerías, el cantón de valientes, a donde se va a misa los domingos y fiestas de guardar, y luego, a la salida, a buscarse los que tienen agravios entre sí; cuestiones de linderos, daños por ajustarse, rencillas y rencores pendientes, para liquidarlos a balazos. (LC, p. 55)

Octavio Paz aclara que un mismo espacio experimenta una serie de mutaciones cuando se lleva a cabo alguna festividad; su significado y su aspecto cambian, por el simple hecho de ser ataviado y designado en sitio de fiesta.<sup>14</sup> Esto se percibe claramente en el capítulo al que me refiero de la novela. El pueblo violento, analogía del peligro clerical, acoge a los viajeros en un ambiente festivo; santos y listones multicolores adornan las casas de aspecto paupérrimo transformadas en recintos sagrados gracias a la iniciativa del sacerdote. Desde el primer momento, el carácter festivo del evento se evidencia; las romerías y la música, como una especie de disipación religiosa, se ubican en primer plano. De igual modo, los rancheros con sus atuendos de gala, el sacerdote y los ornamentos de la iglesia tienen la función de operar como mecanismos enajenantes:

Podría creerse que aquello era una feria. Hay puestos de comestibles y baratijas en torno de la plaza y al hilo de las calles.

Murgas callejeras, que tocan lánguidos corridos, organillos llorones y loterías.

De todas partes se eleva un rumor de turbamulta.

Ladrillos de perros huraños, rezongos de cerdos vagabundos, relinchos de caballos alborotados, ruidosas carcajadas y gritos destemplados de "resgatones" y baratijeros.

En el centro de la plaza, las piramidales copas de los sombreros de palma surgen de entre la multitud, como cornamentas de reses encorraladas; y, heridas por los rayos del sol, brillan en los cuadriles de los santos peregrinos las siniestras quijadas de las pistolas.

Estampas de santos y trapos multicolores adornan las puertas de las carcomidas casuchas de adobe, chaparras y contrahechas y, en la parte superior, inscrito con cal sobre los muros: ¡Viva Cristo rey!"

Las dos campanas del templo, que suenan a cazos rotos, parecen despedazarse, enloquecidas, dando la última llamada."

Se produce un sordo rumor entre la multitud, y los santos peregrinos con el sombrero en la mano y la frazada a rastras, se precipitan en tropel hacia la iglesia que está engalanada como en las grandes festividades. Por doquiera brillan los cirios y aparecen ramilletes de flores de papel; de las vidrieras se destacan aureolas de oro, que van a iluminar los severos rostros de los santos. (LC, pp. 55- 56)

---

<sup>14</sup> Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, 1969, p. 45.

El narrador no se limita a describir el proceso de ebullición de la feria instalada dentro del pueblo: en las calles y sobre todo en la plaza donde se ubica la parroquia. El foco de atención recae igualmente en los espacios que rodean a la población, más allá del ambiente festivo que ensimisma a los visitantes. Las cruces a la entrada del poblado son una terrible señal de alerta, símbolo premonitorio de los hechos a futuro: "...de trecho en trecho, sembradas a lo largo del camino, aparecen las hileras de cruces entre los matorrales", (LC, p. 55). Las cruces en el marco festivo, religioso y profano sirven de enlace para el análisis del alteño, como lo he demostrado anteriormente. Su presencia sistemática en ambas novelas opera directamente en las reglas sociales que norman la vida de la comunidad.

Para construir un sentido total de la peregrinación, la descripción que nos ofrece el narrador marca la actitud maniquea del sacerdote que subvierte los valores de la sociedad que acude a su llamado. Se pretende elevar a un ambiente festivo la petición de luchar en nombre de Dios. El templo, lugar místico por excelencia, pierde en parte su significado original para transformarse en sede del mitin político que el sacerdote ha llevado a cabo haciendo uso de su poder de convocatoria. Pese a todo, lo que alcanza el clímax del momento se encuentra precisamente en el significado más profundo del templo, ahí donde se conserva inalterable el valor mediático con las fuerzas divinas, ya que es el recinto consagrado a ellas y es donde los hombres pueden cruzar con mayor facilidad el umbral a la espiritualidad.<sup>15</sup> Esto se aprecia en la misma escena, mientras el sacerdote exhorta a los asistentes,

---

<sup>15</sup> Sobre el tema es imprescindible la lectura de Mircea Eliade. Por ejemplo, sostiene que todo templo constituye propiamente hablando, una abertura hacia lo alto y asegura la comunicación con el mundo de los dioses. *Lo sagrado y lo profano*, Madrid, Guadarrama, 1967, pp.57-61.

cada uno reacciona de distinta manera. En el caso particular de los que rezan, enfatizan el momento pretendidamente sacralizado por el sacerdote:

Los labriegos se agitan inquietos y sacuden azorados las revueltas cabezas, mirando hacia todas partes. Algunos, impresionados, se inclinan con humildad y se golpean el pecho con fervor, decididos a ir a morir por Dios, teniendo ya de antemano ganado el Reino de los Cielos, según las palabras del Padre. (LC, p. 59)

El narrador pretende demostrar que muchos de los fieles, lejos de protegerse del sacerdote, se unen al él, para aceptar, en una especie de mercantilismo espiritual, el intercambio de favores planteado por el clérigo. De algún modo, la postura asumida es congruente y oportuna para la sociedad representada. La religión se ha instalado en el centro de la vida, del mismo modo en que el templo se ha ubicado en el centro de la plaza, por ser metafóricamente el centro de su mundo.<sup>16</sup> No por ello es el único templo que se describe interiormente en *Los cristeros*.

Este rasgo es determinante, pues nada se puede comenzar sin la previa orientación y autorización del sacerdote. A partir del contexto social, vemos a un pueblo fusionarse completamente con la iglesia, alterando el significado espacial en su totalidad. Con la celebración, se rompe toda continuidad habitual, contribuyendo a menguar la gravedad de la situación.<sup>17</sup> De esta forma, la muchedumbre unificada pierde con la romería la lucidez del momento que se vive. Dentro del contenido narrativo, lo que podría aparentar ser únicamente una celebración de intimidación se convierte en el incidente histórico del cual

---

<sup>16</sup> Mircea Eliade nos explica que este fenómeno mantiene un paralelismo con los templos se ubican en el centro de la plaza, pues ellos representan el centro del mundo. *op. cit.*, pp. 37-55.

<sup>17</sup> Johan Huizinga en su libro *Homo ludens*, dejó escrito que la interpretación de la palabra celebrar denuncia el ámbito de la fiesta, no importa si los ritos son de índole sangrienta, ya que todo se desarrolla en ese ambiente festivo, mientras permanece suspendida la vida cotidiana. La fiesta también puede ser seria. España, Alianza Editorial, 1981, pp. 36-37.

se derivarán las tragedias futuras de la sociedad. El lector es espectador de una feligresía enajenada que pierde la perspectiva de la realidad al enfocarse específicamente en una parte del problema: la defensa de su religión, como parte del ambiente festivo que se vive; subliminalmente queda al descubierto que debe provocar felicidad la lucha en nombre de Dios. Esto recuerda lo señalado por Hagnes Heller: la religión organiza ceremonias de cohesión, tanto en períodos de tranquilidad social como en la guerra, como lo representa con claridad José Guadalupe de Anda en *Los cristeros*.<sup>18</sup>

Puesto que la interpretación de la peregrinación como si se tratara de una feria, forma parte de la idiosincrasia del alteño, las vivencias de los hombres que han decidido levantarse en armas se ven desplazadas hacia un espacio tabú: el puesto de “hojas” cura-crudos de María La Galleta. La imagen corresponde al antro rural de la época que se extiende a la plaza pública con sus bebidas, sus juegos y la infaltable presencia femenina. En razón de los códigos morales propios del lugar, queda restringido a un espacio rezagado de una esquina de la explanada:

Un grupo de Cristeros borrachos la rodea.

Cada quien retiene su caballo de un cabestro enrollado a sus pies.

Algunos tienen los kilométricos sombreros entre las piernas, otros se los han echado hacia atrás, pendientes al cuello del barboquejo.

Unos dormitan de bruces sobre la mesa, otros alegan y manotean.

Y todos por igual, ostentan en los peludos pechos, a través de la entreabierto camisa de manta, una maraña de cintas, rosarios y escapularios. Del cuadril les penden sendos pistolones 44.

Las bestias, con la cabeza baja, patean aburridas, sacudiéndose las moscas con la cola, remascando los frenos.

Cruzadas las acciones sobre las sillas para que no se asoleen, quedan al descubierto los pandos machetes amozoqueños y las reatas de pita, que se antojan serpientes dormidas.

Algunas carabinas asoman sus trágicos hocicos por sobre los costillares de los animales. (LC, p. 63)

---

<sup>18</sup> Hagnes Heller, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1991, pp. 168-172.

Esta imagen será el punto de referencia para que el narrador logre ambientar las disipaciones de los hombres que buscan el regocijo fuera de las buenas costumbres. Ahí se magnifica la violencia de los rancheros y se externan los motivos de algunos para luchar contra el gobierno:

– ¿Y ora cómo la ves, Pando?

– ¿Te refieres a los sardos?

–Sí

– ¡Hombre, pos ganarles a esos y encuerar una borracha es la mesa cosa...! ¡No van a sabernos ni a melón; son retejuilones...!

–Muy cierto, son muy correlones. Y yo lo que sí te digo, Pando, que ora que vamos a defender a Cristo Rey, si se pone bonito borlote, ya no voy a comer babas como la vez pasada. Dios por delante, cuando menos vuelvo de coronel y la víbora atascada de aztecas...No que cuando anduve con Fierros, volví de sargento, muerto de hambre y empiojado.

(...)

–Yo pa' qué los vo'a engañar –dice tartamudeando El Patas-, dende ora les digo que yo a lo que le tiro es a ser Presidente de Tapatlán, si la Divina Providencia me conserva la vida; después de haber peliado por Dios y libertao a los santos padrecitos, se entiende.

– ¿Pero cómo le haces, patas, si no sabes escribir?

– ¡Hombre, sí! –exclama decepcionado-; no había reflejao en eso.

–No te apures, compadre, ¡eso no le hace! –lo anima La Pachanga-, como si no hubiera sellitos que firmaran por uno...¡mah...! Mira: las pilas de presidentes que he visto aquí en Los Altos y en otras muchas partes que tienen su sellito, y los que no, los he mirao sudar chorros pa' fin de que pongan su nombre; pero eso sí, con unas uñas tan largas pa' tocar l'arpa...que cuando llegan a la presidencia van con las nalgas de juera, y a los pocos meses ya los encuentras con rancho, buenos caballos, buenos vestidos y dos o tres mujercillas... (LC, pp. 67- 69)

Con una visión análoga, en *Los bragados* el changarro de La Chata Rosalía, es el sitio donde acuden los arrieros en busca de relajación:

Hileras de botellas chorreadas, conteniendo menjurjes de tequila; ruedas de manojos de cigarros de hoja, colgados del techo; cervezas de mecatito, aguas minerales, y medio barril de pulque fermentado. Un tendajo de importancia tal, que alguno le había dicho que a su tienda se le podía hacer balance pasando sobre una mula cerrera a galope tendido... (LB, p. 54)

El lugar predominante que ocupa la cantina en la vida de los hombres se puede atestiguar a su vez en el capítulo “El Primer Brote”, de *Los cristeros*. La

narración comienza con la descripción de la cantina de don Pomposo Paredes, el mejor sitio de San Miguel, “nido de ‘tusos’ y vagos crónicos”, mientras dialogan el Jefe de Armas y el teniente Coello, representantes de los intereses del Estado. En la misma novela, dentro del capítulo titulado “La Toma de San Miguel”, la disipación se instala en la tienda de don Arnulfo Tapia, viejo cristero, hermano mayor de la Vela Perpetua y jefe de la Liga, donde se emborrachan Policarpo y su Estado Mayor:

– ¿Qué le vas, Pachanga, águila o sello? –Y de las manos de Policarpo salta un peso haciendo piruetas en el aire.

–Águila –contesta aquél, saltando del mostrado.

– ¡Jue sol...! -grita la chusma en medio de alaridos.-; ¡perdites!

–Maistro –dice la Pachanga, subiéndose los pantalones-: échamen medio cuartillo pa'l susto.

(...)

Se lo empina de un sorbo, y de un brinco se planta a media calle, cien metros de la Presidencia.

- ¡Ay! ¡ay! ¡ay! chivos flacos, pelones, mantenidos con zacate; en la punta...de este cerro les traigo chocolate...! –y comienza a bailar, disparando su pistola.

(..)

De la tienda salen a borbotones carcajadas y gritos, festejando su audacia. (LC; pp. 110-111)

En *Los bragados*, por poner otro ejemplo, una de las aficiones de los hombres de la localidad es el juego de las cartas:

En el centro, una mesa de palo, donde se corre un albur, rodeada de hombres que miran con ansiedad, las cartas que van saliendo.

Colgado en la pared, donde vagan alacranes y arañas, un aparato de gas.

En los charcos de saliva, que tapizan el suelo, naufragan las colillas de los cigarros.

Y en lo alto del muro, el ojo apagado de una claraboya, vomita nauseabundos eructos hacia fuera. (LB, p. 43)

En la misma novela, existe otro episodio de mayor importancia, en el que simultáneamente el lector presencia el mundo de las apuestas entre los

diversos sectores de la población.<sup>19</sup> Esta imagen del juego contrasta dos mundos opuestos, el de escasos recursos económicos, aún incrustados en el estatismo de sus costumbres pasadas, y el de las clases pudientes, que con la adquisición de nuevas modas se convierten en sinónimo e indicio de los cambios de una modernidad, que se venía presenciando en el país desde el porfiriato.<sup>20</sup>

El pueblo está de fiesta.

En derredor de la plaza, bajo carpas improvisadas de lona, sobre mesas pringonas y destartaladas, cubiertas con zarapes de colores y paños deslustrados, suenan los tanates de los carcamanes y se oyen los gritos de los “tusos”, atrayendo a la gente a sus “desplumaderos”:

– ¡Vénganse, arrímense a rifar su suerte en la plumita repartidora de fortuna!... ¡Ah, reló, reló, reló...! ¡Ah pistola, pistola! ¡Desaten los ñudos, picudos, y aflojen la de cuero! ¡Acá la suerte, atinados hijos del miedo! ¡Con valor se gana, con miedo no se hace nada...! ¡Ah, pistola, pistola...!

En el amplio corredor de una de las mejores casas del pueblo, ésta “la partida”.

Serán unas cien almas las agrupadas en derredor de la larga mesa verde.

Ricachones del pueblo, comerciantes de la localidad, rancheros de los alrededores, con los anchos sombreros encasquetados, y las mujeres de categoría, componen la concurrencia de sentados.

A la retaguardia, en apretadas filas, hombres y mujeres de poco pelo alargan la cabeza, mirando con codicia los islotes de relucientes pesos esparcidos a lo largo de la mesa.

Las apuestas son de provecho: un juego graneado, de poca monta, que no tiene desquite. El dinero cae sin interrupción, como catarata, sobre los grandes charcos de moneda de todos los tamaños y valores que hay en los lados de las planchas.

Los billetes, olientes a sudor, que salen de los recónditos bolsillos de los rancheros, desaparecen tragados por las bocas desdentadas de cajones ocultos que nunca llegan a hartarse.

(...)

Hombres y mujeres se apretujan ansiosos, alargando los brazos por encima de las cabezas alborotadas de los de adelante, poniendo sus apuestas.

---

<sup>19</sup> Para Javier Echeverría, “existe la posibilidad de que una puesta acertada de lugar a cuantiosas ganancias para el que la hizo. Encarnan dicha concepción los triunfadores, los hombres que se han hecho así mismos, los que han tenido suerte, como suelen declarar. Su modelo de comportamiento económico es la especulación, y ciertamente pueden obtener éxitos espectaculares, paralelamente a las ruinas que también les adviene”. *Sobre el juego*, España, Taurus, 1980, pp. 11-18.

<sup>20</sup> En un interesante libro de Sergio González Rodríguez, éste nos plantea cómo durante el porfiriato, el juego creció aunque de forma reglamentada, de alguna manera, esta actividad lúdica se presentó en la mentalidad de la época como efecto lateral de los cambios modernos del país. El concepto de juego lo conceptualiza como un aprendizaje de los valores de cambio, en las variables infinitas de mercancía a través de la convergencia del deseo y el azar. Sergio González Rodríguez, *Los bajos fondos. El antro, la bohemia y el café*, México, Cal y Arena, 1990, p. 122.

Los hombres no se estremecen ante las acometidas de los senos palpitantes de las mujeres sobre sus espaldas, ni se alteran al contacto de su carne tibia sobre sus cuerpos fríos. “No son mujeres ni hombres, son puntos...”<sup>21</sup> (LB, pp. 91-93)

La oposición social ya había sido señalada anteriormente en *Los cristeros*, a partir de la descripción de la fiesta secular convertida en fandango nocturno en la casa del agiotista del pueblo de San Miguel, don Chon Tapones, hombre que busca congraciarse con los cristeros a fin de que le respeten sus propiedades. Ahí los ricos del pueblo se reúnen a homenajear a los alzados, mientras el pueblo segregado observa a través de las ventanas. Durante la reunión, los sacerdotes diluyen sus diferencias con los invitados; a modo de sátira, el narrador describe la manera en que los curas se divierten en compañía de los cristeros, siendo testigos de los excesos de la fiesta sin que muestren algún indicio de reprobación; antes al contrario, logran integrarse plenamente al festejo. En esa velada, aparte de fortalecerse la oligarquía lugareña, se rompe el orden cotidiano permitiendo la relajación de las conductas morales de las mujeres. Los músicos tocan alegres jarabes y bajo el compás seductor de canciones picarescas, los cristeros y las concurrentes bailan con soltura y atrevimiento sin abrazarse, porque es cosa de pecado hacerlo entre personas de buen vivir. El momento de éxtasis ocurre cuando las bailadoras caen enseñando sus piernas:

Doña Militona, que alcanza a ver semejante desacato corre a interponerse. –No, Toribio –le dice afablemente al galán–; me vas a hacer el favor de dispensarme, ¡pero lo que es aquí en mi casa no se valsan esos bailes tan pecaminosos...! Mucho menos estando aquí los padrecitos...El Jarabe, La Botella, La Malobra, puedes revalarlos hasta que se te hinchen los

---

<sup>21</sup> Al respecto, Johan Huizinga expone las analogías simbólicas instituidas entre varios espacios lúdicos. Por ejemplo, la mesa de juego y el templo, dos imágenes constantes en los relatos, se encuentran determinados por la forma y la función que desempeñan; terrenos consagrados y de dominio sagrado en los que se rigen por determinadas reglas. “Son dos mundos temporales inmersos en el mundo habitual, que sirven para la ejecución de una acción que se consume así misma. *Op. cit.*, p. 23.

pies; pero lo que es de esos bailecitos de "arrejuntamiento"...no, ¡mi alma...! ¡Estás viendo lo que está pasando con la Iglesia, por tanto ofender a Dios Nuestro Señor...!

La fiesta va cobrando animación.

Se baila La Malobra atropellones y carreras, a lo largo de la sala.

La mujer en un extremo y el hombre en el otro, el baile consiste en no dejarse pasar uno al otro bailador del campo que cada quien guarda, cerrándole la entrada. Y unas veces cae la mujer con sus asentaderas en el suelo y las piernas en lo alto, y otras, rueda el hombre por la tierra, mientras la concurrencia canta en coro:

*Y esta es la dicha Malobra  
Que a los muertos resucita  
Sacando la cabecita  
Por entre la sepultura...*

(...)

Policarpo y su Estado Mayor bailan el Jarabe a media pieza. Doña Melitona acompaña al primero,; levanta ufana la cabeza, pidiendo aplausos, orgullosa de bailar con el héroe.

(...)

El Jarabe parece interminable. Entrados en calor los bailarores redoblaban a zapatazo limpio, y las mujeres taconeaban a toda ley; se levantaban picarescamente la falda para lucir las puntas bordadas de sus fondos y enseñar sus robustas pantorrillas, a pesar de la presencia de los santos padrecitos, que se remueven gustosos sobre sus asientos y aplauden a rabiar.

Por su parte, la música no se da tregua; aúllan los violines y los bandolones cada cual por su lado, carraspean los bajos, y ronca estrepitosamente el tololoche, hasta el amanecer... (LC, pp.117-120)

En *Los bragados*, el autor hace especial referencia a las fiestas en homenaje a los santos patronos.<sup>22</sup> Con la recreación de la fiesta de San Bartolo en el rancho Los Pirules, De Anda realiza una pintura en movimiento de una de las diversiones más tradicionales de la región, presentando a un tumulto bullicioso que acude al lugar en busca de recreo y disipación. La celebración religiosa se fusiona una vez más con las diversiones profanas formando un universo simbólico y cultural permanente. Entretanto se enlista una serie de valores remitidos directamente a la comunidad y a la región, que atañen al género de vida de una colectividad movida por la conmemoración religiosa y el juego. Los participantes en la competencia ponen en evidencia su valentía y destreza en el dominio de los animales; al mismo tiempo, se destaca la jerarquía económica

---

<sup>22</sup> Norbert Elias y Eric Dunning, indican que la sociabilidad es un elemento básico en las actividades recreativas. La corriente estimulativa generada entre los hombres cuando entran en contacto sin ningún compromiso, más aquel que los asistentes estén dispuestos de asumir, brinda a los involucrados placer. *Op. cit.*, p. 65.

y moral entre los homónimos masculinos a través de su vestimenta<sup>23</sup> y sus caballos, aunque idealmente el encuentro sea el pretexto para equilibrar las diferencias sociales que separan a los hombres en la comunidad:

Toca el turno a los Guachos del rancho del Atorón.

Los dos hermanos se colocan en el corredero. Llamam la atención por sus trajes vistosos, sus ricos sombreros galoneados y sus caballos finos. (LB, p. 120)

La primera observación sobre la fiesta se ensambla en la superstición religiosa como parte del contexto que la origina. Este dato es interesante para el seguimiento de las mentalidades, pues la información vertida en la novela hace referencia a las prácticas mágicas utilizadas por la población para protegerse de la presencia negativa de lo sobrenatural, el mal. En la novela, se manifiesta en un animal, el tecolote, mensajero funesto, que por cierto en las películas del cine mexicano se halla vinculado al indio, “cuando el tecolote canta el indio muere”, aquí su mensaje se aplica a cualquier persona que lo escuche:

—¡Mira, Gaspar, —asoma la cabeza por la puerta de mano una viejecita temblorosa —, encomiéndate a Dios y a la Virgen Santísima, porque hoy es día de San Bartolo, y has de saber que anda el diablo suelto!...El tecolote estuvo cantando ai en el mezquitera toda la santa noche...y habrás oído decir que cuando el tecolote el indio muere...

—Sí, madrecita, pierda cuidao... (LB, p. 117)

---

<sup>23</sup> Específicamente durante el juego, de antemano los hombres acuden vestidos de acuerdo a la ocasión; con ellos existe una especie de disfraz, pues el competidor juega a ser otro. Johan Huizinga. *Op., cit.*, p. 26

El mayor atractivo que otorga el festejo es el coleadero;<sup>24</sup> suerte que consiste en derribar el toro en plena carrera tomándolo por la cola desde el caballo. Durante su ejecución se admite cierto grado de violencia, socialmente permitida, ya que existe una lucha fingida entre los hombres que lo juegan.<sup>25</sup> La ocasión sirve de pretexto para fortalecer la cohesión social de los rancheros. Mientras la fiesta es descrita desde ángulos diversos, como la descripción de platillos típicos de la región, en una dirección opuesta se narran los sentimientos ambivalentes de amistad y de rivalidad establecidos entre los hombres que acuden gustosos al lugar:<sup>26</sup>

El amplio patio de la casa se llena, y todavía, sobre el camino real y veredas que bajan culebreando de los cerros, se escucha el ruido de los caballos y la alegre algazara de la gente que llega, atraída por los enloquecedores retumbos de la “tanata”. Hasta los caballos, ya acostumbrados a aquellas ruidosas alegrías relinchan alborotados.

Las francas carcajadas y peculiares gritos de ¡Ay, ay, ay...! producen entusiasmo tal, que envuelven todos en una delirante alegría:

(...)

Se oyen las desentonadas voces de los “marules” agrupados al pie de la recia ventana de mezquite que cae al patio. Los convidados forman rueda, en cuclillas, al derredor de grandes ollas de “menudo” y canastas de tortillas.

– ¡Arrímense, mis amigos, y atásquense ora que hay modo...! –fue la amable invitación del viejo. (LB, pp. 113-114)

---

<sup>24</sup> Aunque el autor no lo menciona en sus novelas, también es motivo de celebración para los rancheros marcar a su ganado; reuniones de trabajo colectivo donde acuden amigos y vecinos a colaborar. Como retribución, los dueños ofrecen música y bebida. Como atractivo mayor, jinetean animales y hacen alguna suerte charra. Sobre el asunto se puede consultar el libro de Cristina Palomar Vereá, *El orden discursivo de género en Los Altos de Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2005, p. 293.

<sup>25</sup> La charrería como deporte tuvo su origen con la llegada de los charros a las ciudades a consecuencia del nuevo orden en la distribución de tierras, producto de la revolución Mexicana que terminó con los grandes latifundios y las haciendas. En la década de 1920 comenzaron a construirse los primeros lienzos charros, espacios especiales para las actividades charras y campiranas. El proceso de institucionalización se dio por medio de asociaciones y elaboración de reglamentos y estatutos para formalizar sus prácticas.

<sup>26</sup> Aparte de la charreada, símbolo distintivo de la región por ser uno de los deportes preferidos, el tequila ha pasado a formar parte de los distintivos de la localidad. De esta forma se define a grandes rasgos las características más sobresalientes de la identidad alteña: cómo se ven a sí mismos, cómo se ha ido consolidando su individualidad a través de la historia.

Este capítulo es importante porque el escritor resalta en su máxima expresión la relación que los rancheros mantienen con los animales en los juegos de charrería. Anteriormente, tuvimos la oportunidad de constatar esta unión en la figura de Don Ramón y en Policarpo; cuando el último decide levantarse en armas, lo hace montado en su caballo, rasgo que le brinda poder y jerarquía ante los demás.<sup>27</sup> En la competencia, el ranchero como una especie de centauro, se apropia de la fuerza y habilidad de su caballo, quien a su vez recibe la capacidad racional de su dueño. La fusión del hombre con el caballo tiene hondas raíces históricas. El caballo se había convertido desde el siglo XVI en el animal insustituible y de primera necesidad para el pueblo, al grado de que ni los frecuentes escritos de la corte y ni de los virreyes lograron controlar su uso entre la población. En Los Altos de Jalisco, el caballo ha desempeñado una función importante para el ranchero a causa de todas las actividades que los hombres tienen que realizar en el campo, como rancheros, vaqueros, caporales o domadores de toros. Esto, trasladado al plano de los festejos, derivó en actividades tales como jaripeos o coleaderos, vida nutrida de festejos en la que los rancheros encontraron una forma de esparcimiento apropiada a sus necesidades.

En materia literaria, la estrecha asociación entre el hombre y el caballo se traduce en un signo de distinción, tanto que un buen caballo marca el porte y la estatura social que el criollo alteño requiere para diferenciarse del resto de la población. Precisamente, en la construcción de este mundo masculino, donde la acción desempeña un papel determinante, la fiesta charra preserva el

---

<sup>27</sup> El estar arriba del caballo le da superioridad y poder a Policarpo. Sobre cómo opera el poder en los hombres, consultar la interesante obra de Elías Canetti, *Masa y poder*, España, Alianza Muchnik, 1987.

imaginario social de la época: la destreza y habilidad de los competidores, para superar una serie de pruebas y demostrar que el ganador es el mejor. Cada competidor, aparte de luchar contra sus adversarios, primeramente lucha contra un estereotipo social, es decir, el hombre que sin ningún problema puede desempeñarse con perfección durante las pruebas a vencer, pues esta meta será la que determine la superioridad entre los competidores. En la medida que su lucha pasa de la abstracción a la realidad, se representa la imagen ideal de los rancheros, en una significación más amplia y completa, involucrando a todas las prácticas sociales. Por razones obvias, el uso que se hace del cuerpo, la manera de vestirlo, los gestos y los movimientos, proyectan el poder y el valor en la construcción del sujeto individualista, en su relación con los demás hombres durante la competencia.<sup>28</sup> Pues lo que se realiza se hace a título individual, como individualista es la sociedad representada en las novelas. Cada uno de los elementos descritos por el narrador, compone la fiesta pero además se remite a aspectos que tienen que ver con la identidad nacional y regional. Esta identidad regional fusiona dos aspectos determinantes, el parentesco y la tierra. Previamente cada ranchero se identifica ante los demás por la familia y por el rancho donde nació, tomando en cuenta el municipio al cual pertenece.<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Cristina Palomar Vereas refiere que en la charrería se encuentran los ideales de la caballería, en el marco de la tradición de la caballería, donde el concepto de honor es fundamental. Es posible detectar la mixtura de valentía, de audacia, la sangre fría, la destreza, la lealtad, el orgullo y la nobleza en relación con la figura idealizada de la mujer, la composición, la rectitud y el patriotismo. Además la fiesta charra puede ser vista como una de las derivaciones modernas y locales del ritual del duelo, únicamente en el sentido de participar en una competencia, donde los valores asociados al honor están en juego y no en el aspecto de restablecer ninguna ofensa de honor. *Op. cit.*, p. 180.

<sup>29</sup> Pedro Tomé Martín y Andrés Fábregas Puig. *Entre mundos. Procesos interculturales entre México y España*, 1998, pp.74-76.

En el capítulo que examinamos, cada individuo envía una serie de mensajes a sus adversarios de juego por medio de códigos y mensajes propios de la competencia. De esta manera, el poder emerge desde diversos ángulos para centrar la atención en el individuo, quien en forma creativa practica el poder durante su acción. En este mismo, las emociones se tornan peligrosas cuando el entusiasmo desborda los límites permitidos y los hombres se encuentran a un paso de dejarse llevar por sus pasiones violentas contra sus adversarios de juego:

Hay grupos antagónicos, que se miran de reojo, y se cruzan entre sí miradas retadoras, presagio de balazos.

Las botellas de vivo pasan de mano en mano; al empujarlas, los rancheros hacen gestos y se limpian las barbas con el borde de las mangas de sus chaquetas de cuero.

(...)

El vino comienza a desenterrar viejas rencillas y enconos.

Vienen las indirectas y las frases gruesas entre los dos grupos.

Salen las pistolas de las fundas, comienzan a rayar sus caballos los “panteras” y arrojarlos sobre las tamboras.

– ¡Silencio, gallos pelones; ya les voy a echar su maíz! –llega tío Alejo, abriéndose paso en su caballo moro-. ¡Se apaciguan o los apaciguo! (LB, pp. 118- 120)

En el episodio, se hace referencia a un estilo de vida, en la forma de hablar, de pensar y de conducirse los individuos, que así revelan el juego del poder local llevado al mundo de la competencia. De esta forma, se construye el estereotipo alteño, que aglutina símbolos relativos a la producción de sujetos locales, para incorporarse a una tradición más amplia y compleja: la construcción de la figura del mexicano. Como estudiamos en capítulos anteriores, este estereotipo se presenta como un modelo determinado, delimitado por rasgos y atributos que definen al alteño en su figura tradicional de charro: hombre montado a caballo, atractivo, valiente, de palabra, de

buenos sentimientos, pero a la vez agresivo, haciendo referencia a los códigos de honor propios de la región aludida. Atributos que pudimos apreciar con claridad en Policarpo.

La imagen del charro gozó de notable difusión en la llamada época de oro del cine mexicano entre 1930 y 1950, etapa sellada por el nacionalismo. Precisamente se difundió la imagen del alteño como prototipo de la sociedad mexicana. El charro como tal simboliza a una sociedad concreta, al tipo de vida y la manera de organizarse dentro de ella. El charro promovió la charrería como fundamento de su propia cultura. Es el hombre que habita en el occidente de país, siente apego a su tierra y orgullo de sus raíces.

## TERCERA PARTE

### **LAS TRIBULACIONES DE LA REBELIÓN**

## Las hijas de Dios

La actuación de la mujer durante la rebelión cristera quedó plasmada en la narrativa que el conflicto inspiró y en la que ha tenido un reconocimiento de primer orden. Indudablemente, esto no fue un caso aislado, ya que mujeres de ámbitos distintos estaban conquistando espacios en otros tiempos vedados, como protagonistas de hechos significativos en la historia de México, como consecuencia de la abierta inconformidad con los roles que la sociedad les había impuesto desde épocas remotas. Si bien es cierto que los conceptos de mujer han cambiado con el tiempo y que su presencia en la memoria nacional permaneció marginada en gran parte, los vestigios cada vez mayores de su actuación son hallazgos que adquieren relevancia e interés, como se puede apreciar en los relatos de José Guadalupe de Anda.<sup>1</sup>

Los intentos para situar y catalogar a la mujer en el transcurso de la historia se derivan de las relaciones entre los factores biológicos, psicológicos, sociales y culturales. Las opiniones que ha suscitado con el tiempo son el resultado de un gran número de componentes que se deslizan por el tamiz de las estructuras sociales que cada época configura. Por ello, para estudiar a la mujer dentro de las novelas, es fundamental ubicarla dentro del contexto histórico, ya que es su referente inmediato, pues cada mujer es condicionada

---

<sup>1</sup> Julia Tuñón señala que hubo casos admirables de mujeres que antecedieron a la mujer revolucionaria y a la cristera; tal fue el caso de Josefa Ortiz de Domínguez y Leona Vicario, quienes participaron activamente durante la Independencia de México. De igual modo, Tuñón destaca la presencia de mujeres que lucharon durante las intervenciones extranjeras de Estados Unidos y Francia, bien como enfermeras, espías, o correos, sin olvidar aquellas que emprendieron campañas heroicas al participar en las batallas. El grueso de la población femenina permaneció pasiva dentro de su ámbito doméstico. *Mujeres en México, recordando una historia*, México, CONACULTA-INAH, 2004.

histórica y culturalmente, independientemente de su naturaleza femenina y sus rasgos sexuales. Parto de que las diferencias existentes entre cada una, permiten clasificarlas de acuerdo a sus rasgos distintivos, la clase social, el entorno, el nivel educativo, las relaciones de producción y reproducción, el tipo de trabajo, la lengua, la religión, la edad, el poder, las costumbres y las tradiciones, principalmente.<sup>2</sup> Tomando en cuenta su actuación en las narraciones, estos personajes habitualmente se hallan sujetos en algún espacio específico, bien sea en el hogar, como vimos en el capítulo dos, dentro de la iglesia, o en trabajos que reclaman su presencia fuera de la morada, como es el caso de Marta Torres, protagonista de *Los cristeros*. Inclusive, es factible encontrarlas en zonas tabúes, como se verá más adelante.

El caso particular de las mujeres católicas que se lanzaron abiertamente en contra de los dirigentes del gobierno y los preceptos revolucionarios ya ha sido motivo de estudios.<sup>3</sup> Este sector femenino lo integraron mujeres de clase media y alta, quienes veían en los principios revolucionarios de corte anticlerical al mayor adversario de la Iglesia y, por consiguiente, de la sociedad católica en general. Con su aparición en la narrativa cristera se reivindica el papel que desempeñaron en la revuelta. La apreciación de la que son objeto en cada obra depende directamente del enfoque ofrecido en la narración a partir del bando que representan, sea a favor del Estado o de la Iglesia. La variada imagen de la mujer admite diferentes representaciones, por lo tanto, es posible localizarla como miembro activo de alguna agrupación religiosa o como agente que lleva a cabo una misión específica: brigadista,

---

<sup>2</sup> Marcela Lagarde y de los Ríos. *Op. cit.*

<sup>3</sup> Agustín Vaca. *Op. cit.*, y Miguel G. Rodríguez Lozano. *Op. cit.*

espía, defensora social, maestra o jefa de la rebelión.<sup>4</sup> Igualmente, puede desempeñar una labor más convencional, por tanto miembro de una familia, como ya ha sido expuesto arriba:

Aunque la crítica destaca la posición relevante que adquieren los personajes femeninos en las novelas, algunos críticos matizan el supuesto protagonismo de las mujeres. Sánchez Mora subraya cómo la visión que predomina en casi todas las narraciones es preponderantemente masculina, muestra también la dependencia de estas heroínas respecto a un varón (normalmente el héroe cristero), y concluye su proceso de “aclaración” indicando la ambigüedad que se percibe en muchas novelas por lo que se refiere a la emancipación de estas mujeres, de su rol tradicional: si bien la guerra –por su carácter de defensa de la religión– otorga a la mujer nuevas responsabilidades, se trata siempre de un paréntesis pasajero, antes de retornar al estado anterior.<sup>5</sup>

En las primeras décadas del siglo XX, el papel de las defensoras de la religión se intensificó considerablemente en el estado de Jalisco, lugar elegido por José Guadalupe de Anda para ambientar sus novelas, sobra decir, por ser uno de los estados de mayor conservadurismo y religiosidad del país. La fuerte influencia femenina en Jalisco se dejó sentir a partir de 1913, con agrupaciones como la Asociación de Damas Católicas de Guadalajara.<sup>6</sup> En un tiempo sucinto, el estado contó con más de 16 organizaciones católicas femeninas, conformadas por profesionistas, maestras, estudiantes, amas de casa y sirvientas. Este hecho derivó en la creación de diversos Círculos de Estudios Femeninos, con el objeto de preparar a las mujeres para su desempeño en diversas labores sociales impulsadas por la institución: organización de escuelas de educación religiosa para niños y trabajadores adultos, clases de catecismo, distribución de propaganda en apoyo a la Iglesia, entre otras. Entre 1925 y 1926, las mujeres fueron las primeras en colaborar en la lucha cívica;

---

<sup>4</sup> Este tipo de mujer se encuentra en las novelas de *Pensativa* y *La sangre llegó al río*.

<sup>5</sup> Ángel Arias Urrutia. *Op. cit.*, p. 113.

<sup>6</sup> En el transcurso de un año contó con 10, 200 socias.

sin ningún temor montaban guardia en las iglesias. Este gran impulso femenino y la enorme actividad desarrollada durante el periodo, se revela en todas las novelas sobre la rebelión cristera, en las que se resalta su capacidad de convocatoria y de persuasión en el seno familiar, al grado de alcanzar dimensiones significativas. Agustín Vaca aclara que muchos factores sociales, entre ellos la opresión que padecía la mujer, fueron detonantes para que defendieran los espacios que les brindaban cierto poder, lugares alejados de todo quehacer doméstico. Así, las mujeres católicas, siendo integrantes de grupos sometidos socialmente, lograron ejercer poder sobre otros grupos. En la medida que cumplieron con las tareas asignadas por la Iglesia con pasión, compensaron necesidades personales al margen de la familia y del matrimonio; por una derivación lógica, esta situación acabó por repercutir en los demás.<sup>7</sup>

En *Los cristeros*, la protagonista pertenece a ese sector femenino, posee rasgos de similitud con su homónimo santo, Marta,<sup>8</sup> la mártir de la novela, quien apoya a los cristeros a costa de su vida.<sup>9</sup> El personaje interpreta

---

<sup>7</sup> Agustín Vaca analiza tres novelas como fuentes de información: *Héctor*, de Jorge Gram; *La virgen de los cristeros*, de Fernando Robles, y *Pensativa* de Jesús Goytortúa Santos. En estas narraciones, los destinos de las protagonistas las conducen por caminos paralelos cuando cada una se ve envuelta en la guerra. En las novelas “desaparece la referencia a la participación femenina en el movimiento cristero en los términos genéricos y abstractos –que anula su intervención concreta a la vez que le confieren importancia decisiva-, características comunes al resto de las novelas, las fuentes primarias de información histórica y la mayoría de los trabajos académicos.” *Op. cit.*, p. 91.

<sup>8</sup> Particularmente el nombre de Marta lo encontramos en dos casos ejemplares, uno de ellos pertenece a la virgen española, martirizada en Astorga en la persecución de Decio en 253. El otro, corresponde a Marta, hermana de San Lázaro y de Santa María Magdalena, quien acompañó a Jesús hasta su Calvario; a partir de ese instante permaneció al lado de la Virgen María.

<sup>9</sup> Esta referencia histórica tiene largo alcance; durante el Imperio Romano, las mujeres cristianas se consideraron mártires en razón de las terribles persecuciones de las que fueron objeto. Con el paso del tiempo, experimentaron una notable transformación al grado de convertirse en las heroínas de las futuras generaciones. Muchas mujeres inspiradas en el modelo de vida de sus antecesoras demostraron una ferviente admiración por la entrega, la fe, la bondad y el poder demostrado de aquellas víctimas admirables que siempre estuvieron dispuestas a morir por sus creencias religiosas. Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser, *Historia de las mujeres: una historia propia*, Barcelona, Crítica, vol. 1 y 2, 2000.

a la auténtica heroína de la rebelión cristera, por ello se justifica la referencia extratextual de una de las agrupaciones más importantes que apoyaron el movimiento armado: “La Brigada de Santa Juana de Arco”.<sup>10</sup> Dentro de esta organización prestigiosa, Marta Torres desempeña el cargo de generala. Cuando Adalbert Dessau resalta con oportunidad que, De Anda, bajo la influencia de otras novelas sobre el tema introduce una historia de amor entre el protagonista con una distinguida dama, integrante de la brigada, acierta.<sup>11</sup> Sin embargo, considero que esta condición que forma parte estructural del género narrativo gravita sobre otra realidad de mayor magnitud. La historia amorosa está ligada al objeto que la produce. De cualquier forma, el autor no podía marginar la actuación femenina durante la revuelta, por una sencilla razón: las labores que desempeñaron las mujeres de esta agrupación fueron de gran utilidad para la causa cristera. Sin sus servicios en la obtención de armas, parque y víveres para los combatientes, otra hubiera sido la historia de la rebelión cristera.

La Brigada fue una organización creada con 17 mujeres, y llegó a contar con más de 25 mil integrantes al final del levantamiento. Por la fuerte repercusión que tuvo en la guerra, y el gran empuje y valor que demostraron estas mujeres, La Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa hizo varios intentos para someterla, y lo único que consiguió fue crear un conflicto interno que terminó por debilitar la causa.

---

<sup>10</sup> Juana de Arco, personaje histórico que sirve de inspiración para nombrar a dicha organización secreta, fue hija de una familia campesina; se enfrentó con arrojo a las tradiciones y a las costumbres a las que estaban sometidas las mujeres de su clase, argumentando que había sido enviada por Dios para enlistarse en el ejército y liberar a Francia que estaba cercada por el ejército inglés en Orleáns. Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser. *Op. cit.*, pp. 176-186.

<sup>11</sup> Adalbert Dessau. *Op. cit.*, pp. 349-352.

Considero importante destacar que la colaboración de las mujeres en movimientos religiosos ha sido constante en la historia de la humanidad. En los inicios del cristianismo se les permitió desarrollar numerosas actividades que en siglos posteriores les fueron negadas. De alguna manera, la Iglesia, conociendo el potencial femenino, se sirvió de este modelo arcaico para las actuales intervenciones femeninas durante la revuelta, aprovechando la creciente participación del sector en la sociedad mexicana.<sup>12</sup>

En *Los cristeros*, el personaje de Marta Torres muestra cierto desarrollo de carácter en el transcurso de su actuación, a pesar de que las exigencias de la trama le concedan una breve participación en el libro. Cada uno de los actos que protagoniza, evidencia no sólo algunos aspectos de su personalidad sino también los motivos personales que la llevan a luchar en la rebelión. Sin embargo, la intervención constante de Marta Torres en la novela no sólo hubiera diluido la figura de Policarpo, sino también, prolongado el clímax de la separación violenta de la que son víctimas los enamorados a causa de la guerra.

---

<sup>12</sup> Jean Delumeau. op. cit., explica los orígenes de la participación femenina en la religión a raíz de las enseñanzas y a la postura de Jesús en relación con las mujeres. En su época, las mujeres judías se mantenían marginadas de las actividades religiosas de los rabinos. Jesús, por el contrario, se acompañaba de ellas, conocedor de su capacidad. Cuando es crucificado, sus discípulos lo abandonan, pero son las mujeres quienes permanecen a su lado hasta el último momento. A ellas les corresponde ser los primeros testigos de la resurrección. En etapas posteriores y más críticas en la historia de la mujer fue cuando se le asoció como agente del diablo. Ella representaba una constante amenaza para la sociedad. Tanto hombres de la Iglesia como jueces laicos veían en la mujer a un ser propenso al mal, de ahí la terrible cacería de brujas de que fue objeto durante esos períodos oscuros de la humanidad. En los orígenes, la actitud del hombre frente a la mujer abrigaba el miedo. Si bien se sentía atraído por su fuerte atractivo sexual, la repulsión y el temor a los poderes que se le atribuían lo llevó a cometer actos inhumanos en contra de la mujer. Particularmente, el clero demostró una misoginia irracional, tomando medidas para proteger a los sacerdotes de estos seres malignos. Por ejemplo, un sacerdote menor de treinta años no podía confesarlas. Todo esto contribuyó a que la mujer quedara completamente subordinada al hombre. Tuvo que pasar mucho tiempo para que el clero asumiera una actitud distinta frente a la mujer, como atestiguan los hechos históricos en los que se inscribe la investigación. Existen estudios interesantes al respecto, como los de Carlo Ginzburg *Historia Nocturna. Un desciframiento del aquelarre*. España, Muchnik editores, 1991. Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser. *Op. cit.*, y Jean Delumeau. *Op. cit.*

Mientras la acción de algunos personajes femeninos se desarrolla en el marco doméstico, como sucede con doña María Engracia y doña Trinidad, a Marta Torres la vemos en espacios abiertos. Este hecho le imprime a ella rasgos distintivos del hombre enrolado en la rebelión. A pesar de que los campos de batalla y los sitios fuera de la casa son de carácter masculino, Marta circula por ellos con desenvoltura y arrojo, llevando armamento a la tropa cristera. Su participación en la revuelta le ofrece un horizonte distinto, y con ello, la posibilidad de convertirse en una mujer diferente. En sus manos recae una misión importante que debe cumplir con responsabilidad. Para el narrador, una mujer con estas cualidades adquiere un estado de respetable honorabilidad. Todo en ella es digno de admirarse, su físico, sus actos, su origen:

Aquella extraña mujer que había llegado al campamento a llevar parque y a conturbar a Policarpo con su presencia, era Marta Torres, generala en jefe de la famosa brigada de Santa Juana de Arco, agrupación formada por cristeras, que se encargaban del boicot y comisiones delicadas y peligrosas, tales como la compra de parque en México y la frontera, y lugo la conducción y distribución de éste a los campos rebeldes.

Marta, avecindada y educada en la capital, era de origen alteño. Hembra decidida y valiente, de pelo en pecho, que atravesaba por entre los federales, llevando parque, informes y misivas a los cristeros. Ocultaba un pequeño revólver entre la ropa para prevenirse de cualquier desmán por parte de los pelones, quienes más de alguna vez le dirigían requiebros y piropos, sin sospechar la labor que andaba desarrollando.

Era una mujer atractiva, cuadrada, que se aproximaba a los treinta años. No precisamente una hermosura; eso sí todo un monumento de provocación. (LC, p. 171)

Marta Torres es portadora de las transformaciones que vive el sector femenino comprometido con la causa cristera, como lo muestra el hecho de que decide abandonar la seguridad hogareña para lanzarse a defender sus creencias a los lugares abiertos. A Marta poco le importa quedar expuesta a los múltiples

peligros de la revuelta, asumiendo que existen otros riesgos que la acechan: el pecado y la tentación.<sup>13</sup>

De entrada, esto marca algunas de las aperturas del desempeño de la mujer en la sociedad. En el siglo XIX se pensaba que cada mujer debía someterse al estereotipo impuesto por la tradición. La mujer estaba sujeta a un sin fin de limitantes que le coartaban la libertad individual. Durante mucho tiempo se consideró que el sitio ideal para ella se encontraba en la casa, ámbito privado, en el que tenía la obligación de mantener la armonía a base de sumisión para cumplir su tarea más loable y amorosa: ser madre.<sup>14</sup>

Con todo, en medio de las variadas limitaciones que padecían, paulatinamente las mujeres ocuparon sitios que sólo eran accesibles al hombre. Por ejemplo, en los últimos años del porfiriato, un porcentaje elevado de mujeres pertenecientes a la clase media llevaba una vida activa fuera del hogar; se les veía en los planteles educativos, instruyéndose o trabajando como maestras, en instituciones del gobierno o establecimientos comerciales. Fue en ese período cuando comenzaron a aparecer pequeños brotes feministas que reclamaban mayores oportunidades educativas para el género, y una mayor remuneración económica por el trabajo desempeñado. En aquel tiempo la lucha de la mujer se enfocaba principalmente a la reforma del código civil. No fue el caso de las mujeres de bajos recursos, a quienes el factor económico y la ignorancia les impedía romper los límites de la marginación. En

---

<sup>13</sup> Jean Meyer explica la forma en que las mujeres sortearon peligros y obtuvieron cartuchos para los cristeros, en una especie de intercambio sexual: “Hubo funcionarios, autoridades pueblerinas y hasta militares inescrupulosos que se olvidaron de sus deberes para caer en las redes de estas sirenas de Santa Juana de Arco, proporcionándoles cartuchos...” *La Cristiada, La Vida Cotidiana*, 1997, p.94.

<sup>14</sup> Julia Tuñón, indica que en varias novelas de la época, como *Clemencia* de Ignacio Manuel Altamirano, *La Calandria* y *Los parientes ricos* de Rafael Delgado, la mujer vive y se desarrolla en el seno familiar, lugar que destaca por su seguridad. No por ello el matrimonio en la época se veía como realización ideal de toda mujer. *Op. cit.* p. 97.

estos casos, las mujeres tuvieron que desempeñar labores domésticas cuando bien les iba, cuando no, careciendo de otra forma de subsistencia, se mostraban propensas a caer en la prostitución. La prostitución se extendió en forma grave durante varias décadas, entre los años veinte y treinta, en gran medida debido a los estragos sociales provocados por la Revolución mexicana.

Si tomamos en cuenta el contexto social en el que la mujer intenta alcanzar un rango igualitario al hombre, el paralelismo de vidas entre Marta Torres y Policarpo adquiere destacada importancia. Por un momento, las diferencias culturales y educativas se imponen en el primer encuentro, determinando una inversión de los roles sociales tradicionales. Marta Torres se aprecia como una mujer culta, atractiva y valiente, atributos que la ponen por encima de Policarpo. Sin embargo, la naturaleza determina que Policarpo logre imponer su virilidad, si que ningún convencionalismo social obstaculice la gran atracción que sienten ambos:

A Policarpo, el tipo donjuanesco de Los Altos, que en las rancherías y congregaciones por donde pasaba, y en las bodas y fandangos a donde caía, a la polla que no se levantaba la dejaba 'cacareando', ahora, la 'gallina' aquella de los ojos dormidos lo había dejado atontado, alicaído... (LC, p. 171)

De esta manera, el lector es partícipe del romance de los protagonistas, posible gracias a las afinidades reveladas y la manera como la religión condiciona la vida emocional y espiritual de los dos personajes. Para Policarpo, Marta Torres es una mujer distinta a las de su entorno, dada la osadía demostrada. Un sentimiento análogo se apodera de ella. Sin percatarse, Marta se introduce en una zona vulnerable, permitiendo los atractivos del joven. En ese punto, su reacción se equipara a las mujeres postradas por el carismático cristero. No es

extraño que siendo una mujer culta, inteligente y decidida, Marta exija de Policarpo una entrega absoluta. Precisamente la imagen que tiene del hombre será el punto de referencia de su propia conducta y de su forma de pensar.

La importancia de Marta en la vida de Policarpo es tal que logra una transformación parcial en él. El amor modifica los límites de su misión original, asaltándolo con la sorpresiva necesidad de llevar una vida estereotipada al lado de la mujer que ama. Con su decisión, Policarpo intenta liberarse de las ataduras de la revuelta, que en su opinión se halla viciada por los intereses creados de sus superiores; circunstancias, que, además, limitan la obtención de sus propios objetivos:

--Pos vámonos pa' allá, chatita, a Los Pirules, pa'lucirte en los fandangos y los coleaderos, montada en un buen cuaco, con tu pistola fajada en la cintura, como andaba mi abuela cuando yo era chiquillo...Vámonos pa' Los Altos, pa' que en las bodas de los ranchos y en las fiestas del pueblo hagas rabiarse de envidia a las mujeres, y a los hombres se les caiga la baba...! A la hora que tú quieras nos vamos, vale, que yo no ando vendido; ando por mi mero gusto, porque me cuadra el rejuego... Tenía ganas de ser general pa' tener a quién mandar, lucir l'águila y encandilar 'palomas'...Pero ya te encontré a ti, Marta, y ora sólo quiero tu amor y tus caricias.... ¡Vámonos, y cuando nos casemos te hago una boda que dure una semana con sus días y sus noches...! (LC, pp. 173-174)

La revuelta no logra arrebatarse a la relación el efecto romántico requerido; sin embargo, el romanticismo funge, ante todo, como reminiscencia literaria, destinada a recrear el ambiente y a preparar el trágico desenlace amoroso. El narrador se vale de la utilización de imágenes opuestas de luz y sombra a fin de sugerir el carácter romántico del episodio. La tenue iluminación permite la intimidad de los encuentros amorosos de los jóvenes. Cada cita tiene lugar en un sitio cercano a Guadalajara, ciudad que, por cierto, se rige conservadoramente como en Los Altos de Jalisco: "en la apertura del sombrío acantilado de la barranca, a orilla del río." Ahí encuentran por un breve período

un paraje al margen de la guerra, ideal para el amor. Aunque el espacio se convierte en la zona intermedia que no anula el origen cultural de los dos, sí permite que se diluyan las diferencias dando lugar a la relación amorosa. Todo favorece a una atmósfera en la que los enamorados expresan su amor en contacto con la naturaleza, a media luz, como todo idilio romántico. De ahí que la aparición de Marta Torres en el escondite de los cristeros ocurra momentos antes del anochecer para retirarse una vez que el sol se ha ocultado. El efecto de la noche que está por caer en cada encuentro, y la presencia del río que fluye hacia su destino final durante la última cita, proyectan la amenaza trágica que se cierne sobre ellos. La advertencia está latente: si el idilio llega a romperse, se debe a que se encuentra marcado por la fatalidad, debido a las consecuencias trágicas de la guerra.

A medida que los encuentros amorosos se suceden, Marta goza del placer de sentirse deseada y amada por Policarpo, lo que deriva en una relación amorosa erótica. Los instintos carnales son matizados por el narrador, quien le hace saber al lector que la entrega de Marta Torres se da como consecuencia natural del afecto profesado; de ese modo, De Anda descarta el acto sexual por sí mismo, a pesar de que el discurso acentúa el carácter primitivo de la entrega. En el acto, dejan de ser un hombre y una mujer para transformarse en macho y hembra:

Marta se levanta enrojecida, sacudiéndose como las gallinas después de que han sido pisadas por el gallo. (LC, p. 174)

Sin embargo, la relación instintiva pierde fuerza para no etiquetar a Marta como objeto sexual. Con ese acto, la ideología se impone en el texto para reproducir

los valores sociales del contexto, donde toda mujer con virtudes debe cultivar ciertos atributos morales ante la sociedad. La justificación se encamina en el sentido de que el amor y la lección de la fragilidad de la vida que toda guerra otorga, acreditan la seducción fuera del matrimonio. Las francas expresiones de amor y la confianza implícita que tiene Marta en la promesa de matrimonio ofrecida por Policarpo son determinantes, pues la palabra empeñada es sinónimo de la hombría y de la garantía que todo rancharo alteño ofrece. Por lo tanto, no existe en el personaje femenino ningún tipo de degradación; al contrario, es significativo el hecho de que los enamorados expresen su amor abiertamente, en contacto con la naturaleza, pues finalmente su amor surge de manera natural:

- ¿Y no me engañarás, Policarpo?
- ¡Nunca, Marta...! Los rancheros semos hombres y cuando queremos, queremos de un jalón; con todo y todo; y en jamás de la vida hacemos una traición.
- Así lo espero, Policarpo, porque si ahora que te ha dado todo: mi cariño, mi cuerpo y mi honor, me abandonarás...Yo también traigo sangre de allá, no te perdonaría... (LC, p. 174)

En este aspecto, Marta no puede igualarse a las heroínas de las novelas a favor de la rebelión, pues aquellas se muestran recatadas, reacias a violar las reglas morales de la familia, de la sociedad y de la religión. Sin embargo, considero que la pérdida de la virginidad, con todo lo que ella simboliza en la sociedad, representa una analogía del cambio experimentado frente a los convencionalismos, pues Marta rompe con todas las normas sociales mediante su participación en la rebelión. La lucha por la libertad religiosa es una lucha que considera legítima, como legítimo es gozar del amor a plenitud. El amor, expresado de esta manera, convierte a Marta en una mujer totalmente receptiva a las nuevas demandas de un sector femenino de la población. Si

bien ella rompe con ciertas estructuras sociales y familiares, no logra escapar del condicionamiento que la ha llevado a luchar en la guerra por la fe de sus creencias religiosas. Antes que el amor, importa la lealtad ciega hacia la religión.

Como aseguré antes, ciertas estructuras de la realidad se reproducen en el relato y ellas son las que le ofrecen al lector el grado de verosimilitud requerido por la ficción. La historia de amor entre Policarpo y Marta, que para algunos críticos representa el auténtico aspecto novelesco, cumple otra función mucho más amplia y significativa. Este perfil amoroso será un parteaguas para que la caracterización de los personajes adquiera mayor relieve, configurando el arquetipo social que cada uno representa.

Para Policarpo, el amor de Marta representa la reivindicación a su forma de vida. Plantear los hechos de esa forma impone la visión masculina tradicional, propia del siglo XIX y de gran parte del XX. Para el hombre, la mujer representaba dos formas de vida; por lo mismo, dos formas de relacionarse con él: o bien lo empuja a la perdición, o es el detonante para su salvación. Por su parte, Policarpo lleva a Marta a revelar y a descubrir su verdadera naturaleza. El cristero representa para Marta el deleite de una vida de placeres que anhela conocer, placeres que sólo puede disfrutar fuera de su entorno, es decir, en Los Altos de Jalisco. Implícitamente, queda sobreentendido que ella, como todas las mujeres de la época, vive coaccionada, aspirando encontrar un lugar donde se pueda desenvolver con mayor libertad, como lo haría un hombre. Por eso, Marta idealiza la vida jubilosa de Los Altos. La región ejerce una especie de fascinación y de embeleso en aquella valiente mujer, que, de vivir en Los Altos, sería la

sucesora de doña María Engracia, personaje representativo de la localidad. Atraída y maravillada por el espectáculo candente de la zona, Marta olvida o desconoce los dramas terribles que se viven ahí a causa de la violencia que caracteriza la conducta masculina. Nada cuestiona Marta, todo lo engrandece. Esa tierra soñada y amada se convierte en la tierra prometida donde podrá realizar todos sus sueños:

--Deben de ser muy bonito Los Altos. Mi padre me platica, suspirando, de las carreras, los coleadores, los fandangos y las fiestas ruidosas de aquellos pueblos. ¡Cómo me gustaría andar allá, corriendo a caballo, detrás de los toros, saltando cercas...! ¡En las carreras, en los herraderos, en los rodeos, en medio de las disputas y balazos de aquella gente bronca y generosa...! ¡Qué encanto formar rueda en un fandango, alegrado con tequila, gritos, tiros y tamborazos en medio de un patio cercado de piedras y ramazones, oloroso a tierra mojada, oyendo bramar las vacas y los becerros, todo iluminado por la luna! --dice Marte, temblorosa de emoción, entornados los ojos, reclinada en el hombro de Policarpo. (LC, p. 173)

El idilio amoroso se fractura cuando Marta Torres es descubierta. La forma de contrastar la ferocidad de los federales y la feminidad, erotismo y valentía de ella se da por medio de una tercera persona que narra lo sucedido desde la óptica de quien observa desde afuera los hechos, gozando de la posibilidad de abarcar un panorama más amplio de lo sucedido. Este recurso literario le imprime mayor dramatismo a la escena: “la descripción de la captura de Marta a manos de los federales queda minimizada al resaltar la figura del héroe romántico, adolorido por lo que ha sucedido con su amada.”<sup>15</sup> Con su actuación, Marta anuncia que acepta el destino sin protestar, mostrando ante el lector cierto heroísmo que la convierte en una víctima más por derecho propio, a sabiendas de que su compromiso con la Iglesia es inquebrantable:

---

<sup>15</sup> Miguel G. Rodríguez Lozano. *Op. cit.*, p.55.

–Pues sí señor –relata la tendera secándose los ojos –, hace tres días vinieron los ‘gorrudos’, y como si fueran a aprehender a algún malhechor, llegaron con las pistolas en las manos y se metieron a la casa de la niña Marta, que acababa de bañarse y traía una bata vaporosa que le caía muy bien. ¡Se miraba tan linda...! Entraron husmeando como perros hambrientos; anduvieron por toda la casa, tirando y volteando triques, hasta que dieron con el escondite de armas y parque que estaba en el pajar. ¡Ay señor de mi alma...! el escándalo que hicieron... Vino el que le hacía de jefe, y como si fuera un sentenciado a muerte la pobrecita de la niña Marta, así le preguntó de cosas aquel hombre. (LC, pp. 180-181)

A pesar de que la actuación femenina es primordial en la novela *Los cristeros*, la presencia masculina adquiere un rango más elevado en la rebelión dentro de los textos. Por el hecho de hacer la guerra, los hombres son intrínsecamente más valiosos ante una sociedad machista.

En las novelas de José Guadalupe de Anda aparecen otros personajes femeninos que se oponen a la heroína de *Los cristeros*. En *Los bragados*, Doña Lola y Luz María arriban a Los Altos de Jalisco llevando consigo algunos valores análogos a la cultura de la localidad, aunque sean originarias de la Ciudad de México. Ambas representan el prototipo de la mujer mexicana al manifestar su fuerte dependencia hacia la figura varonil, caracterizada por el maestro Pablo. Doña Lola y Luz María son mujeres sumisas que acatan las decisiones de quien funge como cabeza de la familia gracias al empleo de maestro que realiza. Ambas viven recluidas en la casa, donde llevan una vida confinada. Se trata de mujeres temerosas, recatadas, religiosas, que responden al prototipo de la época.

Luz María representa el estereotipo de la mujer ideal.<sup>16</sup> Mujer bella, joven, obediente de su hermano y de su tía, siendo su principal virtud la

---

<sup>16</sup> Esta clase de mujer se puede observar con mayor idealización en las novelas de Jorge Gram, situación que no extraña, pues el autor fue un católico conservador. Por ejemplo en *Jahel*, la protagonista que lleva por nombre Margarita encaja perfectamente con el ideal femenino de la mujer virginal: hermosa, de cabello rubio, tez pálida y labios rojos, joven obediente y conocedora de sus responsabilidades familiares y religiosas.

virginidad, atractivo que despierta la lujuria de uno de los bragados. El nombre de doña Lola, es decir, Dolores, se encuentra relacionado íntimamente con el dolor. Finalmente, su nombre es destino: a ella le toca padecer los actos delictivos de los bragados cuando es violada por uno de ellos:

–¡Cuarenta años de doncella, perdidos en un momento, entre los brazos de ese maldito bandido, cuyos pelos de puerco se me clavaron como espinas en la cara, llenándome los labios con su baba inmundal...¡Qué horror! ¡Qué asco! ¡Dios mío...! (LB, p. 127)

La violación de doña Lola es un referente de la serie de violaciones que se dieron a las mujeres en esa etapa extremadamente turbulenta de la historia de México. En el texto, cuando el autor reproduce el suceso pretende acentuar la villanía de los nuevos cristeros. Sin embargo, es probable que los casos de violaciones se produjeran principalmente por parte del ejército federal y policías del gobierno. Agustín Vaca, cuyo estudio acerca de las mujeres cristeras es una referencia básica sobre el tema, informa al respecto:

Sin pretender dilucidar aquí el misterio del incumplimiento de las amenazas de violación, sólo aventuraremos dos posibles soluciones: o bien policías y soldados, al tratarse de mujeres, eran menos ‘bestiales... asesinos y depredadores’ de lo que se decía y la fama que tenían de violadores –sobre todo los militares desde el movimiento revolucionario de 1910-1917– no correspondía con la realidad, pero era bien aprovechada por los cristeros para incrementar el desprestigio de los integrantes de las fuerzas públicas; o bien, la propia moral católica que tan alto valoraba –y sigue haciéndolo – la virginidad y la castidad de las mujeres, impedía a estas admitir, ni siquiera antes sus compañeras y compañeros de lucha, la pérdida de tan apreciado don aunque ésta hubiera sido involuntaria y forzada.<sup>17</sup>

En el lado opuesto, las mujeres que invalidan cualquier indicio de sexualidad, son precisamente las beatas, regularmente presentadas como las enlutadas que habitan diversos espacios. La opinión que le merecen estas mujeres al autor se observa en el enfoque de Felipe y su amigo Ranilla, quienes sostienen

<sup>17</sup> Agustín Vaca, *Op. cit.*, p. 269.

un diálogo sobre la rebelión y el papel que la mujer desempeña en ella. Ranilla se muestra abiertamente inconforme con las actividades que las mujeres llevan a cabo en Guadalajara.<sup>18</sup> Cuando se expresa despectivamente de ellas y las ataca por colaborar con el clero, Ranilla demuestra su rechazo, no particularmente por la caravana femenina, como podría parecer en un primer momento, sino por la Iglesia que manipula a las desventuradas mujeres:

–Pues lo más interesante son las actividades de las cristeras. Verás salen parvadas de mujeres vestidas de negro, que parecen urracas; paran los coches y los camiones en las calles y bajan a los ocupantes con la promesa de tantos más cuantos días de indulgencias, Van a las escuelas oficiales y sacan por la fuerza a los niños, diciendo que aquellos son antros del infierno. Impiden hacer compras en las casas comerciales y la entrada a teatros y cines. Todo con la idea de crearle dificultades al gobierno. Otras, como ya lo sabes, van y vienen como hormigas arrieras a la capital, trayendo parque. Te aseguro que estas cucarachas de sacristía están causando tantos estragos como los mismos cristeros que andan levantados.

–Bueno ¿y el gobierno cómo tolera eso?

–No, si no lo tolera. Casi todos los días se las llevan a la cárcel; pero, pues si parece que les gusta, porque van riéndose y cantando por las calles como si fueran a un baile, seguidas por turbas de cristeros vagabundos, que van vociferando en contra del gobierno. Hasta los ‘lagartos viejos’, los ‘tusos’ y los ‘coyotes’ que a diario se asolean sentados en las bancas de la plaza, lanzando noticias alarmantes, siguen al pintoresco cortejo...

–Pues yo, mira, Ranilla, si fuera autoridad, acababa con esas payasadas en menos que canta un grillo: en lugar de meter a las viejas a los separados de la Comandancia, las mandaba a la penitenciaría y las ponía a moler el maíz y echarles las tortillas a los presos, o cuando menos las destinaba a cuidar locos del manicomio. En cambio, si las viera trotando como nuestras soldaderas, detrás de los cristeros que andan remontados, les levantaría un monumento, porque de esa manera sí demostrarían un verdadero interés por la causa, y quizá

---

<sup>18</sup> “La LNDR, con la aprobación del Comité episcopal dispuso paralizar la vida social y económica a partir de la vigilancia de la Ley Calles, el 31 de julio, mediante la abstención de anunciarse o comprar periódicos que no apoyaran el boicot; limitarse a compras indispensables; abstenerse de emplear vehículos y asistir a diversiones públicas y privadas; limitar el consumo de energía eléctrica, y a la abstención total de compra de billetes de lotería, y de asistencia a las escuelas laicas. El boicot tuvo un éxito desigual, en parte porque la LNDR no tuvo tiempo suficiente para organizarlo, sin embargo, tuvo éxito en México y sobre todo en Guadalajara, gracias a la experiencia de de 1918. J.J. González, testigo del boicot en Guadalajara acusó a Efraín González Luna, caballero de Colón y apoderado de los almacenes La Ciudad de México, “católico de conveniencia”, de complicidad en la acusación contra varias boicotistas, pertenecientes a las más distinguidas y queridas señoritas tapatías. Cerca de 88% de los alumnos de las primarias oficiales apoyaron el boicot. La liga atacó a masones, comunistas, protestantes y judíos, un negocio de estos últimos sufrió merma de 40% en sus ventas el primer mes del boicot, la fábrica de cigarros El Buen Tono fue una de las más afectadas. Lo apoyaron señoritas ricas y sus sirvientas. En las paredes de la Catedral tapatía se fijaron carteles con las leyendas: “Trabajadores, el boicot lo hacen los ricos, lo sufrimos los pobres de todas las creencias; pero otros carteles explicaron a los vendedores pobres de los mercados que el boicot no era contra ellos. El boicot fue perdiendo fuerza, en parte por el temor de lesionar la caridad y, por supuesto, por el natural cansancio. Moisés González Navarro. *Op. cit.*, pp. 257-261.

lograrían llegar a la categoría de santas, si una bala perdida se las llevara al cielo con todo y chanclas... ¿Y qué clase de mujeres son?

– ¡Hum...! Un verdadero batallón de cucarachas; todas están muy feas, no provocan ni siquiera tentación; la que no está cacariza, está lunanca; la que no tiene las piernas como chorros de atole, parece que va enclavada en dos morillos, la que no tiene cara de pan crudo, parece que está barnizada de chapopote, todas son beatíficas doncellas desahuciadas de San Antonio, que no han podido encontrar hombre...

–No es eso lo que te pregunto- replica con enfado Felipe-. ¿A qué clase social pertenecen?

–Pues algunas son de esas de medio pelo, medianejas, y las más son de inconfundible sello proletario, levantadas en los barrios. De pomada no vi ni una...

–Es el mismo caso de los cristeros que andan remontados: las mujeres humildes de los barrios y una que otra beata de clase media, son las obligadas a defender la causa en esta forma, sufriendo los arrestos y quizá hasta las vejaciones, mientras las beatas aburguesadas, que las azuzan y dirigen, siguen en sus suntuosas mansiones, con sus mismas comodidades, en medio de fiestas y despilfarros... ¡Y eso es inicuo, Ranilla...! ¿Hasta cuándo abrirán los ojos esas pobres gentes? (LC, pp. 204-206)

La función que desempeña Ranilla como personaje secundario es la de informar al lector del bajo perfil educativo de las participantes. Esta postura crítica evidencia una situación inquietante, los abusos de poder hacia los grupos de más alto riesgo, sectores marginados de la población, conformados por hombres y mujeres que por su misma ignorancia aceptan cumplir actividades peligrosas, mientras las clases acomodadas y manipuladoras se encuentran protegidas, aguardando los beneficios de la guerra. Esta crítica mordaz tiene su secuencia lógica en Felipe, quien las cataloga de indolentes, sin punto de comparación con las revolucionarias; en escala ascendente, las segundas se encuentran por encima de las que apoyan el movimiento cristero. En el fondo, los dos discursos afines proyectan la postura ideológica del autor. La evaluación histórica de dos momentos antagónicos, la revolución y la contrarrevolución, queda analizada desde un ángulo específico, y éste es la participación de la mujer en movimientos sediciosos. Desde dicho enfoque ideológico, poco valor se le atribuye a los esfuerzos de las simpatizantes del clero, a sus necesidades más íntimas, a sus intereses personales; hasta los de

carácter social desaparecen del escenario, a riesgo de olvidar que cada mujer por su misma condición social y cultural no puede formar parte de un grupo homogéneo, sin considerar los puntos de relieve que las separan como tales, a pesar de que todas sean activistas comprometidas con la causa clerical.

Consta en el diálogo de Felipe y Ranilla un doble discurso que corresponde, una vez más, a la visión que los hombres tienen de las mujeres, en relación con la serie de actividades que estaban realizando en aquella época. Por un lado se considera que cada mujer debe seguir el estereotipo impuesto por la sociedad.<sup>19</sup> Por el otro, se perfilan claros indicios de apoyo a ciertas labores femeninas, siempre y cuando sean dignas de reconocimiento, como es el caso de las mujeres que participaron en la revolución. Este mismo discurso se extiende en *Los bragados*, donde el narrador manifiesta su postura combativa hacia el catolicismo regional, desaprobando de nueva cuenta las acciones de las mujeres católicas. La retórica empleada roza las fronteras de la misoginia:<sup>20</sup>

Beatas holgazanas, que no tiene hijos que cuidar ni quehaceres que atender, trotan presurosas, asomando sus caras de bruja por entre los pliegues de tápalos en cuadros. (LB, p. 71)

---

<sup>19</sup> Ana Macías sostiene que entre los valores a cultivar estaba el ser “sumisas, impasibles, indefensas, indecisas e ineptas”. *El movimiento feminista en México hasta 1940*. México, Colección PUEG, Coordinación de Humanidades. UNAM, 2002. p. 35.

<sup>20</sup> “Apolinar Santacruz, cura de Jalostotitlán, informó el 1 de agosto a sus superiores que más de 1200 mujeres y 500 hombres iniciaron una manifestación, pacífica y ordenada en un principio, pero después desordenada con gritos y mueras, dentro y fuera de los lugares sagrados. Santacruz prohibió esos desórdenes, especialmente dentro de los templos. Sin embargo, el día 6 al llegar la multitud procedente de Valle de Guadalupe, les suplicó que no gritaran, pero Leopoldo Gálvez (vicario de Valle de Guadalupe) gritó ¡viva Cristo Rey!, y le contestó duramente delante de todos los presentes, por lo que optó por retirarse para evitar un escándalo. En el interior mismo de la parroquia siguieron gritando y aplaudiendo.” José Antonio Gutiérrez Gutiérrez. *Jalostotitlán a través de los siglos*, 1985, p. 261.

De los juicios y argumentos emitidos en la primera novela se desprende la exigencia de reconstruir la actuación de las mujeres revolucionarias, ya que son el referente histórico que De Anda utiliza para contrastar las actividades de las cristeras. Dentro de ambas luchas, las acciones de las mujeres permiten entrever sus posiciones de vida frente a las transformaciones nacionales.

En la revolución, un gran número de mujeres de diversas clases sociales cumplieron un papel por demás significativo. Algunas se involucraron en la lucha intelectual; otras, las llamadas soldaderas, participaron activamente en la revolución, ayudando y asistiendo a los hombres, procurándoles alimento, higiene y cuidados cuando éstos eran heridos, llegando a pelear en los campos de batalla a su lado cuando la situación lo ameritaba. En ocasiones, las soldaderas participaron activamente en las escaramuzas como soldados o dirigiendo un grupo de hombres.<sup>21</sup> El prototipo de esta clase de líder femenino se encuentra en la novela *La negra Angustias* de Francisco Rojas González. Vestidas como hombres y con la indumentaria del soldado, rifle, cartucheras y caballo, cumplieron sus tareas en distintos grados jerárquicos: cabos, sargentas, coronelas y tenientes. Se caracterizan por sus modales bruscos, sin educación ni refinamiento, y por su aspecto de mujeres hombrunas. Su lenguaje llega a los límites de lo ordinario.

Las mujeres revolucionarias aparecen recreadas con destreza en la novela de la Revolución mexicana y en los corridos revolucionarios. Las soldaderas y piscapochas ostentan mayor relieve en las narraciones, gozando de una connotación altamente sexual. Las campesinas y las indias, por el contrario, no alcanzan en las obras la fuerza descriptiva de las primeras. La

---

<sup>21</sup> Dos mujeres sobresalientes fueron María de la Luz Espinoza y la coronela Remedios Ferrera.

figura de la soldadera atrae poderosamente a los autores a pesar de que entre ella y la piscapocha no existan diferencias notables. La soldadera lleva una vida definida, es la amante o la esposa de un soldado; por lo regular, el compromiso amoroso que los une es transitorio. Excepcionalmente aparece la mujer que permanece fiel a su esposo, hecho que la distingue del resto. La piscapocha es la prostituta de las novelas revolucionarias, por cuyo conducto, se describe con mayor fidelidad y colorido de un ambiente revolucionario en el que los valores morales gozan de gran flexibilidad. Se les nombra de distintita manera: puta, zorra, prostituta, mujeres de la vida alegre, o de la calle, indeseables, suripantas, pirujas, etc. Se detectan en todo tipo de ambientes, en el burdel, en el militar, en el rural o en el urbano. Otro sector lo conforman las prostitutas refinadas, ubicadas en los burdeles de las grandes ciudades. De igual modo, surge la mujer como desecho social; ella es descrita negativamente: mujer de nula higiene, enferma y sin ningún atractivo físico; concurre en las tabernas de mala muerte.<sup>22</sup>

Bajo la influencia de la Novela de la Revolución, en los relatos de José Guadalupe de Anda se muestra circunstancialmente a las prostitutas, quienes representan el polo opuesto de las beatas. Habitan lugares apartados del pueblo o acuden a las fiestas profanas. Al no ser vistas como una realidad incómoda en las narraciones, se puede afirmar que su presencia no suscita censura.<sup>23</sup> Al tiempo que encarnan a la mala mujer, las putas representan a la

---

<sup>22</sup> Alberto Millán Chivite. *El costumbrismo mexicano en las novelas de la Revolución*. España, Universidad de Sevilla, 1996, pp. 79-88.

<sup>23</sup> Indudablemente que esto en la realidad fue totalmente distinto. Enseguida anotaré algunos informes de los escándalos que ocasionaban algunas mujeres de mala reputación en el ayuntamiento de Tepatitlán en el año de 1939. "(..) en las calles de Reforma y Colón había una cantina y una casa de la vecindad de reunían prostitutas a cometer toda clase de escándalos e inmoralidades a la luz de todo el vecindario, visibles porque en la cantina no había reservados ni persianas, pidieron la clausura de esos centros de vicio y que se les fijara una zona de tolerancia

figura universal que en la tradición popular mexicana encuentra una de sus expresiones favoritas en los corridos. El narrador no se detiene a darnos pormenores de su presencia, pues su mención se justifica más como parte del contexto cultural, y no como indicador del apoyo que este tipo de mujeres ofreció a la revuelta cristera, evitando venderse y protegiendo quizá a más de algún sacerdote, como lo deja ver Elena Garro en su libro *Recuerdos del porvenir*. Es la mujer demonio, símbolo del pecado, frente a la mujer ángel símbolo de la virtud.<sup>24</sup> María La Galleta en *Los cristeros* y la Chata Rosalía en *Los bragados*. Estas dos mujeres despiertan tentaciones en los rancheros del lugar. Como dije, María La Galleta aparece dentro del ambiente festivo de la peregrinación; la concurrencia de hombres y el alcohol limita el acercamiento de señoritas decentes donde María la Galleta tiene su puesto de “hojas” cura crudos:

–A ver unas “hojas”, tú, ¡María!- ordena Simón El Cuije, clavando sobre la puestera sus ojos pardos, color de tierra.

–Sí, orita –contesta halagüeña.

Al moverse le tiemblan las robustas caderas y los senos volcánicos, opresos en una blusa roja.

– ¿Cuántas, tú? –interroga sonriente

–Pos a ver, cuéntanos.

– ¿Con tripas?

– ¡Me parecen ríeles...!

María saca de debajo de la mesa una botella de aguardiente y en una copa mide la ración que va a poner en cada taza.

– ¡uy! ¡uy! ¡uy! ¡chula...! –exclama el Cuije- ¡ni que jeura veneno! ¡Échale copal al santo, mas que le jumies las barbas...! ¡Hasta que se derrame! ¡Ya sabes, chata, que yo a ti te pago hasta los malos modos...!

---

más aislada del centro. La autoridad ordenó que se colocaran persianas y que la policía vigilara estrictamente la comisión de esos escándalos. Varios vecinos del rancho de ojo de Agua de Aceves de Tepatitlán, pidieron el 16 de enero de 1939 la expulsión de ese rancho de una mujeres de mal vivir que no tenían ninguna propiedad allí pero sí cometían muchos escándalos en prejuicio de las familias honradas. La autoridad ordenó al comisario vigilara a esas mujeres y, en caso de que no se corrigieran, las obligara a retirarse de esa vecindad. (Archivo Municipal de Tepatitlán, 1936-1941, forjas 124v. y 125). Citado en el libro de Moisés González Navarro. *Op. cit.*, t. V, pp.345-346.

<sup>24</sup> Sobre este tema puede consultarse el libro de Ignacio Trejo Fuentes, *Guía de pecadoras, Personajes femeninos de la novela mexicana del siglo XX*. México, Textos de Difusión Cultural UNAM, 2003.

La baña con una mirada preñada de lasciva, y le arroja con fanfarronería un puñado de pesos sobre la mesa.- Ai tienes, y si no alcanza, me avisas...

La puestera sonríe y le tira picaresca un beso entre los dedos, congestionados de anillos.

Herculano, El Ruído, que también apetece a la Galleta, tiene clavados sobre ella sus ojos verdes, saltones color de cieno. (LC, pp. 63-64)

Por su parte, en *Los bragados* la Chata Rosalía despierta en los rancheros la lujuria cuando acuden a su establecimiento:

Es ésta una mujer cuadrada, "que le gusta el gusto": güera, de ojos azules, limpia como una gota de agua, de anchos cuadriles y formas tentadoras: Parlachina, provocativa y mal hablada, trae de cabeza a los arrieros que de continuo pasan por ahí.

(...)

– ¿Qui'ubo, Chata? –se arrima al mostrador un arriero con el chirrión en la mano.

– ¿Pos que te dije que iba haber, chorreado?

--¿Qué hay de aquello pues...?

– ¿Cuál...?

– ¡Mira, mira...no seas rabiosa...! –Y le coge el redondo brazo descubierto hasta el hombro y pasa sobre él, acariciándolo, su gruesa mano calluda.

– ¡Mira que igualao...! ¡Ora sí que ya parezco tambora de rancho, que cualquier cabrón la toca...mah!... –se le encara retirando el brazo con enfado-. ¡Ni soy caballo de circo, que cualquier chango le monta...! ¡Pendejo!

– ¡Ya, ya...! ¡Ora te haces de riesgos, cuando eres pior que una gallina...y en cualquier gancho te atoras!

–Pos si serás sereno, pero no te veo la linterna...Ya sabes que soy como los ladrones, no hago ronda con... ¡Quítate de aquí...! ¡Cuela! ¡No eres mula que deje flete...! ¡Anda, busca madre que te envuelva, piojoso!

La gente que rodea el mostrador se tiende de risa por las frases picarescas de la Chata, y beben pulque en su compañía. (LB, pp. 54-55)

A través de la visión masculina, hemos podido apreciar en las novelas las categorías y los espacios en los cuales se ubican y se mueven las mujeres, tomando en cuenta la función que cada una desempeña dentro de la sociedad. En este sentido, las novelas transmiten parte de los atributos que recibe la mujer en su relación directa con la tradición cultural del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, período caracterizado por la actitud religiosa de la mujer en su oscilación pasiva dentro del hogar y la postura activa que muchas asumen fuera del entorno familiar.

## El vaso del sacrífico.

Cronológicamente hablando, existe en las novelas un paralelismo entre el tiempo histórico y el tiempo narrativo. Los cortes históricos se dan a partir de la concepción del escritor, y se inclinan a la idea de enfatizar la rebelión cristera como una lucha fratricida inútil, como un proceso degenerativo en el que los intereses, la corrupción y la misma traición a la causa se dan en el seno de sus mismos defensores. El narrador describe los acontecimientos que él considera significativos para plantear los hechos, valiéndose de los personajes que participan directa e indirectamente en la rebelión cristera, pero sujetándose a las exigencias internas de las mismas novelas. Esto se convierte en el ángulo justo que permite una valoración de los hechos y acontecimientos narrados.

He tenido la oportunidad de demostrar que en los textos existen tres discursos ideológicos que se superponen parcialmente: el social, el religioso y el político. Como expuse en la introducción, el ambiente de las novelas es provinciano y rural, por eso los acontecimientos transcurren lejos de la capital del país. Los espacios donde se libran las batallas son presentados conforme a la secuencia de la guerra. Mientras que en las novelas a favor de la causa aparecen los soldados de Cristo Rey en la imagen de hombres valientes, dispuestos a ofrecer su vida por la religión, respetuosos de las estructuras sociales y económicas del país,<sup>1</sup> esquema que en el fondo responde a una

---

<sup>1</sup> Entre las más representativas se hallan las novelas de Jorge Gram, *Héctor y Jahel*; *La virgen de los cristeros*, *Pensativa*, *Entre las patas de los caballos*, *Los recuerdos del porvenir*, *La Guerra sintética* y *De Los Altos*.

visión monárquica tal vez del todo ignorada.<sup>2</sup> En *Los cristeros*, el novelista los retrata como un ejército de sectarios, ingenuos e ignorantes; cristeros divididos, y algunos enloquecidos por la ambición, y otros más, que luchan con entereza por un ideal, sin importar que en sus filas existan bandoleros indisciplinados que cometen todo tipo de atropellos contra la población. Generalmente sus actos tienen como fin mantener el orden de las cosas, oponerse al progreso de la nación e incluso, sacar provecho económico de la situación.

Al respecto, Jean Meyer comenta las dificultades que enfrentó el ejército cristero tomando en cuenta la precaria situación económica que padecía en el abastecimiento de los combatientes y de los civiles, los efectos de las reconcentraciones y la organización de la producción agrícola y su comercialización. Parte del descontrol que caracterizó a las tropas cristeras tuvo su explicación, según Meyer, en un efecto psicológico de los combatientes, en la medida de que muchos de sus actos respondían al hambre que padecían, y al resentimiento contra las haciendas. Además, el mismo

---

<sup>2</sup> El 11 de enero de 1923, el Delegado Apostólico Ernesto Filippi puso la primera piedra del monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete, en el estado occidental de Guanajuato, ante la presencia de cuarenta mil peregrinos y otros fieles, además de once prelados provenientes de varias regiones de la República. En el evento la Iglesia coronó simbólicamente a Cristo como rey de los mexicanos. Con eso proclamaba la soberanía de la religión católica y exhibía de manera palmaria una atávica filiación ideológica monárquica y, por lo tanto, opuesta frontalmente a la raíz liberal del pensamiento y la acción constitucionalistas. Por disposiciones del Presidente Álvaro Obregón, el Secretario de Gobernación Plutarco Elías Calles ordenó que se le aplicara al artículo 33. El escritor Francisco Bulnes, quien trabajaba en ese momento como columnista de "El Universal", consideró que las medidas tomadas por el gobierno contradecían la aplicación de la ley con base a la Constitución, que ellos, como gobierno, proclamaban respetar: "El artículo 33 no le da pues facultades al presidente de la República para juzgar extranjeros; es un disparate lo que se lee en el bárbaro artículo 33, que el Ejecutivo tiene facultad para expulsar inmediatamente "sin necesidad de juicio previo" a todo extranjero que el Presidente de la República considere inconveniente. Las "personas inconvenientes" no están sujetas a juicio civil, ni penal, ni militar, ni federal, ni de clase alguna. No hay en nuestros códigos el delito de "inconveniente" y bastaba que el precepto constitucional dijera, que el Presidente de la República tiene facultad de expulsar a los extranjeros para él inconvenientes. (...)Si el artículo 33 no es facultad judicial del Presidente de la República, al aplicarlo, no ha hecho justicia, ha hecho lo que a sus intereses políticos convenía (...)" Francisco Bulnes. *Los grandes problemas de México*, México, Editora Nacional, 1970, pp. 306-307.

ejército cristero enfrentó graves problemas por su desorganización interna, debido a que los efectivos fueron integrados por campesinos voluntarios sin experiencia militar.<sup>3</sup>

La democracia extrema llevaba aparejada en su origen la anarquía, obrando cada cual a su antojo, haciendo cada jefe y cada soldado su guerra; (...) Cada quien expresaba en voz alta su opinión, criticaba libremente, fijándose en los detalles y los defectos personales y estas murmuraciones llegaban a causar desastres, el individualismo conducía a la querrela y al duelo: entre grupos vuelve a encontrarse el mismo espíritu partidista que puede conducir a dos bandos a combatirse. En fin, las particularidades de la guerra de guerrillas permitían el paso al bandolerismo y a los excesos de todo género: a la anarquía y a la indisciplina los acompañan fácilmente los excesos súbitos de severidad con ejecución de los culpables. Los cristeros tenían conciencia de esto, e hicieron todo cuanto pudieron para disminuir el peligro sin llegar a suprimirlo completamente.<sup>4</sup>

En capítulos anteriores observamos que el arrastre del clero en la localidad, aniquila paulatinamente la voluntad de los habitantes. La Iglesia como símbolo viviente y reguladora del orden social, a manera de autoridad “moral” empuja a los rancheros a una vorágine bélica que en los relatos los presenta como lo fueron a fin de cuentas: perdedores sin remisión. Es lógico que el Estado, con sus tendencias liberales, afectara a la Iglesia, para quien la ideología revolucionaria es poco menos que una herejía. En las obras que analizamos, el Estado encarna en el ejército federal y sus aliados, los agraristas, los maestros o cualquier empleado del gobierno, que en esencia deberían mantenerse opuestos a la religión.

En *Los cristeros*, las fuerzas federales y cristeras exhiben marcadas diferencias en cuanto a técnica y recursos. Mientras que los primeros están capacitados para la lucha y poseen armamento y presupuesto para la guerra,

---

<sup>3</sup> Jean Meyer. *La cristiada. La vida cotidiana*, 1997, p.38.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 59-61.

los segundos, desde sus inicios, forman un contingente improvisado, sin recursos económicos, pero dispuesto a morir por su religión:

– ¿Qué no saben –les dice con ardor– que van a dar dardo; a cambiar escopetazos por granizadas de balas y machetazos por torrentes de plomo? ¿Qué no se dan cuenta de que van a pelear como el cántaro contra la piedra, y que ustedes van a ser el cántaro? La gente del gobierno es mucha; tienen buenas armas y parque en abundancia; mientras ustedes, ¿de qué armas disponen, cuál parque? (LC, p. 94)

Al respecto, es necesario hacer una acotación histórica. La rebelión cristera fue una embestida rural que se llevó a cabo bajo la dirección urbana. La estrategia utilizada por los cristeros consistió en la guerra de guerrillas que redituó algunas victorias durante los enfrentamientos. El ejército federal comprendió que a pesar de poseer armamento moderno, poco servía en las condiciones geográficas de las extensas regiones alteñas, muchas de ellas impenetrables para la tropa, lo cual dificultaba la lucha.

Enrique Gorostieta, antiguo oficial federal, logró fortalecer el movimiento cristero gracias a su experiencia militar como estratega; sin representar un obstáculo su afiliación antirreligiosa, lo alentaba su desprecio hacia el gobierno y hacia la Revolución que lo habían relegado arbitrariamente.<sup>5</sup> Con el transcurso del tiempo, poco a poco se unieron al ejército cristero múltiples cuadrillas: “los cristeros se reclutan entre todos los grupos, todas las clases rurales, excepto los hacendados que el nuevo personaje, testigo de la desorganización y reestructuración del mundo rural, rehén, cliente e instrumento del estado, el agrarista que se beneficia de una reforma agraria

---

<sup>5</sup> Hay quienes aseguraban que Gorostieta, poco después de haber tomado el mando del movimiento cristero, se convirtió en católico. Para el caso, se puede consultar la obra de Jean Meyer.

impopular.<sup>6</sup> El sector más grueso lo integraron campesinos y trabajadores del campo que no sabían leer ni escribir.

Entre los apodos más frecuentes con los que el pueblo denominaba a los soldados del ejército federal, se hallan los de fariseos, guzgos, piojosos, pelones, impíos, y el más utilizado, sardos. En *Los cristeros*, todos estos términos son empleados por los personajes de forma displicente. El narrador, por el contrario, los llama juanes, sin carga peyorativa. Debido a la postura política del autor, el narrador muestra simpatía por los federales, al grado de considerarlos víctimas de los cristeros. El asalto al tren Ojo Largo por los cristeros resulta ser la muestra más representativa del tema.

En la misma novela, no se menciona el origen y la condición económica de los soldados. Tan sólo en algunas líneas se deja entrever que los cuadros menores son de condición humilde; hombres de escasa preparación educativa, al igual que los cristeros. Es sabido que muchos de los soldados federales que participaron en la guerra cristera eran católicos, efectivos levantados por la leva estatal, que llegó a reclutar a un gran número de civiles, indios, condenados de derecho común, campesinos, obreros desempleados, y a veces, en casos extremos, a mineros y a petroleros. Bajo estas condiciones, muchos de los enlistados desertaron o se unieron a los cristeros, como en su momento lo habían hecho con los revolucionarios.<sup>7</sup> Por lo demás, el peso social contra los soldados había sido enorme, al grado que se les repudiaba por fumar marihuana, algo común en la época. De Anda presenta un breve

---

<sup>6</sup> Jean Meyer, et al. *Historia de la Revolución Mexicana, Periodo 1924-1928, Estado y Sociedad*, t. II, México, El Colegio de México, 1977, p. 253.

<sup>7</sup> Jean Meyer. *La cristiada*, 1983, t. 2, pp.146-154.

cuadro sobre esto último, sin enjuiciar ni condenar su consumo, seguramente tratando de reproducir una escena típica de la novela de la revolución:

Un frío endemoniado agarrota los ateridos miembros de los juanes que ensillan sus caballos, vomitando maldiciones.

(..)

– ¡Me lleva el tren...con este frío jijo de treinta mil!- dice titiritando el teniente.

–Pos échese un pajuelazo”, mi jefe- contesta el sargento Bernal, que marcha a su lado.

– ¡Ah, vaya!, ¿te acordaste del trago?

– ¡Natureca, jefe! Hombre prevenido, casi son dos hombres.

(...)

Los pobres juanes, que escuchan el diálogo y oyen el gorgoteo de la botella sobre el blindado gaznate del teniente, refunfuñan duramente sobre el proceder del sargento

–Nosotros seremos de hule... ¡Si, nos vieron con cara de hijos de gendarme! ¡Mientras ellos se calientan, a nosotros que se nos jienen los hígados!

(...)

–Usté si trai “mota”, Tuerto...

–Pos hombre, sí, aquí traigo una “tecolotita”

– ¡Sobre! Pos déle fuego, pa’ darnos un “atizón”

Todos aprontan gustosos su cajetilla de fósforo.

Sofrenan los caballo y forman rueda, atajando el aire con las manos y los chacós, fijan sus ávidas miradas sobre la inmunda piltrafa del asqueroso enervante, logrando al fin encenderla. (LC, pp. 76-77)

En la primera novela, no sobresale un personaje de renombre en el interior del ejército federal; por el contrario, éste aparece como un grupo amorfo más que por un conjunto de hombres comandados por líderes con nombres propios, salvo algunas excepciones. En la primera escena, existe un sentimiento de superioridad en la institución castrense, que subestima al movimiento cristero. Así lo expresa la actitud del teniente Coello, quien, ante las advertencias del Jefe de Armas, se niega a considerar que la situación es más complicada de lo que aparenta en la zona alteña:

–Váyase con mucho tiento, teniente –dice el primero-, porque tengo informes que ha habido varios levantamientos por estos rumbos. No sea que a la hora menos pensada estos cristeros nos vayan a dar un golpe...

–No son arañas que pican, mi mayor. Estos rancheros pajones no son más que borloteros. Se matan, eso sí, unos con otros, por cualquier bobería. En las carreras, en los fandangos, en las bodas de rancho, siempre al final hay difuntos a quienes cantar el Alabado.

Pero tratándose de pelear contra el Supremo Gobierno no dan la medida, son puros pájaros nalgones... (LC, p. 75)

En la novela, cuando la revuelta estalla, y poco a poco la actuación de los rancheros cristeros se incrementa causando serias complicaciones al ejército federal, la furia “de algunos federales,” deslinda el narrador, los lleva a cometer hechos despiadados contra la ciudadanía, particularmente contra los cristeros, más que por maldad por torpeza; se trata de asesinatos, ahorcados y violaciones.

En realidad los dos poderes que se debaten en el campo de batalla aspiran a alcanzar un sentido mucho más profundo de lo que a simple vista pudiera detectar el lector: el enfrentamiento entre dos fuerzas opuestas, pero en un sentido complementario. Por su lado, los cristeros presumen representar los intereses espirituales del clero y de la sociedad. Por eso, a fin de defenderlos se unifican para presentar un frente común. Por el lado de los intereses mundanos, se encuentra el Estado con su ejército, quien exige a su vez la unión de sus subalternos para llevar a cabo las grandes empresas en beneficio de la nación. Según la historia narrada, es la escoria social la que sale ganando durante la disputa de intereses. El narrador insiste en ubicar con precisión lugares y batallas, localizables en la zona rebelde. Con el capítulo titulado “El primer brote” se da inicio a la rebelión cristera en Los Altos:

El teniente y sus acompañantes han llegado a la esquina del Parián Nuevo.  
De improviso, Policarpo se adelanta al grupo.  
Desafiante, el cuerpo erguido, la cabeza en alto; la diestra en las cachas de una 44 de formidables proporciones, y en la copa del sombrero la bélica divisa: ¡Viva Cristo Rey!”  
Un reto sin palabras.  
– ¡Quítese eso...fantoche! –ruge Coello  
– ¡Quítemelo si puede...! ¡Jijo de la re...!  
Un salto de tigre y el teniente está ya a los dos pasos de Policarpo, con el fuste en alto.  
Policarpo para el golpe con la mano izquierda; desenfunda rápidamente la pistola, y dispara sobre el teniente.

El Ruído le llega por la espalda y le hunde su puñal.

Policarpo le grita indignado: -¡Ea, cabrón, no le pegues por la espalda; a los hombres se les da por delante!

El Ruído baja la cabeza y se pierde en la bola.

Subversivo y vibrante, un grito lanzado por la turba que se arremolina detrás de Policarpo, atruena los aires: -¡Viva Cristo Rey!

La turba se disgrega a saltos y carreras, lanzando alaridos y disparando sus pistolas en todas direcciones.

Toman posesiones en las columnas del parían y las esquinas.

Coello se lleva las manos al pecho: está acribillado a tiros y cosido a puñaladas.

Roncos estampidos se suceden y la grita aumenta en forma ensordecedora.

El valiente sargento se ha hecho fuerte en una esquina, y descarga su 45 repetidas veces sobre la turbamulta enfurecida que sigue disparando sobre Coello. Este, con una resistencia extraordinaria, demente, los ojos desorbitados, perdida toda noción de defensa, cruza la calle, tambaleándose. Una certera piedra de las lanzadas por las verduleras del mercado hace blanco en su cabeza y cae boca abajo sobre el empedrado.

Don Justo salta sobre una pirámide de cacahuates y no para de correr hasta meterse en la primera puerta que encontró abierta.

El cabo Guanzarotas al oír los disparos, avanza con la escolta; pero los amontinados los ponen a raya a una cuadra de distancia, echando rodilla en tierra y al grito de: -¡Viva Dios!... ¡Jijos de...! -sostienen el nutrido tiroteo de la escolta, conteniendo su avance.

El sargento Bernal descarga por última vez su 45 y azota fulminado sobre la banqueta al recibir en su cuerpo la quinta bala.

Nuevos grupos de lanceros armados se agregan a Policarpo. Por unos minutos, el pueblo se estremece a las descargas de máuseres y pistolas.

Impotente la escolta y, más aún, notando que se les quiere atacar por la retaguardia, se baten en retirada. Llegan a su alojamiento, montan sus caballos y parten como exhalación a dar cuenta al mayor. (LC, pp. 84-86)

Desde 1926, en toda la región de Los Altos se organizaron grupos de oposición a las medidas gubernamentales; Miguel Hernández, Victoriano Ramírez "El Catorce", José María Ramírez y Lauro Rocha, entre otros, encabezaban a los cristeros. En localidades de la región como San Miguel el Alto, San Juan de los Lagos, Lagos de Moreno, Jalostotitlán, Arandas, San Julián y Tepatitlán, se levantaron en armas los soldados de Cristo Rey. En esta subregión, aproximadamente 2,000 voluntarios mal armados emprendieron la guerra. El suceso descrito tiene su referente en la trifulca ocurrida en San Juan de los Lagos el 9 de noviembre de 1926, ocasión en que perdieron la vida un capitán y dos soldados. Las cosas ocurrieron del siguiente modo: una peregrinación se dirigía hacia la basílica del lugar cuando un

destacamento federal intentó impedir a los creyentes proseguir con el acto religioso, argumentando que estaba prohibido realizar actos de culto en público. Cuando los soldados emplearon la fuerza intentando parar la celebración, el pueblo en masa se les arrojó encima, logrando que el destacamento escapara rumbo a San Miguel El Alto. Aunque en la novela se cambian los sucesos, en esencia se conserva fiel a la realidad la resistencia de la población y de sus aliados.

Los serios problemas que los cristeros van creando al ejército federal se dejan ver en el capítulo “La toma de San Miguel”, donde el autor recrea el suceso acontecido el 5 de enero de 1927 cuando los cristeros atacaron San Miguel el Alto al mando de Victoriano Ramírez y Maximino Jiménez. En esta ocasión, el general federal Ferreiras solicitó la movilización del general Garza, quien acudió a la brevedad en su ayuda, ahuyentando momentáneamente a los cristeros, quienes esperaron el momento oportuno para volver al ataque. En la novela se narra la forma en que Policarpo y sus hombres toman el pueblo, porque en este caso los que reciben refuerzos y ayuda son los cristeros:

Parapetado en las alturas de la Presidencia y las torres del templo, con veinte hombres de la “guardia guzga”, como allí llamaban a los miembros de la Defensa Social, estaba resuelto a rechazarlos.

–Nadie se mueva ni haga ruido –dice a su gente –. Estos desvelados creen que nos van a encontrar echados en el nido, y van a ver cómo a la hora de la hora no saben ni dónde quedó el colorado...Ahora, mucho silencio, porque son muy ladinos; hay que procurar que no nos sientan, para hacerlos caer en la ratonera...Hasta que salgan a la plaza y den blanco, hacen fuego.

(...)

Los cristeros quedan desconcertados, buscando sobre qué disparar.

Nuevas descargas continúan uniformes, precisas. Una ráfaga de fuego se extiende de extremo a extremo de pretil de la Presidencia, y de la torre del templo salen escupitajos de lumbre.

El pueblo despierta alarmado, sacudiéndose de espanto.

El baile trágico, dantesco, se inicia a media plaza.

Los cristeros saltan de un lado a otro, todavía desconcertados. Hay gritos, carreras, alaridos, blasfemias y lamentos de los que caen heridos.

Policarpo, impotente grita y vocifera enfurecido, se mesa los cabellos y se muerde, rabioso, los brazos, por no poder hacer uso de su buena puntería, en medio de aquella penumbra.

Hubiera querido que la luz incipiente del día apareciera como un rayo, de golpe; no tan poco a poco como iba llegando, tenue, tímida, medrosa.

A pesar de la sorpresa, los cristeros no retroceden; enfurecidos también, buscan parapetos entre los hierbajos y bancas de la plaza y disparan sobre la oscura mole de la Presidencia.

De las alturas sigue saliendo una lengua de fuego, inmensa, fulgurante. De abajo, los escupitajos de lumbre se multiplican por toda la plaza.

– ¡Reculen!, ¡recuelen! –grita Policarpo con voz ronca.

A rastras, agazapándose, pegados a las paredes, los cristeros se retiran de la plaza en busca de buenas posiciones.

(...)

Por los áridos llanos del camino que lleva a San Julián, se levanta una densa polvareda.

–Federales que vienen a reforzarnos, –exclama don José María, regocijado.

La gente se precipita a asomarse. Contemplan gustosos la larga columna de polvo que se mueve en dirección del pueblo.

–Sí, son federales que vienen a darnos auxilio –dicen satisfechos –Ora sí, pa' que se les acabe el hipo a estos desgraciados cristeros; sobre todo al Policarpo, ¡quis' que se las come crudas...!

–Pa' de aquí a media hora, no van a encontrar ni por onde salir, y van a cair como ratas...

Pero, en cuanto más se aproxima la columna, y comienza a despejarse la polvareda, aparecen anchos sombreros de petate y blanquean las camisas...

Los hombres de la defensa se quedan atónitos; se miran entre sí, perplejos, sin proferir palabra, y se retiran lívidos, desalentados, a tomar nuevamente las armas.

Era un grupo de cristeros. (LC, pp. 107-114)

En la segunda novela analizada, José Guadalupe de Anda enfatiza el supuesto humanitarismo de los soldados del gobierno, quienes ahora luchan contra los brigadados, un grupo de delincuentes que cometen los peores atropellos contra la sociedad y contra los maestros del gobierno enviados a la zona. Los nuevos cristeros son ladrones, perversos y asesinos, muy distintos a la mayoría de los hombres buenos que se levantaron en armas la primera vez. Por razones obvias, jamás se mencionan en el relato los asesinatos de los jefes cristeros a manos del gobierno federal una vez que se entablaron las negociaciones para

firmar los acuerdos de paz, mediante los cuales los cristeros se comprometían a deponer las armas. El escritor pasa por alto una de las características esenciales de todas las revoluciones: al sobrevenir la paz, los vencedores siempre eliminan, en un porcentaje elevado, a los líderes y jefes vencidos. Por eso en la segunda novela, cuando son hechos prisioneros los tres bragados por el Coronel Chupitos, dejando en libertad a uno de ellos, Juan Pistolas, por considerarlo inocente como al resto de los alzados, pierde credibilidad, ya que se percibe la forzada intención del autor por demostrar la bondad del ejército federal, como representante de un gobierno noble y justo:

–No, don Juan –habla el Coronel -. Tenga su pistola, monte su caballo, y váyase. A los hombres de ley nunca los mato, porque hacen falta pa' la cría...

(..)

--Y ustedes, individuos de tropa, que andan en esta bola sin saber por qué pelean ni que causa defendían, tomen sus caballos y coja cada quien su camino. Están libres... (LB, p. 142)

De Anda procura demostrar que el origen de la confrontación civil se basa en la ambición, la codicia, la violencia individual, la falta de preocupación por la unidad política y la poca inclinación hacia el razonamiento, la tolerancia y el entendimiento de la sociedad. Pero también plantea que una vez conformado el ejército cristero, en sus filas rige la desconfianza, debido a la influencia que ejercen los malos elementos. Esto hace que resulte infructuosa la lucha de los cristeros. En *Los bragados*, a menos que se establezca la buena voluntad y se elimine la ignorancia, la sociedad estará en constante peligro de dividirse en cualquier momento, hasta por las razones más triviales. No obstante, a pesar de los defectos de la población, las corrupciones no logran contaminarla, aunque en la segunda embestida cristera el lugar se convierta en un teatro de agresiones contra los maestros del gobierno.

Es característico en el estilo del autor concluir sus relatos con una visión pesimista de los hechos. *Los cristeros* concluye con las primeras reconcentraciones. En la novela, De Anda no oculta la torpeza del gobierno cuando se dirige a una población analfabeta mediante volantes arrojados desde aeroplanos, notificándole que debe movilizarse hacia las poblaciones más cercanas. Los puntos de la reconcentración pertenecían a la zona del Bajío, Zapotlanejo, Atotonilco el Alto, Tepatitlán, Arandas, San Miguel el Alto, Cañadas, Jalostotitlán, San Juan de los Lagos, Lagos de Moreno y Encarnación de Díaz, principalmente. El decreto para la reconcentración de los alteños se dio a conocer el 23 de abril de 1927, otorgándoles a los habitantes un plazo de diez días para que se concentraran en los pueblos asignados. Por la urgencia de maniobrar en la región contra los cristeros, se advirtió que atacarían los lugares que ofrecieran ayuda a los alzados. Se buscaba privar de ayuda campesina a los cristeros, para rendirlos por hambre. El período de la reconcentración se dio del 25 de abril al 5 de mayo del mismo año. En medio de esta situación dramática, hubo sacerdotes que persuadieron a las familias para que no obedecieran la orden, propiciando con ello más atrocidades por parte del ejército federal. En *Los cristeros*, el narrador relata cómo se producen las primeras reconcentraciones, a pesar de la resistencia de los rancheros que se niegan a abandonar sus tierras y sus casas:

...Y por lo tanto, se previene a todos los campesinos de la región de Los Altos, que deben abandonar los ranchos, reconcentrándose en las poblaciones, en el término de cinco días contados desde la fecha, apercibidos de que vencido este plazo, cualquier persona que se hallare a cuatro kilómetros fuera de los centros de población, será ejecutada en el mismo lugar que se le encuentre... (LC, p. 255)

El paisaje de Los Altos es mudo testigo del éxodo que sufren los lugareños desarraigados. En su mayoría, se trata de mujeres y niños abandonados por los hombres que van a luchar contra del gobierno. José Guadalupe de Anda ofrece una visión conmovedora del hecho. Las plegarias y sollozos de la población enfatizan lo dramático de la situación. Es un cuadro de la masa diseminándose por el campo con sus pocas pertenencias a cuestas. La desesperación y la confusión se apoderan de los rancheros desalojados:

Las gentes principian a abandonar sus ranchos, dejando sus triques, sus cosas y sus animales al cuidado de Dios. Bajan de los montes, salen de las hondonadas y los lomeríos o surgen de los valles en largos cordones abigarrados, en busca del camino que los lleve al pueblo más cercano.

Las mujeres, algunas, lanzan gritos insólitos de desesperación; otras, sollozan imprecando a los santos; las más viene llorando en silencio. Llevan en los brazos a los críos que no saben andar, y cargando a la espalda un lío de harapos.

Con paso tardo, como resistiéndose, los hombres caminan detrás, cargando también sobre la espalda el petate enrollado, las frazadas y las estampas de sus santos favoritos. Y entre marido y mujer conducen por delante un enjambre de chiquillos encuerados.

Otras mujeres van tocadas con anchos sombreros de pelo o petate; llevan colgados a los hombros manojos de pollos y gallinas, o van arriando al puerquito cebado o al borrego sancho, a la espalda su montón de trapos y su guitarra, todo su patrimonio. (LC, p. 257)

Sobre el caso, algunos presumen que en el mes de febrero de 1928 se reconcentraron en los pueblos alteños unas 76 000 personas. Por ejemplo, en Tepatitlán se cuadruplicó su población normal. A su vez, esta medida extrema se reflejó en el millón y medio de hectáreas que quedaron sin trabajar.<sup>8</sup>

En *Los cristeros*, la reconcentración se lleva a cabo después del asesinato de Policarpo. A su vez, la historia indica que, en 1928 Victoriano Ramírez, jefe del segundo regimiento de la brigada de Los Altos, en respuesta a la reconcentración, acusó a los federales de que: “agostaban y asolaban a los campos, quemaban las casas, robaban animales y semillas y, lo más

---

<sup>8</sup> Moisés González Navarro. *Op. cit.*, t. 2, p. 353, (referencia de Bailey, Viva...p. 188).

doloroso, violaban a sus mujeres, hijas y hermanas, dispuso impedir la entrada a los pueblos a toda clase de mercancías y comestibles y, en caso dado, un bloqueo general. Dirigió este documento a esas “almas satánicas” que no merecían ser llamados hombres, a pesar de su odio: “CRISTO VIVE, CRISTO REINA CRISTO IMPERA.”<sup>9</sup> Con la medida tomada, los rancheros manifestaron su necesidad de adherirse a los cristeros, como lo describe De Anda:

–Como te lo dije, Felipillo, esto de la reconcentración resultó al revés volteado; por sonarle a la tambora, le dieron a los platillos...Más de la mitá de la gente que no se metía en nada y vivía pacífica en su rancho, al venir el rejunte para arriarnos como manada de reses a los pueblos, se cortó y ganó pa'l monte juntarse con los otros. Y otros muchos que venían a rendirse, entre ellos El Pando, La Pachanga y El Canelo, porque quedaron solos después de que mataron a Policarpo, en cuanto la olieron, se arrendaron otra güelta pa'l cerro a peliar por su cuenta. Y ansina unos y ansina otros, de aquí pa' delante vas a ver lo que es bueno... ¿Dime qué se ha ganao con su famosa reconcentración? El número de cristeros se ha doblado, y ora están peliando con más ganas, como perros bravos, buscando la revancha, porque les trujieron a sus mujeres y a sus hijos a que se mueran de hambre y de virgüelas en los pueblos. (LC, pp. 263-264)

En la novela, la familia Bermúdez y los demás rancheros son movilizados hacia un sitio sin nombre, lejano. A pesar de que el lugar pertenece a la región alteña, es un territorio distinto al habitual. Las circunstancias le confieren una significación distinta al espacio, que es ocupado contra la voluntad de los desterrados. Los individuos padecen una especie de “revolución cotidiana”. La casa, ámbito familiar por excelencia, ha sido remplazada por la calle, donde todo es público y se padecen todo tipo de interferencias; se trata, en definitiva, de un lugar abierto donde la multitud se mueve instintivamente buscando refugio. Allí, la penuria deriva en enfermedad, en escasez, en aprietos y en desamparo. Si bien Guadalupe de Anda no logra escapar en varios momentos a la descripción maniquea de los hechos, como sucede en casi todas las

---

<sup>9</sup> *Ibidem*, t. 2, p. 395. (Referencia de Condumex. Fondo XXXVI, Carp. 6, Leg. 532).

novelas de su género, en este episodio manifiesta una actitud solidaria hacia el pueblo bueno que sufre las terribles consecuencias de la guerra:

Como un chinchorro extraviado, siguiéndose unos a otros, la caravana se agrupa en la plaza, se arremolina y se mueve convulsa, buscando un pedazo de techo que los cobije, pero lo único que había eran los portales, y estaban sembrados, en una lastimosa confusión, de gente, animales y harapos.

De aquel hacinamiento de miserias salían agrias emanaciones de sudor y tierra, alientos de animales y deyecciones, que obligaban a retirarse volteando la cara.

Abrumados, agotados de cansancio, los campesinos se tumban en las calles, se apretujan entre sí, se acurrucan en los quicios de las puertas o se repegan en las paredes.

Y así, tirados en las calles, hambrientos ven rodar los días de su largo cautiverio. (LC, pp. 262-263)

José Guadalupe de Anda mezcla una dura crítica hacia las medidas del gobierno, pero también hacia los cristeros que arrastraron a la población al levantarse en armas. La multiplicidad de eventos constituye una muerte simbólica para la población; a fin de representarla, el narrador se vale de las crisis y las rupturas del espacio sufridas por los rancheros, víctimas de su propia ignorancia. Las medidas del gobierno responden a la intransigencia de los cristeros cada vez más difícil de tolerar, pero también a la incapacidad del Estado por encontrar una solución viable a un problema de fuertes implicaciones sociales:

¡La reconcentración...! Columnas de pelones vienen barriendo atrás, echando razias, empujando a la gente hacia los pueblos inhóspitos. De otra manera no creen poder apagar el incendio, que algunos de ellos, por torpeza o por maldad, han dejado que tome incremento. (LC, p. 258)

Históricamente, cuando llegó a su fin la reconcentración, la zona alteña quedó estrictamente vigilada. Nadie podía salir de los pueblos sin salvoconducto. En

medio de esta situación, se acusaba a los federales de aprovecharse de las pertenencias de las familias, incendiar casas, saquear rancherías y cometer todo tipo de atrocidades.

En 1928 los cristeros tuvieron que reorganizarse civil y militarmente, a pesar de que en los informes militares se aseguraba que estaba por concluir la campaña. Una segunda reconcentración ocasionó que una vez más los campos permanecieran abandonados en vista de que muchos hombres habían engrosado el ejército cristero y otros no deseaban arriesgarse a trabajar debido al constante clima de inseguridad.

En *Los bravados*, la narración inicia en el mismo pueblo de la reconcentración donde concluyó la obra anterior. El narrador informa la muerte de muchos de los personajes principales de la familia Bermúdez. Con esto, José Guadalupe de Anda pone punto y seguido para adentrarse una vez más en la revuelta a partir del ambiente patético que viven los que ahí se encuentran. En ese sitio, la iglesia revierte el sentido ofrecido en la primera novela. En *Los cristeros*, la Iglesia expulsa a los feligreses de su abrigo para enviarlos a la guerra; de ser una fuerza femenina, se torna masculina, como un patriarca que arroja a la gente lejos de toda protección. En *Los bravados* vuelve a ser la madre quien los acoge; pero ante los ojos del narrador se trata de individuos que no inspiran respeto, a quienes cataloga de “timoratos” luego de que el hambre se agudiza en la reconcentración y el maestro Celso exhorta a la gente a pelear para conseguir alimento. Algunos, presos de un miedo cerval, se refugian en el templo, mientras otros se disponen a reclamar el sustento: “Algunos timoratos comienzan a apartarse y en procesión se encaminan al templo cantando el Miserere”, anota el novelista. (LB, p. 11)

Pero no sólo el hambre hace estragos en la población reconcentrada; las condiciones insalubres la convierten en un grave foco de infección, como sucedió efectivamente en la realidad. La viruela, la tifoidea y la gripa produjeron estragos en la gente. El gobierno tuvo que clausurar los centros de reunión, estableciendo un cordón sanitario en las zonas de más alto riesgo, donde fueron vacunadas muchas personas que vivían en condiciones infectas, sin techo y sin alimentación.

La revuelta cristera llega a su fin en el capítulo titulado “El Retorno”, nombre indiciario de la reintegración de la población a sus hogares. En el episodio, marcado por el contraste de las imágenes ofrecidas al lector, la gente se manifiesta feliz por volver a su terruño, aunque su aspecto sea deplorable:

Mujeres harapientas, todavía convalecientes, con pasos vacilantes, apoyadas en bordones o cogidas al brazo de algún familiar; hombres deshilachados, con las caras demacradas, cargando sobre las espaldas patates y trebejos, o llevando en los brazos a los niños enfermos; chicos saltarines que van por delante, correteando, y perros trasijados que cubren la retaguardia, abandonan el maldecido pueblo que los aprisionó con tanta crueldad, y entran a los caminos, reverberantes de sol. (LB, p. 13)

Como ejemplo de las penurias de los rancheros, se describe la forma en que la gente vuelve a sus campos. Las familias regresan incompletas, mientras que el panteón del lugar queda saturado de muertos por hambre y enfermedades.<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> “En diversos poblados como resultado de la concentración donde las condiciones de salubridad eran paupérrimas apareció la epidemia de la viruela. Ante tales circunstancias se expidió un documento donde se explican las causas y las medidas a tomar: La Jefatura de Operaciones a mi cargo, tomando en consideración que está próxima la época de lluvias, y que los habitantes de las principales Congregaciones, Rancherías y Haciendas de la región llamada de Los altos, viven de la agricultura y la ganadería, y los que fueron concentrados a poblaciones de importancia, por orden superior, con motivo de la rebelión fanática que algunos sacerdotes sin escrúpulos ni patriotismo alguno, iniciaron en esta entidad, Arrastrando al sacrificio a individuos ignorantes y faltos de ilustración en acuerdo de esta fecha he tenido a bien ordenar a los Jefes de los sectores Militares en el estado, permitan que, con absoluta libertad, todos los habitantes regresen a sus hogares, en el concepto de que los mismos jefes del sector deberán

Abundan los niños huérfanos que gracias a la caridad de las mujeres alteñas encuentran protección. Como si se tratara de una procesión, la gente avanza por los caminos; doña Trinidad y tío Alejo en dos humildes burros, imagen bíblica presente que difiere con la del pasado, cuando a los hombres de esa familia se les vía montados en excelentes caballos. Sin embargo, la imagen más impactante y con la cual se queda el lector, es la de los hombres que descansan sus ojos en los caminos alteños agradeciendo la libertad y elevando alabanzas al cielo. Esta manifestación ritualista, siempre conectada con el fondo de su ser y de su origen, confiere una realidad latente en la sociedad: la fe de la población sigue intacta. La guerra no pudo arrancarle a su Dios:

Una densa columna de polvo cubre las caravanas, reseca las gargantas.

Las irradiaciones del sol sobre el tepetatal, hieren las pupilas.

Las sombras de los escasos árboles que bordean el camino, dan piadosa acogida a los caminantes.

Los “tanques” reflejan en el espejo de sus aguas dormidas las caras demacradas y mustias de las gentes. No obstante, caminan ellos anhelosos, deseando llegar cuanto antes a sus ranchos.

El sol declina, amenguando sus rayos de lumbre. La gente se conforta, aspirando con avidez el olor peculiar de los campos, y un coro de alabanzas se eleva hacia el cielo purísimo. (LB, p. 14)

---

expedir gratuitamente salvo-conducto personales (con el retrato del interesado tamaño visita) a todos los trabajadores y que les servirán para su identificación y para hacerse acreedores a las garantías y facilidades que merezcan.

Sufragio Efectiva. No reelección

*Guadalajara, Jal. Abril 27-1928*

Sr. Gral. De Brig. Jefe de las Operaciones Andrés Figueroa”. Gutiérrez Gutiérrez, *Jalostotitlán a través de los siglos*, 1985, p. 132.

## Conclusiones

En el trabajo he tratado de poner de manifiesto la relevancia de las novelas de José Guadalupe de Anda dentro de la historia de la literatura mexicana, a la luz de la importancia del género narrativo sobre la rebelión cristera. A través del estudio tuve la oportunidad de exponer y analizar algunos de los aspectos, que a mi juicio, resultan de mayor interés de sus novelas de tema cristero. Siendo el mayor logro del autor presentar como punto de partida y reflexión a la sociedad alteña dentro de la revuelta cristera, en el trabajo busqué profundizar en la zona referida, a fin de resaltar los fundamentos sociales, culturales y económicos que la definen y la diferencian del resto de las regiones del país, al calor del regionalismo, especie de variante, reducida, del nacionalismo, que incorporaba religión, costumbres, tradiciones, educación e historia particular, en la voz de su pueblo, en su reclamo por defender lo propio. Dicho enfoque me permitió sumergirme en el caudal de información aportada por el autor por medio de su testimonio vivo, en el que se proyecta su expresión ideológica, así como también la de la sociedad envuelta en la rebelión. Todo esto me facilitó entender las razones que motivaron a la población a levantarse en armas en contra del gobierno durante aquella etapa conflictiva por la que atravesaba el país.

A través de la interpretación del propio autor sobre lo acontecido, el lector tiene la oportunidad de penetrar en la sociedad referida y en la descomposición que sufre el clero, el gobierno y la misma sociedad durante la revuelta cristera. Leer las novelas de José Guadalupe de Anda implica tropezar

en varios momentos con la subjetividad del autor, debido a la postura política que asume, misma que no le permite enfocar los hechos con mayor objetividad e imparcialidad, llevándolo a cometer errores en la apreciación de lo acontecido. Sin embargo, existe en él la intención genuina de ser un crítico social de lo sucedido, a fin de manifestar y cuestionar las necesidades de una sociedad condicionada histórica, social y culturalmente por la Iglesia, pero también por factores que tienen que ver con la tierra.

La forma de acercarme a la representación de la sociedad alteña, sinónimo de conservadurismo, localismo y fanatismo, se logró a través del análisis de varios aspectos que la configuran, mismos que fueron divididos en diversos capítulos para facilitar el estudio. Mención aparte merece la cultura popular, de la que se deriva parte de la idiosincrasia de los alteños representados, especialmente cuando se alude a los festejos religiosos, pues por su conducto se manifiestan de manera clara los mecanismos que refuerzan los lazos de identidad de la zona referida.

En el trabajo tuve también la oportunidad de comprobar que las novelas de José Guadalupe de Anda sintetizan un aspecto fundamental de la revuelta cristera en los Altos de Jalisco: el sentido en que las prácticas religiosas influyen en el poder económico y social, cuya primera y última finalidad consiste en mantener el orden existente. El análisis permitió enfocar las relaciones entre las estructuras de las ideologías dominantes y las estructuras de los discursos entre los diferentes representantes de la comunidad. Así, a través del discurso de los personajes, De Anda plantea las contradicciones entre los hechos vividos y el mundo de las representaciones colectivas de la sociedad. En este aspecto, es importante subrayar que parte del impulso

creativo del autor se debió precisamente al desprecio que revela hacia la institución católica, vista por él como la verdadera culpable de la guerra, así como causante del malestar que le produce a su ánimo revolucionario una forma de vida apegada con tal vehemencia a las prácticas religiosas.

En las narraciones, el novelista intenta que todos los personajes sean representativos de un sector de la comunidad, vista monóticamente, o casi, al extremo de ser el punto de partida para la descripción política, social y cultural de la localidad, situación que al ser llevada a los textos, les imprime circularidad. En las historias narradas, el autor demuestra que las relaciones sociales alteñas se rigen por los principios de dominio y sumisión hacia el clero, imposibilitando el proceso de modernización regional. Asimismo, De Anda plantea que las creencias y las prácticas religiosas son altamente resistentes al cambio, circunstancia que propicia el estallido de la rebelión cristera en la zona. En diversos pasajes del estudio pudo apreciarse que la conformación de este tejido social se convierte en el obstáculo principal que impide la implementación de las modificaciones que el Estado intenta realizar. De esa forma, la misma sociedad alteña termina por cancelar cualquier apertura hacia el exterior. La disputa se verifica en los espacios de la cotidianidad, la casa, el templo, la escuela; en general, en todos los lugares donde las instituciones familiar y religiosa desempeñan un riguroso control social. El sistema de valores de la comunidad representada se distingue por su resistencia al cambio; por ello, en sobradas ocasiones resulta ser la barrera que impide que las transformaciones sociales germinen adecuadamente en la región. Adicionalmente, hay que tomar en cuenta que la ideología del Estado se muestra contraria a la de la población. El autor pretende desmitificar a la

Iglesia, más que al Estado, en la medida que ella oculta y calla sus intereses de fondo: la explotación de la sociedad en aras de la preservación de sus privilegios.

En las obras de José Guadalupe de Anda, el discurso clerical refrenda la ideología del poder, justificando la jerarquía, la desigualdad y la explotación entre los hombres. En la sucesión de los hechos, los personajes asumen tres actitudes: el clero da las órdenes de lo que se debe hacer, las mujeres las transmiten a la familia y los hombres las ejecutan en el campo de batalla.

Por consiguiente, en las obras del escritor alteño se observa cómo la sociedad alteña al oponerse al progreso promovido por el Estado, en su carácter homogéneo, no puede sujetarse a las nuevas demandas de la nación por razones históricas y culturales que han hecho de ella una sociedad individualista. Se trata de una sociedad orgullosa del marcado clericalismo que compone sus señas particulares. De Anda resalta la supremacía de la Iglesia en todos los ámbitos de la vida cotidiana regional. De la misma manera, en las novelas se revela en forma trágica que cuando el movimiento cristero se opone al proyecto revolucionario del Estado, este último no toma en cuenta las características culturales a las que se enfrenta. De tal suerte que la guerra cristera se convierte en una lucha de reafirmación de la identidad, en un reclamo y defensa de los fundamentos culturales, económicos e históricos particulares. Se distingue a la colectividad representada como una sociedad de rancheros que defienden la pequeña propiedad, acérrimos católicos, orgullosos de sus raíces étnicas, trabajadores, comerciantes, honrados, hombres de palabra y valientes. En su aspecto negativo, se les muestra en extremo violentos.

Aunque algunos de los grandes protagonistas del conflicto cristero permanecen ausentes en los relatos, la capacidad de José Guadalupe de Anda de resaltar y hacer creíble al verdadero actor anónimo, es decir, el pueblo que padeció la guerra, desde su universo concreto y su mentalidad ranchera, es el mayor acierto del novelista. La rebelión se presenta como una batalla que fusiona la defensa de la religión y de la tierra, porque para la sociedad ambas encarnan una unidad indisoluble, permanente, que le brinda pleno sentido a la existencia. Si alguna de ellas se ve fracturada, la otra pierde sentido.

A través de *Los cristeros* y de *Los bragados* se buscó demostrar la forma en que el espacio les imprime a los personajes un destino ineludible. El rancho, como espacio de significación, se transforma en el sitio central de las novelas, al grado de ser el portador de las ideas fundamentales de la sociedad representada. Igualmente, en los capítulos respectivos tuvimos la oportunidad de constatar que desde ese espacio vital se origina parte de la identidad de la población alteña. Mención especial merece la casa del rancho, espacio vinculado a la mujer, por lo mismo, regido bajo el signo matriarcal, de donde se deriva al exterior la conducta que los hombres contraen dentro de la comunidad. En efecto, en las novelas estudiadas el autor se hace eco de los hábitos de la población en el espacio privado y público, en los que surgen brotes de rebeldía, en la voz de algunos personajes. Por eso las novelas de José Guadalupe de Anda son una fuente privilegiada para el análisis social, cultural y de la mentalidad de la sociedad alteña, pues el autor hace partícipe al lector de la reelaboración de la realidad a través de sus novelas por medio del discurso que las articula, así como también del espacio proyectado y la forma

de vida de una época que registra imágenes, estereotipos y situaciones que se desarrollan en una región específica.

Por último, agrego que en varios momentos de la tesis resalté los pasajes en donde se percibe la influencia en el ciclo cristero, de la novela de la Revolución. En un balance final se puede afirmar que De Anda, siguiendo los pasos de los escritores de la Revolución, condena la revuelta cristera no porque espere algo favorable de la lucha, como en su momento se pensó de la Revolución, sino porque ve en dicha rebelión un derivado del poder desmedido de la Iglesia y de los intereses en juego, una lucha carente de objetivos precisos, sin un fin enaltecedor. La juzga absurda y cruel para un pueblo que engañado inesperadamente se vio envuelto en ella. Por último, el novelista reprueba categóricamente los métodos represivos que la Iglesia emplea para conservar su ascendencia atávica sobre la colectividad.

Sólo me resta concluir que el estudio de la obra literaria de José Guadalupe de Anda no puede ni debe agotarse en este trabajo. Son varios los aspectos importantes que conforman las novelas del autor. Considero que estas revisiones sirven para la formulación y el desarrollo de posteriores investigaciones. Le corresponderá a otros estudiosos plantear nuevos enfoques de análisis.

## Bibliografía

*Aguascalientes y Los Altos de Jalisco: historia compartida.* México, El Colegio de Jalisco-Gobierno del estado de Aguascalientes, 1997.

Aguilar Camín, Héctor. *Saldos de la Revolución Mexicana.* Cultura y política de México, 1910-1980. México, edit. Nueva Imagen, 1982.

Aguirre Romo, Manuel Jesús. *Ensayo histórico de Teocaltiche.* México, Editor B. Costa Amic, 1971.

Alarcón, Rafael, et al. "Desarrollo regional y migración en Los Altos de Jalisco" en Revista Encuentro, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, vol. 4, núm. 4.

Alonso, Jorge y García Quevedo, Juan (coordinadores). *Política y región: Los Altos de Jalisco.* México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, 1990.

Anda, José Guadalupe de. *Los Cristeros, la guerra santa en Los Altos.* Guadalajara, Edit. Gráfica Nueva, 4ª ed., 1999.

—*Los bragados.* Guadalajara, Ediciones del Departamento de Bellas Artes, 1975.

—*Juan del riel.* México, Editorial Hexágono, 2ª ed., 1990.

Anderson, Bonnie S. y Zinsser, Judith P. *Historia de las mujeres: una historia propia.* Vol. 1 y 2, Barcelona, Crítica, 2000.

Arias Urrutia, Ángel. *Cruzados de novela. Las novelas de la guerra cristera.* España, EUNSA, 2002.

Aub, Max. *Guía de narradores de la Revolución Mexicana.* México, Lecturas No. 97, FCE, Cultura SEP, 1996.

Bachelard, Gastón. *La poética del espacio.* México, FCE, 1975.

Bajtín, Mijail. *La Cultura Popular en la Edad Media y en el Renacimiento en el contexto de François Rabelais.* España, Alianza Editorial, 1998.

---*Problemas de la poética de Dostoievsky.* México, 2ª ed., 2003.

Barthes, Roland. *El grano de voz,* México, Siglo XXI, 1983.

Bartra, Roger. *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México, Grijalva, 1987.

Béguin, Albert. *Creación y destino*. Ensayo de crítica literaria. México, FCE, 1997.

Bierdermann, Hans, *Diccionario de símbolos*. España, edit. Piados, 1996.

Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 2ª. Ed., 1989.

Bonfil, Alicia O. *La literatura cristera*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970.

Brushwood, J.S. *México en su novela*. México, FCE, Tezontle, 2ª ed., México, 1992.

Bulnes, Francisco. *Los grandes problemas de México*. México, Editora Nacional, 1970.

Burke, Peter. *Formas de hacer historia cultural*. España, Alianza Editorial, 2000.

Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras*. México, FCE, 8ª ed., 2001.

Canetti, Elias. *Masa y poder*. España, Alianza Muchnik, 1987.

Castro Leal, Antonio. *La novela de la Revolución Mexicana*. Tomo I y II, México, Edit. Aguilar, 1960.

Ceja Reyes, Víctor. *El catorce y la guerra cristera*. México, edit. Universo, 1983.  
--*Los cristeros, crónica de los que perdieron*, México, Grijalbo, 1981.

Cerillo, D.E. *San Diego de Alejandría, Jalisco. Memorias de mi pueblo*, México, 1969.

Coelho, Teixeira. *Diccionario crítico de política cultural: cultura e imaginario*. CONACULTA, ITESO, Secretaria de Cultura, Gobierno del Estado de Jalisco, México, 2000.

Chao Ebergenyi, Guillermo. *De Los Altos*. México, Diana. 1991.

Curiel, Andrés. *Héroes Cristeros*. Zapopan, AMATE Editorial, 2004.

Dartón, Robert. *El Coloquio de los lectores*. México, FCE, 2003.

Dávila Garibi, José Ignacio Paulino. *Bosquejo histórico de Teocaltiche*, México, San Ignacio de Loyola, 1945.

De la Vega, Eduardo. *Raúl de Anda*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Centro de Investigación y Enseñanza Cinematográficas, 1989.

Delumeau, Jean. *El miedo en occidente*. México, Taurus, 2005.

Dessau, Adalbert, *La novela de la revolución mexicana*. México, FCE, 1972.

Díaz, José y Rodríguez, Román. *El movimiento cristero. Sociedad y conflicto en Los Altos de Jalisco*. México, edit. Nueva Imagen, 1979.

*Diccionario Enciclopédico Abreviado*. Madrid, Espasa Calpe, 1974.

Douglas W. Richmond. *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza 1893-1920*. México, FCE, 1986.

Echeverría, Javier. *Sobre el juego*. España, Taurus, 1980.

Eliade, Mircea, *Los sagrado y lo profano*. Madrid, Guadarrama, 1967.

Elias, Norbert. *El proceso de la civilización*. México, FCE, 1995

Elias, Norbert y Dunning, Eric. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México, FCE, 1995.

*El verbo popular*. México, El Colegio de Michoacán/ ITESO, 1995.

Espín Díaz y Jaime Leonardo. *Uso y tenencia de la tierra en el municipio de Teocaltiche*. (Región de Los Altos de Jalisco), México, 1975.

Espín, Jaime y De Leonardo Patricia. *Economía y Sociedad en Los Altos de Jalisco*. Centro de Investigaciones Históricas del INAH, Edit. Nueva Imagen, México, 1978.

Fábregas Puig, Andrés. *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*. México, Centro de Investigaciones Históricas y Estudios Superiores en Antropología Social, 1986.

Fábregas Puig, Andrés y Tomé, Martín. *Entre mundos, Procesos interculturales entre México y España*, Guadalajara, Colegio de Jalisco, Diputación Provincial de Ávila, Instituto Gran Duque de Alba y La Universidad de Guadalajara.

*Formación y transformación de una oligarquía: el caso de Arandas, Jalisco*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1997.

Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. México, edit. Siglo XXI, vigésimo tercera edición, 1995.

Françoise, Perus (compiladora). *Historia y Literatura*. México, Antologías Universitarias, Instituto Mora, 1994.

Gándara Mendoza, Leticia. *La evolución de una oligarquía: el caso de San Miguel el Alto*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1997.

Garro, Elena. *Los recuerdos del Porvenir*, México, Lecturas Mexicanas. Joaquín Mortiz, SEP, 1985.

Ginzburg, Carlo. *Historia Nocturna. Un desciframiento del aquelarre*. España, Muchnik editores, 1991.

González, Fernando M. *Matar y morir por Cristo Rey. Aspectos de la cristiada*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, Plaza y Valdés, 2001.

González, Manuel Pedro. *Trayectoria de la novela en México*. México, Ediciones Botas, 1951.

González y González, Luis. *Todo es Historia*. México, Cal y Arena, 2ª ed., 1995.

González Navarro, Moisés. *Cristeros y Agraristas en Jalisco*. Tomos 1, 2 y 3. México, El Colegio de México, 2000.

González Rodríguez. *Los bajos fondos. El antro, la bohemia y el café*. México, Cal y Arena, 1990.

Goytortúa, José. *Pensativa*. México, "Sepan Cuantos", Núm. 118, Porrúa, 2004.

Gram, Jorge. *Jahel*, El Paso Texas, s.p.i., 1955.

Gutiérrez Gutiérrez, José Antonio. *Jalostotitlán a través de los siglos*. México, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 1985.

—*Los Altos de Jalisco*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.

Heller, Agnes. *La revolución de la vida cotidiana*. Barcelona, Ediciones Península, Historia/ Ciencia/ Sociedad, 175. 2ª ed., 1994.

Hernández López, Conrado. (Coordinador). *Historia y novela histórica*. México, El Colegio de Michoacán, 2004.

Hernández Quesada, Alfredo. *A salto de mata. Voces de la cristiada*. Secretaría de Cultura de Jalisco, 1996.

*Historia General de México*, t., 3 y 4, México, Colegio de México, 1976.

*Historia de Jalisco*. Desde la consolidación del Porfiriato hasta mediados del siglo XX. Tomo IV, Guadalajara, UNED, 1982.

Huizinga, Johan. *Homo Ludens*, España, Alianza Editorial, 1981.

*Jalisco desde la Revolución*. Tomos II, IV y V. Guadalajara, Gobierno de Estado de Jalisco/ Universidad de Guadalajara, 1987.

*Jalisco en la Revolución*. Gobierno del estado de Jalisco. Sociedad mexicana de Geografía y Estadística de Jalisco. Guadalajara, UNED, 1988.

Jung, Carl G. *El hombre y sus símbolos*. España, Biblioteca Universal, 2000.

Kay Vaughan, Mary. *La política cultural en la revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*. México, FCE, 2001.

Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Vol. I y II. México, edit. Grijalbo, 1996.

Lagarde y de los Ríos, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México, UNAM, 2005.

*La narrativa de la Revolución Mexicana La revolución en las artes y en la prensa* (Ciclo narrativo de la Revolución Mexicana), Sevilla, 1996.

*Literatura Mexicana*, Revista semestral del Centro de Estudios Literarios. Vol.XII, núm. 1. Año 2001, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

López Cortés, Eliseo. *El último cielo en la cruz: cambio sociocultural y estructuras de poder en Los Altos de Jalisco*. Guadalajara, SEMS y el Colegio de Jalisco, 1999.

*Los cristeros*. Conferencias del ciclo de primavera de 1996, México, CONDUMEX.

Macías, Ana. *El movimiento feminista en México hasta 1940*. México, Colección PUEG,-UNAM, 2002.

Magaña Esquivel, Antonio. *La novela de la revolución*. Tomo II, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1965.

Martínez Assad, Carlos. *Los sentimientos de la región*. Del viejo centralismo a la nueva pluralidad. México, INEHRM, Océano, El ojo infalible, México, 2001.

Martínez Saldaña. *Política y sociedad en México: el caso de Los Altos de Jalisco*. México, INAH, 1976.

*Mártires Mexicanos*. México, Librería Parroquial de Clavería, 1992.

Meyer, Jean. *La Cristiada*. Tomos I, II y III. México, Siglo XXI, 1983.

—*La Cristiada. La Grandeza Mexicana*, México, Clío, 1997.

—*La Cristiada. La Vida Cotidiana*. México, Clío, 1997.

—Meyer, Jean, et al. *Historia de la revolución mexicana, período 1924-1928, Estado y sociedad*, t. II, México, El Colegio de México, 1977.

—Meyer, Jean y Doñan, Juan José. *Antología del cuento cristero*. México, Secretaría de la Cultura de Jalisco, Colección Novedad de la Patria, 1993.

—Meyer, Jean y Iñiguez Mendoza, Ulises. *La cristiada en imágenes del cine mudo*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2006.

Meyer, Lorenzo, et al. *Historia de la Revolución Mexicana. Los inicios de la institucionalización*. T. 12, México, El Colegio de México, 1981.

Millán Chivite, Alberto. *El Costumbrismo Mexicano en la Novela de la Revolución*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1996.

Moretti, Franco. *Atlas de la novela europea, 1800-1900*. México, Siglo XXI, 1999.

*Narrativa de la Revolución Mexicana. La revolución en las artes y en la prensa*. (Ciclo narrativo de la revolución Mexicana). Sevilla, 1996.

Olivera Sedano, Alicia. *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966.

Olveda, Jaime y Castillo, María Engracia. *Estadísticas de Los Altos de Jalisco (1838-1909)*. Guadalajara, UNED, 1998.

Orozco Orozco, José Zócimo. *Arandas y sus delegaciones. Un reto de conocer su pasado, comprender el presente y visualizar el futuro*. Guadalajara, UNED, 1988.

Palomar Vereza, Cristina. *El orden discursivo de género en Los Altos de Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2005.

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México, FCE, 7ª ed., 1969.

—*Hombres en su siglo y otros ensayos*. México, Seix Barral, Biblioteca Breve, 1984.

Placencia, Alfredo R. *Antología poética*. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1946.

Pérez Montfort, Ricardo. *Estampas del nacionalismo popular mexicano*. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo. México, CIESAS, Colección Miguel Otón Mendizábal, 1994.

Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva*. México, edit. Siglo XXI, 1980.

---El espacio en la ficción. México, Siglo XXI /UNAM, 2001.

Quintanilla, Susana y Kay Vaughan, Mary. "Escuela y sociedad, el periodo cardenista". *Estudios del Hombre*, N. 11 de noviembre de 1994.

Ramos, Samuel. *El perfil del hombre mexicano y la cultura en México*. México, Colección Austral, 1976.

Jan Renkema. *Introducción a los estudios del discurso*. México, Gedisa, 2004.

Reyes Heróles, Jesús. *La historia y la acción. La revolución y el desarrollo político de México*. España, Semanarios y Ediciones S.A. 1972.

Ricoeur, Paul. *Tiempo y Narración*, Tomos I, II, y III, México, Siglo XXI, 2003.

Rivero de Val, Luis. *Entre las patas de los caballos*. México, "Sepan Cuantos" Núm. 739, Edit, Porrúa, 2002.

Robles, Fernando. *La virgen de los cristeros*. Buenos Aires, Colección Claridad, S/ fecha de publicación.

Rodríguez Lozano, "Entre la historia y la literatura: Los cristeros de José Guadalupe de Anda" en *Literatura Mexicana*, Revista del Centro de Estudios Literarios y del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Autónoma de México, Vol. XII. Núm. 1, Año 2001.

Roth, Andrew y Lameiras José (Editores). *El verbo popular*. México, El Colegio de Michoacán/ ITESO, 1995

Ruiz Abreu, Álvaro. *La Cristera una literatura negada*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, 2003.

Sánchez, Ramón. *Ensayo estadístico de la municipalidad de Arandas y Escudo Heráldico de Arandas*. Ramón Sánchez e Indalecio Ramírez, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1999.

Sánchez Flores, Pedro. *Teocaltiche, su cuarto centenario*. México, 1950.

Torres Meza, Martha Patricia. *La propaganda de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa durante el conflicto cristero de 1926-1929*. Tesis para obtener el grado de Licenciatura en la Facultad de Filosofía y letras de la UNAM, 1996.

Torres Sánchez, Rafael. *Revolución y vida cotidiana, Guadalajara, 1914-1934*, México, CONACULTA, 2004.

Trejo Fuentes, Ignacio. *Guía de pecadoras. Personajes femeninos de la novela mexicana del siglo XX*. México, Textos de Difusión Cultural UNAM, 2003.

Toro, Alonso. *La Iglesia y el Estado en México*, México, Edición Facsimilar, Publicaciones del Archivo General de la nación, 1927.

Tuñón, Julia. *Mujeres en México, recordando una historia*. México, CONACULTA, INAH, 2004.

Vaca, Agustín. *Los silencios de las cristeras*. Guadalajara, Colegio de Jalisco, 1998.

Van Dijk, Teun A. *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Edit. Gedisa, España, 1999.

— (Compilador) *El discurso como estructura y proceso*. España, Gedisa, 2003.

Vázquez Parada, Lourdes Celina. *Testimonios sobre la Revolución Cristera, Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica*. Guadalajara, Universidad Guadalajara/ El Colegio de Jalisco, 2001.

Voght, Wolfgang, Palacio, Celia. *Jalisco desde la revolución. Literatura y Presa*. Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco /Universidad de Guadalajara, 1987.

White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en Europa del siglo XIX*. FCE, México, 1992.

Wodak, Ruth y Meyer, Michael. *Métodos de análisis crítico del discurso*. España, Gedisa, 2003.

Yáñez, Agustín. *Yahualica*. Guadalajara, Colegio de Jalisco, 3ª ed., 1997.

---*Al filo del agua*. México, edit. Porrúa, Colección de escritores Mexicanos, decimotercera edición, 1975.

---*Las tierras flacas*. España, Biblioteca Salvat, Núm. 65, 1983.

Yankelevich, Pablo. *La educación socialista en México*. Guadalajara, Departamento de Educación Pública del Estado de Jalisco, 1985.

Zepada, Guillermo Raúl. *Constitucionalistas, iglesia católica y derecho del trabajo en Jalisco (1913-1919)*, México, INEHRM, 1997.

Zubiaurre, María Teresa. *El espacio en la novela realista. Paisaje, miniaturas, perspectivas*. Lengua y Estudios Literarios. México, FCE, 2000.